



HISTORIA

DE

FELIPE IV, REY DE ESPAÑA,

PUBLICADA AHORA POR VEZ PRIMERA

CONFORME AL MS. QUE EXISTE EN LA BIBLIOTECA NACIONAL.

II

## LIBRO TERCERO.

### ARGUMENTO.

La infanta Doña María, hija de los Reyes Católicos D. Felipe IV y Doña Isabel, nace en el Real Palacio de Madrid: no se efectúa la salida del Rey de Castilla para los pretextos de la guerra contra franceses. El Papa Urbano VIII, expide una Bula, ó *motu proprio*, para que todos los Prelados vayan á residir á sus iglesias dentro de dos meses. D. Gonzalo de Córdoba deja á Flandes y muere retirado en su encomienda. Prosiguen los Ministros franceses la guerra en Alemania aunque en sucesos siniestros por la paz jurada entre el Cósar y el elector Juan Jorgo, duque de Sajonia: rompen con el Rey Católico y liganso en Holanda con fuerzas más poderosas para dividir entre sí y acabar de tiranizar los Países-Bajos; destruye y desbarátalos el infante D. Fernando con afrenta y desunion de todos: tómales el importantísimo fuerte de Esquenque, y arrojálos

con otros miserables estragos de la tierra. Toman los holandeses en el Brasil el Puerto de Paráiba. Hacen los franceses entradas en la Lombardia, ocupa el duque de Roan la villa de Chabena, declarase por el frances el duque de Parma, y entra en la liga con Vitorio, duque de Saboya: ocupanse pasos y fuertes en la Valtelina por el Roan. El marqués de Santa Cruz corre fortuna junto á Cabocorso, pierde galeras y navíos; rehácese y sigue el dictámen de su empresa. Levantan el sitio de Valencia del Pó los franceses y coaligados de Italia: rompo Galaso al cardenal de la Balota, tómalo la artillería y el bagaje y degüéllale 6.000 hombres, y no se resuelve la entrada por la Francia con 40.000 soldados. Pídense nuevos y más graves tributos en el reino: previénese el duque de Medina de las Torres para el casamiento capitulado con la princesa de Astillano en Nápoles: sucede un desórden en el salon de Palacio, asistiendo el Rey en él á una farsa, y muere el duque de Lerma en Flandes, habiendo llegado al cargo de Maestro de Campo general.

No remecian un punto de su ardor y obstinacion los franceses, ni alojaban en el dañar las tierras y provincias de los príncipes de la Casa de Austria; ántes bien, habiéndose simulado por algun tiempo, mañosamente, con el mayor y de más poderosas fuerzas, y contenido con más cautela quo valentía con el más soberano en dignidad, viendo se restituian á templanza y tranquilidad las cosas de Alemania, por la paz contraida con el elector de Sajonia, como más extendidamente refiero en su lugar, y por las otras cosas que ya dejamos dichas, y que los aliados en aquella parte, estaban quebrantados, pocos, inferiores y de flacas fuerzas, temiendo más que otro esto

accidente, ó ambas cosas, y antoviendo que por lá iniquidad de sus officios no se juntase el más poderoso con el más ofendido, y unidas tan grandes potencias recayesen dentro y en el corazon de sus estados, trazó con los rebeldes, sus confederados, de suspenderle y entretenerle allí, metiéndole la guerra en su casa, no dejándole respiracion para otra alguna, ni para socorro y ayuda á la liga, confederacion y alianza de sus deudos y sangre; y otrosí, para apretar más esto y subirlo de punto, divertir los auxilios y socorros y librar su casa del incendio premeditado por sus officios, inquietarle á Italia, so-levarle las plazas y los confederados, porque no pudiendo acudir á tanto se perdiere parte considerable que abriese puerta á mayores ruinas, á sus fines propios y particulares, para desenuadernar el estado de esta Monarquía, como lo han pretendido á un mismo tiempo cuatro ejércitos; tanta que pareció á los de mayor noticia en la leccion de historias, de la geografía ó experiencia de sus pueblos, términos y circunferencias, que por las mismas cosas que intentaban parecian más que franceses, que se habian juntado más repúblicas con ellos, las habian adquirido, y las esponian ó mandaban contra nosotros. Pues, como dije, los que por libros y por historias se acuerdan de las guerras y contenciones pasadas, contraidas con nuestras gentes y ejercidas en el reino de Nápoles, en Navarra y en Vizcaya, y en las otras fronteras españolas, en Lombardia y en el confin de Flandes, en tiempo de las pasiones de Francisco á la grandeza y gloria militar del emperador Carlos V, de los tres Enriquez, y el postreño, saben, como se vo bien en los *Comentarios* de D. Carlos Coloma, las ventajas que les hicimos; y los otros antecesores suyos, no se yo que en cuatro partes, á un mismo tiempo, y año, manejasen y mantuviesen cuatro ejércitos, todos en tierras y provincias de la Casa de Austria. Pero este esfuerzo, segun varones diligentes y de verdad en la marcial especulacion discurrían, era más miedo que poder, y que salían fuera de sí para no ver dentro de su casa el azote de dos potencias que algun dia caerán sobre ella; pasando ya sobresaltados de este temór y asombro,

por no dejar de delinquir y cometerlo todo de la ira de las espadas á las plumas, á publicar papeles y manifiestos llenos de suma impiedad ó injusticia, falsos, apócrifos, tocados más de insolentes que de razon ni cortesia.

Pero entrándonos por el año de 35, y por el libro tercero de los ocho que hemos propuesto (si algun accidente no lo desbarata, secándonos las manos, las plumas y el argumento), y expresando las otras materias indiferentes que le tocan, digo que la reina católica Doña Isabel de Borbon, esposa del rey católico D. Felipe IV, miércoles, 15 de Enero de este año, entre la una y las dos, despues de medio dia, parió una Infanta. Fué bautizada por mano del cardenal Espínola, en la capilla Real de Palacio, viérnes, 2 de Febrero, solemnizando la Iglesia aquel dia la Purificacion de la Virgen, y diéronla por nombre, María; siendo padrino el príncipe Baltasar Carlos, su hermano.

En las cosas de Europa corría tal impresion de Marto por ellas, que si bien se esperaba tranquilidad por lo referido, y sosiego (así lo decían) en Alemania algunos Príncipes que quedaban allí, como el marqués de Brandemburg, el Ringrave Ludovico Oto y el duque Bernardo de Veimar, faltando el de Sajonia, entraban en la Liga con el duque de Wirtemberg, aunque por las pérdidas pasadas eran de tan livianas fuerzas, que no estaban con nervios para invadir ni oponerse al Imperio ni á las fuerzas de los alemanes. Pero declarado el Rey de Francia y quitadas las pieles de las manos, como se lo habian dicho y persuadido sus confederados, puso ejército y gente debajo del gobierno del mariscal de la Forza, hereje y hugonote, soldado viejo y de los que habian contendido con sus padres cuando envistió la corona de Francia. Este ejército, no solo habia do defender los confines y conservar la Alsacia y la Lorena, y las ciudades libres usurpadas al Imperio eccea del Rin; pero habia de hacer resistencia al general Galaso, quo con innumerables gentes y cohortes habia de hacer entrada por la Francia hácia la diócesi de Borgoña, dándole calor Ferdinandando Roy de Hungría y Bohemia, y por el consiguiente

unirse y abrigar á los aliados y protestantes, como lo encargaba el frances, que todavia, aunque maltratados, estaban á su devocion y corrian por su cuenta y cuidado, si él la hacia de ellos, despues de perdidos, que era á lo que aspiraba, y ya ellos querian que los librase de las miserias en que los habia metido.

Estas cosas, y las que se dejaban sentir en Flandes y en Italia, dignas, por su importancia, de atencion, hicieron á los más fieles ministros de Estado de nuestra Corona, exponer al Rey se opusiese en persona á ellas, y saliese armado y con ejército á las fronteras de Perpiñan ó por las de Navarra, ó Vizcaya, y diese á sentir á los franceses. Quién dice, para fortificar más este argumento, que habia acordado con el Emperador, que luego que el conde Matías Galaso entrase por la Francia, el Rey acometiese por sus fronteras ó por alguna de ellas. Divulgóse esta salida del Rey por algunos dias, ántes del mes de Enero; pero para no hacer las cosas sin grande premeditacion y acuerdo, ó que más pareciese ruido que prevencion, el mayor Ministro convocó una junta general, grande, de casi todos los mayores y mejores consejeros de la Corte, y de ella salió desbaratada la ida del Rey, por entón ces, publicándose para el otro Enero siguiente; y toda esta tempestad paró en gabelas, pidiéndose nuevos y más exorbitantes tributos, nueve millones en el Reino, pagados en tres años, en que estuvo para fracasar el conde del Castriño por no arrojarse á ojos cerrados y sin consajo á la total concesion; haciendo no poca dificultad el poder crear de su vigor esta virtud, porque era tenido por uno de los más arrojados hombres en esta parte que se podía conocer, y el más incendiario en inventar y crecer pedidos. Al fin, como hijo de aquel Consejo y de aquella flecha, desde entónces le creció más la hidropesia de tributarlo todo. Quería que no llevasen los procuradores de las Córtes la parte que se les acostumbraba dar de lo que conceden, sino que todo fuese para el Rey; con que los procuradores no querian conceder el servicio, y estuvo para perderse el pedido, si el Castriño no cediéra al

imperio del mayor Ministro, de quien fué mal exornado de palabra; un tercio, si no más, de los juros, de donativo, el salario de los Ministros, coronelías mandadas levantar á los grandes, y algunos títulos, tocados de la pretension, y pidiendo dineros y soldados á los caballeros de las Órdenes militares; con que no faltaba guerra en todas partes y en las provincias más quietas se oían los gemidos de los tributos y la necesidad, que referiremos largamente á lo último de este libro.

Los movimientos que se comenzaban á sentir en Italia, hacían velar á los ministros españoles sobre su conservación, y procuraban aplicar los medios más pronto y necesarios á la salud de los súbditos y de los pueblos. Como percibían desasosiego en la Francia, y veían de cerca negociaciones secretas con el Papa, á los cardenales que estaban en España, como el Sandoval y Espínola, mandábanlos ir á Roma; do que avisado el Pontífice, no solo á los que estaban en aquella santa ciudad, pero á los que existían en la corte del Rey como arzobispos y obispos, no exceptuando á cardenal ninguno que tuviese prelación, con públicas censuras mandó que dentro de dos meses fuesen á residir á sus iglesias. Las de España, á lo ménos las de Castilla, tenían harta necesidad de este auxilio, porque habia muy pocas que tuviesen Pastor; conque las rentas se gastaban en la corte ó en las tierras extranjeras y servían ántes á las materias de Estado y á la pompa, que á la virtud de la caridad y al refugio de los pobres, para cuyo fin las erigió la piedad y el celo de los varones más apostólicos.

Vino esta Bula á la corte, platicóse en el Consejo de Estado, y remitióla el Rey al de Casulla para que se reconociese y se viese, y si hacia fuerza se votase sobre ella lo que convenia. El Consejo hizo decreto, y pareció se suplicase al Papa de ella, para los Prelados ausentes, y porquo no dejaba de comprender á su Presidente. Pero la más eficiente causa de todas era, y la que luego se vió fué, que esta impugnación prescribía contra la persona del cardenal Borja, por echarle de Roma y del Sacro Colegio, y así se le hizo intimar

loégo, y aún tambien para expoler al Pimentel, obispo de Córdoba, y aún que acá pasasen los dos Cardenales y asistiesen en sus rebanos, y no asistiesen á la fuerza que el Rey les hacia de quo los dejasen y no fuesen á Roma, porque el Sandoval tenia el obispado de Jaen, y el Espínola el arzobispado de Santiago. El Borja se defendía, que si bien tenia dos iglesias, la que le tocaba por cardenal y de su título, que era el que tenia en Roma, que asistía ya con la esposa más cercana, y que para la de Sevilla habia puesto los ministros más puros y más celosos á la cultura de las almas. Sin embargo, el Papa apretaba con rigor, de suerte que para obviar esta indignación y que no le sucediese algun trabajo, ni le comprendiesen ó le atasen las censuras, salió de Roma é hizo alto en el reino de Nápoles al abrigo del Virey; de lo qual el Papa, aún no bien contento porque queria saliese de Italia, pasado el término, y mucho más despues, usó de otro remedio, y amanecieron en la puerta de San Pedro, y en otras, monitorios que le impedían á que dentro de término bien breve pareciese ó respondiese por sí ó por su procurador, y diese las razones de no obedecer las censuras de la Iglesia: con que el Cardenal, gravado y constreñido de la potestad pontifical, se resolvió dejar á Italia y no luchar más con el Vicario de Cristo, dejándole no poco sabroso de haber echado de sí al celador de sus acciones.

En Alemania, despues de la memorable victoria de Noroling, parece que las armas imperiales discurrían con mayor libertad y desembarazo por todas sus provincias. Las tierras de la Suebia ó la Baviera habian sacudido de sí las cerviccs de sus naturales, las armas de los enemigos: el Wirtemberg se hallaba sin fuerzas y desalojadas las naturales y forasteras de Veimar y Succia; habido aquel Duque y desterrado por las armas de ambos Ferdinandos, como lo vimos el año pasado, desembarazada la Franconia, y ménos ahogada la Alsacia, en esta manera, los capitanes, á cuyo cargo estaba la recuperación de las plazas perdidas, se empleaban con toda diligencia en restituir al César y á los vecinos las que les parecían

importantes y convenientes á la amplificación de las pérdidas pasadas, y á desarraigar, no obstante, los franceses del Palatinado inferior. En esta manera, pues, el coronel Gaspar Bamberg, estimulado de la pérdida que hizo los años pasados de Phelipsbourg, trató con singular prudencia y consejo de su recuperación. Es esta plaza de las fuertes y considerables del Palatinado inferior. Felipe Cristóbal, obispo de Espira, intentó fortificarla y hacer de ella un fuerte real, tan formidable, que fuese igual á todos los mejores de Alemania: comenzó la fábrica en el año 1618, pero habiendo reparado Federico Palatino en la grandeza de la obra, y consultándola con los Príncipes vecinos, y que aquel fuerte habia de ser freno á todo el Palatinado inferior y habia de predominar á todas las otras plazas, levantó gente, y dispuesta en forma de guerra, con algunos caballos é infantes acometió el fuerte, desbarató las máquinas y echólas por tierra, terraplenó los fosos y aplanólos. Pero como á este tiempo sucedia la usurpacion de Bohemia por el mismo Federico, y en los años siguientes la usurpacion de Praga, ejecutada por el mismo conde Palatino, y la fuga que hizo á Holanda, no le pareció á Felipe Cristóbal desistir de la empresa de su ciudad y fábrica del fuerte, ántes le pareció apropiósito la ausencia del Palatino y la adversidad de su fortuna para proseguir la obra: comenzó á levantar de nuevo y abrióla hondos y muy anchos fosos; de suerte que hizo de la ciudad un poderosísimo fuerte, con siete gallardos baluartes y todas las demas máquinas competentes á una fortificación admirable. El año de 1623, por el mes de Abril, el elector arzobispo de Tréveris, frances en la inclinacion y en el trato, le dedicó á la proteccion y amparo del apóstol San Felipe y se le dió por patron, y del nombre que ántes tenia de Udenhumb, le llamó Felipsbourg por su primer fundador, que quiere decir Burg do Felipo. Esta plaza acometieron los suecos; la fortuna de sus empresas los bajó hácia esta parte, y despues de haber tomado á Idelbergh, Mancimb, Franquental y otros pueblos del Palatinado inferior, acometieron al fuerte de Felipsbourg: sitiáronlo por todas partes con muy

fuertes trinoheras y otras máquinas militares: batiéronle los sucesos fuertemente; defendiéronle el Maestre de campo Gaspar Bamberg, que se hallaba dentro con guarnicion de alemanes, y D. Pedro Suarez de Aedo, español; y retardaron estos dos capitanes en no rendir la plaza un año y once semanas con admiracion de los enemigos, que no la llevaran si la esperanza que del socorro tenian hubiera surtido efecto. Recibieron muy grandes y continuos asaltos, que rebatieron con valor; sufrieron hambre, sed y otras calamidades naturales á las fatigas de la guerra; comiéronse más de 200 caballos, gatos y otros animales inmundos; y, finalmente, esta plaza, despues de haberla bien desacomodado y expuesto los alemanes, con tolerancia, á las miserias y á la necesidad y otros extragos del asedio, el año pasado de 634, á 18 de Enero, por concierto, capitulos y condiciones bien reputados, se rindió á los soldados de Suecia y á su cabo el Ringrave Oto, que entraron en la plaza, saliendo de ella el Maestre de campo Bamberg, que con su gente, cabos y oficiales, y lo que se pudo sacar de ropa, pasó á Espira. Puestas luego con mejor fortuna las armas españolas y alemanas con la empresa de Norteling, y recuperado el calor de la victoria, en prosecucion la una de la otra, reconociendo los caudillos más escogidos de la milicia la importancia de Felipsbourg, entraron en pensamiento de tentarla; pero el arzobispo de Tréveris, anteviendo el riesgo que corria del rey de Francia por la misma sazón, queriendo ocuparla para sus designios y fines particulares, y aumentarse en puestos y plazas por aquella parte, para aspirar con mayor comodidad á las otras, no siéndolo posible esto, por no tener fuerza, ni entrar en rompimento con aquella gente, intentó comprarla á los sucesos; discurriendo que, muerto el Rey, no habian de conservarse en Alemania. Ultimamente la vendieron á los franceses porque no volviese á recaer en el bando contrario, y el Arzobispo, forzado ó por este miedo, vino en el trato y la venta, de suerte que el frances, con armas, con engaños, con compras acometia la dissipacion de plazas. Las relaciones que vienen de allá, á que nos arrimamos para

hablar en estas cosas con más claridad, dicen se dió por ella 450.000 escudos á los sucesos, por las razones arriba referidas y porque era de utilidad para conservar la Alsacia; si bien otros discurren que lo hizo por no tener tan cerca de sí nación que se había dado á sentir en aquellos términos. Pero ya muerto el caudillo, poco había que recelarse de ella, si bien militaba, aunque debajo de diferentes cabos de reputacion y nombre, pero beneficiados de la proteccion francesa y de los calvinistas protestantes. Finalmente, con la permission del arzobispo elector de Tróveris, ó con el precio del dinero referido, la ocupó el francés, y la presidió de soldados, municiones y bastimentos, con que el Palatinado inferior casi estaba inundado de franceses, como la Alsacia; y habiendo querido restituirse á los hijos de Ferdinando, la tomaba para sí, y con esta cautela aspiraba á la tiranía, sin conocerse verdad en sus tratados, con que se prometia en todo el círculo Germánico una guerra larga y ambiciosa.

Murió el Ringrave Oto, y el conde de Masfelte entróse por Alemania á obrar otros atrevimientos con un ejército compuesto, parte del Rey Católico, parte del Emperador y de la Liga; pero el coronel Bamberg, entre lo mañoso de las trazas de tantos enemigos, disponia las suyas, y se preparaba para la satisfacción de lo pasado. Púsole en plática y admitiéronle el diseño: tomó alguna infantería y caballería y los pertrechos necesarios que hubo enchester; partió de noche con el mayor silencio que pudo, salió de Echlunlle á la plaza de Philipsburgo entre las tres y las cuatro de la mañana. Para salir mejor con su empresa armó cuarenta carros y bastecióslos de muy buenos víveres; escogió para guiarlos 55 soldados, los mejores y más prácticos que tenia y más versados en la lengua de aquél país; hizo los vestir parte de ellos de carreteros y parte de villanos, que aunque son semejantes, todavía difieren algo del traje los unos de los otros; llegaron á la villa (ora sea ciudad), y embocando la extratagema y diciendo mal de la gente imperial, y que traían aquellas vituallas para que se aprovecharan de ellas, que en consumiéndose traerian más en

el número, y en la calidad mayores y mejores, de suerte que nunca les faltasen, fueron bien recibidos del pueblo y del Magistrado, y gobernáronse de arte que se quedaron dentro aquella noche, esperando que la infantería y caballería llegasen. Esto se concluyó á hora bienazonada, porque ya les tenían puestas sobre el pantano y foso, que con la inclemencia del tiempo se había helado, en las estacas que cerraban el fuerte por defuera, atadas sogas muy gruesas que tiradas de caballos las arrancaron y dieron con ellas en el suelo. A esta hora embustió Bamberg á la primera muralla y mató las centinelas, y los que estaban dentro disfrazados arremetieron á las puertas, y con petardos y achas las rompieron; ontraron cien dragones, y corriendo todas las calles se juntaron en la plaza, á quien siguió la infantería: cerraron con el cuerpo de guardia de los tudescos, y sin embargo de la resistencia que hicieron, quedaron los más de ellos muertos. El ruido y confusion del pueblo fué, sin duda, notable, y fué notable el extrago que se hizo en las demas calles donde se quisieron defender, no encontrándose otra cosa que cuerpos muertos. Arremetió otra tropa, que estaba fuera de la villa, al cuartel de los franceses, que puestos en fuga con notable miedo y desórden, corrieron á salvarse al castillo, y fueron seguidos y apretados con demuedo de la gente imperial, á tiempo que 200 tudescos se dieron á buena guerra, jurando no tomar armas contra el Emperador ni servir á la gente de Suecia ni al francés, y plantáronse á la hora algunos cañones al fuerte, que reconoció el daño por los de adentro y el manifiesto peligro en que todos se hallaban, el día siguiente, á 25 de Enero, se rindieron al coronel Bamberg, á la gente imperial y á sus armas.

Fué grande el destrozo y saco que se hizo: rindieron las vidas al plomo y á la pólvora 800 franceses; fué preso el cabo, los oficiales y demas gente de importancia de la milicia, y mucha de la nobleza de la villa, con parte del gobierno y el Magistrado, fueron llevados á Heilbrun. Sintieron los enemigos vivamente la pérdida de esta plaza; las artes y astucia francesas, con esta interpresa, juzgaron no poder parar allí ni hacer



facción memorable, y áun reconocieron estaba expuesto al riesgo lo que se habian usurpado, y áun que se recobrarían las plazas del Palatinado. Habian hecho aquí su plaza de armas, y bastecídola y pertrechádola de municiones y otras máquinas marciales para desde aquí ocupar las demas fuerzas: era fuerte por arte y naturaleza, inundada de innumerables pantanos para la cercanía del recinto. Halláronse dentro 28 piczas de artillería, grandes y pequeñas; 4.600.000 tállores de oro y plata, en barriles y arcas; 300.000 sacos de cebada y avena y otros frutos de la tierra; 4.000 barriles de pólvora; 12.000 barriles de sal; 5.000 sacos de grano y frumento; 40.000 sacos de harina; mucha carne salada, vino y otras vituallas; mucha ropa, joyas y otros menajes depositados en la villa por el duque de Wirttemberg y sus vasallos, príncipe rebelde al Emperador, señor de su estado, rico y muy opulento y favorecido con liberal prudencia de la naturaleza y del cielo con abundancia de frutos, que da la tierra á los laborantes y poseedores.

Con la nueva de la interpresa, que luego pasó á los otros burgos y colonias, para cualquier accidente que hubiese de sobrevenir, que no falló opósito, corrió con diligencia y gente á dar calor á los vencedores el general Galaso, y á ajustar las cosas pertenecientes á la conservación y estado de la villa: llegó á esta hora con singular presteza y denuedo; resolvieron tropas de franceses, y fueron muertos muchos de ellos. Al mismo tiempo tambien, reforzado y con tropas junto á Gelolabausen, el duque Bernardo de Veimar, cerró con las tropas imperiales y fué roto y herido en un hombro, de un balazo, maltratados y deshechos muchos franceses; facción considerable por la importancia del puesto, y de la plaza debida al coronel Bamberg; digna ofensa, conseguida sobre la reputación de los franceses y la inconstancia y poca religion del arzobispo elector de Tróveris. Pero cuando quiera que no paraban las hostilidades, no cesaban los tratos ni las inteligencias en todas las plazas de nuestros Príncipes. El infante D. Fernando, vigilante gobernador y atento caudillo de los

Paises-Bajos, inquiriendo los ánimos de sus gobernadores y ministros, así en ambas fronteras como en los puertos de mar, el de Gravelingas como el primero (quiere decir en el puesto que otros hay mayores) y confinante con la Boloña, que hace frente á Calés, no sintiendo bien del Gobernador, se dispuso para visitar las provincias, y en ellas las villas más principales, como lo habia de hacer de oficio, por su entrada en el Pais-Bajo, y por ser puestos esenciales de su gobierno, y que despues de su entrada le tocaba de derecho. En esta forma, sin alterar las cosas ni darse por sentido, y debajo de aquella astucia prudencial, tolerando cuanto le era posible el estímulo de la mejor opinion de los soldados, salió de Bruselas, reconoció las villas del Brabant, las del Artois y otras, que le recibieron con aplauso y ceremonias triunfales; corrió la provincia de Flandes, pasó á Gravelingas, estuvo allí, reconocióla, fortificóla, y á la partida saliéndole á acompañar el Gobernador, metió otro, reforzóla con 500 mosqueteros y alguna caballería, suficiente á su conservación y seguridad, y sacó de ella los sospechosos; siendo esta una de las mayores tentaciones de nuestro siglo, y en que más se afanaban nuestros enemigos, pelcando tanto con las armas como con el dinero y la negociacion, corrompiendo, como ya lo dejamos referido en muchas partes, los gobernadores de plazas y provincias, no exceptuando alguna vez los coronels de los príncipes de la Casa de Austria, y ofreciéndose á los vasallos capciosamente como si les faltara dueño. Discurrieron con otras artes y engaños, y en pasar la guerra declaradamente á Flandes y á Italia, como se dirá, y en estas dos partes ocupar puestos; en ésta, para detener los socorros que bajaban de Alemania y hacerlos inútiles, y que no obren contra el holandes, su más querido confederado, y sobre quien fundan ahora grandes máquinas y conveniencias suyas; y en aquélla, donde poder hacer plaza de armas y alojar ejército. Para todo lo procuró juntar el gobernador de Gravelingas, como confinante, que tan presto remedió la prontitud de S. A.; y en la Rothia se pretendió embarazar la Riba de Chiabona y pasos de Valtelina.

Quando tenemos felicidad en algunos sucesos, nos faltaba en la conservación y aumentos de nuestros muy encarecidos capitanes, porque á toda prisa nos los quitaba la muerte de delante; mas ellos estaban tan desfavorecidos, que casi estaban como muertos. D. Gonzalo de Córdoba, señalado caudillo en empresas y victorias en Alemania, en la rebelion del Palatino, viniendo de Flandes con el marqués de Leganés, que fenecida su jornada deseaba volver á Castilla á gozar los muchos y muy grandes haberes y presas conseguidas en esta empresa, llegó á París, y queriendo hacer los oficios de ministro que se le habian encargado, después de haber visto al Rey habló al Richelieu, su privado, que le halló cercado de armas, de soldados, de guardia, de miedo de los mismos naturales de la tierra, con tanto sobresalto y zozobra: tan ajona de ser suya tenia la vida. Así la obtienen los tiranos, pensando que á cada momento se la quitan, porque todos esos instantes están muriendo. Hallóle muy decaído de ánimo y con diferentes bríos disimulos; y no sólo al Rey, y al Ministro, sino á la mayor parte del Parlamento y á toda la Francia, por la reciente victoria conseguida sobre la reputacion suya y de sus confederados, y con ménos alívez que cuando le habló don Gonzalo de Córdoba, pasando á Flandes, sobre las dependencias del Casal de Moulerrit, después de la victoria del paso de los Alpes, y sobre las Ligas introducidas en Alemania, las entradas por la Alsacia y sorpresa de sus plazas. Discurrió el marqués de Leganés sobre el estado y sucesos de la Europa, largamente; sobre los Estados obtenidos injustamente de Príncipes, parientes, amigos y confederados de la causa de Austria; como la Majestad Católica deseaba la restitution y la paz, y que cesasen las hostilidades que se ejercian en tantos puestos contra la comun quietud y sosiego de los vasallos, y propuso las desolaciones, talas y quemas de tierras y ciudades, y tanta sangre derramada. La respuesta fué paliada y fingida, y tanto más dañosa que si fuera declarada, por cuanto al mismo tiempo estaba fraguando más torpes calamidades contra los Estados católicos que jamás, y así se los disimuló para cogerlo

de sobresalto y desapercibido y que cayese el golpe más sensiblemente sobre nuestra Casa; pero no tan cubierto que todo no se trascendia por los confidentes. Dijole, al fin, que el Rey Cristianísimo lo deseaba, y que no quería nada con el Rey Católico, su hermano; que creído del Marqués ó sintiéndolo indiferentemente ó disimulándolo, partió de París para Castilla, dió cuenta al Rey de su jornada, al mayor Ministro, y á los demas del Estado y Guerra en aquellos Consejos, y casi lo entendieron así, presumiendo que las provincias que estaban debajo del dominio y señorío de España se librarian de las inundaciones de la guerra. Mas el Richelieu dijo para engañarnos, aquietar y sosigar al Rey para que no hiciese entradas por la Francia, como se lo pedia el César y los ofendidos, y por que, ante descuido, trazaba las mayores maldades que se han cometido. Quando el Rey Católico, pasada esta ocasion, vió los rumores que se comenzaban á sentir para invadir á Flandes y á Italia, dijo, como sobresaltado: «el Rey de Francia me engaña»; cosa de que yo me espanté mucho, pues el largo proceso de sus iniquidades y malos oficios, explayados por el Universo, eran bastantes á dar á entender esto, y tenerlo creído para tomar muy á malos llenas la debida satisfaccion y enmienda que era justo.

D. Gonzalo de Córdoba, no queriendo más ver la corte, se retiró á su encomienda mayor de Aragon en la órden de Santiago, y murió allí con sentimiento público de todos los soldados, así naturales como extrangeros que habian militado debajo de su disciplina en Alemania, y vencido con ella y con el ejemplo de su valor muchas y muy memorables batallas. Heredó su encomienda por sus buenas dichas y fortunas el marqués de Leganés, que refirió por muy menudo los lances de su jornada y la batalla de Norteling; presentóle al Rey número considerable de estandartes y banderas y la espada del gran caudillo Gustavo de Horne, el estandarte de Veimar con su empresa, en que una garza venia batiendo una águila y cayendo sobre ella, que advertidamente por algun ingenioso, volviendo el estandarte lo de abajo arriba venia á caer la águila con más

propiedad y derecho sobre la garza; y así se expresa que lo será siempre. En el libro pasado dejamos ya tocado este fragmento, y la ocasión de los despojos dieron causa para volverle á traer á la memoria. Ofreciéronse algunos al agradecimiento y piedad cristiana: púsose en Nuestra Señora de Alcobaca un estandarte y una bandera, y fué remunerado el Capitán, y los demas se colocaron en la armería del Rey.

No descansando en Alemania de afligir á los enemigos el duque de Lorena, y de proseguir las comenzadas victorias, recobró á Espira, ciudad imperial, y un fuerte en su Estado, pretendiendo por allí mejorarse en él: en Francia los Ministros del Parlamento de París dieron orden de prender los que fueron cómplices en la fuga del duque de Orléans; hicieronles procesos de haber incurrido en crimen de lesa Majestad, cortaron las cabezas á los nobles, y á los plebeyos pusieron en horcas y en ruedas donde murieron miserablemente: con la cercanía de la gente imperial á la Lorena y á la Alsacia, reforzó el francés con muchos regimientos aquellas plazas, y los holandeses en el Brasil, con la gente que tenían en Pernambuco y la que de las islas se les enviaba á su tiempo, pasaron á tomar el puerto de Paraíba y le cercaban, con que aquello se iba poniendo en total ruina y desesperación de poderlo emmendar ni restaurarlo; pero no por eso dejaban de venir de las otras poblaciones el palo, y los azúcares y las otras mercaderías, por la diligencia de nuestros capitanes, á la barra de Lisboa. Tomáronle, finalmente, y degollaron la gente; que si hemos de estar por lo que dicen las relaciones, ellas deponen de pasados de 3.000 hombres, desbaratados los ingenios de los azúcares y ocupados todos los puertos, si no es la bahía de Todos Santos, con que la contratación, si no es á fuerza de abrazos, se temía había de espirar. Crecían las dificultades de echar de allí á los enemigos que cada día se mejoraban en puestos y fortificaciones y los fundaban de nuevo en las islas de Cuba y la Española, para asir las riendas de aquel Occidente y robar las flotas y galcones; pero los cuidados que ellos daban en Flandes, y el francés, no solo en

aquella parto con las ayudas que les daba, sino en Italia y en Alemania, no dejaban que las armadas que para esto se fabricaban en Cádiz y Lisboa pudiesen pasar á la recuperación de aquel Estado. Explayáronse por la Europa los tratados de paz, del duque de Sajonia con el Emperador, de esta manera: Que pueda el César disponer en todas sus provincias y reinos hereditarios como quisiere en cuanto á las reformas en la fe católica, exceptuando á Bratis, Laviabritia y Leguiz en Silesia, las cuales tres ciudades se han de quedar como ahora están; el arzobispado de Midelburg se da al hijo del elector de Sajonia; los de Alberestad, Alamido y otros obispados, que tiene el serenísimo Archiduque, hijo del Emperador, quede con ellos, y las dos Lusacias, que tiene en empeño el Elector, pasen en feudo á su casa en línea masculina: que el Duque, dentro de quince dias, restituya á S. M. Cesárea lo que se ha tomado en la Silesia; al elector de Brandemburg, Veimar, Sineburg y los demas confederados, dentro de diez dias, se les hace saber deben declararse de parte de la paz, y si no lo hiciesen, quedan excluidos para siempre: el rey de Francia no se comprende en esta paz, ni puede ser admitido, si primero no vuelve la Lorena al Duque y Piñarolo al de Saboya, y cuanto ha ocupado después de la paz de Ratisbona: el duque de Orixtemberg queda excluido de la paz, y su estado será de la Casa de Austria, como era antes: el electorado del Palatino del Rin se perpetúa en la casa del elector de Baviera; y el Palatinado inferior queda por el rey de España. (Buena capitula si no lo hubiera tomado el francés y cediado de allí á D. Felipe de Silva; pero al fin, aunque enajenado, se le daba este derecho y se prescribía este recuerdo.) Pasa adelante, y dice que los bienes eclesiásticos que los protestantes tienen, contra los artículos de Aosa y Posein el año de 28, los retengan por cuarenta años, y pasados, el Emperador que fuere, juzgue á quién pertenecen: toda la gente de guerra del elector de Sajonia quede á la disposición de S. M. Cesárea, así para su defensa como para otender cualquiera Príncipe ó ciudad que turbase la paz (desa decían que con la que tenia el Emperador y Liga, harian 480.000

soldados); el Elector tenga á su cargo la cuarta parte de la gente del Emperador, y la demas ha de mandar el rey de Hungría. Hizo todo esto con grande desplacer de la Francia y de toda la alianza enemiga, porque se les habia salido de las manos su superior confederado y el que más poder y gente le levantaba en su favor y ayuda, y el que con más calor podia fomentar la guerra en aquellos Estados, y persistir en sacar el Imperio á los Príncipes de la Casa de Austria.

Habian hecho los ministros franceses quanto habian podido con el elector de Sajonia, para que no hiciese la paz con el César; ofreciéndole que reducirian aquel Príncipe á que no sólo admitiese libertad de conciencia en todo el Imperio, que era con lo que los atraian, sino tambien en las mismas provincias propias, hereditarias y patrimoniales. Cosa horrible y sacrilega entre católicos ayudar tan ciega y desenfrenadamente á los herejes un Rey de nombre cristianísimo y de profesion romana. Ofrecieron tambien, que harian declarar el reino de Bohemia absolutamente electivo y lo colocarian en él; siendo totalmente opuesto á lo que el mismo rey de Francia publicó y sentia en el caso del Palatino Federico, y á la ejecucion del bando imperial que hizo el mismo elector de Sajonia en aquella causa. Pero no les parece mucho esto, sino desprecian la misma sangre de su Rey, pues ofrecieron en rehenes un Príncipe de la Casa de Francia hasta que lo cumplan; ofrecimiento más horrible que inverosímil, por la opinion que corre en el mundo de que aquellos ministros desean que totalmente se extinga y acabe la descendencia Real de aquella Corona. Pero visto la felicidad de los sucesos de la gente imperial, y la mejoría de las cosas del Cesar, y que el rey de Francia no pretendia sino despearlos á todos, amigos y enemigos, ántes que sublimarlos y engrandecerlos, abrazó la paz por redimirse, el duque de Sajonia, del fuego y el extrago que amenaza sus tierras, y una guerra insidiosa en el corazon de su dominio. Los estadistas, con noticia en estas materias, discurren que no admitir á los hijos de Federico, palatino del Rin, á alguna concordia, resistiéndolos en sus Estados, ó á lo ménos en

parte, y con esperanza al primogénito del electorado para despues de los dias del duque de Baviera, particularmente si no habia sucesion del reciente matrimonio, por la edad del Duque, con hija del Emperador, pero quanto quiera que atado este nudo le dejó indisoluble y cerrada la puerta para siennos por aquella parte, que no habian de tener fin, ántes que se habian de conjurar de nuevo y armarse todos para mayores incendios y desolaciones, porque no tuviese fin esta infernal influencia de afligir los pueblos y los Estados, y quo todo viese á resolverse en ceniza, con gran detrimento de la religion católica, por tener tanta parte en estas dependencias y ser interesados los mayores herejes de la Europa; que habia de desabrir al rey de Inglaterra, que con la esperanza de algun miedo honesto no habia querido declararse ni entrar en ligas con el rey de Francia para destruir á Flandos; que desesperado de ella lo haria, como ya se dejaba sentir, y ver si con él podia hacer dejacion del Palatinado inferior, como ya se dejaba sentir, y referiré el año de 36, que es el que se sigue, y nos va ya dando materia para su argumento. Y consigna el discurso de nuestros estadistas, que abrazaria estos disgustos y entrarian en este triunvirato los holandeses, para las cosas del País-Bajo, y el Richelieu para la transmigracion de la dignidad imperial; y que en cualquiera trance, adverso ó próspero para la Francia, por lo ménos, aunque más procuremos la paz no la consiguamos, ántes soplar el fuego y el incendio, y verlos arder á todos desde sus casas; que las llamas que teme, por haberlas atizado, abrasen la Francia, que es el fin sobre que carga su dañada intencion, y á que se encaminan lo más ingenioso de sus trazas, y el veneno perjudicial de sus designios.

Pareció, pues, al Rey católico, con la entrada de la primavera y las prevenciones que ya estaban hechas en Flandes, avisándolo así al Infante y al marqués de Aytona, remediar lo de Tréveris, y echar de allí á los franceses; de que persuadido de aquellos ministros, de librarle de la opresion de los suecos,

ó forzado de su tiranía para tener de su mano los Príncipes más soberanos del Imperio, ó donados ó restringidos para aspirar á él, ó ya del Arzobispo, apasionado de aquella nación (adolescencia de nuestros dias) ó ya infiel á ambos derechos, secular y eclesiástico, ni correspondió como potentado, ni procediendo como clérigo á la verdad de las dos obligaciones, acomodándose con el tiempo por las previstas ruinas de Alemania, dió entrada al rey de Francia en Tréveris, y admitió guarnicion, porque le dijo remediaría así su estado de la invasion sueca y que de otra manera sería depuesto de todo cuanto tenia, porque aquella nación militaba casi á su obediencia y á todo lo que él quería, que los tiempos corrían tales, que ya los Príncipes menores, de grado ó por fuerza, obedecían las leyes de los más poderosos ó tiranos. El Rey católico tenia en Tréveris presidio, ántes que el francés lo intentase, como protector indubitablemente hereditario de aquella ciudad, en calidad de duque de Luxemburg, y por declaracion de los electores de Maguncia y Baviera, que por comision del Emperador determinaron este punto, en contradiccion del elector de Tréveris que pretendia excluirse, y en otras plazas como era menester. En Hermescin habia hecho tambien juramento el presidio al capitulo de Tréveris, que sin su voluntad no podian entregar; y no pudo nunca, ni aquel Arzobispo ponerse en la proteccion de Francia, ni la Francia recibirle en ella en tanto agravio del Emperador, sin cuya voluntad, no podia el Elector hacer liga con otro Príncipe. El Rey católico tomó esto á su cargo, por la obligacion que tiene al Emperador y sacro romano Imperio, á sus órdenes y Príncipes, del qual es tambien Príncipe y parte por el círculo Burgondico, uno de los diez que le constituyeron, de que es señor natural; y por ser el miembro más principal y el más conjunto Príncipe al Imperio en Italia, porque debe procurar su aumento, su paz y tranquilidad contra todos los extraños que lo infestaban; porque el rey de Francia es totalmente forastero en estas materias: y por haber entendido sus maquinaciones, el natural del arzobispo de Tréveris, y el tiempo que corría, se dió co-

mision al Rey católico para asistir á aquella ciudad, como tan cercana al País-Bajo; pero el rey de Francia, abusando de todo esto y de cualquiera cosa que tenga nombre de Imperio, porque no le puede alcanzar él, metió presidio por fuerza en Tréveris, echando el del Rey católico; quien, estando pronto á la satisfaccion, por estas y las demas causas referidas, y las que le tocan por grande, envió órden al infante D. Fernando, su hermano, á que desarraigase esta semilla; y alentó á cortar esta union y alianza, y poner en libertad á Tréveris, su territorio y á aquel Arzobispo, que él se disculpaba estaba preso de la tiranía francesa, y tambien á aquellos caudillos que con mejor fortuna iban debelando los enemigos intrusos entre el Rin y la Mosa: porque no era conveniente aquella vecindad por los movimientos recientes, ni convenia al buen decoro permitir allí franceses, porquo no fundasen plaza de armas contra la seguridad del Imperio y del País-Bajo; y para desvanecer sus atentados, se resolvió á la empresa, y, como hemos dicho, precediendo primero órden del César para echar fuera aquella guarnicion, se escogieron 200 bombres de los mejores del País-Bajo y algunas barcas, y dióse el cargo de la enterpresa al conde de Embden.

Llegaron las barcas á la media noche á Tréveris, y sentidas del centinela, preguntó qué gente y quiénes eran: fuó respondido de uno que gutaba la primera, que dijo: «amigos y de la tierra», y que traian bastimentos á la ciudad; tentó la puerta, y siendo forzoso dar gran golpe, alterada la centinela, dijo: «¿qué es eso?» y comenzando á quejarse, le replicó que con la oscuridad habia topado y se habia abierto la cabeza: preguntó si traia tabaco, y le dijo que no, y dando lugar á más dilaciones y preguntas, pusieron el petardo y abrieron la puerta. Tocóse arma, y entró nuestra gente á toda furia; acometió los cuerpos de guardia, tomaron las calles, y de 4.500 franceses que habia, parte degollaron y parte se pusieron en fuga. Pasaron á palacio, donde ya habia llegado el ruido y sobresalto, entraron dentro hasta la cámara del Arzobispo, que viéndose cercado de armas y de soldados, el estímulo de la mala con-

ciencia le puso delante sus yerros, y se los hicieron reconocer; vistióse, y á esta hora la mayor parte de los soldados habian ocupado los burgos y los puestos más fuertes y fornecidos, porque los ciudadanos todos estuvieron quedos, y ántes fueron en favor de nuestra gente. La aflicción del Elector fué notable, creyendo habia de parecer en juicio delante del Emperador, donde severamente habia de ser castigado; sin embargo, se hizo con él y se usó todo buen término de cortesía, y el conde de Rubden le dijo no estaba bien allí, y que S. A. R. le habia mandado le llevase donde estuviese mejor, más quieto y libre de cuidados: bajó las escaleras y vió que le tenían prevenida una carroza, y ésta con toda ansteridad: desembarazando el corazon, cuando supo le llevaban al País-Bajo, á la villa y condado de Anamur, entónces, refieren, que levantó las manos al cielo y dió gracias á Dios que le habia sacado de tan gran congoja y quebranto, y que no era como pensó tan adversa su fortuna; fiando que hallaria benignidad y misericordia en la piedad del Rey Católico, cuando la habia hallado en sus capitanes y soldados, en sus heroicas entrañas, y apoyo en las maravillosas virtudes y grandeza de ánimo del infante D. Fernando, su gobernador.

Marcharon los soldados con el Arzobispo á Anamur, con escolta y guarnición suficiente, dejando en libertad y con presidio de más gruesas tropas, que al punto corrieron á Tréveris por el Imperio y en nombre del César, y desasida de la opresion y coyunda francesas. Reposado que hubo algunos dias, con ocasion de otros cuidados y ocurrencias del País-Bajo, le pasó á ver el infante D. Fernando; consolóle y alentó el ánimo y rebizólo el corazon, que sin duda ninguna le tenia en sumo estrecho; hablaron largamente de sus materias y sucesos, procurando el Infante quanto le fué posible, de parte del César y del Rey, su hermano, darle las razones más eficientes al caso que se pudieron hallar. El Arzobispo se disculpaba, que los tiempos y la tiranía de los franceses habia sido tal, que ningun Príncipe se habia podido eximir de sus malos oficios y asechanzas; sin embargo, agradecido al Infante del

hospedaje y tratamiento, despidióse S. A. y corrió con vigilancia á las otras necesidades del país. Quedó el Arzobispo alegre y muy consolado, desposeido juntamente por faltar á la fe y al derecho imperial; sin embargo, la generosidad de nuestros Príncipes es tal, que era tratado, siendo reo, como inculpable; de que llegó á decir delante de los españoles y las otras gentes conjuntas á la union del Estado, que no acababa de dar gracias á Dios cuando se veia libre de la tiranía de franceses, y que no habia podido excusar el verso fuera de sus autoridades y desacatos. Los del pueblo de Tréveris estaban tan mal con el Arzobispo, por lo que habia hecho, como de las injurias de semejantes enemigos, de sus descoartasías y atrevimientos, Pasó volando á la hora este suceso por todos los países vecinos: en Alemania holgaron dél los que desean y son afectos á la libertad y observancia de los decretos imperiales y sus derechos: en Francia y en París, el Rey, su privado y Parlamento, sintieron vivamente el destrozo de su gente, la pérdida del Elector y su ciudad, diciendo que ya procedía con aquel modo quanto se tenia ganado en Alemania. Pidió al Emperador, digo, comenzó á mostrar su sentimiento y á publicarle y á dar nuevos colores por aquí de sus motivos, designios y connocciones. Pidió al Embajador por sus embajadores la libertad del Arzobispo, y volvió á irritar aquí de nuevo al ánimo de sus confederados: hizolo saber al Rey Católico y al infante D. Fernando, protestando y diciendo se restituyese al arzobispo de Tréveris en su estado dentro de algunos dias, donde nó, que rompería la guerra y se declararía con el rey de España y con el Emperador. Gozoso no poco de la ocasion, vistiéndola á su modo y á la maña del estadista, fué respondido que no le tocaba á él aquel cuidado, ni en las cosas del Imperio tenia mano, ni le era dado arbitrar en ella, ni tampoco suprimir ni amparar contra los privilegios de la patria de los Príncipes que la componen y son de sus distritos, mayormente de personas tan sagradas. Con esto rompió y declaró la guerra, prosiguió la de Alemania y la defaúdió de nuevo en Flandes y en la Lombardia; avisó á los holandeses,

Y preparólos contra todos los artículos, dividiendo entre sí las tierras; aunque los más atentos á estas materias dicen, engañó á sus mismos amigos, y propuso á Enrique de Nassau, príncipe de Orange, qué había menester para la guerra de este año en el País-bajo, y que él le dijo que con 42.000 soldados la haría y la acabaría aquel año; mas, que había de ser sin generales, y que lo que capituló con ellos fué causa para que después, no cumpliendo lo tratado y excediendo en el número y en el nombramiento de los caudillos, no surtiese el efecto como se pensó, y saliesen todos mal contentos y disgustados. De aquí corrió el francés con velocidad á las repúblicas y potestades de Italia, con Embajadores y Comisarios, que los conmoviesen, pidiendo seguros y rehenes como en el Piamonte. Raro modo de tiranizar sin armas, sin gastos y sin levas de soldados, por pillarlo fácil, y después con ellas lo dificultoso, y enseñorearlo todo. En todas partes había prodigiosas asonadas de guerra por la libertad, como él decía, del arzobispo de Tréveris, de quien insinuaba era protector; pretension levisima y ménos necesaria, pues no había causa para ello, ni el Elector le había menester, sino que sus oficios impíos le encaminaban á hacerse señor de las gentes.

Levántanse de la una y la otra parte mucha infantería y caballería á costa del caudal de los vasallos, y quitándolos las haciendas, haciéndolos morir al cuchillo de la necesidad, rompiendo y publicándolos la guerra, cerró la contratación y el paso de Francia, para impedir por este camino los correos de Flandes para España y della para allá, para que careciésemos de los avisos y de las asistencias forzosas en aquel país, é incomodarlos cuanto fuese posible, y que no llegasen los socorros ni las letras del dinero para los progresos ordinarios y domésticos de la guerra; y juntos el Rey y el Richelieu y el Parlamento, quitaron las haciendas á los mercaderes forasteros, vasallos del Rey y del Emperador en París, Rochela, Burdeos, Leon y otras partes, no perdonando alemán, flamenco, italiano ni español. Prendieron al conde de Salazar y á los demás españoles, que sin otro cuidado estaban en el reino, ejecutando

en ellos muchas descortesias é independencias, hijas de su natural condición, sin considerar que son las causas que los tienen aborrecidos en el mundo; atravesando la inmunidad de los embajadores del rey de España, deteniendo sus enviados á diversas provincias y Príncipes, pasando por la Francia hasta prender sus ministros, criados y vasallos; embargar los correos tomándolos los despachos por modos indignos; y porque la mar no sea más privilegiada que la tierra, han detenido en los puertos del mar Mediterráneo los bajeles del Rey Católico, concurriendo á esto con muchas inobservancias, atentados y quebrantamientos de la fe pública. Hizose en la corte del Rey Católico lo mismo, á ejemplo suyo; pero con más tolerancia y commiseracion: embargaron las haciendas á los mercaderes franceses, y despacharon á las ciudades del reino sobre lo mismo; hiciéronse secretos y depósitos, admitiendo en junta particular para ello en las cartas de las dotes á las viudas, y porque el rey de Inglaterra no quiso entrar en esta Liga, el secretario de la embajada de Francia que estaba en Madrid, porque el Embajador ya se había ido, fué á la posada del secretario de la embajada de Inglaterra, y en su modo le hizo amenazas, diciéndole que no había de pasar ningún navío de su Rey por el Canal de Inglaterra á los puertos de España, ni los de ésta allá para Lóndres, ni á los dichos puertos; á que el secretario respondió que el Rey lo miraría mejor, como si fuese el francés señor de más bajeles en aquel rumbo que el inglés; pero la soberbia y orgullo hacia caer á los envanecidos en estos descuidos. Los hombres de juicio y seso que atendían de cerca á estos recientes movimientos, y que veían al francés, después de haberle perdido al Emperador, perderle el respeto al Rey Católico, y declararse contra él, por el miedo referido de que no se juntasen y le hiciesen gemir las maldades cometidas y delitos execrables contra el cielo y la tierra, cuando vieron al príncipe de Orange, á los Magistrados, gobernadores de Holanda (á tan gran soldado y caudillo, á tan grandes gobernadores y ministros), dueños de la prudencia militar y política, reputados y conocidos en ambos polos que los han inquirido,

rodeado con su industria ó imperio, admitir al rey de Francia en su heredad y por compañero en sus empresas, y en la particion de aquellas plazas, que, ciertamente, saliendo en campaña á la sombra de nuestros descuidos eran suyas; no hay duda sino que les pareció habian perdido é ídosele de la memoria todas las artes de guerrear, el norte y la aguja de sus progresos; porque decian, y era sin duda, que madrugando ántes que nosotros ocho dias, qualquiera plaza sobre que se echaban era suya: y otro sí, que el rey de Francia, dado que el tiempo se consiguiese, de donde se aseguraban que les habia de cumplir la palabra y que no volveria contra ellos la guerra, porque como Príncipe tan poderoso y tan vecino y superior á sus fuerzas, luego que pudiese debajo de su dominio el Artois, el Luxemburg, el Cambresi, el Enao, la provincia de Flandes y las otras, se juntasen con ellos; no hay duda sino que por la vecindad y el confin les habia de querer sorprender, sujetar y poner debajo del yugo, como á gente inferior, y que el auxilio y socorro que hasta allí les habia dado, le convertiria en tiranía y en restringirlos, á pesar de sus fuerzas, de las de Inglaterra, Dinamarca y de los demas Príncipes, sus protectores; porque faltándoles su ayuda y los socorros de Francia, tantos y tan repetidos, seria muy posible caer en estos inconvenientes, y más cuando el caso es tan sabido entre los estadistas, que para ser enemigos no es menester otro accidente que ser conñantes y ser vecinos. Del rey Enrique, su padre, se dijo ántes de su muerte, que le alcanzase aquel cuchillo; y cuando estaba tan armado en sus fronteras, que uno de los pretextos que llevaba, entre los demas que queria emprender, era éste, y se dejó decir no era su intento otro sino ver si los que decian ser sus amigos lo eran, que querian juntarse con holandeses y disipar las demas provincias, no se dejaba de entender entre los de mayor prudencia, que el príncipe de Orange y los demas Magistrados habian discurrido esto y caído en ello; mas disimulaban por pagarle las deudas antiguas recibidas, y no osarian dificultarlo por no desabrirle ni ponerle en sospecha, ni bajarse á tanto que se les viese

la desconfianza en el rostro; y más, gente que les parece se han hecho superior lugar en el mundo. Esto, pues, resuelto en esta manera, pasó adelante el cardenal de Richelieu; y viendo que el malogro del buen estado en que llevaba las cosas de Alemania se habia ocasionado de la pasada del ejército del infante D. Fernando, encaminándose todo ahora á ajarle la reputacion y los alientos conseguidos en la colina de Nortling, y resfriarle en el amor de los súbditos, y anunciarle la gloria adquirida; y apear de la opinion á los vendidos en grandes regencias, que no consistiria la conservacion del País-Bajo en haber pasado allá S. A., porque habidos dos tan bravos enemigos, y conciliados, serian bastantes á cortar este nervio y deshacerle irrefragablemente; y tambien queria dar á entender, á los otros aliados vecinos, que él sólo bastaba á satisfacerlos de las ofensas recibidas, y tomar la enmienda consiguientemente: á esto envió al duque de Roan, calvinista de profesion, contra los tratados de Monzon y Cherasco.

Resueltos, el año 626, los dos reyes de España y Francia, con ejército y armas á ocupar la ribera de Chiavena, lugares y fuerzas de la Valtelina, contra la voluntad de grisones y venecianos, para que de nuevo se comenzase á sentir en Italia la voz de la herejía, imposibilitando á Alemania y á Flandes de que, por la defensa de la religion católica, pasasen allá españoles é italianos, ni que de allá bajasen á Italia las naciones de alemanes, tudescos, ni valones para enfrenar los tiranos y hacerlos contener en sus dominios, que cuanto aquí queria volver el estado de Milán y asediarte, no cargó con todas sus fuerzas, reservándolas para despues, y ahora encaminándolas á Flandes con poderosa ambicion de acabarte y sacarte de las coronas de la Monarquía española, como fundamento principal en que se levanta y apoya, resolviendo eubestir por muchas partes, y que faltase al Rey Católico caudal para tanto, y siéndole necesario acudir á tantas partes, no le fueron formidables los ejércitos para asistir á todas. Volvió de nuevo á conmovier al duque de Saboya, Vitorio, y le compelió



á salir en campaña, por la continua de su hermana á gastarle y meterle en decisiones, y á levantar 6.000 hombres entre infantes y caballos; á que respondió, cuando se le hizo requerimiento de parte del Rey Católico, que como degeneraba de sus obligaciones, de las que tenía Alemania y España, que mirase lo que hacía; respondió, que no se podía defender de las violencias de Francia, ni de la fuerza que su mujer le hacía como hermana de aquel Rey; dispuso para salir en campaña á cuantos pudo, y el Casal de Monferrat por plaza de armas; hizo rebelde al duque de Parma, y que tomase las armas contra el Rey y contra el feudo al estado de Milán. Aquí fué cuando dijo el Rey Católico, que el Rey Cristianísimo le engañaba, cuando vió coligados al principio de este año contra sí tantas armas y tantos enemigos; pero esto pudiera estar muy bien entendido y castigado. Finalmente, no se oía ni se trataba de otra cosa que de estruendos de guerra, formar ejércitos, abloacar plazas, de juntas y de consejos en esta materia.

Avisó de Milán el cardenal Albornoz, su Gobernador, á toda diligencia, de lo que pasaba, y aunque los genoveses entraban en la Liga de secreto, constreñidos ó amenazados, si ya no neutrales, pidió gente y dineros el Gobernador, por estar sin ella las guarniciones; socorrióse de España, y envióse mucha de Nápoles y Sicilia. El conde de Monterey alistó 6.000 napolitanos y 4.000 caballos para esperar el intento de los franceses y potentados; vino de Flandes D. Carlos de Coloma, hermano del conde de Elda, señalado capitán y de los más experimentados y antiguos de Flandes, para encaminar la guerra; pero con tan limitada comision, que no venia por Gobernador ni General, sino tan solamente por castellano del castillo de Milán; y con ser tan necesaria su venida y su persona, por los movimientos tan patentes y que se dejaban sentir, se paró en una posada y no tomó la posesion del castillo ántes de pagar primero la media anata, que eran más esenciales y de más calidad que las asistencias y cargos de la guerra los tributos, y nada de esto bastó para no acudir á

la necesidad y á lo que debía á español y vasallo; pero con sentimiento de que en Flandes y en Italia, cuando eran tan precisos los soldados viejos, lo antepusieran los visosños y los de menor esfera y ménos servicios, y les diesen en propiedad los mayores premios de la milicia, cuando no le faltaba á él calidad y opinion de excelente Capitan; al fin corrió la influencia que los otros (esto quíen lo alcanza?), y se le hizo después dejar la guerra y venirse al ócio de España y de la corte, porque el cardenal Albornoz, aunque era hombre de buen juicio, pero de ninguna noticia ni manejo en cosas de guerra, sin embargo, repasó los confines, levantó ejército y atendió al diseño de los enemigos con la prudencia y buen consejo de D. Carlos Coloma, en cuya reputacion se esperaban buenos efectos.

El duque de Parma, declarado al fin, en un banquete que hizo en Roma á los Cardenales, de la faccion francesa, aquel dia amanecieron en su puerta quitadas las armas de España y puestas las de Francia (gran gloria para aquella ciudad y los sujetos de ella); pero fué luego castigado con el azote de esta era, porque inmediatamente se le quitaron 50 ó 60.000 escudos de renta que tenia sobre ciudades del reino de Nápoles, y se vendieron para la guerra. Muchos y los más cuerdos juzgaron á este Príncipe por perdido y le dieron por tal, y él se dió toda prisa á perderse, empeñando sus estados para seguir el dictamen comenzado y su desatino, y que al fin no arribaría, ántes que vendría á dar en un miserable precipicio; y para disculpa de su yerro, á los aficionados á España en la corte romana, que le apreciaban de poco agrado y mal confidente, decía que habia escrito una carta al conde de Olivares y que no lo habia respondido, culpándole de desatento á la cortesía y el ser poco cumplido con los Príncipes forasteros, necesarios á la correspondencia en Italia: el mismo Conde publicaba esto entre los Ministros de Estado. Esta circunstancia no es de las que ménos necesita la Corona católica, y de atender con grande cortesía á los Príncipes potentados de la Europa que están á nuestra devocion y amistad

Y quieren, para cualquier accidente ó revés de fortuna, nuestra protección y alianza, ó para valerse de ella ó valerlos, que esto da á entender ser grande Rey ó grande Monarca, querer muchos nuestra gracia, ó ser dueño de muchos la urbanidad y correspondencia con los extranjeros. Quien quiera tener en paz y sosiego y en suma tranquilidad y templanza al gobierno de muchas provincias juntas, ó por hereditarias, ó por afectas, bien habrá leído en la política de muchos grandes varones, cuánto importa la grata y cumplida correspondencia con todos cuantos Príncipes tiene el orbe, y áun con los enemigos se gana mucha tierra y se les ha de buscar ocasion para mostrársela, si se la piden muchos. Con lo uno se establece y se cultiva gran seguridad en el Estado: con lo otro, el agradecimiento de lo que recibieron nunca mengua, ántes se reconoce y está en pié; por el contrario, si se procede con descortésia ó con descuido, todo cuanto se recibió ó se debe se extraga, y el beneficio y la esperanza se convierte en odio, que al primer son de caja se manifiesta y se pone en gran destemplanza la armonía del gobierno, que es precisamente á lo que entro muchas materias importantes se debe observar, y de faltar á ellas, se han seguido grandes ruinas en monarquías muy firmes en algunas edades y gobiernos, en supremas y mayores cabezas; y al contrario, ha habido, por felicidad particular de ellas y escelsa recida virtud de ellos, espíritus que se han señalado en traer á sí los Príncipes extranjeros, en agasajarlos, corresponderlos, hacer de los enemigos amigos y de los amigos confidentes, y tenerlos á todos sazonados para la atención y dependencia del Príncipe. A mi ver, la era en que más se lució esto con grandes ventajás, fué la de aquel gran rey, D. Felipe III, y aquel notable privado, el duque de Lerma, que en lo que más cuidaba, y gastaba mucha parte del tiempo y de la pluma, de los tesoros y de las presas ricas, en mercedes y en dádivas, era en asistir por su mano á este tan importante beneficio de la comunicacion y agasajo con los Príncipes confinantes y forasteros, y con los que estaban á la devoción de España, y á modificar la pasión de los que no la tenían. Así, hubo tanta

paz en el mundo, por la blandura de su natural agasajo y gran cortesía; tal, que se llevaba tras sí los hombres, y los cantaba con su cortesía y arte maravilloso de proceder, y pareció aquella era de las que celebra la antigüedad, que son admirables en la erudicion latina del gran Numa, de Augusto y de Trajano, y se puede llamar aquella la cuarta, del gran Felipe III, en que tanto se lució en el fervor de los afectos á la corona de España: por los buenos oficios que se le hicieron resplandeció la prosperidad, el respeto y la virtud del ánimo generoso sin contrastes, y en esto se gastó mucha parte del tesoro público; que sin este recurso no se pueden mantener prendas ni aliados, ni ascender á gran reputacion ni nombre, ni meterlos en casa.

Dispuso el rey de Francia la guerra en esta forma, y escogió cuatro capitanes, los mejores y más herejes, y los que guerrearon con su padre en las dependencias pasadas y guerras civiles de Francia (para lo de Milán, á Monsieur de Crequi), y comenzaron á descender por el Delfinado y la Saboya, y por tierras de esguizaros muchos y muy escogidos regimientos; y como ya dejamos dicho, el duque de Roan en Valtelina, ayudándose de grisones y bearneses herejes, y después de ocupada á Chiavena y la Riba, suprimió la villa y condado de Bormio y otros pueblos, y deshaciendo y despojando los templos, profanó con sacrilega mano los vasos sagrados de las iglesias, y con horrible ejemplo deshizo el metal de las campanas católicas para fundir artillería contra los mismos templos que profanaba y despojaba; sin ocurrir á que estos hechos eran horribles y sin temor de Dios: dispuso para Flandes al Chatillon, y al Mariscal de la Forza hizo se arimasen á Alemania y á la Lorena con ejército grueso, que asistiese á los coligados, les diese calor y aliento, porque no diesen que no se declaraba á campaña abierta y en guerra declarada, diese las manos á las ciudades libres del Imperio que estaban por él, las animase á proseguir y á emprender, se opusiese á los intentos de Galaso, duque de Lorena y rey de Hongría, y áun abriese el camino á mayores cosas; y, sobre todo, que

conservase lo ganado para los buenos intentos: al mariscal de Chatillon arimó el de Breso y duros cabos, encaminando á la frontera de Flandes 2,000 hombres, faltando ya á lo contratado con los holandeses y príncipe de Orange, en cuanto á que estos no serian más que 42,000, y sin cabos, porque él lo fuese. Quien vivamente discurre, por esta tropa de calvinistas, hugonotes y luteranos, que más parece expulsión, no pensará sino que se purgaba la Francia de herejes y detentores en favor de la seguridad de aquel Rey, y que el Ministro lo hacia de católico. El de Orange tenía ya su gente aprestada para marchar, tomando mucho dinero á los hombres de negocios, con intereses muy crecidos, para hacer este esfuerzo, municiones y vituallas y otros pertrechos, y quien dice que juntó ocho millones de florines, esperando á que el Rey se moviese, y que áun publicaba lo queria hacer en persona.

El infante D. Fernando se hallaba áun con 20,000 combatientes, cuidadoso y discursivo, y viéndose rodeado, murado y combatido de tantos y tan fornecidos escuadrones de enemigos, escribió al Rey el grande aprieto en que se hallaba, y, aunque la gente que he referido no era tanta, la intencion del francés y holandés, la mucha turbacion en que estaba el país, que le socorriese y enviase más gente y dineros. Quien dice que no fué respondido, y que para esto despachó un soldado que le dió al Rey una carta, en uno de los dias que salió fuera, volviéndoselo á repetir, y que le respondiese, que tendria á gran fortuna, segun se iban poniendo las cosas del País-Bajo, poder salvarse en Inglaterra ó verse en España. Lo primero que se entendió del francés, era, queria cargar á Cambray, por la inclinacion que el rey Enrique IV, su padre, tuvo á esto en la era pasada y despues que la recibió el rey D. Felipe II; mas reconociose de aquella plaza, por su fortaleza y otras buenas partes, que no lo conseguiria, que podria defenderse mucho tiempo con poca gente, que el enemigo se detendria allí, que perderia el ejército y se veria en necesidad de volver atras y dejar la plaza; que se atendiese en primer lugar á conservar

la gente que habia entera, y sin division, para combatir con ambos enemigos y hacer lo posible en mostrar valor. Lo cierto era, que todo estaba muy arriesgado por hallarse cercados por la una y otra parte de más de 6.000 hombres; pero obró el brazo poderoso de Dios.

Antes que se moviesen los ejércitos, los tenían tan fuera de sí y tan alterados la codicia y ambicion de arrebatarlo todo y abrirse camino para inmensas vías y astucias, y detinaban tanto, que de la ira de las espadas pasaron á las plumas, por entrar en todo; valiéndose de sus artificios y estratagemas para la sublevacion de Flandes, y poderla asir mejor, arrastrar la nobleza, las fuerzas y plazas más importantes, hacerlos rendir y desmayar y que cayesen de la seguridad y confianza en que los mantenía la suprema potestad de su Príncipe, asombrándolos con tan poderosos ejércitos, y traerlos á sí antes de entrar con las armas. Para conseguirlo con más brevedad, publicó el francés un manifiesto, de donde tambien enviamos los nuestros, inico y detestable, que espació por toda la Europa, que hiciese los mismos oficios en Italia que se pretendia en los Países-Bajos. Muchos grandes ingenios respondieron á él, de muchas partes y de nuestra España, con gallardía y espíritu notable; y alguno, debajo del nombre de francés, respondió agudamente, haciéndolos enmudecer y salirles los colores al rostro, si los que no tienen vergüenza y son insolentes, la tienen desenvolviéndoles sus maldades, pasiones y envidia, los falsos motivos de los movimientos presentes y atentados, y haciéndolos acordar de los afrentosos vencimientos pasados. El que mejor me pareció fué de un fraile mercenario, que despues hicieron abad de Santa Anastasia.

No es mi intento ponerme ahora y por menudo á responder á él, remitiendo al lector á los papeles y á los escritos que tan aventajadamente y con tanta erudicion y elegancia lo hicieron y ejecutaron; pero no puedo dejar, aun que de paso, de hacer algunos reparos en partes que me ha parecido á propósito no excusarlos aquí. Dáuse por ofendidos

de nuestros ministros, y en primer lugar, el que lo fabricó, entra con gran vanidad; y por igualarse con nosotros, donde hay tanta diferencia, hace su reino monarquía, y dice que ha recibido de ésta grandes ofensas, como si hubiera el Rey Católico favorecido y amparado los herejes y sectarios de su Corona, como él lo hace con el Rey Católico; ántes bien, desviados de las continuas importunaciones que en diferentes tiempos le han hecho por serle rebeldes, y no tan solamente no se ha dado orejas á esto, pero se ha rebatido su denuedo y descehalado la oferta, no por otros intereses que por no delinquir contra la apostólica y sagrada religion, á quien ellos han sido tan infieles agresores y hacen su reino monarquía. ¿Confesarémoselo grande, y por la copia de aliados poderoso, cuando los raros maestros de la geografía y estado, con ver la nuestra tan extendida y dilatada de Oriente á Occidente, y que es siempre asistida y rodeada de luz del mayor planeta, que tiene tanta diferencia debajo de sí de disíntas naciones y vasallos, áun no quieren que no lo sea por circunstancias que le faltan? ¿cómo lo consentiremos ni sufriremos que lo diga quien está muy lejos de tener nada de esto, ciñendo y comprendiéndose en un reino sólo? Dicen que han disamulado largo tiempo los celos y ódio que les tenemos, y el celo es justo, porque irrita á todo católico Príncipe verlos siempre caudillos y capitanes de herejes y rebeldes; y el ódio que les tienen, no sólo es entre nosotros, pero pasa á las otras naciones, y es por la vileza de su condición, y ruindad del trato y baja correspondencia, vicios que más que entre nosotros les hace aborrecibles en todo el orbe. Dicen que queremos descubiertamente oprimir los Príncipes aliados á su Corona; y respóndese que se pretende que no sean inconstantes á sus precisas obligaciones, ni tiranos como hoy lo profesan, disipando los estados ajenos y propios, tomidos con justo título y herencia de sus mayores; y otrosí, que reconozcan el culto del verdadero Dios, y metan los pies en los argumentos eclesiásticos, y reciban la ley de la boca del Espíritu Santo, y de su Vicario apostólico; y van discutiendo, y prosiguen que hemos querido desmembrar sus mate-

rias, descomponer sus provincias y divertirselas, y que no hemos podido, y fuera cierto, por pagarles en otro tanto, si no hubieran faltado en la fe y en el hecho lo que se ofrecieron á la ejecución, tocados los más de ellos de alevosos y cobardes. Pero arguyamos con más claridad, y digámosles que, si en este caso se ha pretendido algo, ha sido por haberlos visto á ellos adelantarse en estos arduos y estratagemas, que en nosotros, dicen, es falta de valor, como luego revolveremos sobre la calumnia y la traeremos á la melena: ¿qué potenciado les hemos conmovido, qué generales de ejército les hemos hecho infieles, como lo hemos visto de su parte en nuestros afectos y cabos? ¿quién ha trastornado al duque de Saboya, como vemos en el año de 37 al de Parma? ¿quién los electores, eclesiásticos y seculares del Sacro Romano Imperio? ¿quién, cuando estuvo el Rey Católico para abrasar la Velta, igualar al conde Enrique de Vergas y hacer inútil un poderoso ejército con pérdidas de plazas? ¿quién con dañados pretextos, más que con esfuerzo y valentía, desmembró, como dice el artífice de su manifiesto, las potentísimas legiones y cohortes de Alemania, alojadas y distribuidas entre el Danubio y el Albis, é hizo al caudillo deshacerse vanamente de su fortuna, faltar á la ley de vasallo con que lo habia hecho Príncipe, dar en el precipicio y en el yerro de que murió atravesado? ¿quién hizo al Gritz con los millones de florines del duque de Lorena, cuando los dió para defensa de su casa y Estado? ¿quién ha metido sus inteligencias en Constantinopla y en los Barisus de ambas Mauritánias contra la seguridad de las costas de España? ¿quién ha enviado los obispos y los frailes á mover aquella potencia contra Italia, y no contra las tierras de la Iglesia, aunque se incluyen en ella, y dice que es hijo amantísimo del Papa, y más que todo, que es el que tiene entera noticia de estos infames progresos y ha estado muy cerca de ver oprimida su dignidad y ajada por los ladrones y tiranos de Suecia, á instancias de este mónstruo que llaman hijo, que tanto monta, y que uno de sus ministros, vestido de la púrpura de su Principado sacrílegamente, es notorio que ha

dicho introducirá, por ver logrados sus designios y su aborrecimiento, la herejía en los pueblos católicos, y como dije para mayor asombro de los fieles, que el que tiene noticia de estos hechos sea padre de hijo tan escandaloso y abominable, y se consiente llamar padre? Y corriendo por mi discurso: ¿quién pasó á la Persia sus comisarios á concertar las cabezas del mahometismo contra la cristiandad? ¿quién al tártaro, y últimamente al polaco, introduciendo paces infames entre persas y turcos, entre estos y polacos, entre herejes y católicos, entre unos bárbaros con otros, contra el buen uso y órden de la naturaleza y los derechos, por el fin de sus particulares propios, por extinguir la religión y la tranquilidad de los nuestros? ¿quién ha embestido los castellanos de castillos, gobernadores y magistrados de los fuertes y plazas, si no es para robarlos y sacarlos de la potencia española? ¿quién trajo y solicita los septentrionales otra vez y muchas á la insidia del Imperio? ¿quién abriga y es fautor de herejes y rebeldes? Pues si de todas estas maldades son cabezas, ¿por qué desatentos á la razon y á la verdad nos prohibian sus errores?

Dicen que faltamos á la paz, y son la misma alteracion y discordia; que somos guerreros, Dios nos dió esta honra sobre la injusticia, y son ellos los revolvedores y los que la mueven con impiedad; que habia olvidado la Francia sus antiguas querellas, y son sus principales bullicios por la envidia de nuestros acrecentamientos. Acomúñanos sus oficios, por cubrir sus maldades con la capa de la inocencia, y fueron ellos los que en el reino de Nápoles no guardaron lo capitulado con el gran Capitan. Dicen que nos han asistido, y no digo que es falso, pero no concedo lo que ellos pretenden, porque no recibo yo en cuenta que D. Enrique, rey de Castilla, se valiese de algunos pocos franceses contra su hermano D. Pedro: hánnos asistido con el engaño y la cautela, y á nuestros émulos con las armas; tanto, que si no se hubieran entrometido en esta cizaña y auxilio, no tuviera España enemigo que no estuviera relevado, y Holanda caído de su rebeldía y postrada la cerviz al Príncipe. Dicen que somos ambiciosos, y no pueden ellos satisfacer la sed de

lo ajeno: véndennos el efecto de la tregua de los Estados rebeldes con los países obedientes, y fué que Enrique IV vió al rey de Inglaterra, Jacobo, hecho á la paz con España y que él estaba necesitado y falto de dinero para poderlos acudir, deseando, ántes que otra cosa, asistir y pacificar la reciente Corona que habia ganado por arraigarse en ella; porque mudó religion y matrimonio ántes que pacificar las pasiones forasteras, y porque le dijeron los holandeses, impugnándolos á que no viniesen en la tregua, que no podian dejar de abrazar la comodidad que les ofrecia, por no poder pasar adelante con la guerra, estar consumida la gente y acabada, los tesoros gastados, hundidos y agraviados con empuños y gavelas, y cansados los auxiliares en la continuacion de los socorros, reconviénnos con fábulas, de que les debemos mucho en las primeras revueltas de Alemania con el Palatino del Rin y conservación del Imperio; como si en la batalla de Praga se hubieran hallado en favor del César algunos de sus regimientos que en su nombre militaban en Holanda. Solo su embajador, prevenido de ambigüas y contrarias materias, no declaróndose totalmente con el Palatino, por pasiones cuvejeidas entre ambos, disuadiéndole que no habia de ser rey de Bohemia, á cuya causa no puso gente ni la ofreció al César para que el intruso Palatino se conservase en la tiranía, cuando vió en miserable estado la rota y fuga de su ejército y persona, se introdujo el tal embajador, por no dejar arribar la victoria al glorioso fin que descaban los fieles, á engañosos tratados de paz; á que luego, reconocido el pensamiento, se le cerró la puerta y se le puso inviolable silencio, con expreso mandato del emperador Ferdinando II, anteviéndole la malicia, que cuanto quiera que no quería ver rey al Palatino, tanto poco le placia que el César recobraso á Praga ni la corona de Bohemia, ántes confundir y compantalar á entre ambos: forman querrela, y quieren que sea beneficio lo referido, de que estamos muy léjos de entenderlo. Así que ocupamos la Valtelina quieren tomarla ellos, y la han tomado con la injusticia que se ha referido: la Valtelina se puso en libertad por la tiranía

do grisones y por haberles querido quitar la religion, ántes que por otro interes, ni ocupar aquel paso, ni como ellos lo sienten; pero sea por todo junto, que todo le es lícito al mayor y más fiel Príncipe; por esta causa se valieron del Rey Católico D. Felipe III, Monarca en grandeza de religion y majestad no comparable á ninguno, para que los defendiese con las armas y los librase del yugo luterano y de otro herejía como lo hizo, y como más relevante espada de la Iglesia; obligación á que todos debíamos atender si fuéramos los que debíamos. Dicen que no se compellieron á dejarla por la guerra que nos hicieron, y es falso. El Rey Católico, D. Felipe IV, que poco despues de este caso sucedió al III, por no encender en alteraciones la Italia, la puso en tercera en manos de Urbano VIII, Pontífice que inmediatamente ascendió á la Silla de San Pedro; y en las primeras digresiones, sin dar ni justa ocasion ni sospecha, como ellos dicen, para ligarse con Inglaterra, enviar armadas á Cádiz y meter ejércitos en Italia, la entregó el Papa á los franceses para portar con más comodidad hacer hostilidades en el milanés. Esta fué la guerra que nos hicieron, retirándose el duque de Saboya del ejército Real, acudido del duque de Feria; volviéndose Monsieur de la Diguera desde las vertientes de los Alpes, cuando vieron un Príncipe mozo que juntaba armas y soldados, dejaba su domicilio y salía á Barcelona, temiendo que habia de ser el terror de sus pueblos y coligados. Voy excusando y dejando mucho, porque si se buhiera de responder á todo, no dejaríamos nada á los que, particularmente y muy despacio, han tomado esta defensa á su cargo; pero ya he dicho que me remito á las defensas mayores y más ámplias.

Relicren que hemos hecho interpresas en la Saboya, en tiempo del duque Carlos, y dan una causa muy vaga y superticiosa: mientras, dicen, fué aliado de la Francia, si diera licencia el Rey Católico, D. Felipe III, á sus capitanes D. Juan de Mendoza, marqués de la Inojosa, y á D. Pedro de Toledo, marqués de Villafrauca, acabaran con el Piamonte y la Saboya el día de las colinas de Aste, y el de la toma de Berceñ por sitio y por

asaltos, que no por interpresas, sino por gallardo esfuerzo y valentía de ánimo ejecutada en los franceses. Y áun no bien contento el Villafrauca, deseando acabar con aquella revolucion de Italia y con aquel Duque, mandó marchar á Turin y hubo orden de parar; pues era grande la piedad de aquel Rey, y tanto, que excedía á todo humano desagradecimiento, y era benigno con los que se le humillaban: y esta guerra no era por otra causa sino por que ningún potentado se atreviese á sojuzgar por fuerza las tierras del otro ántes que se sometiesen al juicio legal y estuviere á derecho. Esto es hacer justicia y desterrar la iniquidad de los tiranos, y en esta forma, el prodecesor, atendió por el Imperio á la verdadera accion del Mantuano y Monferrat y ponerse delante, como feudo imperial que ora, de donde, manifestándolos y restituyéndolos, los habian de recibir; pero el haberlos obligado no los hizo mejores, y el duque de Saboya no tenia derecho al Monferrat, sino á querer altarar la paz de Italia, que tanto habia que se gozaba; y si por franceses, como ellos dicen, sea por franceses, que la prudencia enseña que me sopa cauterar de mi enemigo. Si se buhiera de estar por lo primero, en mi juicio, no hubieran ellos hecho pié; así como ahora, lo que se les dió de gracia, sirve de plaza de armas contra la seguridad del estado de Milán. Que armenos nuestros aliados como él arma los suyos, es una de las reglas de buena política. Insinúan que hemos méido inteligencias en las cabezas de los herejes hugonotes de su reyno por formar un cuerpo perpetuo de rebelion. Respóndese, que es castigarle en lo mismo que enseña y plática que ha introducido, y esto lo que han pecado él y su padre tan escandalosamente; y esto no quiere decir que se touaba contra la religion católica, sino cambiar un maleficio con otro, y castigar con el mismo ejemplo malo que él da en el mundo: á lo de ser lícito conmovier los de Holanda, los protestan desde Alemania los zuinglios y calvinistas de Suecia, y no á nosotros los que tiene dentro de su reyno y los que él mantiene en su casa. Gran dicha fuera si se pudiera desarraigar una mala semilla con otra peor, porque en el combate perecerían todos; como recibimos recibian, que

no dirán, á lo ménos, que los recibamos sino contra el escarnio.

Háennos cargo de haber amparado á la Reina madre y al duque de Orleans, su hijo, cuando no pudiendo sufrir las des-cortías del Privado se obligaron á la liberalidad del Rey Católico en el País-Bajo: las obligaciones de cortesía y parentesco, y el ser cumplido en ellas, no se han de desazonar con la calumnia, ni se han de hacer injurias. Atendiendo á esta gran magnificencia, muchos Príncipes, desdenados y desvalidos por los franceses ó por sus aliados todos, corrieron con des-embarazo á ampararse de su clemencia, y fueron largamente agasajados en sus expensas Reales, como siempre lo ha acostumbrado España, y mantenidos en ella. Dénnos alguno con quien ellos hayan hecho esto; con los que han sacado á la campaña en apoyo suyo, cuanto quicra que les ha sido adversa en muchos trances la fortuna, los han dejado en ella percer y no los han aliviado del peso que les cargaron, cuyas quejas y áun denuestos se las han puesto en las orejas. Finalmente, nos achacan sus culpas para hacernos odiosos á todos, no reconociendo que son el aborrecimiento del mundo, que no los han sufrido en ninguna parte, ánies, arrojados afrentosamente de todas aquellas donde se han pretendido afirmar, y en esa misma manera lo harán aquellas adonde se quisieren hacer tiranos, por que su mal estilo y proceder injusto no los admite por compañeros, cuanto y más por señores.

Dicen que nuestros artificios han sido, en todo tiempo, mucho más de temer que nuestras fuerzas, y es al contrario; mucho más tienen nuestras fuerzas que nuestros artificios, y porque siempre los han faltado á ellos en todos los legares que han contenido con nosotros, temiéndolas ahora, han estudiado más en aquella ciencia que en el valor, desconfiando dél para con nosotros; pues por lo que han hilado estos años pasados, no igualan á los engaños y estratagemas de los griegos, pues todo ha sido mover é inquietar, con persuasiones y mañañas, los Príncipes infieles de la Europa contra la potencia española y alemana. Y es cosa muy para reir y admirar, que

pareciendo hombre de noticia en lo que se ha dejado decir, y sujeto escogido para fabricar y componer manifestos, materia, á mi entender, que pide delgado ingenio y agudeza, pero también verdad y razon, haya ignorado la historia totalmente, siendo de lo que más necesitan estos estudios, se hácen sordo ó desvaría como en lo demas; ó no ha leído nuestros anales ó comentarios, ó los suyos, aunque sean apócrifos sus historiadores, trasladados á Pedro Mateo y otros inverosímiles cuando no lo callan los italianos amigos suyos, como Jovio y Cuichardino y otros muy diligentes en la narración historial de las cosas de Italia. Preguntóle: en la entrada primera de sus gentes en el reino de Nápoles, ¿quién dió sepulcro al duque de Nemures, su general en el Barleta, quién los hizo pedazos, sin embargo de haberse quemado la pólvora y su artificio en la Chirinola, sino los españoles, asistidos del gran Gonzalo Hernandez de Córdoba, que animándolos, les dijo, comenzándose la batalla y defraudados de aquella ayuda por un italiano, que acometiesen y no desmayasen, que aquel sucesso y accidente eran luminarias de la victoria? ¿Quiénes les deshicieron en el Garellano; quién prendió y sepultó á sus mayores caudillos, Monsieur de Alegre y el de la Galicia? Fuera largo de referir lo mucho de que hay que avisarles; ¿quién, en la contención de la Lombardía debeló tantos ejércitos franceses? ¿Quién hizo á Francisco, su Rey, mal contento de sus capitanes cuando los veia volver rotos y desbaratados por los españoles, y porque uno de ellos le dijo que pelecaban como á diablos ponerse en la campaña, cuando el ejército imperial queria retirarse de Pavia por el gran número y desigual de franceses, si ya no fué por falta de dineros y vituallas, y preguntándole al Monsieur ó Mariscal que so lo habia dicho, dónde están aquellos diablos, y diciéndole «vos los topareis,» cuando se vió preso en la batalla, confesó aquel dia, siendo el más glorioso de nuestra nación, que no habia llegado á parte donde no habia topado arcabuceros españoles? Pregunto si esto es puramente valor, potestad de fuerzas ó artificio como tu diceis. Dejo ahora las otras memorables batallas y victorias conseguidas en Navarra,

fronteros de España y Flandes; la toma de San Quintín, las otras plazas de Picardía, del Boloñés, de la Bretaña, que volvió el rey Felipe II por dos veces á Enrique II, su suegro, y al IV, tomadas por fuerza y por asaltos, que remito á los verdaderos comentaristas de D. Carlos Coloma, que remito á los los españoles aquel Rey y como los reconocia. Seria innumerable hacer epilogo de sus vencimientos, si por menudo se refiriesen todos; pero tropieza en su misma pasion y resbala, de ofendido en nuestra era, que es donde han pretendido lucirse con lastimoso despecho de nuestros capitanes. Pasen por esto, pues pasamos por lo demas. ¿Con qué afrenta no dejaron al Casal de Monferrat, y los franceses que se hallaron en el socorro de Norteling en favor de los protestantes y loreneses? ¿Con qué desmayo dejaron allí las vidas con sólo el nombre de que se hallaban en el ejército 3.000 españoles? ¿Cómo les ván arrojando de las demas plazas imperiales, con segundas más por trato y artificio, que por verdadero valor? Su Príncipe, que tanto nos le cucarecen, ¿qué batallas ha vencido, qué plazas fuertes ha tomado por escalada, mas que usando la Lorena con medios ilícitos, engañando á los segundos señores flacos y de inferiores fuerzas, los de la Alsacia, tirano en el Casal de Monferrat, con su mismo deudo y vasallo? ¿Por quién tomó las armas, estafando al duque de Saboya en Piñañolo y Susa con los artificios del Richelieu mas que con el valor y las fuerzas? ¿Quéjense de la milicia que tenemos en Flandes y que queremos establecer allí la silla de una guerra inmortal, y que ha destinado España á Flandes por sus plazas de armas, y son ellos los que fomentan la rebelion y los rebeldes para trastornar el Estado; y habiendo sido, hasta ahora, los gastos encarecidísimos y gustado de tanta insidia, como ven que la plaza de armas de Flandes no sólo asiste á enfrenar los holandeses, sino á los otros desigpios de los bullicios de Alemania, sus aliados, y castigar en la frontera los atrevimientos de la Francia, ahora que han querido salir de sí y sojuzgar las tierras del Imperio, y que el infante D. Fernando, con la ocasion de pasar á Flandes, los derribó de mucha parte de

los cimientos que habian levantado en su tiranía, con los soldados que levantó para ello, le aborrecen, y porque de aquella parte se acude á las demas, ya la reconocen estorbo para sus materias y saca en público teatro, con intencion dañada, que se reconocieron por países libres, siendo así que no se extendia este modo de hablar sino hasta el fin de la tregua, que por no tolerarle largo tiempo se limitó en el término, no más que de doce años, se volvió á las armas y se revocó el artículo no queriendo pasar por el Rey Católico D. Felipe IV, por no poder ser perjudicado en estos derechos, y el III lo firmó sin su voluntad, y el duque de Lerma no lo votó, ni los demas de aquel Consejo quisieron venir en él, y lo disminuyeron por las demasiadas importunaciones del Archiduque Alberto; y cuanto quiera que sea el cronista apasionado de nuestra razon de Estado y se explaye en describirla y declararla al mundo, no nos hemos de correr de que nos tengan por avisados, porque el principal punto del Gobierno es ser cautos y prudentes, y entre los artificiosos no hemos de ser ignorantes. El Consejo y la espada hace á los Príncipes grandes y de maravillosa reputacion y autoridad entre los mayores.

Invoca á todos los Estados y solicita á los vecinos de la Europa contra nosotros, y hace, para traerlos á sí, gran ostentacion de soldados y que pondrá en campaña 150.000 hombres, para amedrentar los unos y atraer á los otros por fuerza, y volver al error los escarmentados; mas despues de haber narrado y hecho epilogo de cosas indiferentes, falsas y ajenas de toda verdad, ántes llenas de incertidumbre y desengaños, paliadas y cubiertas con falsos y especiosos colores y retóricas, para llevar adelante sus cautelas se acaba de declarar, derrama su veneno y su codicia, como bestia ponzoñosa hija de toda discordia y maldad, y fenece diciendo, para aterrar el País-Bajo obediente, y pasar á dominar el rebelde, que á todo tiraba, como alguno lo discurrió, á asir y usurpar ambas riendas de aquel dominio; fundamento en que le parecia correria mejor á sacar desde allí á los Príncipes de la Casa de Austria, la Alemania y la Italia, y hacerse señor de la Europa por el ca-



pricho y la fantasía de su Privado, que para tenerlos asidos y mandar á los Reyes los aferrasen con esta rémora, y los aducen y encantan con esta sirena; sacando de aquí por motivo, que podría tomar enmienda de las ofensas recibidas tan largamente de los españoles, y les quitaria el laurel de la frente, destrozaria la Monarquía y la pasaria á su cabeza. Digo, pues, que encaminado, no á otra cosa ni á otro diseño que á sublevar el País-Bajo, con los artículos y acuerdos repetidos, exclama y dice que, el derecho de las gentes violado por el ultraje hecho á nuestro muy caro y muy amado primo el elector de Tréveris, en que son interesados todos los Príncipes de la cristiandad, salió él sólo á la causa, porque lo sacaron de las manos aquella ciudad y arrojaron la guarnición de franceses que injustamente tenia en ella, y pasa adelante la sorpresa de su villa, capital donde vivió en reposo, y habiánsela quitado contra el derecho, que publica el autor del manifiesto, contravieniendo á los privilegios de la naturaleza y del imperio; y sigue su tema, que habia puesto debajo de nuestra protección en tiempo que no lo podia recibir de ningún otro Príncipe.

Aquí se contradice, y supone que eran interesados los Príncipes de la cristiandad; y es engaño, que á todos les pesó que se introdujese en lo que no le tocaba; pues para resguardarle del suceso como él lo fingió, el Rey Católico tenia acordado esto, como queda ya referido en su lugar, y quien se lo quitó á él la defendiera del suceso; pero porque maliciosamente se pasó debajo de su protección, y violó los decretos de la patria y las inmunidades imperiales, por dar entrada en su tierra á quien no lo debia hacer, teniendo para mí que lo hizo del miedo de la insidia, y no ser echado de ella ignominiosamente, va discutiendo, corre la pluma y dice la negativa de su libertad, con equívocos injuriosos que parecen que nos hacen autores de su cautividad; y no se hizo esto á otro fin que á ponerle en ella y sacarle de la esclavitud infame en que le habian puesto: argumento claro de lo que se le oyó decir, cuando se vió en Namur, que no acababa de dar

gracias á Dios cuando se veia fuera de la crueldad y tiranía de franceses. Sin embargo, quisiera que me dijese por qué honestos títulos lo tocaba esta diligencia; descubriéndose claramente, que no tiene otros más justos que los de tirano. Y prosigue, como para aumentar la ofensa que se nos ha hecho: tomando una plaza donde habíamos puesto guarnición para la guardia del dicho nuestro primo, y á su ruego, claro está que esta entrega no fué sin cautela, y que no se podia entrar en ella sin auxilio, porque como pecado gravemente cometido contra las ordenanzas de la Cámara imperial, pedia enmienda y satisfaccion. Pero si no lo cometiera, ¿de qué se habia de guardar quien ya lo estaba, por el Rey Católico, de órden del imperio, del elector de Baviera y Maguncia? Reconociendo que no se habia rendido sino por amenazas de que los sucesos habian de abrasar su tierra, y que no habia de poderse defender, siendo él el que se los traia y metia por las puertas, como si dijésemos, «rindeme la casa, porque si no, traigo ladrones que te la robarán,» en su prosecucion dice adelante: ellos á la rabia de la agresion quisieron añadir desprecios, teniendo prisionero un Arzobispo elector del Imperio. Preguntémosle cómo le tenia él; pero no querrá repetir tantas veces que á él no le toca esta direccion, y todo cuanto en esto se pudo responder, que ellos llaman mofa de engaño y suposicion nuestra, no fué otra cosa que insinuar y dar de mano al entretenimiento. Luego dice: tantas injurias no han permitido dilatar nuestro justo resentimiento, y no pudiéramos acordarnos de la gloria que nuestros predecesores adquirieron en tan largos viajes y peligros, guerras intentadas por mantener la honra de esta Corona y defender sus aliados, ni nos moviéramos con su ejemplo, ni entenderíamos que mandábanos á esta nacion belicosa, que ha sido siempre el acogimiento de los afligidos y el abrigo de los Príncipes oprimidos: si nos leyesen se avergonzaran de lo dicho, y verian los Príncipes que hoy tienen agravados y destituidos de su comodidad, y aún de las vidas. Si dijera de rebeldes, de tiranos y de infieles de su protervia y desacato á la Iglesia y á sus señores naturales, pen-

sáramos que hacia legítima y verdadera confesion de sus yerros.

Prosigue, y ántes de esperar los efectos de la guerra, acomete, y se los da por gloriosos, siendo tan adversos para él, para su crédito y para los suyos, como veremos en lo tocante á Flandes é Italia, y á la armada naval, que aunque maltratada de recios temporales, oirá el fin que tuvo. Publica, pues, la guerra al Rey, á los súbditos y vasallos; pretende tomar satisfaccion de las ofensas recibidas desta horrible materia de estado; publica menguas cuando se aspira al universal señoría; invoca la proteccion del cielo y tiéncle gravemente ofendido con la inundacion de herejes que há hecho en Alemania, profanando los altares y las imágenes sagradas y las aras, extinguendo los Sacramentos y quitando el uso de ellos á los fieles, desterrando los religiosos, que fugitivos y peregrinos, buscan más aína el refugio español que el francés, porque ven de donde les ha venido el estrago y donde esperan la general ruina; ofrece que con sus armas establecerá la paz de la cristiandad (y usa de los medios contrarios á ella); convida y exhorta á los Príncipes éítados y repúblicas que toman las armas y se junten con él para entrar con fuerzas en las tierras amnazadas, asaltar y sorprender las villas y plazas que están á la obediencia de la corona de España, tomar dineros, contribuir á tulla y tratarlos segun las leyes de la guerra; prohíbe la comunicacion y el trato, y el pasaje de Francia para España, como de España para Flandes, que era en lo que fundaba ahora grandes intereses y materias; resuelve, en conformidad del tratado y el pasaje, y llama para esto, y ayudarle, á los burgueses de Holanda, tratantes y mercaderes, gento baja y rebelde, despues de invocar su auxilio, siendo herejes públicos; se ajusta mucho de conciencia; publica que por una guerra pública establecerá la paz en la cristiandad; y en otros designios de su manifiesto, los llama sus mayores y grandes aliados y confederados á los señores éítados de las Provincias Unidas del País-Bajo, sin atender por aquí que disiente de lo que dice,

se contradice y falta á la verdad y á la justicia, estraga su opinion y sus obligaciones, y miente en cuanto propone y publica, dejando vaga y elegible su defensa: pasa adelante y corre con su maldad, desembózase y dice que quiere juntarse con ellos, pretendiendo engañar á súbditos y rebeldes y hablar con todos, que es al blanco que tira, tocado de sedicioso, por el uso y la comunicacion de los tales, que él los librará del mal tratamiento de los españoles. Admirame que segun está de doliente y ambicioso, no expresase aquí los suyos, y quien nos librará de los que insinúa; y sin poder contenerse de soberbio y tirano, ántes de tenerlos comienza á mandarles, que entrando ambos ejércitos las villas y los pueblos retiren á los españoles; y hablando más claramente, quiero decir que se levanten, rebelen y echen fuera las guarniciones, pierdan el respeto y la obediencia al Príncipe, y que dentro de dos meses de la declaracion del manifiesto, las provincias quedaran juntas y unidas en un cuerpo de estado libre, con todos los derechos de soberania que los amparará y defenderá durante la guerra; dejará con las franquezas autoridades, y en su libertad, pídeles las villas más importantes por rehenes, y que contribuyan para la guerra, y pónelos el yugo delante, y los dos más principales nervios del dominio y señoría; y con estos medios de usurpacion les promete la libertad y el librarse de una guerra enfadosa, sacándosela de las manos á los que la quieren hacer inmortal: ofreceela así á la gente noble como incentivo para que tomen las armas, se asuelen y hagan pedazos; y con esta máscara de libertad, como si no se la procurase el señor verdadero y de más humanidad y clemencia, quiere ver arder aquellos pueblos, como los de Alemania, y más contento de todo lo referido, con pretextos ferocísimos para desampararlos, los amenaza, y que correrán por su cuenta los daños, siendo más fácil y más útil dejarlos en sus domicilios gozando de la paz todos sus Estados, y la observen los súbditos, pues nada de lo que les promete les falta, mandándole publicar y fijar. Y concluye, que se ejecute en todas sus colinas y provincias: su data á 6 de Junio de este año.

Publicado este manifiesto por toda la Europa, las revueltas y prevencciones de armas eran grandes, las juntas y consejos muy continuas; estaba el francés prevenido con su ejército al confin de Flandes para entrar, y había salido de Paris para hacer alto en San Quintin; el holandés esperaba ya en el suyo confin, para calarse por la tierra y obrar conforme nuestra disposición en Alemania; el rey de Hungría y Boemia, y el duque de Lorena, Carlos, recobraban lo que podían, y amenazaban con Galaso á la Francia; mas nada de esto tuvo efecto, descañdolo todo el mundo. En Italia se juntaba mucha gente, armándose repúblicas y potentados, ocupando, como se ha dicho, la riba de Chiábena, y tapando aquel paso para socorro de alemanes; pero á esta hora, cada uno se había menester para sí: por esta otra parte se pretendía que los genoveses no diesen escala á los españoles, como si el Rey Católico no fuese señor del puesto de Finalo, capacísimo para proseguir á Milan y tener asidos y ocupados todos los tránsitos de nuestras armas para atacar las provincias, y que no nos pudiésemos mover, socorrer ni socorrernos. Fortificábanse los puertos del Golfo y de la Proenza, por temor de la armada que disponia el marqués de Santa Cruz en Sicilia.

En Barcelona se labraban pontones y gabarras, ó á manera de ellas, capaces de embarcar 6.000 hombres, que tirados de galeras, llegasen donde ellas no pudiesen, para echar gente en tierra á su tiempo; disponíanse petrechos de entrar y acometer; señalábanse capitanes para empresas secretas, sin verse ninguna de memoria: en Vizcaya, Navarra y condado de Rossellon, y todo cuanto se contiene en los Pirineos, se había puesto gran prevención y gente: el conde de Monterey tenia el ejército aprestado y orden para pedir paso al Papa por las tierras de la iglesia; mas todo esto era por saber y penetrar su condicion sin haber otra novedad. Reconocíanse navios en la Bretaña, en el Ponton y en la Guicna, que corrían las costas de Cantabria, Montaña y Galicia, pero pocos y mal armados, como tambien por el otro lado en el Golfo de Narbona, esperando por horas, Marsella, Tolon y Flesu, la armada de gale-

ras y de navios de Sicilia, confiados en que los avisarian los genoveses, que faltando después en la ocasion se quejaron de ellos, y contra aquella armada movieron las escuadras de Argel y la Goleta, que descurrían por Italia para dañar en los puertos de Sicilia y Nápoles.

El infante D. Fernando, aprestada su gente y atento á los movimientos presentes de los ejércitos, ántes que se moviese el de Holanda, quiso tomar por interpresa el fuerte de la Filippina por quitar aquel padrastro de Amberes y áun de Brujas, y sin embargo hacerles algun mal que les doliese: envió su Alteza á reconocerle, y muchos fueron de parecer que no se tentase nada ántes que las fuerzas que hubiese se dividiesen en dos trozos y asistiesen á los dos enemigos. Quién dice que un oficial de D. Martin de Aspe, secretario de Estado y del despacho de S. A., dió aviso al de Orange de lo que se quería intentar sobre la Filipina, y que la reforzó; con que entendido todo no se hizo nada, ántes perder alguna parte de gente.

Entró el ejército francés, como se esperaba, por el ducado de Luxemburgo, al condado de Namur, y reconociendo el desierto, S. A. real mandó salir de allí al elector Arzobispo de Tréveris y que le llevasen á Amberes, y escogió 8.000 infantes de su ejército y 2.000 caballos del país: la infantería, parte de ella española y parte italiana, se dió al príncipe Tomás, y por compañero en la guerra á D. Manuel Pimentel, conde de la Vera, y la caballería al conde de Buque, y lo demas quedó con S. A. y con el marqués de Aytona, para atender al de Orange. Iban en este pedazo de ejército mucha gente principal y soldados viejos, particularmente españoles: esperaron á la entrada del condado de Namur; aquí toparon los corredores del campo y comenzaron de escaramuzar con ellos, y como vieron tan grande ejército y tan superior en caballería ó infantes, petrechos, artillería y bagaje, pasó la palabra por todo el país y se divulgó que iba tanto contra enemigos como amigos; y así lo receló el príncipe de Orange, y dispuso la guerra á su modo, cuando vió se había excedido de lo tratado y que el número de los soldados pasaban dos veces más de los 42.000

hombres, y tan buenos generales que él había excluido. Porque tambien nuestra poca gente reconoció un ejército de 40.000 hombres, aunque no desmayó, y tambien la temeridad de quererse poner en defensa al opósito y en batalla con tal desigualdad de número, entróse en consejo sobre lo que se haria. El príncipe Tomás decia, que no se acometiese: contradijolo el Pimentel, resuelto á ganarse ó perderse, segun el estado de las cosas, por el valor y la honra que ardia en su corazon; porque la retirada, si se reconoció peligro en ella, mucho más con volver á Namur y encerrarse en sus murallas con peligro de ser sitiados; y si el enemigo pasaba adelante los dejaba cortados, porque su intento ahora no era sitiar, sino correr á juntarse con el Orange y hacer tremendo número de soldados. S. A., si bien se habia puesto en Tirllemonte con la resta del ejército, que dicen no era mucha, no podia alargarse tanto ni darle la mano tan aprisa que no dejase todo lo demas expuesto al brío del holandés, que esperaba tanto de Mastriq, haciendo aparicion de juntarse con los franceses y con el mariscal de Castillon, su general: finalmente, se resolvieron á pelear y morir como valientes. A la primer arremetida de la caballería flamenco, informada de la opinion de la francesa y que pasaba de más de 5.000 caballos para 2.000, dando la primera carga, no queriendo dar vuelta á toda rienda, volvió las espaldas con su caudillo. Diferentemente murió su padre en Bohemia, y con más honra, asaltado de algunas corazas enemigas, habiendo alcanzado gloria inmortel en la batalla de Praga contra Federico, palatino del Rin, echándole de ella y restituyendo todo el reino al emperador Fernando. Destituídos los nuestros de este socorro y desamparados, sin embargo mostraron el corazon y las manos, comenzaron á pelear con los franceses y hacer daño conocido en ellos; mas el ejército era tan poderoso y tan grueso en gente, que no obstante de que los nuestros hacian el deber, el número reconoció tan excesivo, que se vió clara la dificultad; rotáronlos, y cogidos en medio y ya sin orden, y apretados, con las espadas en las manos les daban voces que se rindiesen, y ellos, encendidos en cólera,

como leones, hiriendo, matando y recibiendo heridas, muertos ya mucha parte de ellos, decian que no querian; ofreciéronles partidos y que se diesen; dijeron se habia de capitular primero y se les habia de conceder muy ventajosa en honras y en otras circunstancias. Capitulóse, pues; cosa jamás vista, y que admiró mucho á todos los soldados viejos de Flandes, de que fuese en la campaña, y al primer arvor y con las armas en la mano.

El príncipe Tomás hizo el deber aquel dia, no queriendo retirarse una vez arrojado á pelear, sacándole por la gola de entre los caballos del enemigo que le tenian á pié y en el suelo defendiéndose; con toda la honra que pudo pasó á salvarse á Namur, que de otra suerte fuera despojo miserable del rey de Francia y de su indignacion, por no haber aprobado la Liga con su hermano el duque de Saboya en Italia, que fué la causa porque le dejó, y porque le parecia que se habia sometió bajamente al infame yugo de los franceses, admitiendo guarniciones en sus mismos pueblos. Fueron muertos de los nuestros 500, y 600 heridos; perdieron aquí la honra algunos hombres de cuenta, por haber oido que la tenian ántes; fué preso D. Manuel Pimentel, conde de la Fera, los dos Maestres de campo de españoles y de italianos, Ladron y el marqués de Frondato; fué tomada la artillería, el bagaje y los papetos del secretario Galarreta con la cifra; fueron degollados del enemigo 4.500 hombres, y los presos fueron llevados á Masirig y dados en guarda al príncipe de Orange.

Puso esta pérdida á S. A. en grande cuidado, y en suma afliccion á todo el País-Bajo; pero estaba bien clara de entender y de sentir, é hizose lo que se pudo. Envió el rey de Francia al Infante un rey de Armas, con un cartel pidiéndole la restitucion del arzobispo de Tréveris, y no le quiso tomar, y amanecieron otro dia muchos de ellos fijados en las calles de Bruselas, por mano de franceses: mandó responder á él con más agudeza y denuedo del que ellos quisieran, pero en la rota de nuestra gente y potencia grande de los enemigos, las villas abiertas estuvieron para admitir las condiciones del

ecias particularmente, que no fiándose de su poca fortaleza, tomaron sus haciendas, hijos y mujeres, y se retiraron á Gante y Amberes; y esto con más agonía cuando los mercaderes católicos de Holanda escribieron á los de Bruselas, y otras plazas abiertas, que ántes de verse saqueadas y expuestas al fuego y al robo sus haciendas, se acogiesen á ellos, que los ampararían. Este aviso, que pareció ardid del enemigo, para mayor turbación y sobresalto y ponerlos á todos en desesperación de salvarse, no dejando por cometer ninguna maldad, despobló á Bruselas; y si bien no tomaron tan danoso consejo, como pasarse á las tierras infieles y enemigas, se acogieron á la más pronta defensa de la patria; y para llevar las mercaderías y haciendas, un carro que ántes valía seis patacones, que son reales de á ocho, llegó á valer 200 ducados por un día de viaje, y era menester andar á puñadas para asirle.

Convocó el Infante las fuerzas de todo el país; las villas de más nombre le socorrieron con todo lo que pidió, así de gente como de dinero y vituallas, se pusieron á su lado; y las compañías de las Bandas, porque el ejército francés fué corriendo la ribera de la Mosa, quisieron tentar á Oye, y por ser muy fuerte la dejaron pasar á la vista del Vic, no queriendo embarcarse en ella por llegar con diligencia á juntarse con el príncipe de Orange. Viéronse todos en Masiriq; mas el Orange, viendo la pujanza de los franceses, mandó cerrarles las puertas y retirar municiones y bastimentos; pasaron al Brabante, dejándose sentir ya el hambre en los franceses, que ellos sufren de mala gana, y pidiéndolos á los muy amigos sus aliados, se disculpaban que no tenían más de aquellos que forzosamente habían menester; reconociéndose de aquí alguna desunión y poca conformidad en todos, con que no arribarían sus designios á empresa considerable, como se entendió. Acampó el Infante con todo su grueso en Tirlemonte, para estorbar, si le era posible, el paso de los enemigos; hizo sobre el Ner algunas fortificaciones por ver si con la dificultad del rio podía obrar alguna diversion; pero luego se descubrió con toda su caballería é infantería, ordenado y puesto en batalla, y sin em-

manifiesto, y áun las muradas vacilaron en fe, por el grande rumor y alteración en que cayó la corte de Bruselas, y por los bullicios que fomentaban los franceses, criados de la Reina madre, los más de ellos espías: prendiéronse dos que andaban en nuestro campo, y púsoles perpetuo silencio. Esta rota corrió luego por todas las tierras de los vecinos: llegó á París, y celebráronla mucho, como enseñados á vencer pocas veces. El secretario de la embajada de Holanda, en la corte de Madrid, porque el Embajador ordinario se había ido ántes muy orgulloso y con poca vergüenza, se fué á Palacio y entró en el cuarto del conde de Olivares y le dijo le diese licencia para irse á Francia, y que el príncipe Tomás era roto: entretúvole, y respondióle que si traía aquella nueva esperase otra: parece que le advinó el adverso fin que habían de tener franceses y holandeses, aunque tuvieron este razonable principio. Pusiéronse en París y en todas las ciudades del reino, particularmente en el confin de España, muchas luminarias porque corriese con brevedad á nuestros pueblos, la noche que llevaron las banderas de la rota de Tomás, por entretener y engañar al pueblo y dar á entender al Rey el gran logro de sus matarías, y afectar proezas para los que no le eran afectos ni tienen esta guerra por justa, hallándose agravados de intolerables subsidios, defraudados de la comunicación y el trato las provincias del comercio: tomó Richelieu aquellas banderas, y agregándose otras en número de 60 ó 70 se las hizo llevar por triunfo en una procesion pública que para esto inventó. Si todas las que les hemos tomado por espacio de doscientos años las sacáramos profanamente en actos públicos, hincharan las calles de una gran ciudad, aunque fuera como la suya ó como la de Nápoles, donde no habrá pocas: sin embargo de esto, está tan mal visto de aquellos vasallos, que no se atreve á parecer en público ni á salir de la Bastilla, y áun so teme que sus oficiales le han de poner en estado que, como el tirano de Sicilia, ha de pasar por puente levadizo á tomar el sueño á la cama.

Finalmente, el alboroto del País-Bajo era tal, y el de Bru-

dos á los frailes en las picas; á las monjas, despues de forzadas, dándoles ántes con inmensas lágrimas «mira que soy esposa de Jesucristo,» sin embargo del sacrilegio, las quemaban vivas, y otras las llevaban atadas á las colas de los caballos; y fueron enormísimos incendiarios. De los templos sacaron la sacrosanta Custodia del Santísimo Sacramento, y aquel alísimo Pan, donde está el verdadero Cuerpo de Nuestro Redentor, que tanto veneran los ángeles y que tantos millares de santos, iluminados por el Espíritu Santo, han escrito innumerables tomos sobre la inmensa Majestad de su amor y misericordia, y que hizo á Santo Tomás y á San Buenaventura, sin saber el uno del otro, concordar en un mismo himno y canto; aquel pan de vida, aquel blanco donde aciertan las almas fieles para subir y volar al trono de zafir á recibir las palmas y las estolas para cantar alabanzas al Cordero, á aquel alí-mento de predestinados; aquel á quien están incensando incansablemente las coronas de los Reyes, y le llaman Santo repetidamente, á aquel que dejó la subcesion de esta obra en Pedro y de éste en los demas Vicarios apostólicos, y á aquel, asunto de su mayor reverencia y oficio, aquel por quien debe arrear á su Capitan general y á los demas Principes católicos, por su exaltacion y reverencia, para debelar los agresores de su potestad; á éste, pues, abriendo las custodias y sacando las formas que tenían, las echaron en los sombreros y las dieron á comer á los caballos. Este sacrilegio tan horrendo, cometido por la barbaridad de estos impíos, sin luz, sin fe, más atentos á la vida bestial que á la inmortalidad del espíritu, los más de ellos, como dije, ó todos, hugonotes, calvinistas y luteranos, esparcidos por los Países-Bajos; semejantes atrevimientos irritaron los ánimos de los mejores Magistrados y Gobernadores, de los cabos y caudillos, de los soldados, de los religiosos y de todo hombre secular y eclesiástico, y juraron la satisfaccion y la enmienda. El cielo se estremeció y gimieron los ejes polares, y pronunció el castigo, porque desde aquella hora, aunque apuestos en la materia política y militar, horrendos y formidables, superiores en soberanía y en gente,

bargo de hacer junta allí, su designio era, tomando diferente derrota, ponerse entre Bruselas y Lovaina, y como villas abiertas y de flaca muralla ponerlas al fuego y al saco. Pero el de Orange, cuanto estaba vigilante á ofender y dañarnos, lo estaba tambien al discurrir de los franceses; queria verlos des- hacer y deshacernos con ellos, y quedar él sólo y entero para hacerse señor de todo, porque ya no los quisiera ver tan cerca y de tanto número, porque su amistad es fácil de corromperse con la ambicion de la codicia, y tanto quiere suprimir al aliado como al enemigo, y sorprenderlos juntos: querian, pues, los dos ejércitos ponerse entre Lovaina y Bruselas para cortar al Infante en Tirlemonte, quitarle los viveres y el socorro si habia alguno, y que no lo pudiese hacer á ninguna de sus villas sin venir á batalla con ellos, que por superiores la procuraban.

Sabida por el Infante esta deliberacion, dejó gente en Tirlemonte, y por cabo á D. Manuel de los Arcos para que hiciese todo lo posible en defenderla, y que si no pudiese liciera la rendicion con honradas condiciones. Con esta deliberacion del enemigo corrió el Infante á poner su ejército delante de Lovaina en puestos aventajados; fortificó sus cuarteles por una y otra parte, con que se aseguró y vino á estar en puesto superior al enemigo, en caso que le quisiese acometer. Viendo estos que el Infante habia ocurrido con prontitud, y que los habia embarazado la acometida de Lovaina, retrocedieron á Tirlemonte, cuyo Gobernador, enterado ya de tan grandes fuerzas y de lo frágil de la plaza, muralla delgada y sin otros reparos, mientras capitulaba á una puerta con los cabos del príncipe de Orange, entraron los franceses por otra mostrando al primer paso su infidelidad y la vilísima correspondencia de su trato. No se hubieron bien apoderado de ella, cuando se entregaron, como ladrones y tiranos sedientos de codicia, al saco y á la rapiña, ejecutando demás de esto todo género de deshonestidad y homicidio; perdieron el respeto á Dios, á sus templos é imágenes; como buenos hugonotes, profanaron los altares, los vasos y ornamentos sagrados; metian de dos en

comenzaron á avanzar, á perder la prudencia y el estilo de soldados, la doctrina y los preceptos del arte marcial, acomodados por nuestra gente y por enfermedad de pestilencia como los soldados de Senaquerib, abatidos del nefando sacrilegio, comenzaron á rendir las vidas y los cuellos infames á la pólvora y á las espadas católicas, y al agudo incentivo del hambre, por el príncipe de Orange; y áun hay quien dice, que aunque hereje, le desagrado el hecho, el modo de guerrear y la desatención á los tratados; que de allí adelante limitó la unión y los intentos de perseguir con ellos al Infante, á quien desazonó el caso y descubrieron los delitos cometidos contra Dios y sus iglesias, como hijo legítimo de padres tan fieles y reverentes al sacrosanto misterio de la Eucaristia, enviándole á decir «quó cómo se extragaban los artículos y tratados de la entrega de las plazas y de los buenos usos militares?» Respondió disculpándose, que en caso de tanta rotura no se habia podido ir á la mano de los soldados.

Alteró sin duda este suceso los mayores espíritus de Alemania y de Italia, y aquella tiara que se erigió para la reverencia y el culto de este inefable misterio, y que por su desgracia se habia de volver celada la tiara, y á todos aquellos Príncipes, vesúidos de la sangre del Cordero y señalados con esta marca, los habia de armar; y convocados así todos los estados de la Iglesia y cuantos defensores de este instituto se contienen en la Europa y en el orbe cristiano, los habia de acaudillar contra este enemigo devorador de sus tesoros, obstáculo de la religion: no le habia de llamar hijo, ni conscribir que le llamase padre. Pero quanto quiera que los católicos sintieron este atrevimiento, y en España se instituyeron fiestas á la veneracion y desagravio del Santísimo Sacramento, no oí decir que en la Silla de San Pedro se hiciese novedad ninguna, algun sentimiento, alguna protesta, amenaza ó socorro de género y de dineros en apoyo de las cabezas de la religion católica; ántes vivian sin sobresalto los herejes que habian hecho pió á sus contornos contra aquellos fieles que aclamaron al Rey católico D. Felipe III para

que los amparase contra grisones, enemigos de la Iglesia.

Avisó al Rey el Infante de este caso, que le hizo mudar color; no el riesgo en que veia á su hermano, ni la pérdida del País-Bajo, sino el desacato que se hizo al Creador universal de cielo y tierra: creyó el Infante correria fortuna, y que se perderia la tierra, y él roto ó deshecho totalmente, y le esperaba en Inglaterra ó en España. El estado de las cosas lo promovia, y él dijo, cuando vió los efectos diferentes, que habia obrado en su casa el fortísimo brazo de Dios, y que lo habia visto de arte y con tantos enemigos, que lo creyó y lo tuvo por hecho.

Ocurrióse á Alemania por socorro, que luego se aprestó de infanteria y caballeria; con que marchaba Piccolomini, cuyo fin se pretendió corromper con dádivas secretas, inteligencias insigniadas por los franceses al príncipe de Orange para hacerle estar más pronto á su ayuda. Estaba todo el país admirado y como atento de la detestable maldad de Tirlemonte, perpetrada por aquellos, injuria y horror de las santas y canónicas leyes; y á este paso y por esta causa blasfemaban de sus manifestos, promesas y proposiciones, teniéndolas por falsas y superstitiosas, y que para engañar ó introducir sublevaciones sobre la comun tranquilidad de los pueblos, se atreviesen á publicar y mentir que las provincias (palabras son de su manifiesto) quedaran juntas y unidas en un cuerpo de estado libre, con todos los derechos de soberanía, sin que se les pueda hacer alguna mudanza en lo que toca á la religion católica romana, que será conservada en las dichas provincias en el mismo estado que ella está al presente; prometiendo para este efecto ampararla y defenderla, pendiente el curso de la presente guerra, en todos los tratados de la paz, y otros que podrán hacer despues para conservarla en su entero ser con las mismas franquezas, autoridades, derechos, libertades que gozan al presente los Prelados eclesiásticos ó juntos en un cuerpo, ó comunidades ó particulares. Como se promete esto y se comete aquello, era lo que hacia vacilar á los hombres; y si estos tales con máscara de religion la querian, y otros artifi-

cios ¿cómo la pretendian extinguir y acabar? Dijéronnos, ó nos engañaron, que se habían hecho algunos castigos sobre los delincuentes, y fué falso, porque despues, consiguientemente, sin descender á la cunmienda, se cometieron en Italia estas mismas cosas. Pero ¿cómo se atreven á llamarse defensores de la fe católica, y que conservarían la misma religion los que ultrajan y hacen sagrario de Jesucristo los vientres de las bestias? Vista, pues, esta maldad, y sentida como era justo por todos los varones del país, entraron en tan general aborrecimiento con los franceses, que todas las villas grandes y las más pequeñas se fortificaron, resolvieron de defenderse y ofender á la maldad y á los agresores, y arrojar con las armas tan infame canalla, y que no quedase rastro de ella en todo el país.

Conseguido esto, y aún no satisfecha su indignacion, se alojaron entre Tielmonte y Lovaina, á una hora de camino de nuestro ejército, y en esta forma se suspendieron por espacio de quince dias, reconociéndose por particular privilegio de la Providencia divina, concedido al País-Bajo, que ya sus maldades los haria desalinar en todo; perdieron el calor de guerra y no vieron más faccion que dar vista con su caballería al ejército católico; hicieronlos arredrar con la artillería, estando nuestros capitanes algunos indefensos con la superioridad de fuerzas tan grandes, y con cuidado de alguna novedad en las mejores villas. Este dia se salió de cuidado, y el enemigo dió en recatarse de allí adelante de nuestros caudillos, y despues de la resolucion de no salir á dar batalla, portándose como experto de medroso y cobarde, á 20 de Junio se movió de Lovaina y pasó á Bruselas; mas el Infante y los de su consejo no se persuadieron que habían de esguazar una ribera y que con poca gente se les podia hacer mucho daño. Esta confianza vino despues á parecer descuido nuestro; mas cuando se vió que la pasaban, y se quiso poner remedio en el tránsito, no fué posible, y se llegó escaramuzando á la vista y á las murallas de Bruselas. Fué notable el sobresalto de aquella villa y corte, la confusion y revuelta de los mercaderes y de otras gentes, porque los

mejores salieron á defenderla y se pusieron al lado de S. A. que á toda prisa, dejando en Lovaina á Grovendon con 4.000 soldados, con la resta del ejército corrió volando á Bruselas á defenderla y ampararla, y morir dentro de ella como dicen que, como verdadero soldado austriaco, se lo oyeron decir.

Entró con el marqués de Aytona soldados y algunas cabezas del pequeño ejército, sus criados y gente noble de la tierra, y esegó la villa, y quietóla y confirmó en la constancia y en el ánimo los pusilánimes y naturales. Embarazado, pues, el intento de los enemigos con la pronta resolucion de S. A., sin embargo, hecho un insolente con la fortuna de sus principios, vispera de San Juan, por la mañana, hicieron frente con todo su grueso, aunque ya no tal, á Bruselas, para espantarla y que con su flaqueza desmayase ésta y las demas villas; pero las murallas y fortalezas estaban intrépidas á todo artificio y embate de enemigo y con ánimo de oponerse de verdadero corazon á la defensa, por su patria, religion y Rey, y á no dejarse hoifar del barbarismo francés. Echó delante su caballería, y con la infantería en sus puestos, para que con más seguridad marchase la artillería y el bagaje, se trabó con nuestra gente la escaramuza, habiendo de ambas partes número considerable de muertos, heridos y prisioneros; pero no hombres de cuenta. Hablábase váriamente entre la gente del ejército católico del intento del enemigo, si no se revolviere á chocar con Bruselas: quién decia que iria á acometer á Malinas, pero esto no daba cuidado por estar reforzada de 3.000 soldados á cargo del marqués de Leide, que estaba dentro, soldado, entre las experiencias militares, maravilloso. Reconocíala con los reparos de unas exclusas impugnables, porque en levantándose las eran inundadas más de las tres partes de la villa, dejando otras que, en fortificaciones y defensas, eran considerables; mas entendido bien el designio del enemigo, verdaderamente no fué echarse sobre la plaza por no poder allí el ejército poner en duda su conservacion, sino con ostentacion ruidosa de gente; y el holandés, armado y en manifiesto, ver si podia levantar las provincias, y que las villas y plazas se le entregan-



sen. Pero todo el pensamiento fué vano; estuvo el francés todo aquel día y la noche á vista de Bruselas, púsose en ella el cobro que se pudo, y el Infante y el marqués de Aytoua sin quitarse de la muralla, rondando su circunferencia y toda la parte de Palacio, acompañados de mucha nobleza, haciendo de potencia cuanto se pudo. Cedió el enemigo, sin hacer presa en Bruselas, por el cuidado, vigilancia y prontitud de S. A., y valor de aquella poca gente, cabos y soldados; pero ya quería arrojarse y tomar algo para llevar adelante la esperanza de París y de los interesados, ó sea que, para la empresa de Lovaina y por estar más abierta, había hecho aquella junta y enca- minar mejor su artillería y bagaje para obrar con ella con más desembarazo y sin remisión, ó que quiso divertir y desalo- jarle de allí. Recayó otra vez sobre Lovaina, plantó sus bate- rías, con que á toda furia batía las casas. Daba prisa S. A. al rey de Hungría, Fernando, hiciese llegar el socorro para poder obrar con los enemigos; y el Rey le respondió, que había tenido una carta suya en que le decía se fuese despacio, que cuando no llegase tan presto ó se tardase veinte días no importaba nada, y que para certeza de la misma verdad le enviaba la carta. Esta llegó volando á S. A., y viéndola y puesta en ella su firma, se espantó; hizola reconocer á D. Martín de Aspe, su Secretario de Estado, y él dijo no la había enviado ni escrito: entró en sospecha con el oficial referido en lo de la Filipina; mostrósele, amenazóle y confesó que él la había anotado y con- trabechó la firma por gran cantidad de escudos que el príncipe de Orange le había dado, con que era dueño del secreto y los designios, y de cuanto se trataba en el Consejo y en el campo de S. A., que no aborrecía tanto el Orange la invasión de los franceses que no buscase los medios de su comodidad propia para obrar cuando se le viniese á las manos la casion, que era quedar superior á todos: con que el oficial, atado á cuatro ca- ballos, fué hecho pedazos, y se redimió el secreto de la veja- cion de los enemigos. El socorro de Alemania, guiado por el gran Mariscal de campo Piccolomini, marchó con toda presteza á largas jornadas; hiciéronse en Lovaina todas las fortifica-

ciones y defensas que se pudieron: batianla ríciamente los franceses, por ocupar puesto considerable en el corazon del País-Bajo y arráigarse en su terreno ántes de la venida del socorro, que le había de ser contrario á sus empresas; y el de Orange se estaba todavía quedo, arrepentido del compañero que había admitido á sus victorias, siempre dificultándole á emprender, guardándose su partido, y á deshacerle con la hembra, si traía otro intento, retirándole cuanto le era necesá- rio. Pedíenselos de parte de los mariscales de Chatillon y de Brava, y aunque le ponían delante diversas facciones, no salía á ninguna, y para todas procedía lentamente y con tibieza en los progresos de la guerra, y seguía las artes contrarias á cuanto discurrían, porque todos llegaran á entender y temer, que si una vez enseñoreaban los países obedientes se alzarían con todo, y no darían parte en las ganancias á los que ellos hacían sus amigos por entónces, ni cumplirían nada de lo capitula- lado, ántes ascenderían á la coadyuvacion de los rebeldes, y se acabaría la confederacion intentada por espacio de sesenta años. Y siendo fácil de conseguir, porque entónces sería for- zoso que esperase aquel socorro, y ser necesario por la mu- danza del Gobierno y fortuna, buscarle en las fuerzas del Rey estético por sacudir el yugo y las coyundas de una opresion vergonzosísima y un señorio sumamente grave y pesado.

Por todas estas razones y congruencias, batía, como dije, á toda furia el francés á Lovaina; y el Orange eligió puesto más retirado, y no arbitrando en las baterías más importantes á la brevedad de la entrada de la plaza, se divirtió en enca- minar una mina, pues no siendo Lovaina de muralla fuerte ni razonable, pareció vano su trabajo, hasta que aquellos pai- sanos y soldados, viéndose rodeados de tantos franceses, se opusieron gallardamente con su cabo, Grovendon, á la defensa. Tomaron todos armas, y los estudiantes, que asistian á los co- legios y estudios, y los frailes, á su mismo ejemplo, revestidos de ánimos seglares y de los suyos propios, que en en estos casos suelen ser necesarios, digo, temerarios de valientes, y si los habían de ensartar en las picas, querían más áun coserlos

con ellas y tomarlas para su defensa y enmienda de sacrilegios y tiranías, acudieron á las fortificaciones, que importaron; y siendo la villa incapaz de tanta invasión, la resistencia fatal, que no les ganaron palmo de tierra, hicieron salidas de repulsi6n, y con la artillería mataron 4.800 hombres, rindieron y fueron presos mas de 1.000, sin otro número que en diversas ocasiones habian destrozado escaramuzando con ellos; de suerte que á este paso y á toda furia el acero cat6lico iba debelando. Llegó Piccolomini con el socorro de 8.000 caballos, y echando delante 2.000 crovatos con sus cimitarras, hirieron en ellos r6ciamente, echando por el suelo la loca vanidad de los franceses. Los estudiantes, limpios los morriones y las mallas y afiladas las espadas, como suelen en la oposici6n de sus cátedras, apellidados unos con otros, salieron contra los enemigos, unidos todos por una misma causa, una religi6n y un Príncipe; y armados, como dije, imitaron á los crovatos, y cercaron con los franceses haciendo en ellos gravísimo estrago: tuvieron casi todo el contorno de Lovaina bañado en sangre y cubierto de cuerpos destrozados. Pidió Grovendon á S. A. que le enviase pólvora, y metida D. Pedro del Villamar con 300 caballos á la grupa; sin embargo, los franceses la pusieron luego por cuatro partes, á que acudieron los cabos de mayor consideracion y le apagaron, atendiendo á una parte el príncipe Tomás, y á la otra el marqués de Aytona: finalmente, el socorro de Alemania, los soldados del país, la gente de la villa y los estudiantes, se dieron tan buena maña, que ccharon de allí á los franceses; y rotos y desbaratados comenzaron á desbandarse por el país; y los villanos, advertidos del caso, salieron en tropas de los villajes, asiéron de las armas y anduvieron á caza de franceses: á cuál quitaban la vida y á cuál las narices y las orejas; de esto hubo tanto, que fué cosa notable. Desmayaron los caudillos y los enemigos; y el rey de Francia y el Richelieu, que por ahora esperaban el miserable despojo de aquellos pueblos, viendo no les llegaba facci6n de importancia y que no arribaban al fin pretendido sus pensamientos, ni sus capitanes, rasgaban sus entrañas de dolor. Resolvió el Infante y los demás

cabos, con la rota de los franceses componer su ejército y hacer rosiro á una parte y á otra; y el príncipe de Orange, que se veia ya con ejército, procuró recogerse á Dieste, y aconsejó á los mariscales de Francia que hiciesen lo mismo, porque él, que ántes era inferior, ya se reconocia con fuerzas superiores; por la voluntad del cielo que castigó los hechos de Tricemonte; ellos le replicaron soberbios y precipitados, cargándole la culpa del mal efecto de la guerra y del destrozo de su ejército.

Contendieron en esta digresion y porfia algunos dias, y discutiendo cuán torcida iba la fortuna de sus progresos, la gente que habian perdido, la habian dagollado, y que la que habia quedado, desconfiando de arribar á efecto considerable, se les iba cada dia, así caballos como infantes, que otros habian sido presos y otros muertos de hambre y de peste; que no habian podido salir con una plaza que fuera fuerte y que sus máquinas habian salido vanas é infructuosas; que el Infante se hallaba aumentado de muchas y nuevas gentes, soldados veteranos y alentados con desco de restituir el País-Bajo al desabogo que ántes tenia, y que ya era ninguna la esperanza de los sucesos y empresas; que el estado de las cosas presentes habia llegado á tal punto, que cada cosa y la menor de ellas pedia atencion y portarse con prudencia; y, finalmente, que viendo al Orange más neutral que aliado, y que el quedar solos era arriesgarse de todo punto, y que ya se hallaban tales que todos habian menester el calor de los unos para con los otros, estraron en apeteecer la retirada y ceder de la hinchazon y vanidad de sus manifiestos, no habiendo ganado ni tierra ni fortificaci6n, y perdidos el bagaje, artillería y convoyes, retiráronse los pocos que quedaron: fué el Infante en su seguimiento, y entre Venló y Vert hasta las murallas de Mastrig los fué acabando, tomándoles 20 piezas de artillería, y entre banderas y cornetas al pié de 200; imitando en estos fines á los otros ejércitos que en las eras pasadas fueron echados del reino de Nápoles, de la Lombardia, Navarra, Cantábría y Rosellon. La mengua y la congoja eran ya el fruto de esta jornada,

y su mayor trofeo la falta de honra y de reputación en que todo el país obediente y rebelde los veía fracasar. Esta infamia corría ya por las tierras forasteras y confinantes, en Alemania y en toda aquella parte donde es venerado el culto de la religión, fué gloriosa la narración de su pérdida y destrucción, como de confusión y pena para todo el resto de los ejércitos enteros de los herejes coligados, y en pueblos y provincias de la Francia y en París, corte de aquel reino, se hacían lastimosas endechas y llantos sobre lo sucedido. El Richelieu se encerró en la Bastilla sin osar salir ni parecer: los mercaderes y naturales blasfemaban de sus materias, viéndose cargados de tributos y medidas al malogro sus contrataciones, siendo defraudados en sus caudales y aumentos, con no más fin que una sedición trana y ambiciosa. Ahora podrás, infame motor de sacrilegios, deponer de la vana ostentación de tus banderas y llorarlas sobre las que te han ultrajado, así en este encuentro como en los pasados, y responderte á tu fraudulento manifiesto que no seas agresor de la pureza de la verdad, y por una rota moderada te ensorberbezcas, sabiendo que los trances de la guerra son dudosos, y los fines como lo ha sido éste; ni vituperes nuestras retiradas, que es injuriar las tuyas.

Inglaterra admiró la siempre y gloriosa fortuna de nuestras armas: Italia, cuando estaba insidiada de franceses, potentados ingratos á los muchos y muy largos beneficios recibidos de nuestros Católicos Reyes, se estremecieron y turbaron en sus mismos intentos y desiguitos y en la alianza contraída con el venecido: España levantó la cabeza, porque no se vió desposada y deshonrada de aquella joya que tantos españoles y millones de oro y plata le ha costado, que fuera grande horror malograr cuidado tan propio de nuestros Príncipes y Ministros, que tanto han procurado hacer allí fecunda la religión y la fidelidad.

En Alemania (porque vamos siguiendo el curso de nuestros buenos servicios), había roto Galaso á Reimar y metídole huyendo por la Francia, sin gente ni reputación, como otras muchas veces se había ejecutado sobre este infelice; venían

cartas de alegría que aquellos pueblos traían de la retirada de los enemigos del Pais-Bajo, y como Ulma, Remineuentas y Fracaforto se habían rendido con condiciones gloriosas á las armas del César y otras ciudades libres; que los presidios de los castillos de Hildeberg y de Delspen, salían también debajo de pactos y conciertos, con que, y estar en poder de los imperiales Spira y Bormes, quedaba más franco y sin dificultad el paso por el Rin, y superiores las armas y los ejércitos á todos los protestantes de la Liga y á los franceses.

Recobráronse en Flandes las villas que habían tomado los enemigos: el duque de Lerma, con gente que llevó para esto, al primer golpe de cañon los echó de Trilemonte y salieron también de Arescot y Dist; quién dice que murieron 40.000 franceses sobre Lovaina y que entraban por la Francia muchos de ellos sin orejas y sin narices, y que de esta manera los enseñaban los villanos porque visen la presa rica y los despojos que llevaban del Pais-Bajo y del Brabante, á quien ellos decían que iban á conquistar: y ésta fué la cerveza que codiciaron beber en Lovaina, por ser la más escogida de aquella parte.

En París andaban muchos señalados en el rostro, más de los que quisiera el Richelieu: bramaban el rey de Francia y aquel Parlamento de ver afrentada su milicia, y cebaron bandos que todos los nobles se alistasen para volver á la guerra, reservando solos los primogénicos de las casas y familias. Un villano vino á pedir á S. A. le hiciese merced y le gratificase lo que en aquella ocasion le había servido, y alegando que en diferentes veces había muerto trece franceses, pidiéndole el testimonio y la verdad del hecho, ó con qué lo aseguraria ó qué informacion tenia de ello, sacó una sarta de orejas de la faltriguera, y dijo: «esta es parte de la informacion de mi demanda.» Cosa que causó grande gusto á S. A. y á los circunstantes, que no pudieron contenerse de la risa, y mandóle pagar la curiosidad y el trabajo: 4.500 caballeros aventureros que vieron en el ejército con grande ostentación de bazarra y galas, muy pocos ó ningunos volvieron á sus casas, y queriendo 500 de ellos, como es de costumbre, pasado aquel primer ardor

tornar á la Francia, ó gastado el dinero ó el ánimo, y hacer su tránsito por el Ducado de Luxemburg; haciendo esta rota, Mos de la Moteria los siguió y alcanzó y les dió tal mano que de todos 500 sólo escaparon 43, y llevaron la respuesta del manifiesto de su prediccion y de su ruina á la Francia: finalmente, el Príncipe de.... y los mariscales de Chatillon y de Bresa vinieron á prorrumper al fin de esta guerra con palabras muy pesadas, injuriándose los unos á los otros. Los holandeses los culpaban, diciendo era temeridad lo que habian intentado y que no habian sabido gobernarse; ellos á los holandeses de no haberlos ayudado, y quitádoles los bastimentos; y en esta forma, por las vías que pudieron, y en bajeles, volvieron á Francia sin despedirse los unos de los otros. Fue notable el contento que el Rey Católico tuvo de este suceso, y aquella corte y vasallos, porque le tuvo en tanto cuidado el pensar que podia perder á su hermano y aquellas provincias, que pocas cosas en la vida le tuvieron más suspenso: fué á dar gracias á Dios á Nuestra Señora de Atocha, con que la tristeza pasada se convirtió en alegría.

Este es el fin que tuvo aquel ejército, guiado de un manifiesto insolente para sublevar el País-Bajo, con color de la libertad del arzobispo de Tréveris; pretexto vano y sin fundamento, que juntado con el otro creyó poner por allí en balanza el Estado y mejorarse en lo que no habia podido conseguir en Alemania, que era abrir puerto á nuevas fortunas y embarazar al Rey Católico y quitar que aquellas fuerzas no se juntasen jamás con las imperiales; y que, al contrario de como él lo declaró en su manifiesto, se encaminaba á meter la guerra en nuestras provincias que esperaba en las suyas, que ya nos portaríamos de arte, que más aún recibiríamos sus ofensas que se las procurásemos, siendo el gasto mismo. Solamente se podia obrar esto con marchar un poco ántes; pero cuanto queria el infante D. Fernando, aunque se vió falta de fuerzas y los holandeses más sobrados de codicia que de prudencia, creyendo que todo el cuidado cargaba ya sobre nuestra gente, y que nos véíamos embarazados de dos tan po-

derosos enemigos, apartándose incauto y no parando el juicio en otro fin que en hacer grande ostentacion de gento, queriendo igualarse con los franceses, sacó las guarniciones de las fronteras y de las plazas fuertes; y los que asistian en las nuestras por particular providencia de S. A., no peligrando, como avisados en este vacío, no sólo atendieron á la conservacion de ellas por la dañada intencion de los insidiadores, pero áun las echaron y tuvieron cuenta con las suyas; pasó á la sombra del orgullo reciente de sus máquinas y del embarazo en que se habian metido, un coaligado con otro so las espiraron, porque los holandeses como los demas Príncipes protestantes de Alemania, provincias y ciudades libres probasen la ruin correspondencia de los franceses, la vanidad de sus ofortas, y como con paliados artificios y lisonjas los meten en la lid y luégo les dejan; pretexto que por haberle seguido muchos, engañados de sus promesas, los tienen hoy en suma necesidad y ruina.

Guillermo de Nasau, primo hermano del príncipe de Orange, creyendo que todos los espiritus más principales de la milicia, como Gobernadores y Capitanes, atendian no sin particular cuidado al fin que habian de tener tantas armas en el País-Bajo, salió de Hemeric, lugar vecino al fuerte del Esquenque, para Nimega, á los 24 de Julio de este año, en cuyo lugar estuvo algunos dias; y á esta causa, por órden del príncipe de Orange, sacó la guarnicion de aquel fuerte y otros presidios para juntarla con el grueso y tener siempre en pie ejército formidable, atendiendo al de S. A. Real. Era Gobernador del fuerte Monsteur Valtero; su fábrica notable y de suma importancia para Holanda; fundó en 4589 el capitan Martin Esquenque, de quien tomó el nombre, y está situado en la cabeza de Batabia, isla que baña el Rin y el Vaal por ambos costados. El conde de Endeu, gobernador de Güeldres, después de la fuga del conde Enrique de Vergas á Holanda, atentó al estado que tenia el Esquenque, á su falta de guarnicion y descuido en el Gobernador y soldados, y creyendo que seria facil hacerles gemir los alientos del mes pasado, escogió los mejores soldados que tenia, y armádoslos y dándoslos al coro-

nel Anolt, Lugarteniente de su regimiento, le encargó la empresa, la vigilancia, la prontitud y el salir con ella: quién, dice que llevó 500 hombres y cuál de las otras relaciones que 4.500 y que se hicieron tres cuerpos ó tropas, cada una de á 500 hombres. (No es fácil muchas veces el ajustar estos papeles por la grande disparidad de los que escriben, y áun los que se hallaron al hecho, no concuerdan en una misma cosa, porque como son diferentes los sujetos, lo son tambien sus narraciones; de cada cosa vamos sacando lo que nos parece más verdadero, y á eso nos arimamos, no siendo posible dar más.) Llevó el Coronel todas las municiones, pertrechos y vituallas necesarias (parte de esta gente dicen eran españoles y parte flamencos), marchó la noche del viérnes, que se contaban 27 de Julio, divididos en diferentes caminos, señalados para juntarse el bosque de Cleves á una hora; y despues de media noche se fueron todos encaminando al Rin para cchar las barcas al agua, que llevaban sobre carrós, tomando para agredgar á las suyas las que les parecieron á propósito de los pescadores de Grit Husen. En esta manera, todos embarcados parte de ellos, porque los demas habian de acometer por tierra, cubiertos del silencio y obscuridad de la noche, revestidos de ánimos valerosos, con las armas en las manos, tremolando el azote del cielo, sin dificultad que se les pusiese delante, pasaron el Rin, llegaron al fuerte, metido todo el su gente en descuido, y echando alguna gente hacia el puente se tocó por ardid una arma falsa; y cargando allí los enemigos que apénas pasaban de 200, los restantes de los nuestros viendo que habia surtido á sazón el engaño, repartidos en tres partes dieron con grande ánimo y valor á un mismo tiempo el asalto, subiendo los primeros al muro el lugarteniente Langorstt, capitán de los soldados de mar, Juan Mularet y Juan de Cheus; fué rebatido este último dos veces, que los defensores y el Cabo de la plaza pelcaban desnudos; pero el Cheus acometió con más osadía la tercera vez, de suerte que tomó posesion de la muralla, y siendo ayudado de los compañeros todos ya dentro del fuerte, hicieron pedazos á los enemigos

apoderándose de cuanto habia dentro, asolando y destruyendo á todo hombre, y reservando sólo las mujeres y los niños, los panaderos y los que hacian la birra. Rindió la vida el Gobernador al golpe de una bala, despues de haber durado una hora el combate; perdiéronse en la empresa 20 españoles, y entre estos dos Lugartenientes y un Alferez con muchos heridos; reconoció luego Anolt la plaza; enseñoreóse de sus municiones, artificios militares y vituallas, de los dos molinos de viento y de caballo, y pusieron ocho de brazo; y halláronse 40 piezas de artillería, 12.000 sacos de trigo, 4.000 barriles de pólvora, 4.000 granadas y no mala cantidad de dinero. El suceso de esta empresa pasó volando al campo católico, sus provincias y pueblos, al del enemigo y á ambas Holandas.

El príncipe de Orange, sobresaltado de repente de pérdida tan notable, estava para quedar sin seso, y dijo: «hemos perdido en una hora más que hemos ganado en muchos años.» y refieren que estando comiendo, arrojó la mesa. Los Magistrados y Gobernadores preguntaban cómo habia sido aquel descuido, y que se habia perdido el recato y la atencion á una fuerza que era la llave y la trinchera de la seguridad y el reposo de los súbditos y los Estados; y él se disculpaba con Guillermo de Nassu, su primo. El Guillermo, por cuya cuenta corría, no acababa de lamentarse de tan fatal suceso: parte de los Alemanes se alegraron, y aquellos que eran fieles á su señor; los protestantes y franceses, que ya son una misma cosa, partían sus corazones de dolor porque despues de tan gran torcerenta habia dado Dios una bonanza y un suceso tan próximo al Infante, y un puesto y plaza tal y tan adentro del corazón de los enemigos, y tan expugnable á todos los movimientos que los habia de arrastrar y traer á la melena, si se hubiera sabido conservar. Dió gracias á Dios S. A. por la fortuna de la empresa, y los mayores caudillos del ejército lo hicieron, refiriendo cuán dichoso habia sido aquel dia que habia abierto puerta á las tierras del enemigo para domarlo.

Dióse cuenta al Rey Católico y á sus Ministros, y fué tan extremado su contento, quanto con tanta brevedad se les sacó

de una gran pena á una grande alegría. Socorrió luego S. A. al fuerte, porque el enemigo sacaba todo su grueso para reconocerle: adelantóse el duque de Lerma con un trozo de ejército, echó puente en el Rin, y metiendo dentro 4.000 españoles y 600 italianos, y él se resolvió al opósito, fortificándose de esta parte del río, á la frente de la plaza para darle la mano, como que, como se esperaba, se habia de ver apretada, y frustrar los intentos de los dos primeros que ardián por restaurarla habiendo puesto la patria en gran conflicto, como todos se lo decían y culpaban sus naturales. La importancia de ella, ya la habemos dicho; su situación en la Batabia, isla de veintidos leguas de largo y cinco de ancho, rica, fértil y abundante de lo necesario, inundada por ambas márgenes del Rin, si bien á izquierda, prosiguiendo con su corriente al mar, tomando nombre de Vaal, enseorea toda la campaña de Cleves: su forma es cuadrada; por una parte, de un ángulo á otro la ciñe una punta de diamante, y de aquella pasa á otra, todas rodeadas de artillería que las hacen espantosas y formidables á toda invasión, si con descuido no se pone á pique de ser entrada como ahora lo hemos visto: tiene á Hemeric por un lado y sin estos, á los cuatro ángulos saca otras cuatro puntas que, estrechándose cada una, saca otras pequeñas con su proporción al puesto de las dos puntas; está un puente sobre el Rin, del cual se pasa á otra punta, y de ésta sobre otro puente de barcas á un puercezuelo ó castillo que hace tributar á todas las barcas y pescadores que quieren hacer entrada por el río á la pesca; á los otros dos puertos hay otras dos puntas más pequeñas, en la una está un molino de viento, que por éste y por otro se dió el asalto; y fué de tanta importancia el haberle ocupado, que quedaron muchos fuertes y lugares de holandeses cerrados, como Besel, principal villa y de calidad en aquel contorno, que nos tomaron los años pasados cuando Enrique de Bergas, traidor á la Majestad Católica, pasó á la Belba, consumiendo un ejército sin hacer nada, y expuesta ésta á ser entrada y sojuzgada toda la batería; terrenos fértiles y abundosos para mantener ejército

cuando los años venideros los llevo por allí, colmados de provisiones y fortunas, la reputacion generosa de nuestro Gobernador y nuestro Capitan; está expuesta á ser subpresa Venoló, Norremunda, Rimbérg, Mastriq y otras innumerables plazas grandes y pequeñas y de mediano séquito.

Marchó S. A. hácia ella, dejando en el confin de los países que miran á la Francia, número considerable de soldados para su defensa, á cargo de Balauzon; sin embargo de que ya no habia quedado allí ningun recelo, ántes se habia entrado el ruido en tierra de picardos por las ofensas cometidas, acrecentamientos de nuestras armas y victorias, y áun en toda la Francia por la invasion que se esperaba del rey de Hungria y Galasio; pero no obstante enviaban sus generales, digo sus gentes, al mariscal de La Forza, al cardenal de la Baleta, que los conducia para resistirlos y que los pueblos usurpados por él perseverasen y se mantuviesen firmes en la proteccion y órtese la tiranía.

Digo que marchó S. A. hácia el Esquenque con una parte del ejército, y en el paso tomó á Estralen, Gaun, Embareh, Uden, Gooz, Grietusen, Combent y Clavent; y por otra parte, con otro trozo de ejército, se ocuparon los lugares de Bolchit, y Hemeric. A la llegada de S. A. dió órden se fabricase un puente de barcas sobre el Rin y se asegurase con un fuerte, para facilitar los socorros de gente, municiones y vitualias. Con esta comodidad, y ocurrencia de los soldados del ejército y los demas que estaban al contorno del Esquenque, se entraban por la Batabia y la Belba, haciendo presas y correrías, llegando hasta Utrech, teniéndolos en el Aya y en Amsterdam; pero esto tendrá su dia: mandó S. A. socorrer á la viuda del Gobernador muerto y á las demas de los soldados, con 400 escudos á aquélla y con ocho doblas á las demas, dándolas licencia, escolta y bagaje para su jornada; encunando con esto cómo se ha de tratar á los vencidos, y dando leccion á los tiranos de cómo y con cuánta humanidad se ha de haber con ellos.

Irritado el enemigo de la pérdida, y descoso de probar

fortuna y de volver á sí aquel trincheron de los Estados, puso su gente en los contornos de Nimega y en los de Bolduc, aminorado y turbado, sin hallar salida á sus consejos, ni á qué lado inclinaria sus designios y fuerzas que le abriesen camino á mejorarase, á recobrar el fuerte y la reputacion perdida con la asistencia del enemigo: se discutió su cuidado y que alzara de todo el ejército y fuera á acometer el fuerte: tales eran las víboras que le roían el corazon, particularmente á Guillermo, que estuvo á pique de morir rabiando. Pero S. A., el duque de Lerma, el príncipe Tomás, el mariscal Picolomini, el Isolani y otros cabos con 46.000 infantes y 42.000 caballos, y muchas piezas de artillería, habiendo hecho algunas fortificaciones, reductos y medias lunas alrededor del fuerte de nuestra parte, pretendían resarcir; mas al enemigo, cuanto más vio crecer las dificultades, las gentes y las nuevas máquinas, y que le imposibilitaban el intento, y que la guerra que poco ántes metió en el Ducado de Brabante se le habia entrado en su casa por permision divina, más le encendió el ánimo de acometerlas. Ya resuelto, con la más valiente gente que tenia, más vieja y experimentada en los trabajos de la guerra, acudíéndola el Guillermo, acometió valerosamente una media luna que hacia la gente católica, y llevósela, arrojando dentro del fuerte cada dia y á las defensas 4.000 granadas de fuego; pero nuestros soldados, á la vista de su Príncipe y cabos, la recobraron maravillosamente, dando á sentir á los enemigos que, aunque desconfiaron, todavía debatían con gloria cada uno; ellos por salir con su intento y nosotros con el nuestro. Sin embargo, por esta vez no les valió, y se pusieron en la retirada con pérdida de 4.000 hombres, la flor, sin duda, de su ejército. los más de ellos franceses, y muy mal herido el conde Guillermo de Nasau, que se habia puesto de todo su ánimo y corazon á enmendar el yerro y el descuido de no tener presidiadas ni en la defensa sus posesiones; hizo cuanto pudo de animoso y valiente, aunque en vano, por ser culpado de los Gobernadores y magistrados de Holanda, de hallarse en desgracia de ellos y de su primo el príncipe de Orange: conocido

esto, le amunicionó S. A., le presidió y fortificó, advocando á su defensa los socorros de Colonia, Güeldres, Juliers y otras plazas que están en su distrito y comodidad de poderlo hacer. Perdidos de nuestra parte alguna gente considerable en el combate, y acabóse de cerrar el fuerte por todas partes gradualmente, con que se desesperó de poderlo tomar, y en que se ocuparon 468 piezas de artillería (así lo decían en Holanda, y estaba recibida esta opinion); haciendo por último esfuerzo unas cortaduras y reparos el país adentro, para evitar las saídas y correrías del presidio, y otros mayores y más graves peligros con los tiempos y los progresos de la guerra: se tenían tan ahogados en los Estados-Unidos por este trabajo y accidente, que no se podían consolar. Llególo á S. A. un congreso de 2.500 carros de viveres, municiones y pertrechos; volvió S. A. hácia atras con intento de sitiár á Venló, y tratóse de tomar los puestos quedando los demas asegurados; mas por algunos justos respetos se hubo de ceder de lo acordado, reduciendo aquella parte y sus plazas de muy gruesos cuerpos de guardia para que atendiesen á la conservacion de lo ganado y á otras invasiones é interpresas; observando, ante todas cosas, serias prontas á qualquiera novedad y designio que intentase el enemigo, creyéndose que serian muchos y que no se podrían contener por el dolor que se le habia solicitado al corazon, fruto de la junta de este año con los franceses y de emprender materias y novedades para alterar al mundo.

Los ejércitos imperiales desalojaban los enemigos del Palatinado cominiándose á Maguncia, que, esperando su riesgo y escarzada de él, dió intencion de capitular y las condiciones de rendirse; y habiendo de efectuarse el dia siguiente, la noche ántes recibió cuatro compañías de esguizaros con aviso del rey de Francia que marchaban en su socorro el cardenal de La Balta, el mariscal de La Forza y Beimar, con un grueso ejército, exhortándola á mantenerse. Aguardaba el rey de Hungría el dia señalado y los diputados para concluir los acuerdos y que hiciesen la entrega; y á la misma hora le fué respondido no poder pasar adelante en el tratado de rendicion.

Era notable la variedad que habia en la posesion de las ciudades libres del Imperio, porque hoy eran del César y mañana de la Liga conforme las fuerzas de cada uno y su comodidad. Introdujéronse á esta hora tratados de paz de unas partes y otras no más que para rehacerse los enemigos, y recobrase de fuerzas y otros auxilios, gente y dineros; porque no hay mayor treta en los estadistas, para alinear sus cosas y enderezarlas cuando van de caída y no son tan prósperas, que conservar lo robado y hacer más durable el señorío y perdurable la restitucion, y valerse de unos lentos y engañosos medios de paz, para no soltar nada, ántes enmarañarnos y consumir la esperanza de los pretendientes. Bien quisiera el rey de Francia á esta hora resbalarse del castigo que merecian los oficios y maldades cometidas contra la Iglesia y los súbditos en el País-Bajo, y por este camino tambien las atrocidades ejercidas en Alemania, y quedarse con la proteccion de las ciudades libres del Imperio adonde se habia metido, y presidio las desolaciones de la Alsacia, las tiranías de la Lorena, y en señorearlas, y bajando á la Italia obtener la mayor parte de la Valtelina, ó toda, ocupada la riba de Chiavenna, el tener guardaciones y ejército en el Casal de Monferrat, por vasallo y pariente del duque de Mantua, sublevado al duque de Parma, conmovido al duque de Saboya, usurpado y por rehenes de la alianza las plazas referidas. De esta vegada, no hay duda sino que se habia lucido lo trabajado; pero arminemos el juicio y discurremos si es lícito á la reputacion de los Príncipes de la Casa de Austria dejar este progreso en tal estado, arriesgada la reputacion y la obediencia, defraudados tantos señores, los unos sufriendo el yugo, los otros peregrinando por las tierras extrangeras y á la merced de mercenarios, si bien de los mayores Monarcas, al fin hombres, y siempre pendientes de variedad de semblantes, que si esto se pudiera tolerar ó abrazar la paz con algunos medios, que pasados algunos años, y estos muy pocos, se introducirian otras nuevas guerras y tumultos, la Europa, que despertando otras nuevas guerras y tumultos, siendo forzoso salir á ellos, quebrada ya una vez y ajada parte

de la soberanía y la potencia, y hollado el sagrado de la fortuna en que se deben mantener los grandes Príncipes, se conseguirian otras rotas más lastimosas, otras tiranías, usurpaciones, robos y sacrilegios; se acabaria de conseguir lo deseado, y se enseñorearian de los otros reinos y Estados y provincias, que ellos, aunque siniestramente, dicen que les toca, y así es con ingenuidad y precision, refutar esta malicia, saberse caudelar del enemigo, que cuando ha tiranizado se quiere cubrir con medios de paz; pero en los franceses, tan presto como la piden ó se la pedimos, con esa facilidad la sueltan, aspirando á sorprender y dilatar; y porque les tocaba en la restitucion, bien creo yo que si los dejaran con lo adquirido que lo aceptarán: pero al fin, hecho más insolente, con los engaños volvieron luego á mayores rapiñas y conmociones. Digo, pues, que como de la misma manera que delante del ejército que envió al País-Bajo echó un manifesto para que hallase más comodidad y dispuesta la materia, así por la misma razon el político gobernador de la Francia, ántes que llegase el ejército que enviaba á Alemania, para divertir al rey de Hungría y á Galasso de la prosecucion de sus fortunas, y que no se calase por sus tierras, en que ya se enmarañaban y confundian en sobresaltos y alborotos con disensiones públicas y perjudiciales á la quietud y al sosiego, temiendo ser de ruina, ántes, pues, que llegase el ejército, envió el Papa su Nuncio al Emperador para tratar de paces; pero fué respondido era temprano, y que el rey de Francia ántes de venir en ningun acuerdo habia de restituir cuanto tenia tomado en Alemania y en Italia. Replicó el Nuncio, que lo propondria y haria que se hiciese como S. M. Cesarca lo queria; pero que en el interin se suspendiesen las armas. Aquí tiraban sus intentos y cautela para rehacerse de fuerzas y proseguir la guerra en ambas partes, y redimirse del rumor que esperaba en la Francia por las armas que iba conduciendo Galasso. Fuéle respondido, sin embargo, que con ellas en la mano se haria mejor la paz, con que fué despedido el Nuncio. De Paris envió á decir al infante D. Fernando que tenia materias de grande importancia que tratar



con S. A., que le diese licencia para decirselas en Bruselas: respondiéndole que no se moviese de donde estaba, porque sin órden del Rey, su hermano, ni se las podía dar ni orle; que se lo escribiría por el primer correo que despachase, y que en conformidad de la respuesta, se la daría ó no, con que también fué despedido; discurriendo los más políticos que esta preferencia era de malicia ó de congoja. Y esto no podía ser, porque á la misma hora, si bien pertenecían sus fronteras de gente y municiones, en Italia daban tan grande prisa á los confederados para asaltar el Milánés, que no parece sino que la tierra de Francia brotaba escuadrones de franceses; pero también se infería de aquí que quería asegurarse de las dos avonidas de ambas Germanías, para obrar en Italia con mayor potencia: y aunque no se deja de entender que si se tratara de la suspensión de armas había de ser con generalidad; pero él, si se supiera portar con tanta maña que, suspendidas las dos plazas de armas á la sombra del contrato, abrasara la otra y hallara razones para paliarlo y se saliera con todo como hasta ahora lo ha hecho, porque en una mano pide la paz y con la otra la deja. Y porque concluyamos en este fragmento con las cosas de Flandes y descendamos á describir los ruines de Italia; los infortunios de holandeses áun no habían acabado, porque les faltaba recibir otra herida, no poco penesante y casi tan aguda como la pasada.

La armada de Dunquerque, que hacia veintidías que había salido á buscar su fortuna de ofender y dañar al enemigo, corrió á sus pesquerías, de las que sacan grandes intereses y caudales y tienen su mayor contratación, porque todo el término septentrional, la Alemania y la Francia, se sustentan en los días nativos de los arenques, que es alimento y socorro de la gente común y ordinaria. Llegaron á aquel paraje y hallaron, para la guarda de sus artificios y armazones, 40 bagelos bien armados, embistiéronlos, quemaron uno y tomaron otro, ambos de mucho porte y buco; echaron á foudo y quemaron 89 piezas de pescadores, que son como barcones grandes, rompiéronles las redes, quebrantaron é hicieron pedazos los artificios de pesca y las

demas invenciones, dejando por algun tiempo inútiles la máquina y la contratación; prendieron los pescadores y toda la gente de mar, y ejecutaron los nuestros todos los estragos y ruinas que bastaron á dejarlos de manera que habían menester mucho tiempo y dineros para volverlas al punto y utilidad que ántes tenían; prendieron con la gente del bajel y la que asistía á la pesca 900 hombres, habiendo peleado por largo espacio con 22 navios de los suyos; derribó el árbol mayor de la Capitana, y los baupreses á otros tres y maltrató otros, y cuando nuestra gente estaba en lo vigoroso de la refriega, descubrió otros 48 bajeles que venían al socorro de los suyos, mal heridos del destrozo que dejaban hecho los nuestros tras la pérdida lamentable del Esquenquo, de las tierras y pueblos del contorno.

La armada católica que vió el refresco que se les llegaba á los enemigos, por no poner en duda la victoria, quedándoles una hora ántes de anohecer capa para controversias de armas y despartirlos, cuando son ventajosos los enemigos, con esa felicidad y providencia se entretuvo nuestra gente en la artillería hasta que acabó de cerrar la noche, y entónces se lo procuró ir desviando, de manera que algo apartados y dando buca toda la noche, á la mañana navegaron la vuelta de Busquerque, y á 2 de Setiembre dió fondo con el navio de presa y echó en tierra los marineros que se habían tomado. Refrieron el suceso, que fué de admiración y consuelo para todo el país, las buzas que se habían quemado y echado á foudo, las que se habían destruido, así redes como barcas, y las que huyendo se retiraron á Holanda. Era el caudillo de la armada un Superintendente togado, digno de los honores que dió Roma á los Cipianos, á los Julios y á los Germánicos, cuyo nombre era Gavereli, de nacion portugués y consejero: de éste refieren los avisos que vienen de Flandes, que todo el tiempo que duró la refriega, sin más armas que la garnacha, se puso en medio de la Almiranta, y sacando un crucifijo que tenía, le tuvo levantado en alto hasta que aquella sacrosanta insignia puso en salvo á la armada; y dióla victoria, y metió la

gente por Dunquerque, admirando la gran multitud de marineros rendidos, no sin particular alegría de todo el país, de S. A. y los cabos y oficiales de la milicia, de las rotas y presas que se habían hecho en los holandeses.

Las cosas de Italia ardian y estaban expuestas á no menos sedición y ruina que las de Flandes y Alemania, sin haber Príncipe en toda ella eclesiástico ó secular, que por religion ó por fortuna, conolido de las miserias que la amenazaban, se quisiese poner en mano de sus mismos adversarios y enemigos, y templar el apetito codicioso de las pasiones y verganzas, y la dispacion de los pueblos pretendidos con siniestros títulos y pretextos. El estado que tenia y las asechanzas de los insidiadores, su poder y grandeza, ya lo habernos referido; su asiento y vecindad en el principio de la Lombardia y hacia donde comienza el Pó, llevando su corriente al mar Adriático para inundarle. De todas partes se conducia gente: el Rey Católico, para la defensa; y los aliados y franceses, para ofender: de España subia mucha gente, por la escala de Génova, y en Barcelona y en sus atarazanas se forjaban máquinas militares y galeras, para acometer ciudades marítimas, islotes y otros puertos que nunca se vieron: de Sicilia y de las islas Baleares se enviaba gente; el marqués de Santa Cruz proveia una gruesa armada de galeras y navíos con infantería y caballos, tan encubierto su designio y derrota, que pocos ó ningunos le alcanzaban de los que no eran Ministros de Estado y Guerra, y casi todos los enemigos la temian: las costas de la Proenza y de la Galia Narbonense, cada una de sus plazas ó puertos la esperaban sobre sí; pero cuanto quiera que por sus dificultades no surtió al intento que ántes se propuso, se le echaba yo sobre Villafranca de Niza, para que alguno, desatento á los muchos y muy particulares beneficios recibidos de nuestras Coronas, la gente de guerra que proveia para consolidar los intentos de Francia, la hubiera menester para defenderla; que por muy dasahogado que se hallara de otras obligaciones y cuidados, le causara empacho asediar á Valencia del Pó: el conde de Monterey levantaba gente en Nápoles

para encaminarla á la plaza de armas: el Papa, armado de buena razon de Estado, que es lo más piadoso que se puede sentir, hizo leva de 40.000 hombres y fortificó á Santangel, que en casos de revolucion y en el confin, es prudencia no dormir desahogado, y más cuando no han tocado á la deposición de la dignidad: el duque de Roan, que sabia que de Milán y Alemania se esperaba ejército para desalojarle del paso de la Valtelina, pedia á los naturales armas, dinero, pólvora y vituallas para ponerse en defensa; y quanto el Rey católico D. Felipe III prescribió con sus armas la rotura de los grisones en los valtelincses, tanto aquel hereje iba profanando en aquellos pueblos católicos el culto de los templos, las imágenes: el rey de Francia envió por el Delfinado y otras provincias, debajo de la conducta de Monsieur de Crequi, 9.000 infantes y 2.000 caballos; el duque de Saboya en el Piemonte aprestaba 8.000 infantes y 4.500 caballos, que por todos eran 23.000 infantes y 1.500 caballos, con los 1.000 y 6.000 infantes del duque de Parma; y aunque en Milán no faltaban fuerzas, pero siendo necesario desembarazar el paso de la Valtelina para recibir los auxilios de Alemania, el cardenal Albornoz y D. Carlos Coloma resolvieron entresacar alguna gente para esta faccion, y se la dieron al conde Juan Cervellon para que embudiese al duque de Roan, y le necesitase precisamente á salir de aquel valle y dejar aquel paso libre.

Marchó el Conde, y bajando á la misma hora 40.000 alemanes para juntarse con nuestra gente al mismo intento, que parte eran españoles y parte napolitanos, dándose mas prisa en marchar la gente alemana y llevando todas una orden de acometer juntos, llegando ántes los alemanes, sin esperar al Cervellon acometieron los puestos del duque de Roan y lo echaron de ellos con grande estrago de los suyos, y los mantuvieron tres dias. El duque de Roan, vista la rota de su gente y la pérdida notable de las plazas, la volvió á rehacer y juntar y tornó á la pelea; recobró lo perdido al tiempo que llegando la gente de Milán, viendo el mal estado de los alemanes y

que no habian quedado para recobrase ni emprender faccion, cedieron del viaje y hubieron de hacer alto en el condado de Tirol, si bien poco despues, juntas, agregadas y recogidas las reliquias de la rota, volvieron al valle, ocuparon puesto é hicieron pié allí para pasar adelante y echar á los franceses. A este tiempo se movió de Sicilia el marqués de Santa Cruz con 35 galeras y 40 ú 44 navíos con 7.000 infantes y entre ellos 2.700 españoles y algunos caballos, municiones y pertrechos de guerra, cal y ladrillo para fabricar; y llegando á Cabo-Corso y al doblarle corrió fortuna tan brava y deshecha, que perdió 9 galeras, 2 navíos, en que iba la caballería, y padados de 2.000 hombres, con que quedó inútil la empresa por entónces: el Marqués pasó á repararse y á componer la armada á Puerto-Longon; socorriólo con galeras el conde de Monterey, y agregáronsele las de España que estaban en Barcelona con el marqués de Villafranca, y aprestábase, sin embargo, para volver á la empresa y al viaje. Sucedió esta tormenta á 24 de Mayo; y para referir sucesos que nos faltan, es forzoso volver atras.

Habianse atentado los enemigos en Italia notablemente con estas dos quiebras, la de Valtelina y galeras; y si sus prevenciones al principio los tuvo con cuidado, y toda la Proenza le tuvo más adelante, particularmente de la armada, y esperaban suspensos y encogidos y poco determinables en la salida de los Príncipes y coligados; aplicando nuestros infortunios á virtudes propias suyas, y á que nos desfavorecia el cielo y peleaba por ellos, como si sus obras lo merecieran, previnieron sus escuadras, sacaron su ejército, artillería, bajejo y municiones, y cada uno con sus tropas, el duque de Crequi, general del rey de Francia, el duque de Saboya y el duque de Parma, á 15 de Agosto, pasaron el Pó por el Casal de Monferrat, y despues la Sicilia; acometieron el fuerte de la Vilata, de ninguna fortificacion ni consecuencia, y se le llevaron, pareciéndoles que ya habian puesto en mortales asombros y cuidado todo el Milanés. Alojósse con esto en el Monferrat, á los confines del Alejandrino y Valencencia del Pó, reconociéndoles en primer lugar su desaliento

y poca confianza en el fin de la guerra, emproviendo lo inútil y lo más flaco; sacando de aquí, los de mayor consejo en la política y militar disciplina, que sus empresas no serian grandes ni gloriosas en Italia, aunque eran de momento los aliados, porque sus pensamientos y materias no ascendian á ascidir alguna de las plazas fuertes, si bien tentaron por trato ó por interpresa á Alejandría de la Pulla, que D. Carlos Coloma, atento y vigilante á todas las plazas y circunferencia de los Estados vecinos, repúblicas y potestades, desvaneció y rebatió con suma diligencia como experimentado y antiguo Capitan.

No estaban aún á esta hora en Milán todas las gentes necesarías, sino las pocas que eran la ordinaria guarnicion; pero todas las plazas con gente, esperando adonde habia de dar el golpe; y tentasela ya prevenido ejército y socorro competente, así de España como de los reinos de Italia y las otras islas, y desembarazólo y metióle dentro el marqués de Santa Cruz, convaldecido ya de la tormenta pasada. D. Carlos Coloma, sin embargo, puso sus gentes en el Alejandrino, donde erigió plaza de armas; acudió allí el marqués de los Balbasos, hijo de aquel excelente Capitan, otros muchos Cabos y Ministros del Rey, y D. Francisco de Melo, embajador de Alemania, con las órdenes de lo que se habia de obrar en Italia y con letras para la provision del ejército, y todo á su arbitrio y disposicion por favor del mayor Ministro.

Estaban en Génova los marqueses de Santa Cruz y Villafranca para las ocurrencias y necesidades de aquel accidente: á esta hora salió con sus tropas y con la gente de su cargo D. Gaspar de Acevedo, para oponerse al duque de Parma que, á 4 de Setiembre, por la Estradela habia entrado con cerca de 6.000 infantes y 4.000 caballos por el estado de Milán. Encontró al Parmesano junto á Pontecoron y comenzaron á escaramuzar: fué muerto de un mosquetazo que le alcanzó por lo más bajo de un ojo, con que nuestra gente, sin querer emponerse más, perdido el Cabo, se comenzaron á retirar. Sin embargo, no se atrevió á seguirlos el duque de Parma: ocupó despues de esto el lugar de Boguera, habiéndose defendido el

castillo cuanto pudo, aunque de ninguna importancia; prosiguió la marcha y al instante fué recobrado por los nuestros el lugar, y los franceses pasaron el vado del Tanaro por Papon, y el duque de Saboya se juntó con ellos al duque de Parma, que unidos todos, habiendo tenido su consejo, resolvieron de tomar puestos sobre Valencia del Pó, en número de 44.000 infantes y 2.700 caballos, dejando lo demas en sus puestos á propósito para los accidentes que en sitios tales suelen suceder.

Está Valencia del Pó en el principio del Estado de Milán, como se viene del Piamonte, situada en las márgenes del Pó, entre Novara y el Alejandrino; tiene por vecinos el Casal de Monferrat y aquel Principado, y por frente la Sesia y el Tanaro, dos rios que se entran en el Pó más abajo de la ciudad y el otro más arriba, y en estos las dos famosas poblaciones de Bereceli y Asto; en los tiempos pasados y en los de Carlos, duque de Saboya, como lo deponen las cartas de la *Geografía*, contendoras ambas con nuestros ejércitos cuando se les imposibilitó que aquel Duque no ocupase el Monferrat. Es flaca por naturaleza, y sobre que el arte no ha hallado forma de hacerla ni formidable ni defensible, á ésta se encaminaron los enemigos, más por su facilidad que por dificultosa á sus intentos, y para conseguirla con presteza; y de ésta, habiendo hecho pié en el Estado, tentar otra que, unida con ésta, se metiesen prendas considerables en la espugnacion de todo el Ducado. Resueltos nuestros Cabos en el modo de hacer la guerra con la deliberacion de haber situado el enemigo, sin embargo de que se habia tomado por acuerdo de hacer la defensiva sin poner las cosas al trance de una batalla, se esperó ocasion de gastarlos y hacer á su tiempo el socorro con todas las fuerzas del estado de Milán y echar de allí á los enemigos.

Llegó á esta sazón el marqués de Celada, de la Casa de Aguilar y Córdoba, y el conde de Fosa, flamenco de nación, Capitan de archeros en la corte del Rey Católico. El uno iba á recibir 10.000 caballos que tenia levantados el conde de Oñate en Alemania, embajador del Emperador, para que, atravesando todos los tránsitos que pudiere, recayendo al Estado

de Milán y metiéndose por la Proenza, llegase con los que le fuese posible á Perpiñan, para que, con la infanteria que allí se habia conducido, se formase ejército para hacer alguna diversion ó dañar en la Francia; pero esto, por sus dificultades ó por otros fines dignos de mayor reparo, se suspendió. El otro iba á pasar el Danubio y la Bistula, que atraviesa á Cracovia, ó por el Drabo á Barsobia, cortes ambas en diferentes tiempos del reino de Polonia, á tratar con aquel Príncipe, parte de la Casa de Austria por los matrimonios contraídos, materias de Guerra y Estado, que hiciese entrada por la Suecia, tratase de su recuperacion para sacar de Alemania aquella gente y meterles la guerra en casa, ó que enviase caballeria numerosa á Flandes; pero de todo esto no se vió más que gastar tiempo. Habian los de la Liga cerrado con trincheras y fortificaciones á Valencia del Pó, y la jornada del marqués de Celada; pero con honrado valor y ejemplo de Capitanes en entrar en la plaza y defenderla hasta la última gota de sangre, de donde se originaron los efectos que nos dirá el progreso de nuestra historia, ejecutólo entrándose en ella y á la casa del enemigo con 600 caballos, á 13 de Setiembre. El marqués de Villafrauca y el marqués de Santa Cruz, reforzada y compuesta la armada, tomaron su derrota por las costas de Proenza, sin haberse entendido qué designio ni hacia qué parte cargarían, cuando de repente embistieron y ocuparon las islas de Santo Honorato y la Margarita, tierra inútil y sin provecho, y todas despobladas, con algunos pequeños fuertes, ni para resistir ni para esperar; fué capricho de un Gobernador dar á creer que podia hacer allí alguna diversion ó guerra al rey de Francia, y hacerle sacar la gente de Italia por estar estas islas situadas á la frente de Marsolla. Hicieronse allí dos fuertes, y metiose gente en ellos y dos Cabos de consideracion, á D. Miguel de Egea y á D. Juan de Garay, con todo lo necesario; mas los franceses discurrieron y no dejaron de admirarse que para tan poco habiamos gastado tanto tiempo, embarazado galeras, navíos y gente, y expuestos á la fortuna de la mar, perdiendo más en el viaje que cuanto valian las islas; y reconociendo el intento

de la armada, su presa y destino se desahogaron los franceses, porque la esperaban batiendo á Mompeller, Arles, Marsella ó Tolon, para comenzar por allí efectos considerables en la Proenza ó en la Galia Narbonense, tales, que les hicieran gemir los atrevimientos pasados á los presentes que se estaban ejerciendo en Italia. Andábase buscando modo cómo castigar á este enemigo; él lograba los suyos, pero nosotros no acertábamos en nada: encarecimos mucho la empresa, y la importancia del puesto; y el sitio no sé qué tal sea, sólo sé que los franceses y los habitantes mediterráneos de aquellas provincias no se movieron ni dieron un paso en salir, ni defenderlas, ni recuperarlas, teniendo por impertinente nuestro trabajo, asistiendo con precisión y vigilancia á los puertos marítimos, en quien consistía la guarda y la defensa de la tierra, fornecidos y guardados con el presente envidado de mucha y muy escogida gente, y con otras máquinas y pertrechos para resistir é impugnar cualquier armada ó ejército por grande ó por robusto que fuese: no se movieron los franceses; dejaron á nuestra gente seguir su inclinacion cuando vieron no les tocaban en lo vivo, si bien se quejaban de los genoveses que no les avisaron de la venida de la armada, que estaba allí perdiendo tiempo sin hacer nada, pudiendo emplearse en cosa de más monto. Y esto se reconoció así, pues el marqués de Santa Cruz, de la mejor gente que tenía, sacó 4.000 infantes españoles y los envió al Estado de Milán. El estadista ó consejero que reconoció por el discurso de sus materias ó por la *Geografía* la situacion de estas islas, y su importancia para dañar al Francés ó divertirle de la invasion de Italia, aquellos más agudos y reposados de cabeza, tuvieron todo esto por infructuoso; pero la lisonja de los vanos, lo aplaudió cuando en Bruselas se traian secretas pláticas con el monsiur duque de Orleans, hermano de Luis XIII, para que, dándole gente y dineros, que es lo primero que aceptó, sacándolos el marqués de Aytora, gobernador del País-Bajo, y por compañero al príncipe Tomás, para que ocupase é hiciese diversion en plazas y provincias en la Proenza ó en las referidas, y por allí, me-

tiendo la guerra con todo rigor en Francia, inquietase á su hermano, hiciese solevaciones portentosas en aquella parte, y ocupada á Marsella, por trato ó desavencencia de mal contentos por la injusticia del Gobierno, del Privado ó del Príncipe, que tanto importa cuando le hay, y que introducida la guerra y encendida, para darle socorro y echarle gente pareciesen á propósito aquellas islas, y él ocuparlas, fabricar fuertes en ellas considerables, ó si nó, no surtiendo la guerra el fin pretendido, como muchas veces suele acontecer porque sus trances ó fines son dudosos, y por no dejarle en las manos de su hermano, ó expuesto al rigor de ser preso, para surtir con más desembarazo á la fuga y á librar su persona se le hubiese arigido aquel tránsito y aquella escala, porque sólo con la prevencion de un barco la podía hacer; y acogido en ellas poderle llevar con las galeras á parte más segura donde pudiese redimirse de la vejacion del hermano y su ministro, que tantas veces le han puesto lazos á la vida y al sosiego, queriendo casarle y desasarle contra los derechos divinos por mezclar la baja de su sangre con la real de Francia, despreciando la esclarecidísima de Lorena, do quien no hay Principo en toda la Europa que no tenga parte. Entónces si que el discurso y el preparamiento habia obrado con toda buena razon y prudencia, y que habia sido dotado de gran conocimiento y sagacidad el Consejero; pero no sucediendo como se pensó, no habia para qué cautivar el entendimiento en pocas cosas, ni sacarle no más que para ocuparlas, gastar tiempo, dineros y soldados: no erráramos si dijésemos que ha sido liviandad de Ministro que duerme á la utilidad del Estado, á los tesoros y fuerzas de la Monarquía. Es tanta verdad esto, que de haberlo observado y sentido así algunos de nuestros gnerales (que no todos son fieles), y reconocido el poco fundamento de tener allí suspensas las escuadras de galeras, cabos y soldados, y no hallando de qué sustentarse, porque la poquedad de la tierra no lo produce ni tiene cultores que lo administren, punto en que debia parar la consideracion, y no dando más que tres cuartos al dia á los soldados, y siendo

forzoso ocupar las galeras en no más ministerio que traer bastimentos, y eso si lo podian dar en las islas de Cerdeña ó las Mallorcas, donde era más posible volver á tentar el riesgo y experimentar antes que verle; de aquí, viendo que se perdian y fracasaban á manos de la necesidad, y que era vano cuanto se asistia y trabajaba en las islas, las dejaron á cargo del duque de Tursi y la escuadra de Génova, para que el francés tomase satisfacción de lo ejecutado en ellas, ó él proceda tan lentamente que, si el fin fué para atacar ó llamar allí los socorros que habian de salir para la guerra de Milán, salgan á vista suya y sin ningun empacho, y corran con libertad á la parte que más á su propósito le parecieren, como al fin lo hacian. Sin embargo, no agradó al Richelieu la vecindad, y propuso echarnos de allí.

Apretaban á Valencia del Pó los franceses, saboyanos y paruesanos con sobrada obstinacion y porfia, teniendo en atencion y cuidado estos movimientos á todas las repúblicas y potentados de Italia; á aquellos que se habian mantenido más constantes en la fe de la amistad, que fueron Venecia, Florencia, Modena y Luca, porque áun los genoveses, que por muchos y muy largos beneficios recibidos de la Majestad de España, y la mucha plata y oro de que se han enriquecido con nuestra comunicacion y trato, y los debía preservar de corruptela y mudanza, y áun todas estas cosas, no los podia por su natural librar de sospechas y de haber caido, aunque de secreto, en alguna liviandad. Defendíase pues, la ciudad, bastante por las asistencias de dentro y socorros de afuera, haciendo salidas que divertian al enemigo y le mataban mucha gente. D. Carlos Coloma desde Alejandria, adonde estaba, hizo ocupar un puesto de esta parte del Pó, con que se aseguraron los socorros de los sitiados.

Eran ya casi los fines de Setiembre, y D. Carlos Coloma, ántes de gastar la gente por tenerla pronta y entera, esperaba que las lluvias del cielo y las crecientes del Pó, que son notables (sabiendo cuán pesado es allí el invierno, pantanoso por las vorcientes y avenidas de los Alpes), los forzara á levantar;

y ésta fué la causa porque salió tarde á socorrer la plaza, desayudándole mucho el otoño, que en aquella parte comenzó á mostrarse muy seco. Pero ni la gente enemiga, ni todos los de la Liga, era práctica ni valerosa, ni para asisir al trabajo ni á la continuacion del sitio, ni de las armas suficientes, ántes bien eran flacos, muelles y allegadizos, bisonños y mal ejercitados en la experiencia militar; pero mezclados con los soldados veteranos franceses, resistian el trabajo del sitio: echaron puente en el Pó, á milla y media de la plaza, y la noche de los 27 asaltaron nuestras fortificaciones con alguna parte del ejército, y fueron rechazados con pérdida de alguna de ella. Quién dice que fueron 4.000 hombres con muy poca pérdida nuestra; pero cuanto quiora que eran cobardes en el aliento, en las manos eran atrevidos, y de corazon en la insolencia, ejecutando algunas de las de Tirlemonte en los lugares y villajes ó casares abiertos de poca gente y de ninguna defensa, procediendo sin ningun género de continencia ni respeto en lo humano ni en lo divino.

Resolvió, pues, D. Carlos Coloma hacer el socorro, y levantó el ejército de los alojamientos y marchó la vuelta del enemigo; tomó cuartel en Burgofranco, á cuatro leguas, ó sean millas del de los de la Liga, de esta parte del Pó, y á tres de la plaza donde se fueron ejecutando las resoluciones necesarias al cumplimiento de la empresa. Reconociendo esta resolución, apretó el enemigo al sitio, dobló las tropas con el grueso del suyo, esperando el fin y en qué pararian cosas tan grandes. Tenia D. Carlos abierto el paso de Pavia para recibir bastimentos y todo lo demas necesario, apresurando lovas, encaminando negociaciones y asistencias de dinero, cuya prontitud y vigilancia obraba las cosas tan á tiempo que no habia dejado ganar á los franceses ni á las otras naciones, por espacio de mes y medio, un palmo de tierra. Hizo alrededor de Burgofranco algunas fortificaciones en puertos aventajados, y determinando como se habia conferido con el cardenal Albornoz y otros de singular consejo, en adorno del modo de socorrer, se descubrió el enemigo con cinco escuadrones de

infantería y dos pequeños de hasta 4.500 caballos, los que pareció bastantes á su designio, y encaminóse el marqués de Dila, General del duque de Saboya, para divertir nuestra gente con algunos infantes y caballos, y con la resta cargó el duque de Crequi la vuelta de Frasquecol, con intento, á lo que se pudo presumir, de ocupar; y dióse tanta prisa, que cuando llegó el marqués de Torrecusa á estorbárselo, estaba ya su vanguardia dentro de Frasquecol, á poco más de diez mil pasos de nuestras fortificaciones; pero el Marqués se dió tan buena maña con la gente que llevaba que le rechazó y arrojó de los puestos. D. Alvaro de Quiñones socorrió tan aprisa por su parte con alguna caballería, mangas de mosquetería con los Sargentos mayores de los tercios del príncipe Tiburcio y Felipe Espinola, gobernándose unos y otros con singular valor, no obstante la porfía del enemigo para ocupar á Frasquecol, que hubo de ceder el ardor de nuestra gente, con pérdida de mucha de la suya; retirándose y cargándole el Torrecusa con las mangas que se habian sacado de los batallones que gobernaba D. Martin de Aragón, portándose aquel día como buen soldado; y los Sargentos mayores del Tiburcio y Espinola, hasta meter los enemigos en sus fortificaciones, asistiendo á este trance personas de tanta consideracion como el duque de Parma y el marqués de Villa, saliendo herido de un golpe que le dió el Sargento mayor Peregrin. Luégo que sucedió esta refriega, el Maestre de campo D. José Monplabon, gobernador de Alejandría de la Pulla, escogió 800 infantes, los mejores que tenía de aquella guaruicion, en esta forma: 440 españoles de dos compañías viejas que le habian dejado con Tiburcio y 400 mosqueteros del tercio del duque Marínolo, y los demas restantes del país, que se juntaron despues, y con esta gente salió de Alejandría el Maestre de campo Guasco, llevando en su compañía á Maximiliano Estampa, su sobrino, hermano del conde de Montecastel, echando voz y publicando iban á fortificar al mismo Montecastel, donde llegaron á tres horas despues de media noche con notable obscuridad. Habiendo

llegado aquí, se dió órden á los Capitanes se dispusiesen á marchar la vuelta de Valencia del Pó, con toda resolucion, los cuales lo abrazaron y lo hicieron rindiendo las voluntades y las vidas á su honra y á la necesidad y socorro de su Príncipe; y sabiendo que era órden de D. Carlos Coloma, que quería hacer este esfuerzo y socorro á la plaza y comenzar á desarmar á los enemigos, faccion no sin peligro evidente de las vidas, respecto de haber de atravesar por medio de las fortificaciones y cuarteles del duque de Parma, y ser muy pocos; pero estaba así resuelto. Ofrecióse Maximiliano Estampa guiarlos hasta Valencia del Pó, y apeándose de su caballo dió ejemplo á los demas soldados; puso sobre él la cuerda y pólvora, y en esta forma marcharon con cuidado de emboscada y de no ser conocidos, y con la noche á propósito, por si acaso habia entendido el enemigo la prevencion del socorro y los esperaba. Toparon á poco trecho con la primera centinela, que preguntando qué gente y pidiendo el nombre, se le fueron acercando diciendo que eran amigos, y ántes que se llegasen más cerca disparó el mosquete, y como la pólvora estaba mojada con la demasiada humedad de la noche no dió luégo; cerraron con él y le dieron de puñaladas: pasaron adelante y dieron con el y le dieron de puñaladas: pasaron adelante y pondieron eran saboyardos, y como vió que sin impedimento habian pasado de la primera centinela y que no habia hecho señal, ó ya ocupado del miedo ó de otro accidente, no les estorbó el paso y fué cegida: prosiguieron su viaje, dieron con la tercera que, haciendo su diligencia ordinaria y no dando el nombre, disparó, con que luégo al punto se tocó una arma viva en el cuartel del duque de Parma. Atentos los enemigos y desatinados, temiendo alguna furtiva de Valencia del Pó, se estuvieron en sus puestos, calados los mosquetes y las picas; pero nuestra gente arremetieron pié, y pasó adelante, llegó á la muralla, y revestidos de ánimo y gallardía, gritaron dos veces « ¡viva España ! » y los que estaban de guardia, con aviso de este socorro, abrieron la puerta y los recibieron en los brazos con sumo contento y alegría y, por el contrario, con notables

desalientos de las naciones enemigas; conque el duque de Crequi, viendo que crecían en fortuna y en hechos las armas españolas, y que á su vista y delante de escuadrones tan poderosos se habia socorrido la plaza, mandó volver á pasar el Pó á alguna parte de gente para reforzar las fortificaciones; que entendido ya por D. Carlos Coloma, y el buen efecto del socorro, resolvió en hacer el último esfuerzo. Mandó prevenir lo necesario y que montase la caballería, que siguiese el lado de las fortificaciones que estaban á la mano derecha de D. Martín de Aragon, y al Espínola con la gente de su tercio en la izquierda, y él se puso en medio, y esto con tanta niebla que apenas se veían unos á otros; arrimóse al fortín y tenaza, como á tiro de arcabuz, que solia cubrir nuestro puente de Valencia del Pó, en que estaba mucha gente francesa para resistir ó defenderla: levantóse á esta hora la niebla, y los nuestros corrieron con el fortín á vista del duque de Saboya, Parma y Crequi, y esto con tanta presteza y valor que la ocuparon con muy poca pérdida de nuestra parte, degollando los franceses que allí habia; y aunque se dejó ver, para hacer la defensa, parte de la caballería y mosquetería con un escuadron de picas, Don Carlos Coloma, introducido ya en obrar y en hacer levantar el sitio á los franceses, y á la porcion coligada que desesperaron de conseguir la plaza con tantos socorros, metió el último y el mayor en barcas, recibieron más gente, municiones, bastimentos, dinero para las pagas, con que se refrescaron, redimiéndose de la necesidad y de la hambre aquel pueblo que habia estado cerrado cuarenta y ocho dias, y padeció gravísimos trabajos y miserias.

Estaba atónito y asombrado el enemigo del suceso, viendo se les habia desvauecido de la empresa, y más la mengua de la reputacion en que habian caído unos y otros, y que al fin España elevaba la suya, como lo tenia de costumbre, sobre los cedros y las cervices de los más confiados, y así lo comenzaron á sentir los confinantes afectos, y no sin confusion ni congoja los que no lo eran, y los mejores holgaron de haberse portado con prudencia, porque la espada católica castigaria luego los

delinquentes á la fe del Estado, y los adversarios soberanamente. No quiso D. Carlos Coloma resfriar sus intentos ni el calor de los suyos, cuando toda la faccion, por el socorro de Valencia del Pó, se habian caído de ánimo, entubiado el vigor y las fuerzas: mandó disparar algunas piczas al cuartel del duque de Parma, con quien tenia la ojeriza, y dejáronse ver algunos de los de su sóquito sobre los reparos; pero á muy pocos golpes comenzaron á huir y esconderse, vivaces como si fueran conejos ú otro animal semejante á éste, con que comenzaron todos á huir y á ponerse en la retirada; quemaron sus barracas y alojamientos, abandonaron las trincheras y cargó el villanaje donde halló en qué satisfacer su natural condiccion, y tomando armas, como mosquetes, picas, arcabuces, corazas y petos fuertes, salieron los de dentro, y aplanaron las trincheras y fortificaciones; pero el Maestro de campo general, como caudillo de tan escogida prudencia, adelantando su cuidado á las otras fronteras y atendiendo que sacaba golpe de gente el enemigo, y que con color de retirarse ó herido de la bafa que se les habia hecho, no embusitiese á mejorar ó tentase su fortuna, envió algunas compañías de infantería y caballería al fuerte de Sandoval ó Novara y al Alejandrino, avisando que estuviesen en vela, que seria muy posible que los enemigos los pretendiesen infestar. Mientras él, con todo el grueso del ejército, los iba siguiendo, hasta ser bien enterado de su derrota, ó de acabarlos de echar del Estado de Milán, porque ya el tiempo compelia á todos á tomar este acuerdo; mas ellos, á pocas jornadas y á no muchos lances, manifestaron á nuestra gente los indicios de su flaqueza, y retiráronse los franceses al Monferrat, plaza de armas que despues de grandes gastos y sitios les dimos.

Algo habré yo avisado de este riesgo en los libros pasados: no les diera yo de mi parecer la más desbaratada *spehanca*, y si se ha de asegurar el Milanés y áun toda la Italia, será forzoso arrojar de allí estas asechanzas; donde nó, no será posible verse aquello libre de franceses y de su condiccion. Siguió sus pisadas el duque de Parma, deshecho, desbaratado, sin gente, sin dinero y sin reputacion, gastados y consumidos sus Estados



por seguir dictámen tan siniestro y expuesto á ser castigado y perderlos, por ser, como he dicho, feudos del Estado de Milán y haber tomado armas contra el Señor Soberano, y que por ley y por derecho los tiene perdidos y poco segura la cabeza como lo discurren los más versados en estas materias. Metióse en Molferrat al abrigo de los franceses, reconociéndose por mal seguro de la potencia Real católica y delincuente, sin atreverse á entrar en las ciudades de Parma ni de Plasencia, por ser corta la defensa: quién dice que el Papa, visto el mal estado de la guerra, le daba voces que se retirase; y quién dice que él lo deseaba; mas que no le dejaban los franceses, siguiendo, por haber escogido tan mal consejo, la fortuna y el destino que el duque de Witemberg, en Alemania; el duque de Veinar en el Palatino del Rin, y sus hijos en Londres, el conde Enrique de Vargas en Holanda, el arzobispo de Tréveris en Flandes, y aún éste no es de los peores librados, cuyo tratamiento, á costa de las expensas del Rey Católico, puede ser envidia de los otros: no acabando de dar gracias á Dios y de bendecir al infante D. Fernando que le había librado de la opresión y tiranía de franceses. El duque de Saboya se retiró á sus tierras, y alojó la gente en los confines, aun no arrepentido de lo comenzado; mas los franceses mismos nos vengaron de él y de sus alianzas, como presto lo veremos, y pagará en las mismas armas la ingratitud y las ofensas cometidas contra la Magestad de España.

Murió el marqués de Celada de accidente que le sobrevino, ocasionado de las continuas fatigas militares, de la asistencia y cuidado de defender la plaza, de los malos días y peores noches, y de los otros afanes de los sitios; fué sentida su muerte, como era justo, de todos los capitanes y soldados, por las muchas esperanzas que se prometieron de sus servicios, de su inclinación á las armas y loables principios en la guerra. Dieron cuenta al cardenal Albornoz, y D. Carlos Coloma al Rey y á sus Ministros, del estado que había tenido la guerra, cómo habían dejado los enemigos el sitio de Valencia del Pó y retirándose sin reputación; de que se dió por servido, dispo-

niendo los preparamentos para la satisfacción y la enmienda del año siguiente.

En todas las partes que habemos referido, habían combalido nuestras armas con fortuna y alcanzado victoria de los franceses y su séquito: en Flandes dejamos ya esplayados hechos dignos de la inmortalidad y de ser grabados en el mármol y en el bronce, y últimamente habia recuperado el gran corazón del Infante, por el valor del esclarecido nieto de la Casa de Sandoval, del marqués de Leide y de otros Capitanes, el país de Limburgo: ocupó S. A. á Genep, con que alojó la gente; dió cuenta al Rey de estos últimos sucesos, pidiéndole gente y dineros para el año siguiente, y para volver á la guerra que entendia seria con no menor rigor que el pasado; y refiriéndole cada cosa por menor, le advirtió mirase cómo quedaria la tierra de forrajes donde habian comido este año 70 y 80.000 caballos, y que se habia parado con particular curiosidad á la salida del puente de Genep y que los habia visto pasar, parte de ellos de corazas, dragones y hombres de armas, y parte del bagaje, carros, artillería, vivanderos y mochileros. Admirámonos todos de este número, y para que no se dudase en el concepto, hizo traer la carta y leerla de nuevo.

Murió el marqués de Aytona, que gobernaba las armas, y diólas el Infante, en el interin que avisaba al Rey, su hermano, á D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, Adelantado mayor de Castilla, tocándole de derecho y justicia. Avisó el Infante de la eleccion á su hermano, y de la muerte del marqués de Aytona, y no aplicándose á ella el poderoso, habiéndosela dado el Infante por castellano viejo, por sus oficios ejercidos en Flandes y en Italia, por la grande inclinación y afecto de servir á su Rey, por su paciencia y constancia, no embarazándose ni mostrando coño á ninguno de los lazos que le podian apartar de esto por su sangre, por su casa, porque la dejó, porque abandonó la subcecion de ella y tantos Estados ricos, por el agradecimiento á la crianza de ambos abuelos, grandes padres, tíos y primos, que los mayores pasaron de este ministerio á los sepuleros por las heroicas obras y oficios

militares, apetecidos de la alteza de sus pensamientos y por arribar á ellos y al gran crédito de sus ascendientes, por todas estas cosas y cada una de ellas, bastando una sola, y por ir á merecerlas; y porque no solamente peleaba con el cuerpo sino con el espíritu, con los enemigos y con la envidia; y como dije, no aplicándose á la elección el poderoso, y se diesen al príncipe Tomás; y si bien dijeron que después se mandó alcanzar este correo y se confirmó la elección de S. A., parece que se adivinaron dos cosas, la una cuán poco durará en la fe Tomás, y la otra cuán cerca estaba á morir el duque y cuán poco había de durar el haber alcanzado aquel gran premio, atando las manos á su fortuna, no queriendo experimentar otro vendaval, y queriendo morir con aquella esperanza, esta referiremos á la posture de este libro más largamente, por ser su lugar. Volviendo á las cosas de Alemania, no dejaba de haber de todo, buenos y malos sucesos, y cuando se esperaba que el general Galaso entrara por la Francia, no tuvo efecto, y los hiciera considerables por el miedo en que estaba toda la tierra; pero los franceses harían allí tantas asistencias, que no era posible dejarlos ni volver las espaldas á la Alsacia y á la Lorena: pero siendo, como dejamos dicho, socorrido el mariscal de La Forca de franceses por la conducta del cardenal de la Baleta, encaminaron sus gentes á buscar el ejército imperial, y afrontados los unos con los otros, en los reencuentros y escaramuzas que tuvieron, tomaron á Galaso dos piezas de artillería, de lo cual ofendido revolvió sobre ellos y se trabó con tanto coraje la pelea, que los alemanes, al aliento y ardor de su General, rompieron al cardenal de la Baleta, y presos los Cabos y Capitanes, tomaron el bagaje, artillería y municiones y 300.000 escudos para la paga de los soldados, con que alojaron por aquella parte; y si así se pudiera haber obrado en la Valtelina contra el duque de Roan, siguiera el mismo círculo en los otros cursos de la Europa donde se establecen ambas Monarquías, porque todos los caudillos franceses, y cuantos fueron enviados á Flandes, Alemania y á Italia, todos fueron deshechos y desbaratados.

El conde Juan Cervellon, por no dejar este padrastrero en la Valtelina, revolvió sobre el valle, tomó á Bormio y un fuerte, é hizo allí plaza de armas; fabricó alojamientos y cuarteles, levantó algunas fortificaciones é hizo opósito á los intentos del duque, socorrido y reforzado de bearneses; vinieron á las manos, y en la primera arremetida desapareció la caballería y un regimiento de italianos al Cervellon, arrojando las armas, de suerte que, cuando quedó sólo con los españoles, y siendo mayor el número de los franceses, recibió un picazo y dos golpes de pistola tales, que le obligaron á retirarse y á no poder por este año tomar aquel paso, porque no era posible socorrerle, aunque lo pretendiese, el Cardenal Gobernador de Milán, porque el tiempo embarazaba los intentos, con la naturaleza de aquel clima, sumamente helado, que ya impedía los pasos de los caminos la inmensa nieve que cubría sus asperezas y montañas hasta que los meses más templados de la primavera, que se esperaban, diesen oportunidad y ocasión para volver á tentar fortuna y esperarla.

D. Manuel Pimentel, conde de la Fera, y los Maestres de campo, Ladron y Esfondato y otros de los prisioneros más principales del reencuentro de la campaña de Namur, porque vamos recogiendo los cabos de nuestra historia, metidos en Matriq y encomendados al príncipe de Orange por el general Chaullon, no reposando la industria de mejorarse y salir de esclavitud, estudiando atentamente los caminos de la libertad, hallaron medio; quién dice de gente de la tierra, y quién que de un tudesco que se había pasado á los franceses y se le habían dado por guarda. Este, corrido de haber degonzado de la fidelidad de su nación y picado del estímulo vergonzoso de traidor, le dijo á D. Manuel Pimentel en secreto, que si solicitaba su libertad sería perdonado del Rey Católico; él le dijo que sí, y que se ofrecía á prometérselo y asegurárselo. Con esta concordia, ya sea que tuvo expresa noticia de los secretos de la villa, por otros, y de sus rincones y salidas, ó que él era inteligente y había escudriñado sus murallas, dijo sabía de una puerta vieja y antigua mal cerrada, que salía al

campo, y que llevando algunos instrumentos se podía romper, y que por allí podía salir con sus camaradas: abrazólo el Don Manuel, quiso pasar adelante y hacer más útil y más célebre la ocasion y ejecutar un deseo tan premeditado de todos los Cabos de la milicia, y procurando con sumo aceto y queriendo valerse más del tudesco, se buscó por otro medio quien fuese con papel secreto, y envió á decir á S. A. el estado en que se hallaba, los medios que tenía prontos para su libertad y la de los demas prisioneros, y que pues se habia hallado puerta para salir, sirviese ésta para que enviando gente, lo necesario á la empresa, recuperase la villa.

Esto fué, sin duda, una desdicha, que tarde ó nunca se despegará del amor de aquellos vasallos, ni se desasíó del corazon de S. A., y de los más fieles y celosos al servicio del Rey: dijole más, que fuese loégo sin perder un átomo de tiempo, porque al otro día ó al segundo habia órden del roy de Francia, y la tenían el príncipe de Orange, los Gobernadores y Magistrados de Masiñq, de llevarlos á Paris. Recibió S. A. el aviso, y cuanto le fué de gusto la nueva de poderse librar soldados de tanta reputacion de las manos de los enemigos, le fué de pesar por no poder loégo, como lo pedian, proveer á la prontitud del suceso y de la recuperacion de Masiñq, y ser el término tan breve; y respondió, no podia por estar lo más florido del ejército en partes distantes para avisar y salir al tiempo que se pedía, ni ocurrir tan de ligero sin despertar algun accidente que estorbare su salida, y que el enemigo no vivia tan dormido ni tan desatento, ni sin espías, que en viéndolo mover gente no habia de asistir loégo á las plazas, á la novedad y á embarazarle rigurosamente el paso y castigar los sabidores, para que despues no tuviese remedio ni esperanza de salvarse, si no es por muy gruesa talla, como lo pedía su calidad, sangre, puesto y autoridad; que si fuera cosa en que se pudiera esperar algun tiempo, iria él mismo, porque su persona y la de los demas Cabos, y que procurasen salir. Recibido este acuerdo de S. A. y esforzado con tan buenas razones, D. Manuel Pimentel resolvió en salir con los demas Cabos; esperaron la oportu-

unidad y el amparo de la noche, comenzaron su viaje al sueño de las demas guardas; guióles el tudesco; pasaron por algunos cuerpos de guardia que no repararon en ellos ni los hablaron palabra, y porque no haya gusto que no tenga azar ni sobresalto, dieron dos veces en mano de la ronda, y ambas escaparon de ella; llegaron al portillo, y valiéndose de la fuerza y de los instrumentos, abriéronle y salieron esguazando un riachuelo que pasa por allí cerca, con el agua hasta los pechos, de esta manera y á toda diligencia.

El príncipe de Pínnie fué condenado por el Consejo de Malinas en perdimiento de bienes y á cortar la cabeza, por el principio de la conjuracion ó junta porque fué preso el duque de Arescot en Castilla; mas fué perdonado por la benignidad del Rey y porque ofreció servicios muy considerables en satisfaccion: pronunciáronse otros castigos en personas particulares é inferiores, y fué restituido á su Casa y Estado, y perdonado tambien el conde de Agamon, por solicitud del duque de Arescot, su cuñado: ántes que fuese preso, hallándole en Paris desvalido y desamparado y con necesidad de aquel Príncipe y de la nobleza, llevándolo así concertado cuando pasó, y que lo pidiese al Rey, él lo hizo, y todo sobre lo sucedido en la Junta de los Estados generales en los años pasados; con que, y con la presencia del infante D. Fernando, se puso freno á los tumultuarios y sediciosos de Flandes.

D. Diego Megía, marqués de Leganés, con órden expresa del Rey, fué elegido para el Gobierno del Estado de Milán, á falta de buenos soldados, si bien con poco gusto suyo por verle á desacomodar de la grandeza del domicilio, alhajas y vergeles alrededor de Madrid, Consejos y Juntas en abundancia, dulzura de mando y lado de poderosos, que era el gobierno que él más apetecía y disfrutaba, cuando D. Carlos Coloma le estaba librando de la dissipacion de franceses y potestades de Italia; con que, ni le dejaron para castellano de Milán, ni para Maestre de campo general, porque viendo le proveian sucesor, sin ser mal soldado, ni permitiendo el lustre de la reputacion ser inferior el que fué cabeza, cuando era ni mejor

ni más antiguo soldado ni de mayores hechos él provido.

Entró D. Carlos Coloma en Flandes el año de 588, en tiempo que el duque de Parma gobernaba aquellos países, comenzando á servir por todos los grados y puestos de la milicia desde la pica al bastion, y sirvió en aquellas guerras y en las memorables de Flandes contra Enrique IV, rey de Francia, cuyos comentarios son de estimacion y de nombre. Ya dejamos dicho los cargos que tenia cuando fué traído al Estado de Milán como Maestro de campo general en Flandes, y de los de reputacion y nombre; él dejó escritos sus servicios, aunque con gran modestia, con que nos excusaremos de mayor exordio: cuando D. Diego Megía pasó á aquellos Estados con el archiduque Alberto, el año de 97, ó algo más atras, y reconociendo que entónces ya habia llegado á tener tercio y á ser Maestro de campo, cuando D. Diego Megía no era nada y acababa de poner los piés en Flandes, y que era quererle descansar cuando no le faltaban fuerzas ni vigor para servir, cuando el Estado de Milán pedia su asistencia por su valor, noticia, canas, opinion, prudencia y grande juicio, pidió licencia; y viendo que sola daban para venir á España, la tomó con promocion al Consejo de Estado, y después, á largo andar, á Mayordomo del Rey, quien estuviera mejor gobernando ejércitos y gentes por la estimacion que siempre hicieron de él todos los Príncipes de su tiempo, gobernadores de Flandes; y entraron en la corte de Madrid uno tras otro el cardenal Borja, echado de Roma por el Papa; el marqués de Santa Cruz, dejada la Margarita; Santo Honorato, que tanto nos encarecieron los bisoños, y Don Carlos Coloma, quitado el asedio de Lombardia y removido cuando por necesidad que se tenia de su persona habia de ser perdurable en aquel Estado, con harta admiracion de los celosos al credito de nuestras armas; discurriendo que, necesitado de hombres la Italia por la importancia de su conservacion y por los muchos y muy poderosos enemigos que la pretendian invadir, habiéndole hallado ya elegido el que habia, y éste procedido con honra militar y con fortuna, echando los enemigos del Estado en que se incluian dos Príncipes, un General del

rey de Francia y el uno de los dos potentados de fuerzas competentes para contender con qualquiera Monarca, como lo ha hecho alguno, ora peleando con los ejércitos franceses, como lo con los españoles, y hécholos levantar de un sitio (al parecer de soldados) peligroso, no conservar allí este Capitan, no honrarle, no favorecerle para los trances que se esperaban, y más hallándose victorioso, es gran freno para los enemigos, y aun para que depongan de sus materias y muden semblante las confederaciones. Digno es mucho de reparo y aun de lástima, que estén los poderosos tan adelante que tengan por conveniencia atropellar la seguridad, porque su deudo y no otro, aunque sea el más benemérito, manje aquella parte, porque es de honra y autoridad; que tan escudero era Don Diego Megía como D. Carlos Coloma, y de más partes era Don Carlos, pues era mayor soldado. ¿Qué nacion ha habido, la más bárbara, que al Capitan que eligió para sus empresas, siendo afortunado y vencedor le mude ó le dé ocasion para dejar la guerra? ¿pues qué sería si se erigió de necesidad ó más por desesperada confianza? Esta deliberacion, que bien observaron esto aquellos grandes políticos en ambos Estados, y aquellas dos grandes repúblicas, maestras del arte militar, ántes que las entorpeciese la valentía del ánimo los vicios de la codicia y la sensualidad, tenían por error verosímil. Al Capitan que asistia en gran provincia, que tenia debelados muchos y muy indomables enemigos, mientras tenia reputacion, que se hallaba bien servida la República con despojos y victorias de los enemigos, nunca le mudaban, ni le trocaban por otro, aunque fuese tenido por mejor soldado: pues ¿qué hicieron si no fuera tal? ¿Aun la disciplina de los cartagineses bárbaros, más que ellos, asistian con inviolables preceptos á esta causa; daban honra y veneraban sus mayores caudillos; de aquellos eran los lugares y los puestos, los magistrados y las honras, los triunfos, imágenes y estátuas, que eran dichosos en las armas, no en potestad y bienes de fortuna. ¿Qué dijera Anibal, si cuando estaban contendiendo en Italia con la ciudad vencedora de otras gentes, con las legiones y cohortes romanas, con la grandeza

de ánimo de Scipion y la prudencia y sagacidad de Quinto Fabio Máximo, si después de vencidos innumerables peligros y dificultades, y hallando enemigos tan protigiosos, le enviara la Ciudad sucesor (sino es cuando lo vió entretenido en las delicias de Cápua), le provoyera el oficio, pusiera en su lugar un bisoño ó le antepusiera otro no tan grande soldado como él? (Ocasión fuera de justa queja y áun de deshonra para la patria; y así hubiera pocos soldados para la guerra. Ha sido este régimen influencia fatal de nuestros Capitanes, ó infelicidad y desmayo de los inclinados á la milicia, el ver desfavorecidos los soldados viejos, deshechos todos y acabados los mayores y mejores en fortuna, con el desaire del disfavor ó del agravio; tragados ántes del desden que del enemigo, quien debiera más áun asistir á este particular que á los suyos, por nervio más principal del Estado: sólo D. Diego Megía, armado con sobra siempre de soldados y dineros, sin una memorable facción, sino resuelto á más no poder, y los demas Capitanes, y un Infante hermano del Rey, sin ejército, sin un real, expuesto á vaivenes indecentes de su persona y de la honra de España. Reconociendo esto los soldados, desamparaban las banderas, faltaban hombres y llegó á estado esto, que prendian la gente baja, y con esposas y grillos los llevaban por fuerza en carros, porque muchos de los que se habían hallado en las ocasiones pasadas y servido maravillosamente, viendo la dificultad de las pretensiones y las faltas de los premios, habían escogido la religión y trocádola por malicia. En esta manera, si aquellos fracasaban á la vista de sus servicios en la guerra, en la paz no faltaban desechas y calamidades áun entre los colosos del bien público; y aquellos Consejos que en las eras pasadas de nuestros mayores Principes servían á la tranquilidad y al beneficio de los súbditos, y á adelantar con dulzura las materias del gobierno y del despacho, siendo el poderoso el arbitrio general de tributos, gavelas ó imposiciones, estos tales, ó de miedo ó de ambición, ó de todo junto, no se explayaban á otra utilidad que á estas vejaciones, á introducir las y anhelar por ellas como fin último de sus acrecentamientos y cuantas

dificultades se le ofrecían, que ya no había ninguna, porque se había perdido totalmente el respeto y la tolerancia á la deformidad de los pochos, y corría ya sobre nosotros como diluvio.

El Consejo de Castilla, y aquellos hombres de canas, que lo habían de ser de conciencia, y aquellos que afectan saber ambos Derechos el Civil y el Canónico, y que fueron elegidos para el ministerio de la justicia y la verdad, y para insinuarla al Príncipe, esto lo aprueban todos, los disponían y los dicitaban al pueblo, ya con amenazas, ya con rigor; poniendo á muchos lazos y tropiezos, para que cayesen y fuesen castigados en la sangre y en la bolsa, que era lo que se pretendía para extenderla á delicias y festejos, y que sólo sobraba para esto y faltaba para el ornamento de Palacio, donde no había ni se profesaba otra cosa que vilísima miseria. Pidióse este año á los Grandes, Títulos y Caballeros de las Ordenes militares, y á los que no eran de ellas, dineros y soldados para la guerra, los gajes á los ministros y criados; y aunque á los más graves y de mayor punto no era esto hacerles heridas en las haciendas, porque las tenían á su mandar, pero los mejores y más puros y que no se sustentaban de otra cosa, lo sentían y entraban á la parte de la necesidad con todos. Pidióse un tercio á los juros, luego un donativo general y forzoso, que más parecía violencia que donativo; millon y medio, y luego nueve millones en el reino, pagados en tres años; y si esto se pidiera con términos templados, y como se solía pedir en las Cortes de las eras pasadas, parece que era de sufrir; pero bajaba un papel, forjado de intolerable aspereza por el superior, y las primeras palabras del pedido, sin gastar exornación ni arenga de palabra y sin medirse con la urbanidad de las Cortes y de aquellos hombres que están allí por el reino y por sus ciudades, la primera razón y propuesta, desembarazando como si fuera nubo de granizo la primera piedra, todo era horrores, amenazas y deposiciones, sin hacer reparo en un reino gastado y consumido: finalmente, dijo que el que negase aquello que-ria dar el reino al rey de Francia, cosa de que todos se sus-

pendieron y quedaron admirados, que no era mucho, porque no estaban usados á oír cosas semejantes ni palabras tan fuera del término castellano, porque se le pudiera responder, que el que le quiere dar el reino es quien lo levanta estas novedades. Dígalo Cataluña y Portugal: ¿quién se ha descuidado en asistirles y de entender á lo que les toca, gastando el tiempo en sus particulares de conveniencia y entretenimiento? Quiso después pedir más, ó perpetuar alguno de estos millones concedidos, y porque los más condolidos de la vejación importuna de los pueblos hicieron algun reparo, no bien satisfecho del papel pasado, arrojó otro, diciendo se les andaba haciendo una causa á los que no habian querido conceder nada, y otras amenazas y terrores inauditos y de ninguna humanidad. Quien le pudiera responder que tuviese cuidado con la suya, que no es nadie tan limpio ni tan justo, ni tan de inculpables acciones, aunque sea duro cuchillo y reprension de los otros, que al fin, siendo todo cuanto hay debajo del cielo mudable por accidente y por naturaleza, no se levanto alguna por lexua. que á sus oficios no le sea tremenda y espantosa, y hore por particular providencia del cielo lo que ha hecho gemir á los vasallos mejores y más fieles que ha tenido Principo en toda la fábrica del universo. Pero esta correccion, cuanto quiera que no fué fraternal, por ser descuido, el Estado eclesiástico, sin Bula y sin consentimiento del Papa, quisieron hacer que pagase el subsidio; y excusado porque él, que por sus disentimientos particulares se halló remiso en la deliberacion, escribieron á la congregacion de los clérigos, defendiesen constantemente sus inmunidades y exenciones, y á Fr. Antonio de Sotomayor, confesor del Rey, para que le dijese que estaban escumulgados, y áun pasó adelante el Pontífice, por causas concernientes á ésta y por la venta de oficios de la Cruzada, y no sé si de la Inquisicion (dejo la verdad en su lugar); sin embargo, hacian pagar á los clérigos, y aunque por escrupulo pedian los moradores de estas materias, y pedido al Papa nueva prolongacion de Bula para estos tributos, él se defendia poniendo en primer lugar la restitution de lo tomado, andaban con remor-

dimientos los Ministros, y creyendo entraba ya la conmisericion en ellos, y que por aquí se introduciria la blandura y piedad en los corazones, hallaron uedio y ardid para retener y no volver nada: llamaron en todo el reino de Castilla por ciudades, villas y aldeas, y cometicion á los curas de las parroquias, y á los tenientes pidiesen á los clérigos hiciesen donacion de lo que hasta allí habian pagado de subsidio y excusado; todos vinieron á ello, porque reconocieron la traza y el escrupulo, quisieron ocurrir á las almas, y por aquí reconviniéron al Papa para el perdon y para correr adelante. Finalmente, todo pagaba; y si alguna cosa viviente ú oficio era privilegiado de este débito, no habia relevacion, hasta los caballos y los libros, con que todo se encarecia, y la necesidad subió de punto. Los Ministros y fabricadores de estas gabelas, porque no menguasen los caudales de donde tenian crecidos estipendios, labraban casas y las compraban haciendo mayorazgos, los aumentaban y beneficiaban á más costa de más sangre, haciéndolos más subidos, y de estas circunstancias pedian remuneracion, dando por causa que habian aumentado la hacienda Real; y era al contrario, porque disipaban el reino, consumian los vasallos, los apuraban y dejaban exhaustos, con que todos los mantenimientos y atavíos estaban subidos y mixturados de cosas inmundas y asquerosas con que enfermaban y morian las gentes, no habiendo dejado la malicia cosa por ejecutar sobre la haz de la tierra; y si el fundamento de la nobleza era no pechar y ser libres de pechos y alcabalas, en esta era, por la inmensa inundacion de los pedidos, se habia extinguido el lustre de este privilegio, porque nobles y villanos, grandes y pequeños, todos pagaban y eran tributarios de cuanto se los echaba ó se les pedia, y esto por justicia y con rigor, embargando las haciendas y enviando jueces sobre ellas, como se efectuaba con el más humilde labrador, cuidando más aina de levantar ladrillos que hombres, si no eran los de aquella esfera y sangre.

Acuérdome de haber leído en *Josapho De Belo Judaico*, que pudo tanto la codicia y la maldad, con un Gobernador que

los enviaron los romanos á una provincia á los judíos, y fué tan mañosa su astucia, cuando por innumerables pecados llegó á cumplirse la profecía de su destrucción, que permitió las tiranías, y las extorsiones al pueblo, porque tumultuando, y entrandose por aquí á la sedición, siendo lo primero que se confundió y estraga la severa religion de la justicia, porque no se hiciese de sus atrocidades al residenciarlas, queria que espírase primero ántes que la hubiese, y consintió en la destrucción de aquellos hombres porque no hubiese quien lo avisase y librase por aquí, dando por causa que se habia perdido la tierra porque aquellos habian querido perderla, y que sus fuerzas solas no habian bastado; Y quedóse con los vicios y con todo lo que pudo tomar. Trátele en cruz un reciente cuidado de la ida del duque de Medina de las Torres al reino de Nápoles, al casamiento con la princesa de Astillano, y sobre quién cargaria la vigilancia y la vela del cuarto del Rey; aun-que se quejaba de él, que no asista ni le ayudaba por su poca atencion, ántes divertido siempre en materias deliciosas y entretenimientos, sin cuidar del oficio de Sumiller: como tenaza del Cuerpo Real, ponía los ojos en algunos, y todos no le eran á propósito por su medio, ni por parientes, ni de aquellos que por criados y beneficiados habia metido en el cuarto del Rey, y se le habian dado por confidentes. Estaba suspendido en esta materia, imaginando el rumbo que tomaria, porque el lugar era peligroso y combalido de muchas partes, particularmente si el progreso no es como se requiere y el que pide gobierno, que no admita culpas, aunque sean muy leves, porque como no veia al Rey si no á una hora privada, en todo el dia, y era poco más de cuarto, porque lo restante gastaba en el retiro y en su aposento presidido en todos los Consejos y en inmensas juntas y materias, y aquellas que él queria ejercer por su persona, como las riendas más esenciales del gobierno, adonde no queria faltar, y lo otro le parecia que aquel rato, teniendo todo lo demas asido, le bastaba saber lo demas por espías y confidentes, que le daban cuenta de los más mínimos átomos del cuarto del Rey. Sucedióle á este tiempo

se lance en Palacio sobre que halló modo de descansar de este cuidado, y asegurar el continuo zozobrar de su corazon.

Estando en el salon de Palacio una noche, oyendo el Rey la comedia, acoció que D. Juan de Herrera, un Caballero suyo, hombre arrojado y no poco tocado de soberbia, ó por la fortuna del dueño ó por su condicion y falta de prudencia, se cargaba demasiado sobre el marqués del Aguila, hijo del marqués de Montemayor, cabeza de los Silvas, casado con una hija del conde de Cantillana, que habia sido dama de la Reina; dijo que se laviese, y él respondió, que arrempujaban de atras. Volvió á ser ménos atento y más pesado, y á cargarse de nuevo; el moro no lo pudo sufrir, y dijole si estaba borracho: el D. Juan de Herrera, que era del hábito de Santiago, le replicó: «miente.» Esta palabra, como estaban allí algunos caballeros, la oyeron; pasó la palabra, suspendióse el caso y quedó en esta forma la primera jornada y segunda de la comedia: oyóla el marqués de Miravel y el conde de Sástago, Capitan de la guardia alemana, y de aquí pasó á muchos de los Silvas; y como esta casa y la de Pastrana, que tambien es Silva, tienen tanto de Mendoza, quieren decir que de una parte y otra se juntaron dentro del mismo salon á tratar la satisfaccion del agravio, y cómo se haria. Avisaron al conde de Cantillana, y vino volando á Palacio; estaban allí el duque de Pastrana, D. Manrique de Silva, conde de Portalegre y marqués de Govea, Gentil-hombre de la Cámara del Rey, descendiente, segun dicen, de la casa de Montemayor, y el marqués de Almazan de las familias de Mendoza, y por los lados de la comedia solicitaba al marqués del Aguila el marqués de Almazana, hijo del marqués de Orani, que era Menino, y todos Silvas de la casa de Pastrana, que entónces era Menino, y señalándole con la mano le inclinaba á que le diese un bofeton ántes de acabar la última jornada. Llegaron el duque de Pastrana y el marqués de Almazan á la parte donde estaba D. Juan de Herrera, que aun todavia se estaba oyendo la comedia, habláronle en el caso, apartáronlo de allí con estratagemas para ejecutar lo tratado y que no fuese tan á los ojos

del Rey, y acabada la comedia y al tiempo que llegaba la Reina á su cuarto, que ya iban todos saliendo, llegó el marqués del Aguila con todas estas espaldas y le dió un pescozon por un lado ó por detrás. Quiso meter mano á la espada el D. Juan de Herrera; vívole los brazos el conde de Sástago en forma de prenderle, que para esto tuvo habilidad; sacóla el mozo, y Cantillana con él; alteróse el salon, y todos los que estaban allí, de cosa tan estupenda y nuova, y apriesa como se conmovió la gente con esa misma se sosegó. A D. Juan de Herrera llevó el Sástago al Conde, y el marqués de Govea abrió por el retrete á los demas con su llavo y los echó fuera, viendo el conde de Olivares á su criado delante de sí, dijo que le llevasen preso; los demas se escaparon sin poder haber á ninguno á las manos. El conde de Montalvan, que era de se- mana, cerró la puerta del salon, dejando dentro los que pudo, y se puso á escribir el caso, tomando los dichos á muchos. El D. Juan de Herrera, entregado ya á los soldados de la guarda para que le llevasen preso, pasando por la puerta del cuartio del duque de Medina de las Torres, los dijo se le dejasen hablar: los soldados, como era cosa de valido, aflojaron y le concedieron la licencia: entró allí dentro, y tratando del caso, la resolucion fué escaparlo por un balcon, porque el cuartio era bajo, y dándole dineros tomó la fuga; y el duque se disculpó despues con decir que no sabia nada, y que le dijo al D. Juan, viéndole alterado, que no se lo contase; quedándose los soldados en blanco y sin tratar de castigarlos. Valióle la fortuna del tiempo, y al otro la calidad de la sangre, cuyo sagrado le fué la casa del embajador de Alemania. El conde de Montalvan echó la gente fuera, bajó al burco, comenzó á llamar á los de más noticia y pasó adelante con la informacion. Aunque los más de ellos parientes, y del reino de Toledo, prendieron al conde de Cantillana, acusado de haber metido mano á la espada en el salon del Rey contra D. Juan de Herrera, y al marqués de Govea porque echó á los delinquentes de la otra parte, y más que todo, porque se presumió que habia sido de los consejeros más briosos en que se tomase allí la

satisfaccion, en aquel sagrado tan digno de temor y respeto; aunque esto no se pudo averiguar, aunque se hicieron las diligencias, porque á poderse averiguar, fuera el castigo riguroso y pesado, porque el Rey recibió grande enojo de que en su Palacio se cometiese aquel atrevimiento. Prendieron tambien al conde de Sástago por la misma sospecha, y porque siendo Capitan de la guarda y sabidor de las palabras, no los prendió luego por excusar aquel escándalo, y pudiendo estorbar lo que despues sucedió; porque al fin le culpaban, que fué de artificio y de acuerdo el tener las manos al Herrera para que le pegasen. El Conde recibió enlaido cuando lo vió llevar delante de sí, teniéndolo á mala intencion del Sástago, con quien muchas veces habia luchado contra pretensiones, y que le pudiese en aquel empeño, porque él no habia de querer echarse sobre sí el que no le prendiesen, incurriendo en contravencion del derecho de la justicia quien era tan observante de ella, y lo aconsejaba, y tambien era dura cosa exponerle tan apretadamente á su criado, que mañana le viese cortar la cabeza en teatro público, y todo esto atribuyó á falsedad ó tentacion del Sástago, por hacer delincente varon tan limpio (aunque no desfavoreció la fuga) á su intencion y al tiro que le queria hacer; y juntándole aquí algunos de sus atrevimientos pasados le castigó, y porque se dejaba decir que las mercedes que le habian hecho eran de miedo, y no se de qué, porque si eran de la lengua, así se hacia el tiro, pues de valiente ó poderoso pocas cosas habia más mcnguadas: ya se le hizo gemir el aliento con el peso y la costa de las guardas. Prendieron al marqués de Almazan, y al duque de Pastrana porque pareció fué de malicia, y echado de los otros, para que sucediese allí aquel caso, que segun el duelo de los alimentados con soberbia dijo se tomase la enmienda donde habia sido el agravio, y diese comodidad á ella, porque no lo querian dejar para despues, ni para allá fuera, ni remitirlo á las espadas donde se reconocia tanta ventaja en los cuerpos y en los corazones; porque todos decian que el D. Juan de Herrera se le llevaria, porque el marqués del Aguila era muy poca cosa; agravábase



el delito por haber sido en Palacio, y no haber reservado la satisfacción para el campo ó para la calle. Remitióse la causa al Consejo de Castilla, y aquellos jurisprudentes á D. Francisco Antonio de Alarcon, que llamaba testigos y volvió á apretar la causa; los cómplices, algunos de ellos, se procuraron resguardar, y quién decía que el marqués del Aguila se habia metido entre la Andalucía y Portugal, y el D. Juan de Herrera, á la sombra del duque de Medina de las Torres, donde no le pudiese alcanzar ni comprender la justicia de Castilla; encaminándose al reino de Nápoles, esperando por horas la satisfacción de él D. Juan, su peregrinacion y trabajos por el duelo de dos palabras, y de no poder haber á las manos á su contrario, retándole para la provincia de Lieja ú otra de mé-nos equidad en estos lances, poniendo carteles en las calles y plazas públicas de la corte: él al fin perdió su descanso y comodidad y la gloria (aunque caduca) de ser criado de valido: esto lo sabe quien ha pasado por ello. Quisieron culpar tambien al marqués de Miravel sobre el consejo; pero disminuíronselo, aunque en el semblante del Rey recibió castigo: los que se hallaron á la ejecucion del desagravio, unos sacaron de Madrid y los llevaron á algunos castillos, á Cantillana á Montanches, Govea ó Coca; otros quedaron presos en Madrid en sus casas, donde si la ira y el castigo no tirare á las cabezas, haría cruda presa en las haciendas y en las bolsas, que era lo que se buscaba.

Sucedido este caso, halló puerta el poderoso para descender y vadear los piélagos procelosos de su desconfianza, viendo atrevimientos semejantes. Vino al cuarto del Rey, á su hora, y ponderando el desacato, se arrojó y dijo: ¿cómo han de tener respeto los de fuera, si los de dentro y en la Cámara de V. M. le pierden? que quería componer la casa, y que desde el portero do cadena hasta el Gentil-hombre do la cámara se habian de ajustar y poner en respeto, residenciarios á todos, ó imponer á cada uno de nuevo en lo que habia de hacer y le tocaba, porque todo estaba relajado y perdido el buen uso de las ceremonias, y de lo que los criados antiguos

solian usar en Palacio; que nadie hacia lo que le tocaba ni sabia lo que se hacia; que todos querian entrometerse en su cuarto á todas horas, Mayordomos y los que tenían llavo de entrada, y que esto era menester ceñir, excluirlos y cerrarse, porque era terrible que un Rey estuviese expuesto á todos cuantos le quisiesen ver; y que con órden suya habia de nombrar tres Gentiles-hombres de la cámara por censores, que estuviesen en todo y se hallasen á todo, ó inquiriesen las ceremonias de los Ayudas de cámara, para que en lo que faltasen le diesen cuenta y fuesen castigados. Aunque S. M., como más atento y vigilante y más interesado, se sirviese de atenderlos y decirselo, vino el Rey en todo, y todo lo abrazó, no entendiendo que el querer ceñir á todos, sin embargo de que así, el primero á quien de nuevo queria atar y subprender era á él, y modificarle las acciones. Porque si dicen que los privados sirven á los Reyes, yo digo que los Reyes sirven á los privados, porque hacen lo que quieren de ellos y sacan lo que quieren, enderezando á su conservacion, á que sean respetados, temidos y adorados, valiéndose de aquella política suya de tener siempre á los criados y á los súbditos (no al menor por insuficientes sino por mejores) mal vistos y por calumniados, apartados y en desgracia del Príncipe, porque ninguno arriba, ni se le haga lugar ni se le ocupe; insidiados más aina por serviciales y atentos, que por dejados de sí y cuidadosos, porque no oigamos decir, no servís, no cuidais, no asistís; sino apartáos, no lleguéis, no le habléis, no le pidais; porque ninguno sea algo, porque todos ó muchos de los pedidos de este tiempo, los inmensos tributos y gabelas, demás de defraudar el comun, de asediarle y meterlo en congoja, y consumirle, eran lazos para que cayesen de la gracia y satisfaccion del Príncipe, si de alguno la tenia, porque mostrando disgusto en la inmensa continuacion que era fuerza, porque no hay hombre tan valiente que contra las iras, las calamidades y los agravios, que si son siempre importunos y molestos, no muestre algun ceño ó gima, ó se desbaga de la gravedad de él, porque nunca he visto que vaya nadie con buena cara al su-

plicio, si no es el mártir; y estando atentos los malsines ó delatores, por ellos ó por otras personas juradas por maldades semejantes, ó ya en escritos ó consultas por Presidentes ó Consejeros fieles á estos artificios é injurias, los ponian en las orejas para abatir de la esperanza y del premio á los criados, á los que se dieran la sangre, la vida y la hacienda por él, y asi no se harian, si no es á estos y á los de su cuadrilla. Para aquellos está cerrada la hacienda del Rey y las mercedes, y para estos de par en par abierta y sin duelo; no se daba sino al que asistia en su cuarto, para dar á entender que no habia otra esperanza sino aquella; aquel asistir al Rey y obligarle, no habia de correr por mérito sino por desamparo, porque no se habia de esperar de allí; á unos recreaban con la libertad, y á otros quebrantaban el corazon con la miseria.

Habiendo, pues, cargado el atrevimiento de su criado sobre los inocentes de la Cámara del Rey hizo alarde y llamamiento, algunos dias ántes de la ejecucion, de Gentiles-hombres de la cámara y de Ayudas do cámara, para que de nuevo y con tiempo obrase el miedo, gran ministro de sus designios. Extraña cosa que se haya dado á crear un hombre; que entre personas de tan honesto proceder y que jamás le tocaron en la privanza, que ni son alárabes ni theogoditas, tenga por más atinada política enderezar su fortuna y encaminarla ántes con fatigas ejercidas sobre la paciencia de aquellos, que con el halago ó el cariño del premio.

Hizo eleccion, ó instituyó un triunvirato en que afirmar sus desconfianzas y su miedo; y la falta del duque de Medina, su yerno, fué tambien mucha parte de esto, ó el todo, que el Duque, como estaba para espirar y partirse de la grandeza de Palacio, no estimando tanto la del vecindario de Nápoles, ni el casamiento, le dijo con claridad y sin empacho, que con el modo de gobierno que se llevaba y la traza de él, si no se tomaba otra, se habia de perder la Monarquía. Alterándose mucho y diciéndole que quién lo decia, respondió que muchos hombres de juicio y consejo: quiso saber quiénes eran, y él calló y prosiguió, que no habia hombre en el cuarto del Rey ni fuera

de él, que bien le quisiere; con que se empezó á turbar todo, y no habia criado ni ministro que en un instante no corriese la voz que todos eran expulsos y echados de sus oficios, hasta sus mismos parientes, como los de la casa del Carpio, sin hablar en otra cosa, preguntándose los unos á los otros; con que subió á toda su potencia la desconfianza, y tan á mano la vida y la muerte de los hombres, que en hacer y deshacerlos, no parecia criado sino señor.

Digo que puso el cuidado de su conservacion, insinuando al Príncipe que era de su servicio y para que estuviere en autoridad y respeto su cuarto, y para avisarle de los descuidos y las faltas que eran bien se castigasen. Finalmente, les propuso tuviesen cuenta con él, le diesen parte de sus acciones, de las cosas más menudas, qué hacia, con quién hablaba, hasta, si era posible, de lo más íntimo del corazon y de los pensamientos, que basta en esto queria reinar, y se lo revelasen, porque si hubiese algo que contraviniese á su conservacion, desvanecido, precipitarlo de altísimos escollos y derrumbaderos. El primero de todos y de algunos otros, años ántes consiguado para ayo del Príncipe y halagado por aquí, el marqués de Miravel; á éste, para industriarle bien, y que saliese maestro, le impuso primero en la persona del Rey, y debiendo acudir al Consejo de Estado por los inmensos accidentes y armas de los Príncipes forasteros confederados, contra la seguridad, y para trastornarla, entraba todos los dias á las diez de la mañana en el cuarto del Rey, echándosele encima y no dejándole respirar, atento á las acciones y movimientos de todos para delatarlos; y en esta forma todas las tardes hasta las ocho ó las nueve de la noche, que partia á dar cuenta de la tarea y de lo sucedido de el dia. El otro fué por pariente y por ballado, el viznieto del secretario Cobos, oficial del secretario Conchillos, conde de Viola, hijo del marqués de Camarasa, gran sujeto para estas vagatelas, gran cosecha de elismes y cuentecillos, hombre menudo como miserable, y tan cuidado como menudo, y de ánimo corto: éste era fiscal como el antecedente, que este título les habian

dado en la magestad de un cuarto del Rey. En aquella integridad y soberanía antigua, pues, no se erigieron oficios más mecánicos ó indolentes. Hay mucho que agradecer, segun estaba ya alterado y con turbaciones el ánimo del hombre, tanto, que daba miedo no se fraguasen mayores riesgos sobre el sosiego de los criados. Sin embargo de tantos reparos, que todos los atropellará el tiempo, traia vida bien miserable, más para aborrecer que para ser apetecida, y no debía de causar novedad, porque siempre debió de ser así. Este, como digo, seguia las pisadas del otro y más pesadamente; se mostraba más fiero para los criados del Rey, hacia las mismas asistencias y oficios, y no dejaba al Príncipe un instante: si un Ayuda de cámara le hablaba en alguna de sus pretensiones, se introducía indiscretamente en medio de la audiencia, y de esta manera, debiendo serle criado leve, le era sombra y fiscal, y la valentía del ánimo del Príncipe en pró de su valido, todo lo tenia por bien, y lo digería y convertía en beneficio de su dictamen; luego le socorrió la gracia del poderoso, y le alcanzó el beneficio con 6.000 ducados de ayuda de costa.

A estos dos seguia el gran D. Luis de Haro, no habiéndole encargado otra legacía despues que le hizo tratador de las Cortes de los valencianos en Monzon; pero yo digo que no le eligió para esto, antes eligió á los otros para él, y para que no le perdiesen de vista y se diese por avisado en no solicitar gracias ajenas, porque si alguna roncea le daba cuidado, en ésta y le escocia. Era D. Luis de Haro buen mozo, virtuoso, ornado de prudencia y avieso cazador, lo que bastaba para no desperdiciar viciosamente el tiempo, y con libros lo que bastaba para no ser ignorante: no seguia el delirio de los caballeros mozos de la corte, ni apetecia el ser mal inclinado como ellos: era de costumbres inculpables, y en el tratar verdad no perecía señor aunque lo era de su palabra, y en cuanto á la distribución, si no era liberal por lo que tenia de Guzman, no era corto, porque los cuidados en los hombres deseosos no permitian estirar con prodigalidad el caudal. Por todas estas cosas era bien visto del Rey, ó por convertirse más pródigo-

mente al beneficio del valido, ó porque era su sobrino, aunque el Regente no era favorable al parentesco ni propicio, porque lo habia de heredar, y si por nada de esto, porque halló que aunque lo influyen no nos lo declaran las estrellas, ni lo podemos leer en ellas, y ni sabemos lo que será en lo do adelante, ni qué es lo que se espera; pero el oficio de fiscal, si alguno le hacia más templadamente y con ménos veno- no, era D. Luis de Haro, como aquel que para tener lugar cerca del tío, si esto podia ser por la lucha de los cielos, tenia bastante parentesco para descuidar de entremetido y abandonar esta baja, apetecida de los hombres ruines de Palacio.

Eran, pues, estos oficios y sus instrucciones para unos contra otros, para decir unos de otros, para saltarse los unos á los otros, para contra sí mismos y los más estrados, y algunos si en lo pasado habian entrado en lid con el valido, si habian tenido humos de la primacia de Sutilior, privado del Infante, ó si eran del séquito de otra era. En primer lugar contra el Ayuda de cámara, no de los do su familia, que á estos se les consentia comer de todo; estos podian hablar con el Príncipe, y desconfiábase de aquellos como si hubieran atenido contra la seguridad; permitíase que se les regalase, que pidiesen cuando quisiesen y se les diese siempre que pidiesen, les estuviesen prontas las mercedes, fáciles, sin estorbo, y dificultosas para los que no militaban debajo de su antojo: los otros eran peores que el Richelieu, que el conde Enrique de Vargas, que el Freislan y el Beimar, y si lo que se ha cuidado de aquellos se hubiera cuidado de estos y se los hubieran hecho las pláticas enormísimas, dado los asaltos y embestido con las persecuciones, los agravios, las desestimaciones, los desprecios, los disfavores y la falta de premios, ya estuvieran frustrados como estos. Llamó, pues, á su cuarto á los Gentiles-hombres de la cámara y á los Ayudas de cámara, adonde Presidentes, Ministros y Grandes señores iban á dar la obediencia, no cobdiendo el asiento y el lugar que enseña la cortesía, ni visitando á nadie en su casa, inventando ocupacion y trabajo. ¡Que fuera

estuvo de no dejar de atender á esto aquel grande maestro de cortesanos! ¡qué hombre, á quien le tocase de obligacion, no vió, visitó, y visitándole á él en su cuarto en Palacio, no dice el primer lugar y le saliese á recibir y le acompañase despues hasta la pieza destinada ó debida á tales ceremonias! Y si no respondiánnos, ¿cuántas veces le visitó él cuando adolecia de su firmeza de cubrirse, y por dónde hubo la llave de Gentil-hombre de la cámara del Príncipe, que hoy tiene, con que arribó á la Majestad de que hoy padecemos?

Hecha, pues, esta junta, hizo cercar su trono de biombos y poner algunas sillas, y allí mandó sentar á los Gentiles-hombres para exhortarlos primero, que fueron el Almirante de Castilla, el marqués del Carpio, D. Luis de Haro, el conde de Niebla, conde de Aguilar, el de Velas, pues el marqués de Miravel no pareció, porque era ya demasiado atrevido para prender un Consejo de Estado, ó cuando no sea esto, ni enseñarlo ni advertirle; el duque de Medina de las Torres, como estaba para espirar en su oficio, hizo el Ministro de Conduccion, porque aquel hombre, despues que envidio de la primacia, era más que una sombra ó fantasma sin alma ya para lo de Palacio: trocó las manos en la oracion porque no haya punto que no sea tocado de mañoso, y lo queria insinuar á los Ayudados cámara; dijo á los Gentiles-hombres, y lo que á estos y aquellos, y muy despacio y á largas intercedencias é intermisiones en las sentencias, comenzó á ponderar la reverencia que se debe á S. M., con tales frases y colores como si hablan con indios ántes de conquistados; asunto forjado ya para callar y hacer cargo y desmembrar de allí la licencia que tomaban muchos con las llaves, sin ejercicio, para entrarse en el cuarto del Rey; y habia usado de esta liberalidad por mandarle con ejercicio y suspender á los pretendientes para mandarle nada, sino todo mercedes vanas, inventadas sin providencia, como tambien introduciendo en el cuarto del Rey entradas de Gentiles-hombres de la cámara y de Mayordomos pasando ya la multitud viciosa de estas vagatolas á número desmedido. Luego corrió á tratar la materia de los Ayudados

cámara, y dijo que se haria estimacion de ellos, con que se hacian lugar en Palacio y fuera de él; y esto queria que, aunque lo decia á los Gentiles-hombres de la cámara, viniese á las orejas del Rey, para que se abstuviese de lo mismo; que basta esto, á aquel corazon rodeado de cuanto produce la tierra, y todo á su voluntad y debajo de su mano, le causaba celos; y como era opinion que algunos Ayudados de cámara han ayudado á subir Gentiles-hombres de la cámara á valimiento del Príncipe, queria modificar esto y quitar esta esperanza de los pretendientes, que viviendo todo aquello que incidentalmente puede hacer el tiempo, mirando á todas partes y á todos vientos, porque tambien él se hizo Sumiller del Corps del infante D. Fernando, tomando aquel puesto, que es tan propia la fe como el particular, atendiendo tambien á la naciente novedad de meter al Príncipe, si no fué á los once años, como se hizo con el cuarto y el tercero, y se alargó hasta los catorce andando ahora en nueve, en el cuarto de su padre, que le sirviesen sus cuidados, sin ponerlo casa para ir beneficiando aquella viña y no meterle en otro cuarto donde otro se saliese, por no venir á dar en manos de aquel, como los de la casa de Sandoval dieron en las suyas. Pues para encañar esto más á su sabor, quiso más en esta junta; destruir y deshacer que Gentil-hombre de la cámara no tuviese conversacion ni alianza con Ayuda de cámara, ántes meter cizaña entre ellos, proponiendo les mandasen algunas cosas poco sabrosas, que él quiso fomentar en su tiempo, para desabrir los Ayudas y que ántes huyan de ellos, y que no los busquen para sacarlos más y ponerlos ántes en lucha que en sosiego. Un plato que toca al Gentil-hombre de cámara, cuando trincha, les decia, ofreciéndosele muchas veces, que no se lo diesen, ántes que le estimasen por el derecho y la circunstancia y lo comiesen; pero ellos estaban tales y los tenían tan menoscabados con los pedidos, que ya no era menester advertirselo, porque comian de ellos y los mandaban llevar á sus casas. ¡Qué cosas para el duque del Infantado ó para los duques de Alba y Pastrana, ó otro señor Gentil-hombre de la

cámara en la era del Rey católico D. Felipe III, cuando buscaban ocasión para ofrecérselo al Ayuda de cámara, dándose por lisonjeados de que le quisiesen admitir! De tan menudas cosas ocupaba su entendimiento, y así los mayores peligros como ofendidos de los menores. El pensamiento de meter al Príncipe en el cuarto de su padre fué tentación de lisonjeros, y fuera de todo buen entender, particularmente á un Príncipe jurado en Castilla; mas esto, aunque el Rey pasaba por muchas cosas, ésta no la abrazó, como se verá adelante en los años venideros.

Feneció con los Gentiles—hombres de la cámara y llamólos los Ayudas, casi enfadado el Almirante y áun todos, porque aquel género de proponer y exhortar tenía demasiada soberanía é imperio, y que ya aquella subordinación era muy pesada, y más para criados suyos que para Señores. Y luego se lavaban las manos y cebaba la culpa al duque de Medina de las Torres, que con su ida revolvía las cosas de Palacio, como aquele que estaba para dejarlas por fuerza; y era por lo que le había dicho que perdía la Monarquía con su modo de gobierno y novedades: mas él quería poner allí otro, y meditaba hacer sucesor en su casa y volver á asir el oficio de Sumiller de Corps. Decían que les imponía defectos que no tenían para hacerlos feos y mal vistos delante de su Príncipe; que no era perderlo el respeto hablar con él cuando él quería hablar con ellos, preguntarlos y responderle, si ya no era que á todos los quería leños, cuerpos fantásticos y sin alma. En los Palacios y cortes de grandes Principes siempre se lícita á la urbanidad el mover pláticas, y despertar argumentos para entretenerlos y que les sirvan de recreacion y enseñanza; aquella lucha y batalla de los enemigos mejores, agilidad los notables, y el estilo elegante de algunos labra el de los otros, informa y cultiva, y por esto son precisas las repúblicas las escuelas y las academias; y es virtuosa su fatiga, pide los actos públicos, los hace más venerables y reverentes, y aquele Palacio y aquel Príncipe, donde se ejercita esta virtud, tiene mayor autoridad y opinion entre los otros y vuela su fama.

las regiones más remotas, le exalta noblemente y es envidiado el Señor y áun temido, más por la discrecion de los siervos y la gloria que de su saber le redunda, que por las riquezas y tesoros, grandes provincias y colonias. De aquí se ocasionó en algunos reinos el quedar las personas Reales con el nombre de Príncipe perfecto; y de aquí los conocerá y los ocupará en gobiernos que le sean útiles. Pero no era esto lo que se quería: mas como la maldad y la malicia sea á las veces mucho más poderosa en estas cosas por infelicidad del Príncipe, y ésta la causa más urgente de donde se origina el inclinarse tal vez al mejor juicio, para rasirar el acierto que el más descuidado de sí, por estorbos que le procuraban, quiere saber (á lo ménos si se habla de ser) que el que es supremo tirano, que tiene celados por su ambicion hasta los más virtuosos, tomados los pasos y los caminos de mejor educacion para traducirlos á sí y á sus conveniencias, por no descacerse de su imperio, si sabe que alguno tiene partes que le puedan ser de estorbo á sus buenas andanzas, aunque sean en pró del Señor y del Estado, sí ha de contravenir al suyo, las atropellará y las gastará atreuidas, y dirá que no convienen, y propondrá por más lícita la ignorancia y la ociosidad, y afirmará que este modo de ejercicio es falta de respeto y dejará al Príncipe ignorante, por asistir á sus particulares: ¿y éste es, por ventura, el punto sólo de su política? Muchos dejamos señalados, y muchos nos faltan en los libros que nos quedan: como nos lo van delincando, ó como se ejercen sobre nosotros, los refe-

riremos. Religiosos penitentísimos, de vidas austeras ó inculpables, afirman que las materias de su exaltacion, la opresion de Palacio, su destituto y civil ministerio, los inmensos tributos del reino, la miseria, la calamidad, las guerras crueles y sangrientas, como dico el pueblo, contraidas de Privado á Privado, cuestan á la Iglesia de Dios infinita sangre; abriéndose las carnes, ya con ayunos, disciplinas y cilicios, piden con importunas y fervorosas oraciones se duela de los trabajos de su pueblo, y de los reinos, de las cargas y peso de los

súbditos, y desate las acciones al Príncipe y se las dejó gobernar.

El duque de Lerma, privado del Rey D. Felipe III, y su S. miller de Corps, cuando habia alguna falta en Palacio (que no son los hombres ángeles, cuando ni los que gobiernan lo son tampoco), no en su cuarto, no en su aposento ni en otra parte se atrevía á llamar allá á los Gentiles-hombres de la cámara, cuando por su afabilísima condicion y cortesia fueran todo de muy buena gana, por el agasajo y favor que sabia hacerlos, sino en el cuarto del Rey, sin afeccion de soberanía, cargo ni arenga, los decia: «S. M. me ha mandado avise á V. S. que ha habido esta falta, ó aquella, para que se enmiende.» Y esto, sin alterar á Palacio ni alborotar la corte, ni que se diga en ella que, como se va el duque de Medina de las Torres, hay órdenes nuevas para la custodia del Privado, que siempre parece este Palacio casa por criar, no diciéndoles ni tocándoles en cosa tan delicada é indigna de grandes varones, como que se pierdo el respeto al Príncipe, porque no es otra cosa que tratarlos de locos, y exhortando á los Ayudas de cámara.

Luégo cobó mano y jugó esta pieza del respeto, santa encabada para todos, como la Junta de Obediencia para principio de grandes Capitanes; porque proponiéndoles cosas acerbas, sin premio, duras y fuera del corriente de sus fuerzas, y del lugar que les toca, siendo forzoso el rehusarlas y alegar en favor de las dificultades, forzándolas al cumplimiento con el denuesto, la amenaza ó la calumnia, resbalando en el agravio, peligraban en la salud y caían en la sepultura. Tocóles, como digo, en el respeto, y luégo en las entradas del cuarto, y tocó la amenaza de los Procuradores de las Cortes, que para todos habia látego, y dijoles: «Mirad á quién abris que os harán una causa.» queriéndolos reconvenir con la que se estaba haciendo al marqués de Góbea sobre el haber abierto para que se escapase el marqués del Aguila, que es por lo que digo yo que trocó las manos y la oracion. Dijo otras cosas y acabó; y aunque sea referido otra vez, quien le dijera que cuidase de la suya, que no tarda, no le dará mal consejo, sino muy sano, porque

es cosa terrible que un hombre humano, que no es Señor ni Rey, quiera parecerlo y use tanto de la amenaza, y exhale miedo quien es delincuente.

Otro dia, saliendo el Rey fuera, fué al cuarto, cerró algunas puertas y promulgó leyes, que los fiscales, para insinuarlas y porque los culpaban que eran actores de aquella discordia ó, más claramente, que eran chismosos, para lavarse las manos de esta calumnia las pedian por escrito, y para descargarse de ella con los criados: por esto no las quiso dar el legislador, que todavía queria ver si podia contra la opinion no ser mal quisto; y fuera grande hierro darlas, porque todas eran insulsas, y Palacio, siguiendo las huellas de los criados antiguos y de más autoridad, está muy bien gobernado. Acordámonos de sus Reyes, que por las mismas causas llamaron prudentes, y sabian por ciencia suya que estaban bien servidos, porque es grande dislato y atrevimiento desatinado pensar que no tuvieron satisfaccion de esto, y que no lo erraran; como tambien hacer ignorantes á los criados viejos, cuando los demas Principes, para engrandecer sus palacios buscaban en el nuestro las ceremonias, el uso y el precepto, el modo y la reverencia; cuidado que debe por la fidelidad y estar grabado el respeto en los corazones de los súbditos y criados.

Fué todo cansado el Almirante, como dije, de la arenga referida, porque le pareció su modo intolerable y que era militar en pupilaje; á tanta fantasia habia arribado al Poderoso: dejó de hacer algunas guardas, y temiéndose del encuentro de Barcelona, ido ya el duque de Medina de las Torres con grandes misterios y melindres, regateando el dejar la gloria del lugar, y yendo el Rey por dos dias á Aranjuez, le mandó ir como más antiguo; y porque el conde se quedaba en Madrid la Semana Santa y se fué á dormir al Retiro, le mandó que fuese á dormir á Palacio; y de esta manera todos los actos públicos que, por flojo, tenia repudiados. Pero nótese que ya á esta hora le tenia hecho escala y preparado tránsito para Castilla la Vieja, no hiciese otro cerrion como el de Bar-

colona y no volviese al litigio de Sumiller de Corps, cuyo dicitamen se armó el Poderoso de Camarero mayor, como luego veremos; ó para resareir otras materias venideras, como sacar al Príncipe al cuarto del Rey, no tocarse en humos de privado y ascendiese á la gracia, como á la del infante D. Carlos, que verdaderamente es asunto óste de grandes señores, aunque tambien ha tocado á escuderos, y es muy estrado eriado el Almirante de Castilla (no hallo ahora las otras partes del ministerio); ó sea que, para seguir en todo las huellas del rey D. Felipe II, se pretendia dar la Cámara y el manejo de ella á hijos segundos de casas, por gente de mejor servicio, menesterosos y más atentos al pan y de estera ménos cuidadosa, como si la omnipotencia de Dios no escondiese la sabiduría á los hinchados y la revelase á los pequeños. Ayudaba á esto el haberse ido el conde de Niebla á la herencia de su padre y á ser duque de Medina Sidonia, puesto que por su utilidad y ser General de la costa de la Andalucía, materia de estado de aquellos señores, ántes que á otra parte se asistia á Sanlúcar, puerta de las riquezas de Occidente; y el ser de consecuencia y ejemplo el haberse retirado el Condestable de Castilla, queriendo ántes asistir al oficio de Montero mayor que al de Gentil-hombre de la cámara, habiéndole sido próspero á la seguridad, ya que no en otra cosa, por habérle revelado el siglo; materia importante practicada entre ellos y de la política arcana, para deslucir y lucirse, y que nadie arribó, ni resplandezca, ni se haga lugar, ni le ocupe, ni sea digno de él. En consejo del cuñado Sumiller, porque trabajando de algunos cuidados del oficio y del Gobernador, hablábase de puesto de alcabalas y cargado de donativos, en que referian le habian tomado 300.000 ducados, le dijo: «hermano, aunque os impongan de poco respeto al servicio del Rey, por haceros con achaques en su gracia, el oficio de Gentil-hombre de la cámara más ána se ha dispuesto ya á perder el respeto al que le tiene, que no á que él le pueda perder: los ejemplos de esto, si atentamente os parais á considerarlos, os lo dirán, y en los sucesos de los otros lo vereis con claridad». Habiale

hecho esto al Condestable de Castilla el duque de Medina de las Torres ántes que se fuese, cuando hablaba en puridad sobre las condiciones de servir en Palacio, porque como se ejercitaba la guerra en las provincias forasteras así en aquella para de armas.

Lo que he dicho del Almirante, si ha sido discurso, el tiempo nos lo irá dictando, y plegue á Dios no vayan despejando otros sujetos menores, porque aquel suceso nos ha de servir de ejemplar, para prevenir los otros riesgos, cuando nos contáramos de ser privado de uno sino de todos y ascendemos á la herencia y queremos que nos sea mayorazgo. Fué el Almirante á Castilla la Vieja, cuando era más á propósito un soldado viejo ejercitado en Flandes, á juntar gente, ó á recibir la que estaba levantada allí en la Rioja, Montaña y Vizcaya, y por Capitan de ella, para acudir á las invasiones que se dejaban sentir de franceses que amenazaban aquellas fronteras; porque era opinion constante que juntaba armada aquel Rey, ayudado de septentrionales, para embestir el año siguiente nuestras costas. Además de éste se habia dado este cargo á otros señores de la Andalucía, como al duque de Medina Sidonia, al duque de Arcos, al marqués de Priego, al conde de Cabra, al duque de Béjar, y á otros, si era posible, para asistir aquella provincia. Estaba suspenso el Almirante de este cargo y no sabia qué hacerse, porque ya no se daba por estos servicios un real, y él decia iba á gastar su hacienda y á consumir la demas de los acreedores que tenia sobre ella, y que habia dado en arbitrios sus Estados para rebacorso de dinero, y no le respondian á ellos, y que no sabia, sin embargo, á qué iba (aunque lo diremos presto, y cuándo lo supimos, y lo toque). Reconvinole la persona con quien discurrió de este caso en la Junta de Obediencia, y calló, y llegó á confesar que no sabia qué hacer, sino rendirse, y que ya lo habia aceptado y mostrado buen corazon á la jornada. Habia puesto el Almirante, dias ántes, querer irse á la guerra; pero esto se entendia dándole puesto competente á su calidad y sangre, que el ir á una frontera es caso accidental y de que

no habia certidumbre, ni era plaza de armas fundada, ni de puestos ni sueldos consignados, y que su jornada y cargo habia de ser á costa del adalid, y que pasada la ocasion espia; luego que él deseaba lugar que le diese la mano para los otros, y aquellos que son de nombre y estimacion para la honra y la comodidad, que no hay Señor, por grande que sea, que no quiera estar al sueldo del Rey y comerle los ducados. En fe de esto le buscó el príncipe Tomás, el duque de Modena, el duque de Orleans, hermano del Rey de Francia, el duque de Lorena, el príncipe de Polonia y los hermanos del duque de Florencia y otros muchos de la circunferencia de la tierra. Lo que más habia desabrido al Almirante era que en el mayor fervor de sus pretensiones, y cuando le pareció estaban extintos los humores de los encuentros pasados, esperaba algun premio, alguna decente ocupacion en que mostrase para arribar con mayor fortuna al servicio del Rey y á sus obligaciones. Proponiéndola al mayor Ministro, le sugirió, diciéndole que lo descaba y lo procuraria, y que hacia grande escrúpulo, reconocidas sus muchas partes y capacidad, no proponerle para grandes cosas, y que lo haría. Creyólo el Almirante, que no siempre ha de estar hecha la desconfianza, ni fluctuando el crédito, y dióse á creer, ó diéronle indicios del vireinado de Cataluña, para comenzar imponerle; y cuando esperaba esta resolucion y esta merced, y que se publicase, dándose por contento de ella, que en el nombramiento que habian hecho de él para Castilla, no siendo puesto, dignidad ni merced, le habian echado á los perros, cuando esperaba ir á gobernar; y lo peor de todo, que este modo de eleccion ó nombramiento, segun más diligente traslacion de cortesanos decían, era echarle, y que si él se habia querido ir á Barcelona y no le dejaban ahora, querian que se fuese, tomando satisfaccion de aquel orgullo, esperándole tomar, como ellos decían, del conseqüero (si lo fué), aunque indiciado ya en otras calumnias ó agregadoselas; y como para el juicio universal y venido en el seno reservado por Dios están guardados Enoc y Elias, le tiene guardados para hacersele cuando le saque de Roma un criado y un allegado,

y estos en Madrid detenidos y alimentados por el Protonotario, para aquel dia fiel Ministro de todo aquello que le toca. En esta balanza andaba el Almirante y su casa, estando siempre firmes en su opinion los más sesudos, que el haber vuelto á Palacio y á probar sus riesgos, las Catibulis y las irtes y sirenas de la corte habia sido yerro: lo que hay debajo de esto pocos lo sabemos; los efectos son largos; quien sabe amar la soledad y el domicilio, sabemos que las calumnias de sus muchos émulos querian aquí su contento. Quien me loyese desde el principio me entenderá, con poca noticia que tenga de las cosas de nuestra era.

Pasemos á otro más disciplinado y herido de estas tempestades: D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma (con que pondré fin á mi argumento), cuñado del Almirante, casó en Flandes con el hermano y potestad de las armas y las tormentas y sacas de haciendas de su casa; le llevaron á la guerra ya que ningun vaiven ni encuentro de fortuna le apartase del servicio del Rey, que tuviesen servicios en la posteridad sus descendientes, que no se los tachase un letrado por contemplanacion de envidiosos, mal intencionados, tocados de malicia y emulacion. En doña Felicha Enriquez, hermana del Almirante de Castilla, tuvo tres hijas; la mayor casó con el primogénito de la casa de Cardona, la segunda con el conde de Melgar, hijo del Almirante, que habia de heredar el ducado de Uceda y los otros títulos, que pasó á mejor vida y no tuvo efecto el tratado matrimonial; recayendo en el año de 45 en la hija tercera, que casó con su primo hermano el marqués de Peñafiel; no tuvo hijo varon, y por eso recayó la casa en la de Cardona, que como casa grande dió en tan grande escollo, no habiendo faltado varon por larga carrera de años. El duque del Infantado lo pretendia por ser hijo varon de ella y ser Diego Gomez de Sandoval, su padre; hubo varios plicitos entre los dos, en quien se partió todo, quedando el duque del Infantado con el marquesado de Denia, en Valencia, y otros lugares en Castilla, y quedó por duque de Lerma y Adelantado mayor de Castilla, el primogénito de la casa de Cardona.



natural condicion y costumbre de los tiempos y de esta era, que no hay fuerza humana que pueda contener el impulso de fracasar y acabarse todo. Ayer vimos aquella casa rodeada de dichas, de hijos y nietos, y hoy vemos faltar en ella el varon, los títulos, el nombre y la casa, y extinguiirse entre las otras en ménos tiempo de doce años, la que habia durado mil, y tonido más larga opinion. Los que se hallaron al contrato y á las escrituras dicen se acordó, por la una y la otra parte, que los varones que procediesen de la casa de Lerma y Cardona puedan escoger el mayor, y que caso que excluya aquella, suceda en ella el segundo y rejuenezca la de Sandoval. Muchas cosas nos dijeron de la muerte del Duque, de los actos de fe y religion con que espiró en la campaña, y del raro ejemplo que dió á toda aquella milicia. Los malos políticos ó haraganes de la corte, que no asisten á nada más que á la vida vagamunda, y abandonan el crédito y el honor, quisieran que se hubiera estado en el ocio de ella, á no más virtud que á dar varon á su casa, á que viviese hundido en su retiro, gastando en vicios el Estado y la juventud, expuesto á pleitos y fatigas y á otros embates de enulacion; pero todo esto lo contrastó y dió de mano, y desatado de los impedimentos y lazos de estos vanos respetos ó delicias, surtió con el gallardo espíritu de sus mayores, heredado en tantos grandes abuelos, con armas, con hechos y otras hazañas, dirigidas, en fidelidad y encarrecidos servicios, á darle ántes á sí honra que á su familia, por que la virtud de la milicia, á que se abalanzó por arribar á ella, es el concepto y el asunto que hace héroes á los hombres, y de humanos los constituye en divinos; es el don de la fuerza que lleva al templo de la fama inmortal á los bien inclinados, hace más ilustres, y más relevantes los encomios y el cenotofio y más admirable y reverente el sepulcro, porque las grandes cenizas no mueren, que quedan en la vida de la opinion: y así los Capitanes, los Oficiales y los demas soldados le ornaron de banderas y trofeos y señas marciales: admirable en ambas fortunas próspera y adversa, tan aplaudido como envidiado, y en estos officios confundió las calumnias de

sus émulos, sin darse flacamente á los ejemplos plebeyos de la venganza, feos en todo tiempo, en el mejor sentir de los mozores. En esta manera fué trasladado á San Pablo de Valladolid, del Orden de Santo Domingo, admirable sepulcro de su granda abuelo D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma.

## LIBRO CUARTO.

### ARGUMENTO.

Prosiguen los movimientos de los enemigos en todo el círculo de la Europa. Junta el Rey de Francia en Belle-Isle una gruesa armada de navíos, con ayuda de hercjes septentrionales, para acometer á Italia. Sostégase una controversia entre el Papa y venecianos. Súbese en Castilla la moneda más antigua y sellada de vellon. Entra un ejército para el Estado de Milán, y es rebatido por el valor de la gente española. Vuелven los sucesos segunda vez á Alemania y son rotos por el duque de Sajonia y otros Capitanes alemanes. Trátase de la paz entre todos los Príncipes, y el ódio y la obstinacion de los malos no la deja arribar al fin de los más celosos al general sosiego. Porfia el príncipe de Orange la recuperacion del Esquenque y no la consigue de esta vez; revuelve otra y tómale. Persisten los franceses en las cosas de Milán: entra el infante D. Fernando con un poderoso ejército por tierra de picardos en la Francia: el príncipe de Condé con armas por el condado de Borgoña, sitió á Dola, y hácelo levantar de ella el duque Carlos de Lorena. Convócase una Dieta por todos los Príncipes del

imperio en Ratisbona para la elección de Rey de romanos. Salta la armada francesa de Belle-Isle; cálese por el estrecho Gadirano y entra en el mar Mediterráneo: el marqués de Villafraanca no la deja arribar á sus intentos, siendo tan inferior con las escuadras de galeras que iban á su cargo. Entra nuestra gente por la provincia de Labort en la Francia y ocupa á San Juan de Luz: va el Rey de Francia con ejército á Picardía y recupera Corbié. Pasa á mejor vida la infanta María, hija de los Reyes Católicos. Los electores del Imperio en Ratisbona elijen á Fernando III, Rey de Hungría y Bohemia, por Rey de romanos. Recrúdese más el rencor francés con esta elección y no se ejecuta la paz. Acomete la armada las fortificaciones de la Margarita y Santo Honorato, es rechazada y deshácese; todo esto el año 1636.

No fué ménos temido que amenazado de la potencia y asechanzas de los enemigos este año, que los demas que dejó referidos; porque si en aquellos se adelantó el consejo, y el poder encaminar diversos escuadrones y ejércitos por tierra, en éste sobrepujo la obstinacion y la vanidad á echar armadas por la mar para diferentes intentos y ambiciones, porque el rey de Francia y su mayor confidente, desde que se comenzó la guerra y la introdujeron injustamente en el Imperio y en los Estados y tierras del Rey Católico, con insolente número de aliados, así católicos como herejes, su mayor asunto era mostrar que en toda accion militar podian competir con la potencia del Rey Católico y de otro qualquier Príncipe, por grande y formidable que fuese. Así, quanto se habia desvelado á darse á sentir por tierra, ahora lo queria hacer por mar; dando á entender eran poderosos en ambas facultades, y no advirtiendo

que en su caudal y genio no habia para tanto, porque nunca sus armadas se reconocieron por desconsideracion, y si tuvieron alguna, fué rota y desbaratada por el valor de nuestros españoles; como las que perdieron los años pasados en las islas de la Tercera, en tiempo del Rey D. Felipe II, quando pretendieron, para fomentar discusiones como siempre, abrigar á D. Antonio, Prior de Ocrato, para hacerlo tirano del Rey de Portugal y sus adyacentes; y sin embargo, ni sus pilotos ni sus marineros tuvieron nombre ántes, ningun corsario y pocos mercaderes, porque todo se trasportó á los otros reinos y provincias por los confines, y á nuestra España por los Pirineos. Finalmente, juntaba una gruesa armada en Belle-Isle, un islote entre Poytú y la Bretaña, situado sobre el rio Loire, quando desemboca en el mar Océano, y solicitaba los vecinos á que se uniesen con él, y enviase sus navíos, porque los que él tenia eran pocos, pequeños y de bajo porto. De la Suecia le aprestaban 40 bujeles grandes, de alto bordo, bien artillados y de muchas toneladas, pero no todos para la faccion; lleváronle pólvora, balas, cuerda y otros pertrechos militares; no pudo sacar náda de Dinamarca; sus amigos, los holandeses, le dieron algunos, parte gruesos y parte pequeños, con que la armada crecia en más terror de lo que despues se vió: el señalamiento se remontaba á los más trascendidos de nuestros conserjeros. Todo el mayor artificio de esta armada y su mayor potencia se fundaba en atraer así al Rey de Inglaterra, á ligarse con él; pero aquel Parlamento no salia á esto por el comun ruido y desasosiego de la guerra, sino para atender á las medras y ganancias de los mercaderes y al interes que de esta union resultaba al Real Tesoro; porque no hay duda, sino que se hallaba Inglaterra, con la paz de España, aumentada en caudal con el comercio, y que no valian ántes las avercias más de 4.000 escudos. Mas como las artes de este siglo eran notables, y el Richelieu tenia sus secretas inteligencias en todas partes, y muchas veces no todos los ministros son fieles en una materia al Príncipe, ni concordantes en lo mejor, porque la

negociación era como vigilante poderosa, y tenía algunos beneficiados en Inglaterra: otro sí, se valía de las instancias de la Reina para con el Rey, para moverle á ligarse con su hermano, haciendo oficio de Embajador y de mujer, cuyo encanto y hechizo es muy poderoso para con los hombres, y más cuando la hermosura es ventajosa á todas las demas circunstancias de la tierra; tal me pareció un retrato suyo y me aseguraron estaba muy fuera de ser lisonjero el pincel: hacía lo mismo en la Saboya la Duquesa, su hermana, y para violentar más esto, se despertó y renovó la pretension del Palatino, hijo de Federico y cuñado de Carlos, rey de Inglaterra; y siendo materia ésta, que ántes se había rehusado mucho, por razones de Estado, el no admitirlos en el reino, sino ántes favorecer á los sobrinos de lejos, esta vez entró en Londres para conmovier á los Ministros, y darles calor á la Liga con el rey de Francia, porque él se ofrecía, que juntando sus bajelos y armadas, de que había gran copia en el Támesis y en los otros puertos, á hacer restituir en el Palatinado. Para esto fué un Embajador á París y vino otro á la corte de España, para manifestar las ofertas y guiar las materias por vía de interrogacion y algunas amenazas al Rey Católico; pero los de mayor prudencia no venían el rompimiento ni en la Liga, y el Rey se mantenía constante al parecer y al voto de los mejores. Representaban el embajador inglés en París, y el de Francia lo insinuaba en Londres, que era aquella Liga de suma importancia para la materia de ambos Príncipes, porque demás de ser terror de las costas españolas y de aliento y grandes mejoras para sus vecinos los holandeses, no había medio más eficaz para sus conveniencias y para la restitucion del Palatino á los demas sobrinos, que todos andaban desvalidos y sin ánimo por las provincias Septentrionales y forasteras, y que adonde ellos se inclinaban allí cargaba el resto entero de los protestantes y confederados, y concluirían con el despacho de la Monarquía Española, y volverían de nuevo á tentar el Imperio con sus armadas, de que no desconfiaba dañasen al Rey Católico y destruyesen parte considerable de la Monarquía.

El rey de Inglaterra oía esto, y por entónces disimuló, no declarándose con los franceses ni deshaciéndolos, ni dejando paso lento, número de navíos, olvidado ya de la protección del duque de Lorena y de cuando le intimó severamente su restitucion por Ministros y Embajadores; con que corría fama por nuestros reinos, era cierta la Liga, que eran los navíos 400, otros más, quién se desconfió desmedidamente á 200, y todos esperábamos sin prevenciones de mar ningunas, más que una pequeña defensa en las costas; pero al fin mayor rayo del que veremos á su tiempo (digo de la armada). Constante el Rey y los varones de aquel Parlamente, ménos coceados del Richelieu, porque verdaderamente Inglaterra en la paz con España gozaba de una facilidad maravillosa, cual no se vió jamás en aquella isla, porque todas las demas tierras se ballaban ocupadas de la gravedad y peso de la guerra, y todos los mercados y contratantes del Norte y de la Francia, que estaban como enemigos capitales por bando general excluidos de la contratación y cambios con España, todos llevaban sus mercaderías á Inglaterra para que á la sombra de la paz y el resguardo de sus navíos, que eran los que solamente navegaban á nuestros puertos, los metiesen en España, como lo hacen, y con esto ardid remediaban el no dejar vender su ropa y llevar lo que habían menester y los faltaba en sus provincias; con que no perdian nada y se hallaba acrecentada Inglaterra, como escala general de todos sus vecinos, y eran doblados los derechos y crecían las averías á gruesas sumas. Finalmente, los franceses hacían notable esfuerzo para el cumplimiento de la Liga, el Palatino y los Embajadores; pero el rey de Inglaterra, aunque había hecho cuanto fué de su parte, no salió con nada, y el Rey Católico se mantuvo en no ser de su partido en aquella materia, y siempre intrépido y de gallardo semblante á las recuestas y avilantez de sus enemigos, respondió había deseado, años hacía, componer, como lo dirían las experiencias, con el Emperador y los Príncipes del Sacro Romano Imperio aquella

defidencia; mas que no habia sido en su mano el conseguirlo que como pariente mayor y más poderoso en la conservacion del Imperio, parecia á muchos el poder ser más que mediador en sus accidentes y particulares ajenos, porque no les parecia que podría pedirlos, mas que podría mandarlos; y no era así como se pensaba, aunque pendientes todos de su potestad, porque el Emperador atendia, ántes que á otra cosa, al fin de su autoridad y al respeto de la dignidad Cesárea, á sus materias y conveniencias propias, y no podia sacar de él más que las razones en otras instancias repetidas: que el duque de Baviera, como se sabia, tenia estilo electoral, y el Palatinado superior, por lo que habia servido en la recuperacion del reino de Bohemia contra el Palatino, su invasor, en cuyo despojo reconocia no pocas dificultades: que á él le habia tocado el inferior por las armas y ejércitos que habia metido en él el Rey Católico, su padre, de gloriosa memoria, debajo de la conducta del marqués Spinola y D. Gonzalo de Córdoba, y que últimamente le habia tiranizado el rey de Francia con la invasion de los sucesos: que esta pretension se habia de hacer allá; que para lo demás se andaba tratando muy vivamente y venian en ella todos los príncipes del Imperio, por haberselo concordado algunos con el César de convocar una Dieta para la eleccion del Rey de Romanos en Ratisbona, y para componer y ajustar todas las diferencias y pretensiones de los príncipes de Alemania y la paz á que se iban conduciendo los Plenipotenciarios, y que haria tales oficios en ella por sus cartas, embajadas y ministros, que el Palatino y S. M. viesesen entera y debida satisfaccion. Todavía porfiaba el inglés y repetia los ruegos del Palatino que tenia en Londres moviendo á commiseracion sus ministros y vasallos, que podría dejar de condescender á ruegos y causa tan justa, y valerse de la ocasion que tenia entre manos, y la que se ofrecia en apoyo de su sangre y de los Príncipes que tenia en su corte tan conjuntos á ella.

Dejose insinuar el rey de Inglaterra de las persuasiones y cumplimientos del Rey Católico, y aunque no ignoraba que

era entretenerlo y sosegarle, no apartando las proas de ambos rumbos, suspendió al sobrino, y dió por respuesta al rey de Francia, queria esperar á ver el fin y disposicion de aquella Dieta, donde se le ofrecia la composicion del Palatino: con que no rompió con España, ni dejó de tener pendiente en Francia, y con todos fija siempre la contratacion y la correspondencia para mayor virtud, y la abundancia y riquezas en que Inglaterra navegaba á velas llenas de felicidad; y cuando hacia saber el rey de Francia la respuesta del rey de España sobre la restitucion, y se le apuntaba la parte que tenia tomada del Palatinado inferior, cerraba y echaba la llave á estas instancias con decir entregase en la Liga, que restituira y haria restituir, como lo habia solicitado. Pero aquel ministro deformidó de su confidencia, poniendo nuevas asechanzas á la conformidad del Imperio y Electores, y á volverle á desarmar, convocó nuevas gentes de Suecia, que viniesen á turbarle, debajo de Capitanes y cabezas de reputacion, y á volver sus campañas y poblaciones en ceniza, y que cargasen á la Sajoña para desazonar á aquel Duque, el fruto de la paz, que acababa de coger, con que no desistia de la guerra de Alemania ni de fomentar al duque de Beimar y sus secuaces para que desbaratasen el orden de la Dieta, que con suma prudencia iba encaminando el conde de Oñate. En el País-Bajo se hacian grandes aprestos, que referité en su lugar; pero habiendo el Francés ocupado á Enrique de Nasau por el príncipe de Orange y á todas sus gentes en la recuperacion del Esquemque, no pudo sacar este año faccion considerable de él, que le fuese de ayuda y resguardo, como de riesgo al Estado católico, más que algunas inteligencias y pláticas secretas en la provincia de Flandes para tentar á Gravellingas, por frontera, á Cales y á Bolonia, donde habia hecho armar alguna gente. Y el Rey Católico, á la misma hora, las traia en Ulisinguen, y se rechazó de Ostende por los holandeses, que pretendian tomar aquella villa por trato: en todas partes no dormia la diligencia, y desconfiado de su ayuda y socorros, llevando los pensamientos más adelante, hizo diversion de la Ducca de Borgonia para la

Contea, y prestó grandes legiones en Italia, así de franceses de placentinos y permesanos, como de saboyardos y piemonteses, para entrar otra vez á la disipación de la Lombardia; y, finalmente, su mayor poder, su mayor desvelo, el de sus amigos y coligados, y cuanto pudo discurrir el estadista, todo fulminó contra aquella ilustrísima y maravillosa provincia. Creyóse de sí, de sus ministros, de sus prevenciones, as por mar como por tierra, que había de abrir grande agujero hacer brecha en Italia y había de poner al tranco su tranquilidad y la del orbe, por lo que los más atentos y de noticia en estas materias decían sería fatal este año á las cosas de Imperio y de la Monarquía Española, que era hacia donde veían inclinar el azote, el cometa y la ira de los espíritus ambiciosos de los franceses; que se verían grandes cosas, prodigiosas avenidas é inundaciones de enemigos sobre ambos elementos, en que se había de arriesgar la seguridad y constancia de los más prasuimidos y exhaltados.

Era esta la planta y el diseño de la guerra de este año, cuyo fin y precipicio no se oía otra cosa en toda la Europa, ni se verá, que aprestar gente y conducirla á sus plazas de armas. Estaba el infante D. Fernando con cuidado de la conservación del Esquenque: envióle el Rey Católico dinero y alguna infantería española, no desistiendo un punto de la fatiga y de la vigilancia del enemigo; pero éste, revestido de insaciable ardor y codicia de restaurarle en fortísimos escuadrones y regimientos, le embistió por tierra y por mar con barcas, escala vista: rebatiéndolos gallardamente los de dentro, mataron mucha gente, si bien perdimos 500 españoles, la flota del país, soldados viejos, valientes y de corazon, y murió el coronel Anolt, su gobernador: señaló otro S. A. y reforzó de mayor número de gente, y de municiones y vitualias para dificultar más el intento del enemigo; con que, por ahora, codieron de la expugnación, pero no de volverla á tentar con mayor brio.

Bajaron alemanes por tierra de grisoncs para las costas de la Lombardia y Valtelina, para despejar de franceses la

riba de Chiavona, de algunos fuertes junto al lago de Como, de Traona, Firano y Mornio, de que ya aquellas gentes, como esgizaros y venecianos, aunque especiales amigos de franceses, no les querian ver allí tan asidos ni arraigados; culpa de la dureza y obstinación de no querer desengañarse de la indignidad de su trato, y de que si le son buenos para aliados, no al ménos para vecinos ni domiciliarios. Crecióle este deseo al Richelieu, de ocupar este paso, para impedir el de los españoles y alemanes; aquellos para allá y estos para acá, particularmente cuando vió que el habar pasado por allí el infante D. Fernando había sido el cuchillo de sucesos y protestantes, sediciosos y mal contentos, que eran los que él pretendía afirmar para desolacion de todo. No estaba tan unida y tan pronta la Liga de Italia, que el duque de Parma, arrepentido de lo hecho y de haber tan injusta y deslucidamente tomado armas contra el Rey Católico, de cuya casa habían recibido él y sus pasados el lustre y los honores que tenían, que no desease desasirse del duque de Crequi. Intentólo; y como los franceses son insolentes y sin respeto en todo tiempo y en todas ocasiones, creyendo que lo había hecho, le acometieron el cuartel y el alojamiento; rompieron las puertas un día á las nueve de la mañana, alterándole la quietud y el reposo y el respeto, con que ya iba recibiendo el galardón de la alianza, y probaba el término indecente de aquellos de quien esperó que le podrían ser de algunas medras para su persona y Estado; pero esto, si no fué ahora, lo ejecutó despues, y entendidas las nuevas conmociones de apercibimientos de armas de los ministros de la Francia. El Rey Católico encaminaba las suyas donde no sólo hallason opósito y defensa, pero castigo de nuestra nacion, y que en los que militan con nosotros prosiguiese sin descuido ninguno, en que los grandes del reino, los títulos y personas de esta calidad, prelados y eclesiásticos, acudiesen con lanzas, infantería y dineros; estipendio que no pesaba á los ministros, porque con estas introducciones descansaban de buscar arbitrios nuevos, como fuese á costa de los súbditos, y que el Rey no lo lastase, y formando juntas para cosas se-

nciantes, si bien acudían á las necesidades de la guerra, también á las suyas; fundaban y hacían perdurables sus oficios en los cuales, si no perdonaban á los vasallos, tampoco al Rey, porque hasta la menor propina querían llevar y que se les concediese por fuerza, como á los otros Concejos más preeminentes, criados para materias importantes á la salud del reino; violentándolo y subiéndolo más de punto, para meter más las manos, diciendo aumentarían más medios y los darían para chupar la sangre á los vasallos, como á ellos les tocaba parte; y la arrancaban con tenazas de consultas, porque estos, cuando muestran del celo de servir al Príncipe, tanto más esperan acrecentar sus casas, salir de la laceria y llenar su codicia, como hombres criados en poco, de corto ropajo y alhajas.

Bajaron nuevos decretos para la jornada del Rey, sin señalar adonde, y no más de para armarlos, y que se mandaba estuviesen apercebidos con armas y caballos á todos los caballeros de la órdenes militares. Avisáronse los Gentiles-hombres de la casa, como á los de la boca, á croyes y costilleros, pero sin señalar el día, mas que darlo á entender á bulto, para las ocurrencias de las fronteras de Vizcaya, Navarra, Aragón y Cataluña. En el Estado de Milán se encontraron 4.200 infantes, digo franceses, con 600 soldados de ellos; con que, amedrentados los demas de estos reveses, iban rehusando los lances de venir con nosotros á las manos, ni de esperarnos en la campaña.

Con la prevención de armada que el rey de Francia hacia en las costas del mar Británico, como se embozaba con profundo secreto el fin para que se juntaba, no creyendo que pasaría á Italia, sino que acometería las costas de España puestas en el mar Océano, como el inglés lo habia insinuado y el rey de Francia amenazaba, paliando con esto el veneno de su desigño; salió el Almirante de Castilla á la provincia de Vizcaya para que, con la gente de Castilla, Leon y Galicia, atendiese por aquella parte á los movimientos de los enemigos. Previnióse la costa de Portugal, donde no se dejaba de tener á

Lisboa, y acudióse al Algarbe; el duque de Medina Sidonia, nuevamente heredado, se metió en Cádiz, convocando así la gente de la costa de la Andalucía; al duque de Arcos se encomendó á Gibraltar, y se armó toda la tierra de Granada; al conde de Cabra se envió al reino de Murcia, y á Llerena al conde de la Puebla del Maestre, para formar ejército y acudir donde llamase la necesidad; y, finalmente, se previno de infantería y caballos la costa del reino de Valencia y Cataluña; si bien todo esto con pocos ó ningunos navios, aunque, de los que habia, se prevenia á sus cabos y caudillos, y al general Oquendo y al duque de Nágera y Maqueda, que los apretasen. Pero fracasando á cada paso nuestros Ministros en diferentes intentumbres, pasando con el discurso más adelante y sospechando si queria correr la armada á la Margarita, á Santo Honorato ó á Italia, ya que habian faltado á los aprestos de armadas en las costas de España para su defensa, no quisieron descuidarse de las de Italia; reparáronse de navios y de gente y el reino de Nápoles, en los de Sicilia, Cerdeña y las Mallorcias, y aprestaron las escuadras y galeras para juntarlas con las de España y Génova; cuyo progreso y maravilloso ardid, y el Capitan que lo discurrió y efectuó con valor singular y maravilloso, escribiré á su tiempo y en el capítulo en que nos pondrá el discurso. La fatiga verdaderamente de nuestros Ministros, de acudir á todo, era notable; pero el Francés tenia no sólo á España, con la armada que publicaba, en atención, pero con asombro y terror á Italia, con la armada y el ejército, y al mundo con lo que aparejaba en el ducado de Borgoña y en Alemania; insidiando siempre la tranquilidad y el sosiego de nuestros Príncipes, solicitándoles los enemigos de la Iglesia, causa por que, y por especial providencia de Dios, no arraban sus desigños, sus trazas, sus ejércitos ni cuanto trama el confidente, al fin de su vanidad ni ambicion, y al impulso de trastornarlo todo.

Despertóse otro accidente entre el Papa y venecianos; creyendo que seria de alguna revolucion entre ambos, y de fruto para nosotros. Por poderle lisonjear, ofrecióle el Rey

Católico sus fuerzas, como siempre lo ha hecho en cualquier ocurrencia ó necesidad de aquella Sede Apostólica, y como siempre lo han hecho él y sus pasados, por ser su más legítima obligación y cuidado y haberse por religión y por fortuna erigido ó ensalzándole Dios para esto: las instancias de franceses en todas partes luégo les sosegaron. Había días que Urbano VIII, gran celador del decoro de su dignidad y de la magestad de sus acciones, y de cómo no ha de prestar, por ser vicario de Dios en la tierra, su misión humana á ninguna potestad secular por grande que sea; digo que había días, que se miraba, y aun le ponderaba su gravedad y su ingenio (particularmente desde que tenía la Silla de la Iglesia) aquella pintura y aquellas letras puestas en San Pedro, mandadas escribir y colorear por el agradecimiento del Papa Bonifacio, en aquella tan cruda y horrenda persecucion de la Iglesia por Federico Barbera-Roja, emperador de Oriente, en que le fué necesario, auxiliado de la ira y poder de aquel enemigo, valerse del amparo y auxilio de los venecianos, hasta que despues, por impulso particular del cielo, atemorizado el Emperador del hecho ó iluminado de mejor y más severa luz, postrado ante el Príncipe de los Apóstoles con enmienda y arrepentimiento, se fué á buscarle, le adoró, se le echó á los piés y se lo besó, y triunfando la dignidad Pontifical de la soberbia de aquel infiel, poniéndole el pié sobre la cabeza, trayéndole el Espíritu Santo aque verso de David á la boca y al intento, le dijo: «andarás sobre los áspides y los basiliscos, y conculcarás los leones y los dragones»; y siendo perdonado y reconciliado con el Pontífice y restituido á Roma, hizo poner en la iglesia de San Pedro ó suceso en tablas y pinceles, y mandó escribir que en las adversidades de la Iglesia era Venecia sagrada de los Pontífices. Pues como nuestro Urbano VIII, despues que ascendió al Pontificado, no sólo atendiendo á las materias y dependencias de los vecinos, si no á las suyas y á las de casa, como á enmendar en Roma algunas obras antiguas; por no darles más gloria ni vanidad de la que merecen y han tenido, y otro sí, aprovechando algunos broncees que servian ántes á la soberbia y á

la ostentacion quo á la necesidad y á lo preciso, fundiéndolos en artillería para lograr algunos pensamientos militares y generosos, reparando en el encumio de aquellas letras, y acordándose de algunas dependencias pasadas entre la república y los Sumos Pontífices, sus predecesores, y como poco adictos que estuvieron con Paulo V, en el tiempo del Rey Católico Don Felipe III, el Grande, cuando hizo al Senado suavemente y con imperio reconocer los decretos de aquel Pontífice, y los ajustó á su obediencia, no dejando correr más aquella alabanza ni reconocimiento por algunos particulares y de sentimientos justos; y aunque amigos y aliados de su muy carísimo hijo, Luis XIII, rey de Francia, las mandó borrar. Pasó luégo el caso al Senado por el Embajador y por otros; mostraron sentimiento de que les borrasen los servicios que habían hecho á la Iglesia y los loores que merecian por ello; pidieron la enmienda y que les resituyesen en aquel honor antiguo y aquella memoria venerable á la posteridad del Senado; y viendo se estimulaba el Pontífice y se mantenía en lo hecho, rompieron en el respeto, ceharon el Nuncio fuera, y quitaron al Nepote Francisco 30.000 ducados de renta que tenía de beneficios en la Señoría.

Este accidente, explayado en la Italia y en la Europa, muchos creyeron seria de novedad y que se llegaría á algun rompimiento; pero los poco afectos á la nacion Española, los cardenales, y otros ministros de la nacion francesa, más italianos que españoles, y el mismo Pontífice, por que no entrásemos en alborozo de que por sus mismos pasos se ponía en ocasion y en empeño de habernos menester; finalmente, por todo esto y por no asustar á los venecianos, y por no divertirse en semejantes cuidados, ni más de aquellos que ocupaban su ánimo generoso, por no darnos (si así se puede decir) este gusto, ni que necesitaba de nuestro auxilio ni de nuestras fuerzas, y por no introducir disensiones en Italia, cuando no se mediaban otras que la destruían y amenazaban, no queriendo enfiñar los Príncipes y los potentados que las querian remediar, digo desolar, por enemigos del Rey Católico,



de la magestad de su casa; este lance, que á otros pareció de cuidado y controversia, en pocos dias se serenó y se computaron entrambas partes, sin reclamar el patrocinio de los forasteros, porque siendo el Francés el que mandaba en todas alianzas, y siéndolo tanto de los venecianos y ellos de los franceses, cerró con brevedad aquella puerta por donde nos podíamos hacer lugar con el Pontífice y captarlo la benevolencia, que áun con haber hecho padrino al Nepote Francés, no se la podido conseguir ni modificar el poco afecto á la nación española. Con esta misma inclinacion acometió una acción, á que no se atrevió ningun otro Pontífice, dejándolo por maravilla de la antigüedad y por admiracion de los venideros, y para grandeza de aquellos primeros hombres: desbizo la Rotonda, que era un templo antiguo que los romanos consagraron á los dioses de la gentilidad, todo de bronce dorados con vigas notables y clavos del mismo metal, para fabricarse sepulcro, de que le pusieron en los pasquines que *lo hicieron los bárbaros, lo destrucieron los barberos*; y en otro, «que le valió más lo que dispuso del bronce que lo que le costó la obra». Esto fué en los años pasados, y de aquí le nació la inclinacion de fundir artillería; y el duque de Alcalá, cuando estuvo en Roma, muy dado á cosas de este género y de antiguallas, llevó un clavo ó le compró de aquella obra, de notable peso y robustez y de vara y media de alto. Sin embargo, por estos dias se introdujo en pláticas de paz entre el Rey Católico, el César y el rey de Francia, aunque con tibieza, y entónces fué cuando el duque de Alcalá pasó del vireinado de Sicilia para la ciudad de Bolonia, la de Italia, erigida para tratar de esto; pero todo con flexibles y deleznales pretextos y fundamentos, y todo lleno de incertidumbres y sin ninguna claridad en los tratados, porque el Francés asista ántes á la guerra que á apeteecer la paz ni buscarla, descaendo crecer en Estados, aumentar sus confines y conservar lo tomado; intentos que en esta era los podia lograr y le parecían muy á propósito para ello.

El rio Pisuerga y Lléguena, con grandes crecientes y aveni-

das, inundaron gran parte de Valladolid, con notable estrago de edificios y conventos, arrasando las recreaciones y huertas que por prosperidad de la naturaleza y del arte tiene en ambas márgenes; rompió los arcos de la antiquísima puente, fabrica del conde Pedro Anzures; así lo tienen por tradicion sus vecinos, en memorias que guardan en arcelivos, sepuleros y otros vestigios. La hacienda que se perdió, mucha; el lamento de los naturales, prodigioso, por el intempestivo y reciente trabajo entre los muchos que padecia Castilla; la mayor parte de este daño, por las grandes y continuas lluvias y vientos de Mediodía, que derritió la nieve de las montañas vecinas, alcanzó á Salamanca, llevándose tambien su puente y molinos y grandé multitud de casas; en Zamora se metieron con otro tanto estrago.

En Flandes proseguía la guerra, como siempre, de la una parte y de la otra, no descuriéndose franceses y holandeses; con que de nuestra parte se acudia á poner gente para la defensa. El marqués de Grana, general de la caballeria del Emperador, con algunas tropas se habia puesto en la Vestfalia, atento á los movimientos del principe de Orange y á reforzar el Esqueque para conservarle; en el ducado de Luxemburg habia gente para el opósito de franceses, y asisia Galaso á las cosas de la Alsacia, si bien quisieran los políticos que, al concluir el año que voy escribiendo, se hallase con mejores y más prósperos fines y sin que pudieran fiscalizarle las acciones de si pado hacer más. El Emperador tenia un millon de oro para meter en ejército por la Francia, y dejóse correr que los holandeses armaban 90 navios para inquietar las costas de España, aunque parte de ellos eran para juntarse con la armada francesa, y que los otros se aparejaban para diferentes rumbos y derrotas para flota y mercancia á Levante, á Occidente y al Brasil. El rey de Inglaterra, como veia armar á los vecinos, armaba él, dando esta táctica disculpa en España y relevando de la sospecha nuestros puertos; y porque en todas partes y en todas plazas de armas picaban los enemigos. Salieron del Estado de Milán, á 7 de Marzo, 6,000 alemanes y 4,200 caballos hácia

el Placentino, á recobrar un fuerte del duque de Módena, llamado Castell San Joan, que tenían ocupado los franceses: tomáronle, no sin efusion de sangre de aquella gente. Sintióse un trato en Barleta, ciudad del reino de Nápoles, en la provincia de la Puebla, sentada en las riberas del Otranto, poco ántes de desembarcar en el mar Adriático, donde ganó tanta honra el gran Gonzalo Hernandez de Córdoba, sobre el orgullo de esta misma nación, esclarecido y maravilloso Capitán: conocióse y castigáronse los culpados, siendo el instrumento más principal un fraile francés. Dió el reino en aquella ocasion, de donativo para la guerra, cerca de un millon de escudos, y espérabase el de la ciudad, que suele ser otro tanto. En Castilla se buscaban medios para atender á ella; particularmente en este año, que se esperaba en tantas partes, era menester darse mano á la obra, persistiendo el ministro de la Francia en poner en tal estado las cosas, en tanto rompimiento y desolacion, que se desbaratase la concordia que se iba insiriendo en Alemania, y que no se viniese á la eleccion de Rey de Romanos ni se concluyese: subióse la moneda antigua de vellon que estaba sellada, y por decir tenia liga de plata y su valor intrínseco, y si entónces cuando se selló, subió los dos maravedises á cuatro, y los cuatro á ocho, ahora, por no seguir las huellas pasadas, por haberlas bajado y ser valor en todas, habilitando siempre la novedad por no subirla toda, que fuera lo mismo, y ser diferentes á los demas y que lo sean nuestras trazas, siguieron aquel rumbo, la redoblaron los dos maravedises á seis, y los cuatro á doce. Sin embargo, no podemos dejar de reconocer en este hecho que miramos á aquel fin, y que la gracia y el valor que ahora le hallaron se lo tenia entónces. El Rey Católico D. Felipe III, y el duque de Lerma, por obviar estas mismas necesidades y ocurrir á la falta de dinero, que en todos tiempos ha habido, por no herir á los vasallos, humdirlos ni agravarlos con una tempestad de tributos, contentándose con alcabalas y millones, descaendo, como dije, ocurrir á esta misma necesidad y ver de dónde se podria sacar algun dinero, varios arbitristas dieron éste: miróse con atencion quanto se pudo, y Ministros muy graves,

instruidos en todo genero de buenas letras, prudencia y experiencia de negocios, lo aprobaron; y en esta buena fo se ejecutó, como se ha hecho ahora; pues respecto de lo subido y acrecentado en cada moneda, casi iguala la subida de entónces. Cuando se entregó en este reinado, por calumniar las acciones de aquel Rey y las de sus Ministros, luégo se entró en éste: los que le obtuvieron, comenzaron á cargar la mano en el hecho y áfcarle, y que fuese de culpa al que habia llevado felizmente sobre sus hombros y sobre su cuidado veinte años el gobierno de esta Monarquía, que hoy aprueban gravísimos varones de canas y de conocimiento de materias, que ya con prosperísimos sucesos y fortunas resplandeció entónces; y, sin embargo, le hicieron los mordaces y detractores decir al fiscal, D. Juan Chumacero de Sotomayor, en una demanda que puso al duque de Lerma, enderezada á no más que á deslucir las muy reales y esclarecidas acciones de un Principe muerto, que se hallaba la Hacienda real en tal estado, que le habia obligado á valerse de medios perniciosos, como si su descuido ó falta de atencion hubieran dado ocasion á esto, pues sin haber sangrado á los vasallos, con sola la Hacienda real ocurrió á las armas que se mantuvieron con reputacion, no sólo en Flandes, pero en Alemania y en Italia; al lucimiento, al beneficio, hospedaje y agasajo de los Príncipes extranjeros, á la correspondencia de los afectos y á la reduccion de los notables; como se lució y vivió sin ahogo y sin zozobra esta Monarquía, y la gozaron los vasallos. ¿Qué hiciera si se hubiera valido de tan inmensos, generales y continuos tributos y sacas? hubiera sujetado el mundo; Holanda dejado las materias y alianzas de franceses, ingleses y protestantes; hubiérase hecho el rey D. Felipe III señor del Africa y de otras provincias de los enemigos. Y porque en otras partes me he explayado mucho en esta materia, y no digan que la traslado, no correré más con ella, advirtiendo de paso, y para que cerremos con la cláusula, que aquellos hicieron lo que pudieron, como nosotros, y no hagamos culpable su desvelo, pues nos valemos de sus medios y de infinitos, quizá no mejores, como se verá, que ahora nos lo alaban

todo, y despues nos lo vituperan, para llevar en hombros el cuerpo del gobierno; y reguemos á Dios que el fiscal, cuando llegue su tiempo, se olvide de nuestros oficios y del ejemplo que le dimos, para que no toque en éste ni en otros, pues todos tienen su fin y su hora sin remision.

Perdieron otra vez los holandeses puestos y fortificaciones junto al Esquenque, y S. A. R. hacia de nuevo instancias al Rey Católico, para que se le enviase gente y dineros para la guerra de este año; y púsole un millon de plata en la Corona y 4.000 españoles, para el intento que habian de llevar las fragatas de Dunquerque. Estando todos atentos á los progresos de este año, el duque Carlos de Lorena decia, que habiendo quedado sin Estado, queria acabar lo que le restaba de vida en Flandes, sirviendo en aquella guerra; el duque de Parma, engañado como el duque de Lorena (pero mejor escarmentado porque no habia usado mal del agradecimiento, ni de la correspondencia, por consejo del duque de Saboya, gran agresor y culpado en el buen uso de estas virtudes) se dió á publicar por estos dias, querer ir á Francia á pedir gente al Rey para la prosecucion de la guerra en que se habia ó le habian metido, de que se hallaba ya rodeado de gravísimo arrepentimiento; pero muchas veces los ignorantes y de corto juicio, si no se temerarios en lo que emprenden, no les parece que han cumplido con su precipicio. Pero los que mejor entendian esto, y las trazas del Richelieu, enderezadas todas á la usurpacion de los Principes y de los Estados, porque á unos por amigos y á otros por enemigos á todos se engañaba y se trataba de una misma manera, esta convencion no era más que para cecharle la tenaza á las tierras y ciudades, particularmente el contorno y circunferencia de Italia y para ocupar el Señorío de ella, que era su mayor ambicion. Finalmente, el mal gobernado mozo era guiado por aquí y por el consejo del duque de Saboya, que ya ayudaba á estas artes como á la guerra, al que, de sólo haberle comunicado pocos dias en Turin el Richelieu, le habia pegado la malicia de la politica, siendo la materia, porque una vez, teniéndole en Paris, pidióle á Parma

á Plasencia, ó que por lo ménos admitiesen guarnicion francesa, si ya no estaba hecho, que era lo mismo, como al fin sucedió, y las ocuparon los franceses bien á disgusto de aquellos vasallos y áun de algunas repúblicas de Italia; discurriéndolo con gran ponderacion, que el haberse apartado aquel Principe del abrigo y correspondencia del Rey Católico, era claro argumento de su ruina y calamidad, sin embargo de haber sido gran yerro, que al cabo se habia de ver, y que para volver á la tranquilidad habia de ser por el camino de enmendarse, como al fin sucedió. Instaba el Francés, ahora, con estas proteridades en aumentarse, ó por fuerza ó de grado, en estas posesiones, aunque pequeñas, para asediar las mayores, y tenía aprestados, y los iba conduciendo, casi 80.000 hombres para acudir á las fronteras de Flandes, á los otros intentos que por ahora se simulaban á las de Alemania, y para proseguir, como se presumia, la guerra en Italia; aprestándose para lo mismo el duque de Saboya, cuando sus hermanos, cuñada y sobrinos se mantenian en España y eran alimentados del caudal y de la sangre de los españoles (de lo que ha sabido sacudirse el rey de Francia, que no ha sufrido que ni áun sus amigos ni aliados le coman un real, ántes sus mismas obligaciones y las naturales externas y más conjuntas á su sangre y alojado), en la casa del Rey Católico; diciéndolo el Richelieu, cuando le parecia que era cosa dura verse sin su madre y hermano, que los dejase, que demás de consumirle al Rey el dinero, para que no pudiese ocurrir á tanto con el que le gastaban y le ahorcaban, le haria la guerra hasta en cosas tan serias y tan escasas.

Cargaba el juicio de aquel Gobernador, para recorrer más los cuidados del reino y hacerle reventar, que venia número considerable de galeras y las fabricaba en Marsella; como veian aprestar las de Italia, quién decia que 30, y era harto si fuerán 10; no soltaba de la mano el estar siempre recuestando al rey de Inglaterra que desconfiase de las ofertas del Rey Católico y le siguiese, juntase sus bajeles y armadas, que por allí serian más poderosos y temidos, los atenderia el Orbe y

concluía por allí mejor los particulares del Palatino. Este se alojaba en estos oficios y de servir por allí al rey de Francia solicitando al conñado; con que iban dando largas á la armada, que salió con más limitado tiempo del que hubo menester para obrar, no pudiéndole dar los holandeses más grueso socorro, porque este año no estaban con más caudal que para hacer la defensa.

Socorrió el Brasil el general Flores, echándole gente dentro, y enfermó la condesa de Olivares de suerte, que se llegó, por parecer de los médicos, á desconfiar de su vida. Ya le daba mujer á nuestro privado en todas las partes del reino: qué le daba la viuda del duque de Feria, quién la de D. Fadrique de Toledo, y no sé si la duquesa de Lerma, cuando cada uno le podía pedir su marido; la de Feria por habérsele dejado en la Baviera desamparado, expuesto á miserias y necesidades; de falta de crédito y de reputación (de que murió); la de D. Fadrique, por habérsele estrechado en una prisión inhumana, y arrojado á manos de jueces, sin culpa, que le hicieron salir el alma del cuerpo; la de Lerma, por las desolaciones de su casa, crédito y honores, que le obligaron al duque á dejarla por las barracas del País-Bajo, donde acabó. Mirábase esto el fin de la importantísima sucesión, y que fuesen todas mujeres parideras, para que con poco trabajo se surtiese á la gran beneficio y casa tan descada y á un bien tan esperable, porque era tal el del Gobierno, que no se le podía cargar otro. Él decía que tenía por muy dificultoso el casarse, por que entre tantos cuidados y materias como le rodeaban había de poder acudir al fin y á la sucesión del matrimonio. Quién le daba la hermana del marqués de Aitona, dama del Reyna, no mal parecida; pero las tres primeras hacían mucho ascos cuando se llegó á rugir el caso por la corte. Es tormento la serenó Dios por la casa del Carpio, porque la Condesa mejoró y sanó, y áun lo que ha de heredar D. Lope de Haro se ha demolido y hecho pedazos y cargado de facultades pedidas en estos días, aunque sin necesidad, sino por hundirle.

Entró por estos días en el oficio de Camarero mayor, que él decía, cuando sin qué ni para qué exhortaba y ceñaba amenazas sobre los Ayudas de cámara, que él no lo quería, pero que si fuese allí pondría el Ministro de la cámara en otro parragon; y era todo porque no acababa de asegurarse de ninguno de aquel cuarto, y pensaba que el duque de las Torres, revestido de príncipe de Astillano, aunque mal herido de la expulsión, y arrojado al reino de Nápoles, había de volver al oficio por en la paciencia y el destierro, y había de volver al oficio de Sumiller y ponérsele á pleito; para lo cual, ó porque le echada este escalon para subir, ó porque, como dicen, predomina el de Camarero mayor al de Sumiller, ó porque en caso que fuese lo primero dejarle sin mano ninguna, que no pudiese mandar ni dar nada en la Cámara, porque esta virtud no era de su genio, placiéndole más el quitar, no por otra razón sino por que era fatiga y se descausase y hubiese alivio en el padecer; por esto le tomó ó se le dieron, ó porque no pudiendo acudir al de Sumiller, aunque le insidiase otro que no era posible en su ausencia tuviese padrastro, y porque no le volviese á dar al Almirante de Castilla otra vez este delirio, y lo más asentado en darle potestad para castigar por su persona y por su juicio los excesos que se cometiesen en Palacio, hizo órdenes, y escribiólas de lo que á cada uno le tocaba en el trabajo y el alán, como á los que están de él; y apretó tanto los remanentes de la guarda-ropa, y adelgazó los de la comida del Rey, que perdía un hombre mayor de sólo comer un espárrago ó de oler un jazmín si era del Retiro; había penas intolerables por este delito, y en las prácticas privadas decía: «seréis rigurosamente castigados por ello.» Nunca se ha de celar la majestad tanto de estas menudencias, aunque el natural lo sea, antes limarle de estas superfluidades y escorias, y levantarle á grandes cosas. Finalmente, todo era sutileza, delicadezas y ponerlo tan vidrioso, que fuese natural el riesgo al que no nos inclinamos, ó al que le hemos dado causa de poco afecto. Este año enfermó el Rey de unas breves calenturillas, á 8 de Abril, que era donde solía pasmar,

pero faltando al tercero día se recogieron todos los medios.

La princesa de Charliano, habiendo salido del Estado de Milán, y por el tránsito de Génova y de Barcelona entrado en España, cuando se creyó que desde Zaragoza, ó visitándola el Rey allí, ó llegándose á Guadalajara, pasaría á la Coruña, Santander para ir á Flandes con su esposo el príncipe Tomás hizo refuerzo para entrar en la corte por quince días, diciendo que desde allí correría con brevedad á su viaje, y que había de hacer con ella lo que con la princesa de Mantua, Gobernadora de Portugal: fué creída y venció como mujer, pero gradnar á sus hijos por los honores de Castilla, y más que todo acomodarlos; pareciéndola que no sería tan bien en Flandes por no haber allí tan buenas prebendas como en España. Pasó el marqués de Miraval al País-Bajo, por Mayordomo mayor de S. A., y D. Carlos de Guzman, marqués de Fuente, á gobernar la armada de Dunquerque, y el conde de Onate, el mozo á Inglaterra por Embajador. No seogaba el Francés de encaminar sus designios á todas sus conveniencias, por la misma razon que veía aprestar mucha gente en el País-Bajo; habiendo perdido el puesto de Tréveris con la prision del Arzobispo Elector, corrió á tentar á Lieja, su confinante, para hacer pié allí y molestar en el País-Bajo; y habiendo, digamoslo éste por los ligeses, se tomó por expediente y lo pasó al Rey Católico el elector de Colonia, por tener allí algunos intereses y dependencias, que S. M. le dejase meterse tropas, con que se salió del cuidado; y pasó el mariscal de Polonia y alojó con mucha infantería y caballería, que era muy fácil poder hacer esto este año, por el grande ejército que se levantaba de todas naciones para entrar por la Francia, cuyo cuidado los tenia en grande aprieto. Los Príncipes coaligados en Italia, en número de 40.000 infantes y 4.200 caballos entraron por el Estado de Milán, por más abajo de Berceli. Esperaban el marqués de Leganés con 8.000 infantes y 2.000 caballos y llegando al cuartel de la gente española, y encontrándose una caballería con obra, viniendo la del enemigo á cortar el cuartel ó desbalijarle, ó á refrescar en él, siendo embestida

unos y otros, y ayudada nuestra caballería de una manga de sosqueteros del tercio del marqués de Mortara, fué rota la del enemigo; y hay quien dice que Monsieur de Crequi, General de los franceses, cometiéndolo el valor de la empresa á la ligereza de un caballo español, se salvó estando muy á pique de ser preso. Fueron degollados 450 caballos y tomaron 70 prisioneros, y entre ellos algunos Oficiales y hombres de cuenta; los demas fueron muy mal heridos, ó parte de ellos: era toda esta gente la más principal de su caballería y en la que cargaba la esperanza de mayores intentos. En prosecucion de esta rota, siguiendo nuestra gente el ejército, el enemigo se fué retirado á gran prisa y á jornadas muy desiguales, y volvió á pasar la Sesia; y todos, franceses, saboyanos y la gente de Parma, salieron del Estado de Milán, con que el Marqués general marchó á reposar la gente á sus cuarteles con aplauso y honra de toda la frontera, así de cantones de esguizaros como de venecianos, de las demas Repúblicas y potestades de Italia.

No seogaban, pues, por estas pérdidas unos y otros, ni en las persecuciones de la cristiandad; solicitaba el rey de Francia y el ministro de Estado la vuelta de los sucesos á Alemania y á sus provincias; materia en que fundaba la esperanza de mayores cosas, sin temer al cielo que tan ciegameute se ofendia: queria proseguir de nuevo en su ruina y asir la Corona Imperial, ó impedirle á los príncipes de la Casa de Austria. Ellos, cebados en los robos y estragos de las primeras guerras, con facilidad sus cabezas condescendieron con las persuasiones de los franceses; juntaron gente y volvieron á pasar el Albis: fueron esperados del duque de Sajonia y de sus Capitanes, siendo aquel el paso más preciso á sus progresos, y quedaron rotos y descechos por él; pero aún no desengañados los conmovedores de hacerlos volver tercera vez. Tratabase de la paz, pero era sin fruto, porque el rey de Francia ni queria dejarlo tomado, ni de probar fortuna este año, y ver, aunque desahuciado de hacer nada en Flandes, si podia descomponer la posesion firmísima de nuestro Monarca en Italia con el nuevo ejército y armada aprestada. Sin embargo de las rotas

que acabamos de referir, poco prósperas á sus materias, los franceses que habia en Roma, gente baja y soez, quizá ocupados del vino ó de la afrenta recibida de sus paisanos en el Milánés, embistieron á Santiago de los españoles, ocasionando una refriega y un alboroto notable; pasaron de allí á cercar la casa del Pimentel, obispo de Córdoba, y la de D. Juan Chamorro de Sotomayor, del Consejo Real de Castilla, Embajadores ambos del Rey en aquella corte; tiráronle algunos arcabuzazos á las ventanas, abriéron D. Juan y saludóles con algunos musquetazos, con que aventó la cañalla y la hizo esconder en los lugares más cercanos de Roma. El marqués de Castel—Rodrigue que habia poco ántes salido de aquella ciudad para Terracina, en el reino de Nápoles, á visitar á la Marquesa, su mujer, que se habia ido allí á mejorar de algunos achaques, avisado del alboroto y del atrevimiento de los franceses, quizá porque no vio el castigo y la enmienda que era justo en los agresores y tumultuarios de parte de la cabeza, volvió á Roma á la defensa de los Ministros de su Rey; viólos y visitólos, informóse de caso, y ofreciósele á correr la misma fortuna que ellos, y en cualquier accidente de ponerse á su lado: quejóse al Papa de atrevimiento y el desacato, y protestó que si no ponía enmienda en desórdenes semejantes, lo haría él; así lo escribieron de allá, y lo contaron: toleró el Papa el denuncio del Embajador cuanto pudo, y ofrecióse al castigo, reconociendo la calidad del delito cometido contra el sagrado de la dignidad de Embajador. Balian por autor del hecho á un lacayo francés, gran profesor de Baco.

Volvióse á tratar de la paz en el Imperio, que en la parte donde más reclamaban á ella los interesados sobre las cosas de la guerra entre España, Alemania y Francia para restituir á los Príncipes desposeídos en sus Estados, mediar las diferencias de todos y concluir las: la mayor dificultad que se reconoció para llegar á resolverla fué, en qué lugar se habian de ventilar los tratados, y quién le habia de elegir. El rey de Francia decía que á él le tocaba, y eligió tres ciudades para que el Pontífice eligiese la más apta y á propósito

para su definición; y el Rey Católico queria tambien no perder su derecho. No se efectuó nada por la protervia francesa y convicción de querer predominar en esta parte, y que se habia de señalar á su albedrío la ciudad donde se habia de tratar de las paces; más, en primer lugar, propuso el Rey Católico, como tenia este año las armas en la mano, que ántes de mover artículo ni argumento, se habia de prescribir por pacto y conveniencia, que no habia de cesar la guerra ni deponer de las armas, ántes que habian de obrar en todas partes; porque se reconoció y se pretendia insinuar que era éste el principal motivo para que Francia no retiriese en paz ni con sosiego las tierras tiranizadas de los Príncipes, sus confinantes, así italianos como alemanes, sino que le obligase la guerra y la fatiga á meter los piés en la razon. Pero él, cuanto quiera que estaba atento y cuidadoso de nuestras trazas, así en las secretas como en las públicas, porque en todas partes tenia sus asistentes y movedores, aunque no dejaba de esperar nuestro ejército en sus tierras, él nos daba á sentir la opulencia de su armada para retener en sí y en sus puertos las fuerzas del reino de Nápoles y Sicilia, y que no saliesen á embarazarle: publicó una propuesta insolentísima, que lizo decir al Papa, y fué que le concediese las rentas todas, ó parte de ellas, de las iglesias de Francia. Bien se reconocerá el que la fabricó ó la propuso, que está llena de infidelidad y de ninguna religion, y que este espíritu es más de hugonoto que de católico. Pasó adelante y pidió dos puertos de mar, de los que se incluyeron en el estado de la Iglesia, y amenazó, de no hacerlo: era todo esto como lo discurrían los de mayor juicio, porque se veía con aquella armada, publicada con más fantasta y número que verdad, y tres ejércitos, uno en el Monferrat y el Piamonte, y otro con el príncipe de Condé, en el ducado de Borgoña, para asombrar y hacer desatinar los espíritus más inferiores, y que lo entregasen ó rindiesen cuanto le pidiese; ó porque, cargando toda nuestra defensa allí, desentendásemos la Liguria, adonde tenía puesta su inclinacion; ó que por miedo se le llegasen, y acabar por aquí de llenar su codicia y ambicion del señorío de la

Europa. Otros decían, que esta demanda era con intervención secreta del Papa para la empresa del reino de Nápoles, y cumplir por aquí y satisfacer este deseo al protector; pero todo esto con facilidad se desvaució, porque aquel intento estaba lleno de dificultades y había de costar más caro de lo que se pensó. Refieren que el Papa lo denegó, y rechazó ambas propuestas con enojo. ¿Quién podrá admirarse de que el ingenio humano cargue el juicio en estas sospechas, cuando hemos visto tan válida la herejía en nuestros tiempos, y que se ha tomado por instrumento para extinguir la religión católica, y excluir de sus términos sus más firmes columnas y defensores?

Porfiaban los holandeses en la recuperación del Esquenque con teson y con porfía; tanto les importaba poseerlo: volvióse con nuevas gentes y pertrechos á cargar sobre el Orange, ocupó algunos puertos y unas fortificaciones que había hecho levantar S. A., aunque de poca consideración, y reforzó á Genep, que le valía tanto como el Esquenque, y para caso que se perdiesen, decían algunos Capitanes que era más fuerte, pero en la rabia de los enemigos en volverle á recobrar, se reconocía su importancia, y que consistía en tenerle la seguridad de Holanda y de todos los Estados. Hacíanse muchas surlidas, y eran rebatidas de nuestra gente, y se peleaba de ambas partes con coraje y denuedo; los unos por ofender y tomar el fuerte, y los otros por sustentarle: proseguíanse los buenos sucesos en la Sajonia sobre la gente de Succia, y fué herido y roto el duque Bernardo de Beimar, que siendo más diestro en la fuga que en el esperar, habiendo recibido este revés, entre otros muchos, se fué retirando á Vancia: mandó el Rey á Monsieur de la Force que pasase el Rin, dejase asegurados los puertos y las plazas de aquella parte á cargo del cardenal de la Balaia, y bajase con el ejército á Italia y reposase en Valtelina, y se hiciese á la defensa y conservación de la riba de Chiavenna y los fuertes junto al lago de Como: 40 navíos de Succia con 400 piezas de artillería, por el mar Báltico, desembacando el Zonte y corriendo el Germánico hasta el Británico, dieron fondo en la Rochela para los movimientos de este año.

El infante D. Fernando iba armando su ejército, y previendo para su tiempo y para cuando hubiese forraje para los caballos, que habían de ser muchos; atendiendo siempre á los movimientos de ambos enemigos y de ambas fronteras: el cardenal de Monterey, virey de Nápoles, vistos los aprestos que ya se debían sentir de los enemigos, no sólo previno todas las costas, casales y esteros del reino, sus puertos marítimos y ciudades sediterráneas, pero aprestó una armada para las ocurrencias del Milanés y de la Liguria, y para su defensa: proseguíanse los asaltos y acometidas al Esquenque por mar y por tierra, pagando unos y otros obstinadamente: el tiempo era contrario á las prevenciones y socorro de S. A., y por las muchas aguas que comenzaron á caer y á empantanar la tierra, aprestó 5.000 carros de municiones y bastimentos, con mucha infantería y caballería que los convoyase, y no pudieron caminar ni llegar por la dificultad del terreno, lodoso y lleno de agua: nuestra gente se hallaba falida y apretada dentro del fuerte, el distrito era largo para los que convoyaban y lo que se había de caminar mucho, y casi á la vista de las mayores y mejores plazas del enemigo; con que se reconoció ser inútil el socorro. Fívalmente, habiendo hecho nuestra gente el deber cumplido con valor y constancia, sufriendo asaltos de franceses de noche y de día, é innumerables cargas de granadas de fuegos y otros artificios, y hallándose con falta de municiones y bastimentos, que los esperaban, y se desconfiaba de ellos, no pudiendo ser socorridos, á 45 de Abril de este año, con las condiciones ordinarias y honradas, la rindieron con harto sentimiento de Su Alteza, que quisiera poderla conservar; pero él estaba tan adentro de la casa del enemigo, que era muy dificultoso, y aun cuando se tomó, se llegó á reconocer no poder mantenerla.

Al principio de Junio, las gentes coligadas de Italia, con un ejército de casi 40.000 soldados se encaminaron al Estado de Milan, divididos en dos partes; la una llevaba Monsieur de Crequi con gente de Parma, y la otra el duque de Saboya. Su primera derrota fué correr y surtir hacia Alejandria de la Pulla; fueron ocupando algunos lugares abiertos y de poca

consecuencia, todo á fin de quitar el socorro que les podía venir á nuestra gente, y en prosecucion de esto tiraron á la cabeza y marcharon á la ciudad de Milán: acuartelóse el general Crequi cerca de ella, quitó el navillo y rompió las presas para impedir y retirar el agua y poner en mayor conflicto y alteracion, no sólo aquella insignie ciudad, sino á todo el Estado; pero el marqués de Leganés, atento á estos movimientos, con más ánimo que congoja, porque no tenia la gente que habia menester para embestir enemigos tan bravos y poderosos, sacó la que tenia, en número de 9.500 infantes y 2.000 caballos, y dejando reforzadas y con guarnicion las plazas más importantes de aquel Estado, se puso en Vilagrassa con esta gente, entre los cuales se incluan razonable número de españoles, sacados los más de ellos por fuerza de las plazas de Madrid y de otras partes, y de los que bajan de la Montaña y de Galicia, ejercitados solamente en buscar la vida, llevar y traer con una esportilla, con cualquiera que los llama. Estos, pues, descalzos y desnudos cuando los alistaron, y luego vestidos; enseñándoles las armas, instruíndolos en ellas por cabos de esclarecida reputacion y nombre, hechos ya á la cuerda, á la pólvora, al mosquete, á los otros afanes y fatigas de la guerra, no empuéndoles el mal alimento y la cama mala, por que estaban criados y habituados en ella, que muchas veces en la paz y aun todas, era el suelo, y hechos á la humildad de este estado, ensañándoles y alentándoles el corazon el son del parche y de los otros instrumentos marciales, endurecidos en trabajos; este dia, como dije, unidos con las otras naciones que militan por imperio y adopcion con nosotros, arriessado D. Diego Mejía, por no arriesgarlo todo con la llegada de los enemigos tan cerca; y afirmados en el corazon del Estado, numerosos tres tantos más, y él con tan pocos, el Milanes, puesto en gran confusion y peligro, salió bien; y si alguno en esta ocasion se portara con más tiento y se atara á los preceptos de la prudencia y el tiempo, hiciera la guerra defensiva y reclamara los socorros de España; pues de hacerlo contrario se podía temer de reprehendido, que lo habia aventu-

rado todo, y puesto en balanza, no sólo el Estado de Milán pero de Italia. El, entre estas remisiones y zozobras, delibéro, como se fuera el Gran capitán Gonzalo Hernandéz de Córdoba en las empresas del reino de Nápoles contra franceses, ó el grande Antonio de Leiva y el marqués de Pescara en aquellas mismas tierras, y estando asediado de la misma nacion, y un pederoso Rey en persona por caudillo, como Francisco I, rey de Francia, sitiando á Pavía; resolvió con denuedo, y haciendo ejércitos del corazon y del ánimo, á 23 de Junio salió de Vilagrassa en busca del enemigo. Hallóle fortificado en terreno, al parecer, dificultoso; sin embargo, le presentó la batalla; y viendo que el general Crequi no la admitia, ántes que se lo retiraba al abrigo de un bosque y se queria resguardar en él, resolvió el Marqués general, y con aliento de generoso soldado dijo á aquellos españoles: «cerrad con esas fortificaciones.» Hicieronlo con tanta valentía, que comenzaron á romper y á desgollar los escuadrones franceses; apretaba Gerardo Gambacurtia, general de la caballería, la del enemigo y al Monsieur de Crequi, de suerte que queria ciar, y lo hiciera, comenzando sus tropas á volver las espaldas al calor de las del duque de Saboya, que viendo que peligraban sus arriagos los socorrió con él: el marqués de Leganés, viéndose cercado de ambos gruesos del ejército y que habia dado una buena mano á los franceses, mandó retirar su gente, que á no llegar el auxilio del aliado, quedarán totalmente desechos; sin embargo, no quisieson volver á perder fortuna con el Marqués, que habian peleado, y retiráronse los enemigos, quedando el campo por el Rey Católico y por sus gentes, con que volvieron á refrescar á Vilagrassa, desanimados en el ardor y en los progresos los franceses, pianonteses y saboyanos y los demas factores; y en cuanto los milaneses, sacudieron de sí el pavor y la desconfianza en que habian estado por el gran estruendo de los enemigos, ó arguieron las frentes al memorable valor de la nacion española y de las demas, y á la vigilancia de su Príncipe, tanto más cayó en ellos, sin poder recobrase, y comenzaron á alojar como es de ordinario en to-



dos sus intentos. Salió herido el duque de Saboya y murió el muy esforzado capitán Gerardo Gambacurta, general de la caballería; fueron degollados cuatro ó cinco mil franceses, con pérdida no más de 300 de los nuestros, y número considerable de heridos. Prendieron nuestros Capitanes un Monsieur de calidad y nobleza, trajéronle al Marqués, informóse de él de todos los nervios importantes del ejército, de sus cabos y cabezas, del número y gente que traían, de los designios y materias militares, y dijo que no podía responder á más de que habían faltado el día ántes 4.000 raciones del ejército, con que, á toda prisa y con la rota pasada, sería posible depusiesen de muchas de sus trazas.

El conde de Monterey, habiendo ya salido de España el duque de Medina de las Torres para el virreinato de Nápoles, envió en navíos, pataches y galeras un grueso socorro al Estado de Milán de 10.000 soldados, entre españoles y napolitanos, y envióselo más dinero y más gente de la que alojaba en Perpiñán; con que á toda prisa se preparara para cechar los enemigos del Estado y de sus confines. Llegó esta nueva y gallarda resolución de D. Diego Mejía al Rey, y el Conde, nuestro Gobernador, no acababa aquel día de admirarse del hecho de D. Diego, y no acababa de cechar de sí el fuego que tenía en el corazón del alborozo, cuando consideraba la temeridad y la resolución, y que salió con ella un hombre desarmado y acometido de fuerzas tan superiores, y lo mucho á que se había arriesgado (así lo pareció á los Ministros de Estado); pero no obstante, excluyó con el corazón y el aliento del fracaso al Estado de Milán, y de la envejecida ambición á los franceses. El reino de Sicilia dió un millón de oro para la guerra; los electores del Imperio se disponían, según la diligencia de España y del embajador conde de Oñate, para la Dieta de Ratisbona y para elegir Rey de Romanos, de quo se tenían esperanzas muy ciertas que lo sería Fernando III, primogénito del César, rey de Hungría y Bohemia; y más asegurados nuestros Príncipes de la intención y verdad de los Electores hercejes, de quien se había desconfiado ántes que de los cató-

licos; tan notable es el natural de aquellos Príncipes y tan rara su inclinación y dictamen: el duque de Parma, mejor aconsejado, y arrepentido de lo hecho, y que sus pretextos y conveniencias en la deliberación de la guerra contra España no le iban saliendo bien, por las muchas rotas que los franceses habían recibido en Italia y en otras plazas de armas del Rey Católico y de la Europa, deseando volver al sosiego y tranquilidad antigua, y contentarse con su Estado, queriéndolo hacer, y siendo reconocido del Monsieur de Crequi, que lo quería impedir el paso y prenderle, puso la salud en los pies de un caballo y se valió de la fuga, acogiéndose á Parma. Quisiera proseguir el discurso, con que el marqués de Leganés concluyó con los franceses y saboyanos en el Estado de Milán este año, en cuán estrechos lances puso al duque de Saboya, y las cosas maravillosas que obró en el Príncipe Católico, abloqueando y constriñendo á miserable estado á Parma y á Plasencia; pero solícitamente la pluma la narración de otros dos ejércitos y una armada francesa que tenía en atención, no solo la Europa, pero la mayor parte del Orbe; que comenzando su curso á un tiempo, es menester dantes á cada uno su lugar en su misma fuente, y entretrejerlos con destreza para saborlos y entenderlos mejor, sin confundirlos, ni que falten al nacimiento que les toca. Pero sigamos á nuestro infante D. Fernando en la entrada de la Francia por la Picardía, que luego acudiremos al sitio de Dola, en la Contea de Borgoña, por Enrique de Borbon, príncipe de Condé; su entrada y salida sin ejército y sin reputación á la armada que ya quorá dar las velas en Belciste; sus derrotas y fines sin logro y sin fortuna, y luego volveremos á concluir los sucesos del marqués de Leganés y sus afanes en Milán.

Habiendo ya el infante D. Fernando juntado con suma vigilancia y cuidado su ejército, que se componia de 30.000 combatientes, toda gente lucida y briosa, españoles, italianos y alemanes, mezclados con valones, de cabos y caudillos militares y de nombre, y despues de haber puesto en órden mucha

artillería, municiones y vituallas, carros, bagaje y otros pertrechos, todo al principio de Junio de este año, y en notable atención toda la Holanda y la Francia, resolvió en dejar el País-Bajo formidable y con nervios muy bastantes y poderosos para tener frenados á los primeros y suspenso al príncipe de Orange en el discurso y el intento. Así, ordenó que el conde de Fontana, además de la gente referida y de su marcha, quedase con 5.000 infantes y 2.000 caballos en el condado de Flandes, para cubrir y resguardar las plazas maternas de Gravelingas, Neoporte, Dunquerque, Mardic y otras; que D. Manuel Pimentel, conde de la Fera, asistiese con otra tanta gente en la campaña, para defensa de plazas y fortalezas y á los movimientos de aquel enemigo, que en ocasion tan ardiente y oportuna, y viendo pujante á S. A., habia llegado á discurrir, que todo habia de recaer en las tierras de su mayor protector y habia de querer hacer alguna fineza con él y agradecerle los beneficios recibidos por tanto número de años; pero hallábase muy desigual para divertir tan superiores fuerzas, y cuando quisiera hacerlo, ¿quién duda que le habria dicho al rey de Francia amenazaba gran tempestad á la Francia, que le ayudase ó hiciese refuerzo para salir en campaña, suplicando con la prudencia y arte militar la falta de fuerzas que habia puesto en la frontera, porque muchas asistían en Italia y muchas en el condado de Borgoña, sin hacer memoria en las de Alemania? Aquel responderia se habia consumido casi todas en la restauracion del Esquenque, y que ya sabia que no era hombre sin su auxilio y regimientos, que él no tenia más fuerzas que las que le venian de su mano, y que reclamaba á estas; pero viéndolas asistir en tautas partes, en armadas y en ejércitos en las provincias referidas, le parecia diligencia infructuosa; que el Rey Católico se hallaba tan poderoso este año, que tenia para todos, y que el conde de la Fera, de la casa de Pimentel, quedaba en la campaña para detenerle si queria intentar algo con gente más numerosa que la que él podria sacar, y, sin embargo del conde de Fontana, otra provincia de Flandes, con otras distribuciones de soldados en

diversas partes; que lo que él podria hacer, era ver si le era fácil mendigar por trato alguna de las plazas marítimas, y que habia puesto la mira y los ojos en Ostende, para causarnos algún dolor, equivalente al que todos habian recibido en el Esquenque.

Tenia S. A., como lo afirmaban otras resoluciones, grandes deseos de tomar satisfacción de los franceses y abrasar la provincia de Picardía, ya que habia crecido su ejército á 48.000 caballos y 18.000 infantes; y si bien esperaba para mayor abundancia 6.000 pobacos, resolvió su viaje y mandó marchar la gente hasta las fronteras de Francia. Iban en este ejército el príncipe Tomás, hermano de Victorio, duque de Saboya, su primo el duque Carlos de Lorena, el conde Juan de Bert, y el conde Picolomini, todos con tropas de caballería; muchos Maestres de campo, Cabos y Oficiales de experiencia y de nombre; dos tercios á cargo de los Maestres de campo D. Francisco Zapata y el conde de Fuensaldaña, de españoles; uno de napoleitanos al de D. Andrea Cantelmo; otro de alemanes, del conde de Ostrat; otro de valones del conde de Villaarbal, y parte al del conde de Fresin, de la misma nacion; 4.600 caballos á cargo del conde Juan de Nasao; el de la Liga al de Juan de Ubert y del duque de Lorena; y todo lo demas distribuido á cargo de cabezas y Capitanes con maravillosa disposicion de S. A., sin faltar á las más mínimas cosas y difidencias. Teniendo en atención á los vecinos, hizo S. A. alto en Cambray, á 3 de Julio, sacargando mucho al príncipe Tomás y duque de Lorena (lo que no hacia el Cardenal valido con sus ejércitos y soldados), el buen uso de la guerra, no saquear plazas, conceder partidos de honra y comodidad á los rendidos y á los que de su grado lo viniesen á hacer, admitiéndolos á las contribuciones más suaves y honestas, la veneracion y respeto á los templos, altares, imagenes, ornamentos y vasos sagrados, á los sacerdotes y religiosos, la defensa de las mujeres en qualquiera estado, encargando con soberidad las licencias y desórdenes de los soldados, amenazándolos con gravísimos castigos si excediesen de los mandatos de sus cabezas, y los que S. A. habia ordenado

y hecho promulgar para admiracion de los amigos y enemigos. Dispuestas, pues, las cosas en la forma referida, ántes de entrar en la Francia hizo publicar y lo expidió en Me de Henao, á 5 de Julio, este manifiesto, y lo mandó introducir en los países vecinos, y que corriese con brevedad á todos para informarlos de la justificacion de su causa y de las razones que tenia para meter por la Francia aquel ejército del Rey Católico, su hermano, que dice así:

«D. Fernando, por la gracia de Dios, Infante de España Langartenente, Gobernador y Capitan general de los Estados de Flandes, Países-Bajos y de Borgoña: á todos los que leyera la presente, salud. Haremos manifiesto, que si bien contra todo derecho de justicia baya la Francia mantenido una cruelísima guerra dentro de los Estados del Emperador y del Rey, ni señor; metido y suministrado extraordinarios socorros de geney dineros á los rebeldes de S. S. MM., metiendo á los suecos hasta las entrañas del Imperio, y arrebatado ó comprado de los mismos inicuamente las ciudades de la Alsacia y otras hereditarias de nuestra augustísima Casa, y vuelto sin respeto sus armas tambien contra la Liga Católica, y que no tiene otra mira ni fin sino mantener en su pureza la religion por todas partes combatida; con todo eso, no contento con tantas injurias y contravenciones á los tratados de la paz, que antes daban á nosotros justa ocasion de declararle la guerra, la Francia misma, voluntariamente, ha venido en manifiesto rompimiento y ha enviado ejércitos para embestir y acometer, con todo ejemplo de impiedad y barbarie, los Países-Bajos, y á robar y destruir el Estado de Milán y otros legítimos feudos del Imperio, y ahora asaltar el condado de Borgoña, contra las leyes de la asentada neutralidad, contra la reverencia y respeto de la República, y contra las promesas expresamente hechas del príncipe de Condé, en el mismo tiempo que juntaba el ejército para asaltar y acometerle, dando calor á todos estos inicuos atentados y públicas faltas y quebrantamientos de palabra con ridículos pretextos y fingidas suposiciones, contenidas en muchas declaraciones pasadas en los Parliamentos de Fran-

cia, y acompañadas de calumnias é injuriosos desprecios con aquellas personas que, por todas leyes, son reverenciadas por sagradas. Ahora pues, habiendo nosotros largamente probado que la demasiada disimulacion y paciencia no obra otra cosa que redoblar la resolucion á los enemigos, y que la compasion que habemos tenido á las ciudades y pueblos de la Francia viene á parar en ruina y destruccion de aquellos que Dios ha puesto debajo de la obediencia de S. S. MM. Cesárea y el Rey, ni señor; hemos resuelto hacer entrar sus armas en el reino de Francia, no por otro fin que por obligar á su Rey á una verdadera y segura paz, quitando aquellos obstáculos que se atraviesan á un bien tan grande; y pues que á los mismos franceses les importa el reparo de estas mismas desórdenes, que jamás los dejaron tener tranquilidad, esperamos tambien que ellos, por el celo de su bien, concurrirán con las demostraciones y con sus generosas fuerzas para inducir á su Rey á castigar aquellos enemigos indomésticos, maquinadores y autores de todas las guerras que de siete años acá han ensañado casi toda la cristiandad, y que, trabajados y acometidos todos los vecinos, han ocasionado á la misma Francia aquellas miserias que la oprimen, irritando las armas que la amenazan: y aunque nosotros estamos bien informados de la fuerza y de las divisiones en que los malvados consejos de algunos y las excesivas contribuciones de pueblos han precipitado aquel reino, con todo eso, declaramos que las sobredichas S. S. MM. no quieron valerse de aquesta ocasion para su ruina, ni sacar otro provecho que haber dado al mismo reino de Francia, y á toda la cristiandad, un reposo que por muchos años no sea interrumpido del estrépito y ruido de las sediciosas armas. Por esta razon, y por los instantes ruegos hechos á S. M. de la Reina madre del Rey existanismo, haremos saber: que nosotros amparemos y trataremos como buenos amigos todos aquellos franceses que, junta ó separadamente, siguieren nuestros buenos designios é intentos; y que hemos dado órden, que la neutralidad sea fielmente guardada con aquellos señores y personas principales y nobles que la pidieren, y que

no dieren asistencia ni ayuda á nuestros enemigos, porques tal caso se procederá contra ellos con todo acto de justa hostilidad, sin dar cuartel á sus personas, ni tener resguardo á sus casas ó posesiones de aquellos que se presumieren ser enemigos de la cristiana religion, de la quietud pública y de la propia salud. Demás de esto, declaramos que SS. MM. han firmemente resuelto de no dejar las armas hasta que la Reina madre no esté enteramente satisfecha y contenta, y que los Príncipes, despojados injustamente de sus Estados, no sean restituidos en su posesion, y que no se vea seguridad de una parte inviolable: la cual no se presumirá jamás hasta tener apartada á aquel que ha violado el tratado de Ratisbona y otros que despues han tenido el manejo de las cosas de Francia; no desquendo tampoco dé Dios, Nuestro Señor, otro fruto ni valed que aumentada la católica religion, pacificada la Europa, sobrelevados á los oprimidos y hecho restituir á cada uno lo que le toca.»

Publicádose este manifiesto, y resuelto S. A. con las cabezas del ejército lo que se habia de hacer en la prosecucion de la guerra, marchó el príncipe Tomás, ordenando al conde Pícolomini que se pudiese sobre Reguero, y fué á ejecutarlo; y reconociendo la plaza y que estaba muy bien guarnecida, aunque de poca importancia, y que convenia ántes poner la mira en el puesto de más consideracion y que diese más cuidado á los franceses, ajustóse el príncipe Tomás al consejo y á la autoridad del conde Pícolomini, como de tan grande y tan antiguo soldado, como lo aplaudian las mismas ocasiones en que se habia hallado, y los mismos enemigos que le habian visto gobernar y pelear; cuyo parecer admitido del príncipe Tomás le ordenó se viniese á juntar con él, y se encauinaron á la Capela, plaza de más consideracion y nombre, y muy repetida en los comentarios de D. Cárlos Coloma cuando le fué resitada por el Rey D. Felipe II á Enrique IV, rey de Francia, en la última paz que se hizo entre ambas Coronas. Dieron la vista ántes de anohecer de aquel dia, y dióse órden al conde de Bonquenque que, con alguna infantería y caballería, tomase la

puestos y cortase los que estaban en el burgo. Perdiéronse aquella noche las guías con la demasiada oscuridad, y no segando á tiempo, se envió al amanecer á D. Estóban Gamarrá, Teniente de Maestre de campo general, para que reconociese dónde se habia de acuartelar la gente y por qué parte se abrian las trincheras: ejecutó el Gamarrá el órden que se le dió; miróla y reconocióla; tomaron sus puestos los españoles y los italianos, y diéronse manos á la obra con la zapa y la pala, con sin grave terror del país y de toda la Francia, cuya nueva y lastimoso estrago corrió por sus provincias y ciudades hasta París, donde ya se temian de la invencible espada del Rey Católico. Ayudaba la infantería valona por su parte á caminar con las trincheras; y si bien se reconoció ser la plaza más fuerte de lo que se habia entendido, el valor, coraje y ardimiento de las tres naciones, superiores á las demas del orbe, allanaron la dificultad con asombro de los franceses que se hallaron al oposito, viendo avanzarse cada una á porfia á seguir la empresa. Defendióse la Capela con la artillería, de que recibió algun daño nuestra gente, y los franceses que estaban dentro hacian el deber; pero viendo tantas gentes á sus contornos, temiendo por temeridad lo contrario, y no pudiendo sostenerlo, temiendo ser degollados, rindieron la plaza á 8 de Julio, á no más que cinco dias de sitio, y fuéronles concedidos partidos honrados y los que se acostumbraban en buena guerra, y salieron 500 infantes y una compañía de caballos; con que rendida la Capela, llegó á esta hora Pícolomini con las tropas de su cargo, habiéndose acercado dos dias ántes el conde de la Moteria con la gente del Artoes. Murieron de nuestra gente muy poca, y de personas de cuenta el Sargento mayor Gamian de Lara y D. Andrés Fresco, Capitan de infantería española, y quedó por gobernador de la plaza D. Gabriel de la Torre con bastante número y guarnicion de soldados. Pasó el ejército adelante, y reconvenidos del miedo y del ejemplo, por la grandeza del obrar de los vencedores, se rindieron los villajes vecinos y de sus distritos, ofreciendo contribuciones y bastimentos para los soldados y todo género de grano para los

caballos, porque, según geógrafos diligentísimos y nuestro Abrahán Ortelio, en sus demarcaciones, por ser aquella tierra tan abundante de todo género de cosas pertenecientes á la vida humana, y ser industriosos sus moradores en la cultura de las tierras, en la crianza de las aves y en los animales domésticos, llaman á la Picardía granja de París, porque aquella ciudad recibe de sus pueblos y labranzas cuanto ha menester para el alimento de sus vecinos. Con la toma de la Capela llegó S. A. al lugar de Abenas, donde consultó con las cabezas y cabos más principales del ejército lo que se había de hacer, y sobre cual plaza se había de cargar; y habiéndose debatido largamente de la una y de la otra parte, y siendo varias las propuestas, pareció por algunos situar á Guisa, por ser villa razonable, aunque flaca de reparos, terreno y muralla, pero capaz de alojar número suficiente de soldados; sin embargo, se hallaba el castillo bien fortificado y conyovado de todo género de municiones y bastimentos, con 5.000 soldados de guarnición para su resguardo, y á sus contornos y fronteras el conde de Sauson, hermano de la princesa de Carinauo, cuñado del príncipe Tomás, y de la sangre Real de Francia, con ejército compuesto de 12.000 infantes y 4.000 caballos para defensa de la tierra á la frente de aquella y otras plazas, como Perona y San Quintín; pero más arrimado á Misteres. No fué admitido este parecer por algunas razones y congruencias que lo repugnaban, y marchó el ejército á tomar puesto entre Guisa, Fero y San Quintín, para hacer alguna diversion en el ejército de los franceses, para desarrimarlos de las plazas y para acometer las más desabrigadas; pero él esperaba y atendía á nuestros progresos, conservándose intrépido en los puestos que tenía ventajosos y formidables, dándose á fiar que allí no podía ser acometido. Aunque eran unos de parecer que se tentase la entrada en la Francia por la provincia de Champaña, país mucho más abierto, aunque no tan próspero de lo necesario ni abundante de viveres como la Picardía; el parecer de otros era que se tomase puesto fijo y se arraigase en terreno propósito la infantería, para hacer correrías con la caballería

que descaban mucho los condes de Nasau y Picolomini, y Juan de Berta), y entrar á fuego y saugre, talando la tierra, hasta las murallas de París y hasta sus burgos; pero nada de esto contentaba: representaron otros cabos, en suma, muchas y muy inaccesibles dificultades, con que por algun tiempo estuvieron interminables; pero el príncipe Tomás resolvió echarse sobre Chatelet y dió cuenta de ello á S. A., quien ordenó al conde Juan de Nasau que tomase los puestos con la caballería, y al de la Motoría que reconociese á dónde sería más á propósito hacer los cuarteles para observar las trincheras, y por el consiguiente al conde de Ostrat, para que ocupase un bosque que servia de no más que hacer daños, insultos y homicidios en las fronteras de Hanao. Echóse el sitio sobre Chatelet, y comenzaron á batirle por tres partes, habiendo desamparado los franceses el burgo y quemádole porque no nos pudiésemos valer de él; y aunque de ambas partes se hizo todo lo posible, los franceses, dentro de pocos dias, la rindieron; concejéronseles partidos honrados, y salieron 450 infantes, una compañía de caballos, y lo demas de su carruaje: en esta forma tenían ordenadas y guarnecidas sus plazas y fronteras, y en esta manera nos esperaban cuando atendian con nuevas y más fornecidas tropas á la insidia de las otras provincias hereditarias del Rey Católico. Publicaron en Francia las plumas y los detractores de la reputacion española, que el infante, desde Cambray adonde asistia para la buena distribución de la guerra, se habia retirado á Bruselas; y cuanto quiera que procuraron acumularle culpas y deslucir su vuelta á la corte, no pudieron, porque le llevó el cumplir con una circunstancia, por aquellos dias célebre en Bruselas y en todo el País-Bajo, que fué asistir á la procesion del Milagro de las Santas Formas; siguiendo en esto la suma religion del archiducado de Alberto y la señora infanta Doña Isabel, su tia: pero ¿qué necios, que tienen esta fe y devozion por fin más principal y primero de sus intentos. Volvió con brevedad á Cambray, y confirióse de nuevo lo que se habia de hacer para pasar ade-

lante en la expugnación de plazas; pero el enemigo hizo junta y marchó la vuelta de Amiens con todo su grueso, para pasar de la otra parte de la Soma, y por el Bolonois y Calés recalar en la provincia de Flandes, y darse la mano con Enrique de Nassau, príncipe de Orange, y unir sus fuerzas con las de los Estados y hacernos la guerra en nuestra casa, divirtiéndonos. Allí marchó en su seguimiento el príncipe Tomás con todo su campo, y tuvo aviso que había hecho alto en Perona; cuya novedad entró robando nuestra gente toda la campaña de Amiens trajeron 2.000 carneros, 800 vacas y 300 caballos sin que se atreviese á oponérselos ni un soldado; con que el ejército católico tomó puesto sobre la Soma, todo con acuerdo y orden del Infante: aseguraron con esto los víveres, y dióse orden para cchar puente sobre la ribera para enseñorearse de la campaña y tener el paso abierto para los otros diseños, y hacer correrías hasta donde pudiere. No se pudo hacer esta sin algunas dificultades, pues si bien el burgo de Bray, juzgában los más prácticos de la milicia y de aquel país, era más propósito para el paso de la Soma, y en particular el baron de Valanzon, decía, se podía fortificar, hacer entradas y progreso en la Francia, dar al enemigo más cuidado y hacerlo entrar en más conflicto, eligió el príncipe Tomás esta resolución, y envió delante á Juan de Bert para que le ocupase: ejecutó con suma brevedad; pero como en las más de las empresas en los soldados de menor honra es más áína la codicia que el aspirar á los hechos heroicos y memorables, en que se consigue la prenda de la reputación, los dragones se cobaron en el paso, abrasaron la mayor parte del burgo, y dejaron de ocupar los puestos que los villanos habían fortificado sobre la misma ribera, muchos y muy considerables. Habíanse acogido á ellos 200 franceses de los que habían desamparado el burgo; pero al calor del ejército francés, que con la llegada de Juan de Bert, cediendo de la primera maréla, se presentó de la otra parte de la Soma, se comenzaron á defender, y el príncipe Tomás, con baterías que mandó, presto los desalojó; y por los dos ejércitos se habían resueltamente afrontado con el re-

en medio, no dejando de cubrirse y tirarse, los nuestros por pasar, y el conde de Suason por defender el paso.

A este tiempo acudió el conde Picolomini á tomar un modo que tenían bien fortificado; tomáronle de otro puesto más adelante, siendo Picolomini de los costones y fagina, con admisión de los más escogidos, para cubrir su gente, ganaron los españoles un puente levadizo, que tenían delante del puesto principal sin poderlo defender, y señaláronse mucho aquel día, que fué de admiración á las demás naciones, ocupándolos todos, y anhelando por pasar de la otra parte, sin embargo de estar atrincherado allí todo el ejército francés y hacer notable repugnancia al intento; pero no sin flaquear el ánimo, por el grande ardor de las otras dos naciones, alemanes é italianos, y por lo mucho que en su vista obraron aquel día con la gente francesa, que estaba de esta otra parte y al opósito con defensas y otras máquinas. No siendo de fruto su resistencia, procuráronse sentar vados y vagios de la Soma por pasar y venir á las manos con los enemigos: no pudieron hallarse, y si bien se había al principio de la jornada levantado el puente que se echó, por no ser á propósito allí, se reconocieron, aunque se procuraba, gravísimas dificultades; y, finalmente, el vadearle era de más riesgo por ser aquel río grande, fondable y lleno de morrazos. Poniendo los capitanes franceses toda su vigilancia y cuidado porque no pasase el ejército español, de quien se temían que habían de correr fortuna, iba la caballería lorenesa al recurso de su alojamiento y á refrescarse; erró el cuartel y dió en un villoje cerca de la ribera de la Soma, y en aquella parte que se divide en dos ó en tres ramos; esguazó el primero, y creyendo lo sería más fácil el segundo, siendo la corriente más brava y más entendida, porque el otro le habían visto vadear de los enemigos y rebicar por él todo el ganado que repastaba en sus rías, pareciéndoles á los Capitanes este tránsito de conveniencia para pasar á la otra parte, dar cuidado á los franceses, al ejército y á los pueblos más importantes de aquel paraje, dieron cuenta de esto al príncipe Tomás, quien para reconocer estos pasos y entenderlos, envió á D. Estéban Gamarra: hizo lo,

y no pareciéndole á propósito, pasó á reconocer uno más adelante, y hallándole más á su gusto volvió á dar la noticia que le pareció más conveniente y que no era acortado llamar al enemigo, por cuanto habia de ser muy debatido, siendo el designio estar de la otra parte ántes que lo entendiese; pero viendo que la caballería de Lorena y alguna infantería se iba acercando, y con dos piezas de artillería procuraba hacer tránsito, el conde de Sausson hizo retirar parte de su gente que habia mandado encaminar hácia aquel puesto, y en susuyos reforzó los cuerpos de guardia, así de infantería como de caballería, que estaban en frente del que reconoció Gamarra; y queriendo éste todavía tentar el paso, previnió lo necesario para echar seis puentes. Eran ya los 3 de Agosto. Y, sin embargo, ántes de avanzarse al intento, que sin duda ninguna era tan árduo como dificultoso, tornó Gamarra á reconocerle de nuevo y á descubrir los caminos más á propósito por donde habia de ir la gente y la artillería, sin ser descubierta del enemigo, y al principio de la noche empezó á encaminar parte del ejército, si no es aquel que quedaba en algunos puestos y guarniciones, de lo ganado, y quedó el Sargento mayor de batalla, Vee, con alguna infantería y caballería y el bagaje, es Bray, para destumbrar al enemigo y que no alcanzase á entender marchaba nuestra gente á diferentes intentos. Desayúd mucho la noche á la marcha de algunos cabos; perdióse en la demasiada oscuridad D. Baltasar Mercader, Sargento mayor de D. Francisco Zapata, con 500 infantes de aquel tercio, y otros pertrechos y máquinas militares sobre que se habia de fabricar su puente, y fuéles de grande contrariedad la espesura de un bosque, que les ocasionó llegar de día, y quedar inútil la facción: de todas maneras, el príncipe Tomás resolvió por all el paso de la Soma, ó hizo poner toda la artillería en baterías algunos puestos eminentes, para con esta defensa poder echar las puentes: quiso divertir el intento la multitud de un villano amparado de un bosquecillo, tocando arma á todas horas, y acudiendo nuestra gente, que los puso en la fuga, cesó; pero el conde de Sausson conservaba la ribera guarnecida de cuerpos

guardia y de escuadrones de franceses, y habiéndose tirado de una ribera á otra, descubrióse una isla ó dos en medio, como lo refiere la relación á quien seguimos, mandada escribir, y de las mejores que se enviaron de la Picardía por los hombres más atentos á la Secretaría de Estado, y á la correspondencia arcano del Príncipe y del Mayor Ministro en lo tocante á estas materias, si bien despues publicada por un ingenio lego, aunque presumido de agudo y de noticia, por versado en lección de la Historia; con que me parece, si no hay otra mejor y más diligente, que no faltaremos á la verdad, porque además de esto, mucha parte de lo que refiere, se ha cojeado de las mismas cartas francesas; y pues ellos lo dijeron cuando ardian en mayor emulación de las proezas y hazañas de nuestros españoles, con seguridad y sin reprehension podemos llevar las volas al fin de nuestro intento. Acabóse pues, y sin embargo de la valiente resistencia de los franceses, el primer puente, con que se calaron los españoles á la isla para dar más aliento á que se echase el segundo, que habia de ser más ancho que el primero, y no habiendo todas las barcas necesarias, tardó más de lo que convenia. Viéndose el enemigo tan desesperado de poder resistir, y que nuestra gente tenia ya paso, ocupaba el río y se lo iba tomando, reforzó la gente con más golpe de caballería y de infantería, y de este otro lado ocupó el bosque con el regimiento del Piamonte, en quien el conde de Sausson tenia alguna confianza de divertir y embarazarlos. Una de las más principales materias de vanidad en el Cardenal valido, era que su Rey, á imitación ó en óposito de los ejércitos de la Magestad Católica, pudiera tambien alistar italianos y alemanes, ora sea por maña, confederacion ó tiranía (influencia de estos tiempos), para captar la benevolencia de su Príncipe y del pueblo menudo, á quien teme más que á la potencia de los Príncipes de la sangre. Bien se ve que esto es más artificio que poder, porque ¿qué gente de consideracion se podia levantar en el Piamonte que no la hubiese menester el duque de Saboya, cuando le precipitaba en su seguridad contra fe y los beneficios recibidos de España, sin temer aún

al apoyo de Francia, que las armas del Rey eran bastante á debelarle y que lo dejaban de hacer, como otras veces le habían disimulado, por no más que la costumbre generosa de clemencia continua en la casa de Austria? De alemanes habríalo habian procurado. Y pugnado con los desertores, relevándoles primero para alistarlos despues, usurpando la potestad de nuestros Príncipes para revestirse de ella; y así andaban, y robando, ya comprando las plazas del confín, y no sólo las hereditarias y legítimas del Estado secular, más del celestial. Todo esto, como digo, para envanecer la plebe, que los honores grandes ya le conocian y no esperaban de su cabeza, de su caudal, ni de su desvelo ninguna empresa maravillosa sólo por el valor, sino por el engaño en que se ocupaba la mayor parte de su ingenio; como en la rota de Tomás fingir una procesion en París y sacar en ella un número moderado de banderas, supuestas las más, afectando que nos las habian tomado. ¿Qué dijeras si en otra ocasion como ésta, y en estas mismas campañas, de una faccion sola conseguida el año de 557, á 40 de Agosto, á la vista de San Quintín, despues de roto y desbaratado el ejército, preso el Condestable de Francia, su general, y otros muchos Monseurcs y Capitanes de cuenta, y más de dos mil personas de rescate, y otros 4.000 de gente comun, sin 6.000 que quedaron tendidos en el campo, 300 carros de pillaje y 20 cañones de batir y de campaña, se sacaran en público teatro, de una batalla sola, 72 banderas tomadas á los tuyos y á los Alléres á verdaderas y fortísimas puñaladas? ¿Qué, si se pusieran á los ojos las sin número y cuento del reino de Nápoles, en tantas y tan diferentes ocasiones, todas de afrenta y de oprobio patrio? ¿Qué, de Lombardía, Navarra y ambas Germanias, que permitió Dios, para castigarles el dictámen de favorecer herejes en las eras pasadas y presentes, y favorecer á la nacion española por no haberse mantenido en este ciego? ¿Qué la del Océano en las islas Terceras y otro diversos rumbos, y otras que remito á los historiadores naturales y forasteros? ¿Qué tienes tú sino las connoçiones y levantamicentos que te

hemos puesto en las manos y las que dirá el tiempo en que hemos caido?

Pugnaba nuestra gente, como dije, por cechar puentes en la Soma para vencer con ejemplo y fortuna sus dificultades y embarazos, y pasar á los otros pueblos de la Francia, y hasta los burgos de Paris, y debatiendo en los puestos referidos de una parte y otra, en un mismo peso y coraje nuestra nacion y las que militan con ella y la suya, se trabó una valiente escaramuza, obligando los españoles á los franceses á desamparar el bosque, maltratados, sin embargo, de la artillería. Alabó mucho el príncipe Tomás el encendido teson de los españoles; acabóse el segundo puente, y corrieron con valor y denuedo á la fabrica de una media luna, y abriendo trincheas en la propia margen, por hallarse faltos de fagina y tepes, tornó el enemigo á ocupar el bosque: enfurecidos ambos, y con espíritu infatigable en continuas y varias escaramuzas, en que le fué forzoso al enemigo retirarse al cuerpo de su ejército fortificado en una colina, quedó el regimiento del Piamonte roto y deshecho, pasando de 600 los muertos, sin los heridos, que fueron muchos, y entre ellos los Oficiales y hombres de importancia: perdimos un Capitan, 40 soldados, y salieron muy pocos heridos. Fué este reencuentro á 4 de Agosto, dia del gran Patriarca Santo Domingo; señaláronse en esta refriega 40 mosqueteros españoles, que metidos en una barca hicieron lamentable estrago en los franceses, bien así como en los tiempos pasados en Albis, con los rebeldes de Alemania, cuando fueron doblados por el emperador Carlos V, 40 españoles, pasada la ribera con mortal asombro de los franceses, del General, Cabos y Monseurcs, degollaron la caballería y la infantería que se les puso delante, con que el ejército se encenoreó de la campaña de la otra parte de la Soma, y el ejército francés se puso en confusion; entraron los de él en las plazas, burgos, casas y alquerías, derribaron en Francia, y en aquel paso las más de las casetas hasta Sanelés, y entró Paris en notable confusion y alboroto, y el Rey y el Cardenal valido se estremecieron, y aún dicen que patcaban sobre el caso, y estuvieron para fracasar



en el ánimo de otro tanto accidente como éste. Refieren nuestros cronistas de las cosas de Francia, que viendo Enrique II tomada la villa de San Quintin, preso su Almirante y á 21 leguas de París el ejército real, quedó tan atónito y turbado todos sus sentidos, que se vino á pique de peligrar en el juicio, y áun creyó que el rey D. Felipe II, que iba en persona en aquella guerra, le ganara el reino; tomando después y abrazando la paz por redimirse de nuestras armas (asucediera ahora). Desembarazando el paso de los franceses, pasó nuestra infantería y parte de la caballería; pero teniendo noticia que el conde de Suason, el mariscal de Brese y el duque de Chauré, gobernador de la Picardía, se encaminaban con su ejército á Borgoña, ordenó el conde Oclavio Picolomini que pasasen 6.000 caballos y alguna infantería española, á cargo del comisario general D. Juan de Vivero; y habiendo marchado con resolución alcanzó Juan de Berte la retaguardia de los franceses al paso de la ribera del Oise cerca de Hoyon, embistiólos y rompió cuatro compañías de caballos y alguna infantería; tomó número considerable de prisioneros, y si alguna parte de la caballería de Juan de Berte no hubieran fallado al orden de Picolomini, concluyeran aquel día enteramente, y sin linaje de duda, con las fuerzas de los nuestros. Esta rota, y el aliento que se reconoció en los nuestros hizo entrar en confusión y desorden á los franceses y á sus cabezas, y retirarse á Roic; envió Picolomini un trompeta á decir que le rindiesen la villa, y como era preciso no exponerse, tomar otra derrota y dejar aquella: hallábase los de dentro con 4.000 burgueses, todos á punto de pelear, 50 infantes del regimiento y guarda del Rey, y tres cañones, y viéndose, no obstante, apretados y con tanta gente, y la villa mal murada, sin embargo, se pusieron debajo del yugo y las coyundas de los vencedores y á las leyes que les quisieron poner: con estas pérdidas y rotas todo lo demás del ejército enemigo, que ya estaba muy menoscabado, se fué retirando á Compiegne, dejando en las plazas que están sobre la Soma golpe de infantería. No

le pareció al príncipo Tomás que tenia puente de consideración sobre el río, y no ajustándose con el que les habia dado el tránsito, ni pareciendo Bray á propósito para mantener allí la guerra, resolvió de tentar á Corbic, distante seis leguas de Bapama, ya capaz para alojar mucha gente; y ántes de ponerla en asedio, envió á D. Antonio Sarmiento de Acuña á dar cuenta al infante D. Fernando de esta resolución. Aprobóla su Alteza, y mandóse reconocer á los ingenieros y á otros Oficiales de reputación; hicieronlo, y si bien se hallaron algunas dificultades y fortaleza en su circunferencia y puesto, y algunas fortificaciones, dijeron se podia acometer: encargóse el hecho á los alemanes, dióse por caudillo al Sargento mayor de batalla Vec, y mandósele retirar de Bray para dar más comodidad á los viveres y dejarles el paso desembarazado; cmbióse á Ancre, situada á la mitad del camino de Bapama y Corbic, y con el orden referido la tomó: estaban dentro 400 infantes y 30 caballos que se rindieron á discreción. Tomáronse los puestos sobre Corbic, y siendo ya los 7 de Agosto, salió un italiano de la villa, á quien habian hecho servir por fuerza, y habiendo podido salir con secreto, refirió al Vec que habia dentro 2.000 hombres; y llegadas las demas naciones, comenzaron á abrir trincheas por tres partes como imperiales, Liga caótica y loreneses; pero viendo lo poco que avanzaban estos últimos por ser pocos, sin embargo de enviarles cada dia de refresco 300 hombres de todas naciones para caminar al fin pretendido, y por si los de dentro quisieren hacer salida, fué forzoso fiar de los dos tercios españoles aquel ataque, y dieron orden á D. Andrea Cantelmo y al conde de Villarbal, que con sus tercios se acuartelasen en el burgo para impedir el socorro que podia venir de Amiens, y se acercasen lo más que pudiesen para darse la mano con los alemanes, y al conde de Ostrat, que con su regimiento se fortificase junto al puente, que se hizo para la otra parte de la villa, para oponerse al mismo socorro de franceses si viniese á dar ayuda á los sitiados y á meterse dentro con ellos. Apretados, pues, los de Corbic y rodeados de nuestras armas, pareciéndoles trabajo vano

querer ponerse en la defensa, y contender con naciones en la virtud del valor y en las demas partes militares maravillosas. llamaron para rendirse, y un miércoles á prima noche, á 15 de Agosto, salieron dos franceses á proponer los capítulos y las condiciones al príncipe Tomás, y volvieron al amanecer, concediéndoles los ordinarios, y de allí volvieron á salir cuatro personas, de las más señaladas de la villa y de mayor puesto en la milicia, con estos tratados y concertos de su parte:

«Yo el infrascrito Sr. Doyose Court, Teniente del Rey cristianísimo en la provincia de la Picardía, Capitan de 400 hombres de ordenanza y Maestro de campo general de su ejército: Ofrezco de entregar á S. A. el señor príncipe de Carignano, Gobernador general de las armas de S. M. C., la villa de Corbic, el sábado á las ocho horas de la mañana, saliendo como hombre de guerra, en caso que no sea socorrido en este tiempo y que no vongan fuerzas bastantes para este efecto; y para la seguridad de mi palabra, envío dos personas en rehenes fecho en Corbic á 4 de Agosto de 1636, y firmado.» Y no siendo socorrida la plaza, y llegada la hora prescrita en el asiento referido, salieron con estas condiciones y acuerdos.

«Que todos los soldados puedan salir tocando cajas, cañones, mecha encendida y bala en boca, banderas desplegadas, armas y bagaje; que se les dará la escolta necesaria para que los vayan convoyando hasta Compiègne sin que á los oficiales y soldados de la guarnicion se les haya de poner ningun impedimento.

«Que para llevar los enfermos, heridos y bagajes, se les entregarán las carros que fueren menester, con condicion que no bayan de pasar de Mondier.

«Que los señores Doyose Court, Teniente de la provincia de Picardía, y Malli, Gobernador de la dicha plaza, puedan tambien retirarse adonde quisieren; y en cuanto al trigo que tienen, se les conceda un mes de término para que lo vendan á quien quisieren, dejando en sus casas personas que cuiden de esto sin embarazo.

«Que los burgeses que quisiesen quedar en la villa, po-

drán estarse quedos con todo género de libertad, y gozar de sus bienes como ántes, sin que se les dé ninguna pesadumbre; y á los que quisieren retirarse con sus haciendas, se les dará pasaporte, con la misma autoridad que puedan destacarse de sus granos como los señores Teniente y Sargento mayor.

«Que todos los religiosos y monjas de Corbic, frailes y otras personas eclesiásticas, gocen de sus bienes y rentas, continuando libremente en sus ejercicios como ántes, sin que se les ponga ningun género de estorbo, y en caso que gusten de retirarse se les dará pasaporte.»

Rendida la villa de Corbic á 15 de Agosto, día del Tránsito de la Virgen, cayó grande turbacion sobre los franceses y la confianza del corazon, y en esta forma lo sintieron en París. El Rey juntó los Estados del reino, pidiéndoles soldados, armas y dineros para acudir á la necesidad pública y defensa de la tierra. No se dejaron de reconocer en esta ocasion, los inconvenientes que se suelen considerar por las muchas tallas, pabelas y subsidios que pagan, cargados sobre los vasallos, y por qué la condicion de los franceses y su inquietismo natural lleva más duramente esto que las otras naciones; pero la sabieza hubo de extender el cuello á la potestad y á la tiranía del desercor. La gente menuda blasfemaba del Cardenal valido, por estas iniquidades y desdichas en que los habia puesto, por estas tramas, invasiones y calamidades que ya veian dentro de su tierra; pero cuanto quiera que aquel ánimo feroz no acababa de satisfacerse de la sangre humana, derramada por tantas naciones en diversos ángulos de la Europa, no obstante el miedo que de estos hechos le estaba ya apoderado del corazon, le combatia el orgullo y el ánimo, y cuantos cuidados causaba en los Estados de los Príncipes, y cuantas inquietudes tantas horas le quitaban del sueño, atormentado de diversas imaginaciones y recelos, y de los mismos cuchillados, conjurados de la Francia y de sus ejemplos: por esto se hizo doblar las guardas, y reclamar bisonamente á las fuerzas mecánicas de París, alistando los sastres, los zapateros y los otros oficiales de los gremios más bajos; rotos los puentes y

abierto el paso de la Soma, para correr con más desembara la caballería y la infantería, cada día los esperaban á sus puertas, donde se fortificaban y se temían de algun fuego repentino y arrojadizo. Culpaban la flojedad del gobernador de Corbié, diciendo podía haberse detenido más tiempo, esperando el socorro, que ya marchaba; siendo así que aún no tenían para defenderse, cuanto y más para ofender, porque los más de los franceses desapareaban las plazas, los villajes y las banderas, del miedo que habían cobrado á nuestra gente y por vías y sendas incógnitas y estrechas, no usadas y reconocidas de la industria humana, partían á salvarse á parte mas segura. Metióse guarnición suficiente en Corbié, y el ejército católico discurrió á tentar otros efectos. Refieren las relaciones de los mismos franceses, que adelantándose cinco mosqueteros españoles á escaramuzar con los franceses, que adelantándose digo, salieron de entre ellos y se alargaron á sus tropas cinco gentiles hombres, con solas las espadas: los españoles, viéndolos salir sin otra arma á ser embesidos, queriendo esperarlos igualmente, porque el trance fuese sin agravio y más glorioso, arrojaron los mosquetes y sacaron la soga cerraron con ellos, mataron dos á estocadas, prendieron uno á hábito de san Juan, y los otros dos se retiraron vergonzosamente: á vista de ambos ejércitos fueron premiados del Infante, que avisado de todo lo sucedido alababa á los alemanes á los italianos de cómo trabajaban y servían. Sin embargo proceder en todos, particularmente el respeto y la reverencia que se tenía á los templos y á todas las cosas sagradas, como había mandado el Rey en sus órdenes y cartas, y así lo observaban todas las cabezas, halló el conde Pícolomini despojar de una iglesia á sus soldados; mató por su propia persona á los de ellos, castigó otros con penas capitales y escarmentó á los demas, para que de allí adelante no cometiesen tales sacrilegios y no escandalizasen los mejores y más fieles del ejército. Este suceso llegó á las orejas piadosas del Infante, y el estado miserable que tenía el culto Divino en las iglesias de aquella frontera, como sembrada de hugonotes; supo que muchos de la

calices eran de plomo, y sin embargo de que no se podía todo lo que se descaba con la codicia de los soldados, que creyendo que eran de plata habían robado muchos, mandó S. A., aun que eran de tan baja materia, restituirlos de su legítimo metal y de plata. ¡Qué poco hicieran esto los franceses, y qué poco horror les hiciera el delito, y qué fuera de enmendarle!

iban procediendo, pues, nuestras armas, como les era posible, por todo aquel Estado. Persistía el Francés le concediesen los Parliamentos del reino 20.000 hombres, pagados por tres meses; fuéronle concedidos, no sin graves lamentos del pueblo, arguyendo injurias al Valido, como es de ordinario; y venían á nuestro ejército las más de las ciudades y las otras villas y distritos de suprema jurisdicción por salvaguardias, y para asegurarse del fuego y del azote que venía sobre ellos. Corrió Pícolomini y Juan de Berte con la caballería hasta las puertas de París, poniendo á sus moradores en gran quebranto, comenzando, robando y quemando; maldiciendo el suceso, por verse rodeados de armas, de fatigas y calamidades, por el aborrecimiento notable que tenían al Cardenal gobernador, factor, por su capricho, de estas miserias y de las demas que se esportaban. Mandóse por bando público en París, que ninguna casa estuviese abierta de las nueve de la noche en adelante, y temidos de los incendiarios cerraban las lumbrosas, las puertas y las ventanas, porque no se causase el fuego en parte que pudiese aquella corte en gran conflicto. La confusión y congoja en todos era grande, así del Rey como del Valido, de todos los Ministros, del Parlamento, de los Señores, Barones y ciudadanos; alistábase los hombres de los oficios más bajos de aquella corte para hacer rostro á la invasión de nuestras armas; y á la aflicción que el Rey mostraba de este suceso y de la pérdida y falta de sus plazas y provincia, consolábale el Richelieu, desatrocándose y metiendo la mano en el seno, diciéndole que no se congojase, que allí tenía la paz; dándole á entender que cuando se cansase de las armas tenía en la mano y en la voluntad hacer la paz con España. Nosotros la codiciábamos de esa manera, y hacíamos tantas instancias por ella, que ellos, vanos

y ensobrecidos de nuestra humildad, necesidad y sumisión nos la hacían desear y nos fatigaban con la esperanza, y ó falso, por engañar á los que la trataban; pero cuanto quien que ellos mismos se hallaban apretados de necesidad, se mantenían en la obstinacion y sufrimiento de la guerra, no se por reconocer nuestra flaqueza y falta de consejo, y solicitar, así en Italia como en Flandes y en Alemania, nuestro principió.

Hacia Juan de Berte con los croatas notables estragos en los contornos de París, obligando al Rey á retirarse del Bosque de Madrid, donde, afirmaban algunos, estuvo arriesgada su persona. Esta recreacion fondó Francisco I, rey de Francia cuando salió de la prision y de los Alcázares de nuestra corte, creyendo poder con sus armas, volviendo á contender con el emperador Carlos V, pelear con él y prenderlo y ponerle en aquella prision, porque se dijese del César en el mundo lo que se dijo de él, que tanto lo estimuló el corazon que estaba preso en Madrid; pero este desseo, prosiguiendo las mismas guerras le hubo de poner otra vez en miserable esclavitud, en las mismas fronteras que ahora combatimos, por quanto tenía muy irritado al Emperador el haberle faltado en la palabra, porque entrando por Flandes Francisco con un poderoso ejército, saliendo Carlos al encuentro, y haciéndole reparar la guta en Bruselas, y pasando el ejército adelante, no osó esperar el rey de Francia; y encerrándose en una fortaleza de sus fronteras la primera que se le ofreció á la fuga, estuvo muy á pique de ser preso si no pusiera la libertad de su persona en los pies de un caballo: de que se quejó mucho el Emperador aquel dia al general que gobernaba el campo, como se verá en la Histon de fray Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona: «por no haber peleado con él y puesto en diligencia prendet vos me habeis quitado á mi enemigo otra vez de las manos. Apretada, pues, la Francia y puesta en este estado, el Rey y sus Ministros llamaban á toda prisa los Capitanes y soldados del Reino, donde por ahora pondremos alguna suspension, por venir á otras materias y las accesorias del Gobierno.

El duque Medina de las Torres llegó á Nápoles, trató de sus cosas y efectuólas debajo del pretexto de virey de Nápoles; mas el conde de Monte-Rey, por no poner intermision en él, como que desembarazaba el Palacio y sacaba su ropa para embarcarse; pero en el entretanto tenía ya negociado un año más de Virey, porque allegó tenía entre manos un donativo y quería que fuese el servicio suyo. Fué á visitar al conde de Monte-Rey en coche de seis caballos, preeminencia solamente concedida á aquella dignidad, y otro dia el Monte-Rey le escribió un papel, dándole las gracias por la visita, mas advirtiéndole que no habia sido accion acertada ir con seis caballos en la carroza, porque aquello sólo tocaba á los vireyes de Nápoles, que él aún no lo era, y que le hacia mala obra, porque viéndole con aquella esperanza, la ciudad acudia á él ayudándole, con que le embarazaba un donativo que tenía muy adelante, y que S. M. quería fuese servicio suyo. Con esto el duque de Medina cobó de ver le dilataban la promesa, y la princesa de Astillano, que no habian querido más que casarla y meter en su casa un español; con que todos se quejaron muy crudamente en cartas á Madrid. Los suegros validos hicieron sentimiento de las razones que se dejó decir, y más cosa de la echada que de la suspension del Virreinato: con que sabios, Monte-Rey y él entraron en ódio mortal, y casi estuvieron para chocar, cosa muy fuera de lo que há menester aquel Reino; mas al cabo se le cumplió la merced, y sucedió en ella como á miembro de Valido. Despidieron las Cortes de Castilla, para con más desembarazo introducir en el Reino nuevos linajes de tributos, por sola la autoridad del Poderoso: habian deseado el derecho de las Cortes para introducir en el reino nuevos linajes, digo los más desollados que por su temeridad hera muy posible negarlos, y contradecirlos los de mejor celo al bien público, como nos lo dirá en su lugar el papel sellado; y decia el Gobernador á los Procuradores de las Cortes, se habian consumido por no haber abrazado á ojos cerrados quanto se les proponia, y un socorro que les daba cada mes para sustentarse en la corte, por no estar á mano el de sus

haciendas; y fuera de ellas les propuso, que lo volviesen por género de venganza á los que se habían portado con entereza en la corrupción de los pedidos; cosa bien civil para las mercedes que les solicitaron los otros privados, y con cuanto amor y cortesía los trataron por ser Ministros de un Reino que tanto ha amado y servido á su Príncipe. Pidiéronse á la villa de Madrid 400.000 escudos para las letras de los soldados, que ya ésta estaba oprimida como las demas y á cada movimiento de fiestas ó antojo, corrían por su cuenta y por la de los vecinos las tramoyas, tablados, vallas y todos los demas ruidos con que las sisas de los mantenimientos eran sin limitación y sin humanidad y los trapnadores los hacían de mala calidad, y contaminaban la salud; y cuando los reprendían de esto, decían no poder más por las muchas cargas que les hacían pagar, como alcabalas y subsidios; durmiendo la justicia en esto y queriendo más aína que pagasen, que la virtud del remedio y el aliento de los pobres, por la ambición de cuatro regidorcillos y un secretario de Ayuntamiento, favorecidos y dichosos contra los buenos usos de la conciencia. Dieron muestras de querer salir en campaña los holandeses, é hizo pasar el marqués de Miravel á Flandes por Mayordomo mayor de S. A. (quién dice que llevó letras de un millon para proseguir la guerra de la Picardía), y el marqués de Fuentes, de casa de Guzman, con 4.000 españoles; el conde de Oñate, á mozo, á la embajada de Inglaterra, y D. Felipe de Silva por General de la caballería del Estado de Milán con 4.500 españoles.

Al principio de Junio de este año estaba Enrique de Borbon, príncipe de Condé, esposo de Margarita de Memoria el que abrigamos con nuestros ejércitos en Flandes los años pasados, y alimentamos á nuestras expensas, y nos expusimos á grandes movimientos y alteraciones, no sólo en aquellos Estados, pero en los de Italia, por su defensa, la de su esposa y honra (cuyo suceso dejamos referido en su lugar y en su era, que éste es el fruto que se saca cuando los beneficios se

hechos á franceses); estaba, como dije, por aquellos dias, con la influencia que reinaba de dañar, con órden del rey de Francia y del Valido, armado en el ducado de Borgoña, de que era Gobernador, con razonable número de infantería y caballería y otros petrechos. La gente del Condado y sus Gobernadores estaban no sin gravísimo cuidado de aquel movimiento, porque les parecia no habia donde poder hazer entrada, ni encauzar sus tropas si no es en aquel Estado, por ser el más conyento á sus pensamientos y ser patrimonio esclarecidísimo del Rey Católico, contra quien se enderezaban todas las iras y rumores de la Francia, á título de deshacer y desmembrar su Monarquía y pasarla á su dominio y Corona (sed y codicia que los estimula y abraza el corazon), como lo habia ofrecido y asegurado el privado; asunto por donde se mantenía en la priranza. Estaban, pues, los vecinos cuidadosos, y sus Parlamentares, Magistrados y Gobernadores y el arzobispo de Besauzon; sin embargo, hicieron sus refuerzos, reparos y defensas en las plazas mayores y menores, y se resolvieron á defenderse; puntaron la gente que pudieren, la hicieron tomar las armas, y á animaron, cosa digna de maravillar y de mayor gloria, sin duda, para aquella nación fidelísima en todos franceses y en todos accecimientos, cuando los auxilios de Flandes, que son de los que pendien, y socorros del Rey Católico estaban enbarazados y léjos de poderlo hacer, por tener el mayor servicio de sus fuerzas en la invasion de la Galla por la Picardía: no dejando de discurrir los más avisados en la milicia que el Richelieu, por meter en diversion aquellas armas que estaban en su tierra, habia intentado la del condado de Borgoña, y tambien por expugnar sus plazas y acabar de enseñorearse de aquel Estado, como años há lo habian hecho del Ducado, metido en el corazon de la Francia, cerca de la Lorena y no léjos de la Saboya, prevenido este accidente para los intentos de ambos Duques y quitar aquel paso á nuestros designios. Estaban desconfiados, pero no sin aliento los borgoñones, de que no les podria ayudar el Rey Católico, por estar tambien sus armas en Italia atendiendo al Estado de Milán, contra franceses, sabo-

yanos y piemonteses, y contra la chusma parmesana, que todos estos le infestaban y lo querían asolar, como lo referimos en los capítulos pasados; y resolvieron de preguntar al príncipe de Condé, por la neutralidad contraída entre todos, para dónde disponía y aprestaba tantas armas. Engañólos el Príncipe y asegurólos; pero en otras instancias les respondió, no era su intento otro que conducirlos y encaminarlos á la protección del rey de Francia y hacerlos sus amigos. Los borgoñones, que reconocieron no era sino querer hacerlos vasallos, sacudieron de sí y de sus corazones la respuesta, y se dieron con todo por todas vías á defenderse del tirano; y para mayor integridad de la justicia, ó darle entera satisfacción, decían haber violado nunca la religión de la neutralidad, establecido y jurada entre ambos, ni dado ocasion á otro resentimiento. Pero el príncipe de Condé, usando de sus persuasiones, y sin darle orejas ni dejarse llevar de la justificación, á un mismo tiempo echaba mano á las armas, término en que en esta era han sido pesadísimo como artificiosos los franceses, y ántes de esperar otra respuesta de los borgoñones, desde el campo de Auson, entró en el Condado, desolando con sus tropas los lugares abiertos, metiéndolos al saco y al fuego, y encaminándose hácia la corte del Condado, cercada de murallas, fosos y torreones; comenzaba á abrir trincheas y ponerla muchas y muy gruesas piezas de artillería á la redonda y otras máquinas de expugnar y de defenderse. Cerráronse cuanto pudieron los borgoñones, repararon sus murallas, pusieron la artillería en los asientos más convenientes y trataron con todo ardor y confianza de su defensa. Era el tirarse por ambas partes y por muchos días espantoso, sin permitirse un punto de descanso á ninguno; hicieron algunas salidas en que no perdieron honra los borgoñones, ántes ganaron crédito con los franceses, y si bien perdieron alguna gente, fué dañando en ellos; y en una mañana señalada les deshicieron las galerías, matando muchos de ellas, derribáronles la torre de la iglesia mayor con la artillería, obra maravillosa en arte y hermosura, semejante á la de Amboises; reparóla el pueblo y le dispuso un torreón fortísimo

desde donde se hacia daño notable en los franceses; fué demás de esto asallada de una poderosa tempestad que la cedió por tres verones; ántes corrieron á reparar el daño. Apretaba el príncipe de Condé la plaza con baterías y asaltos, cuya porfía los hizo juntar, y se juramentaron allá dentro ellos mismos con estas palabras: «que primero morirían unos sobre otros, sin quedar hombre vivo, que sufrir que los dominase otro Príncipe que el Rey de España, su señor natural.» y hay quien dice que tomaron las llaves de la villa y las cerraron dentro de la custodia del Santísimo Sacramento, resueltos á no hablarlas de allí, sino á observar el juramento sin remision alguna. Hazáña sin duda no escrita ni oída de otra gente; pero aquella memorable nacion, no contenta de lo hecho, para hacerle saber de su fortísima constancia y ánimo al príncipe de Condé, no ménos que de su incansable lealtad, porque no se fiase en sus armas ni en la fatiga de la expugnacion, le escribieron este papel:

«Habemos muy bien considerado que, ántes que V. E. tuviese paciencia de esperar la respuesta de la que nos escribió del campo de Auson, habia entrado con mano armada en este país, donde sus tropas embestian y apretaban las plazas que hallaban de menor resistencia (tanto era su deseo de enseñarnos por el Rey cristianísimo esta provincia); y ahora que le vemos á nuestras puertas, que hacen frente á su armada, y que de los prisioneros de guerra que tenemos habemos entendido la forma y designio con el cual venia la vuelta de este país, nosotros pensamos, ántes resolvernoss á defenderla valerosamente que á entrar en conferencia alguna, principalmente cuando reconocemos del proceder de V. E. y de la declaracion que ha hecho hacer y nos ha enviado, que es no llevar intento de comunicarnos otros pactos más que la protección del Rey cristianísimo: la cual no queremos, ni podemos aceptar cuando tenemos una legítima, pia y poderosa del Rey, nuestro señor, Príncipe natural y soberano señor, del cual jamás desistiremos, y firmaremos la confirmacion de ella cuando

fuese necesario con nuestra misma sangre; doliéndonos más mil veces de su pérdida que de las nuestras vidas y bienes: no podamos persuadirnos de que en esta provincia haya persona alguna tan fuera de esperanza y honra, que espontáneamente se arrime á las armas de nuestro Rey y libertad. Y cuanto á lo que gusta V. E. de avisarnos, que en caso que atendamos á sus proposiciones, las calamidades y trabajos que nos amenaza serán infalibles, tendrá por bien (si le parece) decirle que no tememos otros que ser apartados del suyo y justo dominio del gran Monarca, nuestro señor, en el cual, como siempre, habemos vivido con suma felicidad, y así queremos morir gloriosamente, y en la justicia de nuestra causa hacer los últimos efectos que se pueden esperar de gente de honor, en reprimir á los que esto intentaren para divertirnos de una justa y loable resolución; quedando, sin embargo de esto, á aquello que nos permite el servicio de S. M. Y firma el arzobispo de Besanzon y la corte soberana del Parlamento de Dola en el Gobierno del condado de Borgoña.»

En esta manera y con este denuedo se defendían, no sólo con la espada pero con la pluma, y ostentaban su generoso espíritu los vasallos del Rey Católico en el condado de Borgoña; y en esta forma daban ejemplo á las otras naciones de fidelidad y avergonzaban á los rebeldes, descuidados en la fe de su Príncipe. Estaban con cuidado sus Ministros del sitio de Dola y de su aprieto, pero, con el aliento de su perseverancia en el defenderse, el infante D. Fernando, desde Corbie donde hacia alto para la buena administración de la guerra y toma de sus plazas en la Picardia; el gobernador de Milán marqués de Leganés, aunque apretado pero victorioso de diferentes enemigos, y los vireyes de Nápoles y Sicilia, aun que distantes, todos quisieron aspirar á su socorro y ocurrir á las necesidades de aquellos súbditos; y miraban con mucho desvelo y atención cómo y en qué forma se podría hacer. Necesaba por la parte de los franceses un punto de la expugnation, ni en defenderse los de dentro con todo cuidado y porfiada pero la vigilancia del Rey convocó luego á las fuerzas de Ale-

mania, debajo de la conducta del rey de Hungría y del conde general Matías Galaso, que no osaron esperar del todo el caracal de la Baleta ni el duque Bernardo de Beimar, ántes vivieron de algunos reencuentros con pérdida de más de 4.500 franceses. Estando aquel reino no con pocas tropas y legiones militares, escribió el rey de Hungría al infante Don Fernando, que podría ser se volvisen á ver juntos, y el Infante llegó de oírlo por ver si como fué en el Danubio sería en la Sona. Fuéronse retirando del confin de Alemania los enemigos, donde hacían opósito, y fuéronse á abrigar del príncipe de Condé, para dar más calor y reforzar el sitio y conseguir la plaza en campo desembarazado; y hacían pié y cargaban allí el pábulo, porque les parecía constituía gran triunfo su presa y la gloria de aquel año, y que era el desempeño de las otras gentes de la Picardia, y el estar expuesto á la defensa de las otras gentes y ejércitos. Pero la atención del Rey y de S. A., polos vigilantes de nuestra Europa y de su defensa contra la perversa y soleda ambición francesa, concurren luego prudencialmente á la libertad de los borgoñones, y á hacer levantar el sitio al príncipe de Condé y á todos los demás Capitanes que se le habían juntado; y entresacando alguna gente de la Picardia con alguna de Alemania, en número de 8 ó 10.000 soldados entre infantes y caballos, quién dice que eran de estos 3.000 y 2.000 los infantes, debajo del Gobierno del duque Carlos de Lorena, marchó en socorro de la plaza. Halló en Xatenojo los Capitanes imperiales que venían á juntarse con él y á las otras empresas de la Francia, que estaban diseñadas: halló al baron de Vatovila con 4.200 caballos; al baron de Lamboy, Cabo de la gente Cosárca y Sargento mayor de batalla, con otro número de caballería, y parte de los regimientos del conde Piccolomini; en que se vió claramente que obró el ingenio del Richelieu, pues obligó á sacar estas tropas de su casa y de la tierra de picardos y las metió en las del Rey Católico y en su misma defensa; pues si no fuera por este accidente obraran nuestras armas en la Francia mayores cosas. Esto es saber llevar el agua por sus verdaderos conductos. En esta forma,

pues, el duque de Lorena, siguiendo su derrota, se acuarteló; levantó fortificaciones á la frente de Dola; entraron en consecuencia el príncipe de Condé, el cardenal de la Baleta y Beimar sobre sí levantarían el sitio y se opondrían á las fuerzas que tenían delante y las que esperaban; y, finalmente, viendo que plaza se mantenía constantemente, y que los sitiadores estaban trabajados, resolvieron de levantar el sitio de Dola temiendo algun fracaso y que diesen sobre las trincheras. Pero el duque de Lorena, con la gente que tenía, atento á todos trances y á todos movimientos de los enemigos, viéndolos retirarse, no quiso que se fuesen sin pagar el hospedaje y estancia de Dola; púsose á caballo, apretó la gente y animóla, y embistió con la retaguardia, que se comenzó á desordenar de miedo y de la carga que llevaba á las espaldas; rompióse matóles mucha gente, tomóles bagaje y artillería, y aquella pieza extremadísima llamada la *Luisa*, que Luis XIII, rey de Francia se halló á su fundación y la pusieron su nombre; á quo recibieron gravísimo pesar, y el Rey lo sintió notablemente, y que su nombre y la pieza que él había fundado fuese presa y despojo del Rey Católico y de sus soldados. Debese la gloria de este hecho al duque de Lorena; y la dólense á aquellos nobles borgoñones, al Magistrado y al arzobispo de Besanzon, que quiso premiarle S. M. con un Capelo pidiéndoselo al Papa; mas la brevedad de sus dias, que siguió luego que se acabó el sitio, no dió lugar al cumplimiento de esta honrajeta debida á sus virtudes y méritos. Débese, por el consiguiente, la memoria de esta defensa al Maestro de campo Juan de Loberna, á sus fatigas y trabajos: hazaña digna de inmortalidad, de los bronceos y de las plumas más diligentes. Fué notable la alegría de los borgoñones viendo la rota y retirada de sus enemigos, que los habian tenido subpresos y sufriendo el susto dos meses y medio, como de la constancia á su fidelidad viéndola bien lograda. El duque de Lorena, dice volvíó á las murallas de Dola, ó ántes de partir á seguir á nuevo á los franceses, y sin apearse de su caballo, brindó al Parlamento, Cabos y burgeses con notable alborozo y rego-

zo. Fué la retirada de los enemigos á 4 de Agosto de este año, víspera del Tránsito de la Reina de los Angeles. Llamó el Rey de Francia, no sin congoja de la destruicion de la Picardía por las armas del Rey Católico y el mal efecto del sitio de Dola al príncipe de Condé (segun lo refieren sus Gacetas), al cardenal de la Baleta y al duque de Beimar, para que despues de haber desmantelado á Saberna, en la Alsacia, y levantádose al ejército, dejando las tierras del Rincon desembarazadas y toda la frontera de Alemania al rey de Hungría y á Galaso.

El Rey Católico, enterado de los buenos sucesos de los borgoñones y de cómo los franceses habian levantado el sitio de Dola, y de las otras empresas de la Picardía, fué públicamente á dar gracias á Dios á Nuestra Señora de Atocha, fuente de donde manan todas las buenas dichas y fortunas á las coronas de la Monarquía católica: envió á los nobles y personas de mayor lustro la insignia del Tazon de Oro, y otras honras y mercedes, y 60.000 escudos para que repartiessen entre los que habian servido. Galaso, con el ejército que habia de entrar por la Francia y ponerse cerca del de S. A. para poderse dar la mano con aquel ejército, y esto al parecer de soldados, en la provincia de Champaña, cargó el ducado de Borgoña, y se puso á sitiar á Dijon, donde está la suprema Judicatura de esta provincia (que llaman los modernos Parlamento), y está fundada junto á la ribera del rio Onsehe, de campañas vistosas y fértiles. Túcese por tradicion que la edificó el emperador Aureliano, pero Abraham Ortelio, en sus cartas, dice que es más antigua, que es ciudad, ó villa como allá quieren que lo sea, fortísima por el sitio fuerte, como por arte y por las muchas fortificaciones que se le han hecho. No sé qué podamos discurrir de esta retirada de Galaso, que á los principios la temió la Francia y creyó se habia acabado con ella, como tambien con la entrada de S. A.; pero despues, ni él consiguió la plaza ni los otros efectos que se esperaron, ántes gastó el ejército y le consumió las dilaciones; y levantándose de ella pasó á invernar al Condado, tierra que por el sitio pasado tenia muy poca necesidad



de este alojamiento: finalmente, no hizo nada cuando se esperaba mucho de su valor y de Capitan de tanta opinion, que aquí con sus remisiones la entibió mucho; y si no oyéramos que continuó al servicio del César y que ha hecho contra los sucesos memorables cosas, creyéramos diferente de lo que es y se puede pensar.

Habia salido ya por este tiempo, aunque tarde para el modo de guerrear, el príncipe de Orange con ejército y armada, y cargado á la provincia de Flandes; quien decia despues que al país de Vas, y últimamente que hacia la marcha del ejército en Getrudenberg para insidiar á Breda, presintiendo suya y de su patrimonio, y que no acababa de salir aquella pérdida de su corazon despues que se la tomó el marqués Ambrosio Spínola: tenia al opósito al conde de la Fera con opósito y ejército competente á sus designios de 10.000 hombres y 5.000 caballos, como lo habia dejado S. A. ordenado; y, finalmente, sus efectos no se dejaron ver, ni fueron sensibles, quizá por no poderlo socorrer el rey de Francia habiéndolo menester para sí, para los suyos y para su casa lo que tenia. Pero este ruido, á la verdad, no fué más de verdad, podia hacer algo en servicio de aquel Rey y divertir nuestras armas en Picardia, tomándonos ó cargando algunas de nuestras plazas; mas como vió armado y pronto al Pinedá conde de la Fera, calmó en la proteccion de los amigos, ántes se enmarañaron con diferencias en Inglaterra sobre presa de navíos hechas á los mercaderes de aquel reino, que áun no saben ser fieles á sus protectores, cuando hallan ocasion de robar y ejecutar su inclinacion. El infante D. Fernando, atento á las cosas del País-Bajo como á las de la Francia y las otras provincias que estaban á su cargo, sintiendo desconfianza en el gobernanor de Tréveris, le mudó la guarnicion que allí habia de soldados; rescatóse el conde de Salazar, que estuvo preso en París al tiempo de los embargos de los españoles así nobles como mercaderes, por 10.000 escudos, y un francés prisionero; que por tan extraños caminos y tan infames, executando ninguno, buscaban los Ministros franceses sus ganancias.

Proseguia la Dieta en Alemania para la eleccion de Rey de Romanos con tibieza y no poca desconfianza, haciendo todos sus esfuerzos el pretendiente por el cardenal Moscosú, su Embajador, hermano del Richelieu, para que no lo fuese Ferdinando III, primogénito del II, que imperaba con particular alegría de la Iglesia por su mucha fe y religion, sin embargo de que los Comisarios de Sajonia y Brandomburg se esperaban en Ratisbona por más inclinados á esta eleccion que ántes, y los eclesiásticos beneficiados por el conde de Osnabruque, como tan gran Ministro, iba dando calor y esperanza que se conseguiria la eleccion, á pesar de los artes y variaciones del ministro de la Francia para hacer allí mayores efectos. Digo, el duque Carlos de Lorena, despues de haber hecho levantar el sitio de Dola y de la rota que ya habia dado á los franceses, entró con sus tropas á dañar en el ducado de Borgoña, y de allí quiso recaer á la Bresa y á Leon de Francia, para hacer allí mayores efectos, y más sensibles en los enemigos; mas fuéle forzoso volver los pensamientos á las cosas de ambas Germanias.

Salió la armada francesa al principio de Julio de este año, que no hemos podido anticiparla por dar lugar á las otras marciales: salió de Belle-Isle, compuesta de bajetes suyos, holandeses y de Suecia, sin haber podido arrastrar los de Inglaterra, pero sin opósito en el Océano de nuestra parte, aunque se temian en sus costas. Llevábala á su cargo el obispo de Burdeos, que los Cardenales, los Arzobispos y Obispos en la Francia, como regada de la secta de hugonotes y de otras, eran adictos y militares, como tambien Ministros de Embajadas á Londres, ártaros, moscovitas, transilvanos, persas, turcos y otros; pero todo esto, como concitado contra la religion católica y contra la comun y universal paz, y contra el derecho de las gentes, su tranquilidad y sosiego, y contra los Estados legítimos y naturales de sus verdaderos Señores y Príncipes, no surtia á la intencion de los malos y á sus astucias, ántes eran sus oficios extinguidos en sus mismos principios, deshechos y desbaratados en sus fines, con estragos de gente y tesoros

gastados en esto. Iba corriendo el mar Océano, más encarecida que sus fuerzas: de las costas de Vizcaya y Galicia veía en diferentes días diferentes escuadras, discurriendo que todas eran de la armada, sin hacer distinción que muchas de aquellas por causar más terror á nuestra gente, eran de flotas de mercaderes y corsarios de Holanda que iban á las contrataciones de Levanto y á las de ambas Indias, y á doblar las guarniciones y aumentar gente en el Brasil; de que era comun voz que ya no habia quedado allí sino la bahía de Todos Santos y la ciudad del Salvador, y que esa estaba muy á pique de perderse por no haber allí defensa armada ni soldados, ni enviarnos de España ántes los que habia, decian, los habian roto y deshecho en un reencuentro; y que no venian, ni era posible, las carabelas de azúcares, en que era damnificado el Rey Católico en los derechos Reales, y en muchas sumas los mercaderes y tratantes de Lisboa y de todo el reino de Portugal, por haberse apoderado los holandeses de sus fábricas y artificios de los azúcares. Fe corriendo la armada todas nuestras costas, asistidas de bien llacas defensas. Los vizcainos y toda la nobleza de la provincia estaban dispuestos á la defensa, y si los dejaran armar sus navios no se atrevieran los franceses á pasar de San Sebastian: en la Coruña y en las costas de Galicia habia razonables fuerzas juntadas de sus naturales; y el Rey Católico, decian, temia á Lisboa, porque sin grande óposito en los castillos de Cascaes, y San Guían, tomándolos, eran escalas ó tránsito corrientes y sin defensa para pasar y saquear á Lisboa. Hubo quien dijo, que queria aquella armada las costas de España, como sucedió, sin las de Italia, en desagravio de la que llevó el marqués de Santa Cruz á las de la Proenza, á las islas de la Margarita y Santo Honorato, y que la satisfaccion habia de ser en las de Mallorca y Menorca, porque embestir á Nápoles, ánsia natural suya, era desatino, y á Sicilia disparate. Pero el intento de rey de Francia y del Richelieu, no fué revelado á ninguno, de que todos estaban en atencion y en arma, sin saber á donde habia de dar aquel rayo, previniéndose nuestras costas y la de Italia, como lo refirió alguno de sus naturales, que sus preven-

ciones se hacian á costa de sangre, aunque iban á todo y á lo que rindiese la fortuna; pero él queria á Génova, á Mónaco, á Nápoles y á Liorna: á Mónaco, para en caso que no pudiese por suya entrar en Génova con capa de amigo, tomarla por fuerza: á Liorna, para suprimir al duque de Florencia por su lealtad á las cosas de España, y porque de los Príncipes que habia conmovido en Italia, él se habia excusado no sabiendo querido ligarse con Modena, Luca y otras ciudades: y la ánsia de Liorna era, para pasar gente al reino de Nápoles, que no se lo estorbaria el Lacio ó la campaña de Roma. Dicen que cuando fabricaba esta armada escribió al Papa le entregase el puerto de Ostia, para enviar allí una armada en su servicio, y que no dió orejas á esta demanda; pero todos los que trascendian este hecho, decian no era querer socorrer la Margarita ni Santo Honorato, ni echar gente en Milán ó socorrer sus ejércitos del Piamonte, ni el Monferrat, cuando los tenia tan poderosos y cuando por el Delinudo, la Proenza y la Saboya podia enviar tanta, sino querer apoderarse de un famoso puerto en Italia para insidiarla y abrir puerta á mayores invasiones; y que éste era Génova, para enseñorearse de la república, que era una de las empresas de su codicia y desiguos, habiéndola recusado ántes maliciosamente y llamádola á la union amigablemente para despues subprenderla como otras ciudades y provincias de que dejamos hecho mención, por sacarlas del patrimonio del Rey Católico, y quitarle aquella escasa de españoles y de ejércitos para Milán, destruir los asientos del dinero para sus levatas, y de los otros Estados, que fueron los primeros motivos de la guerra del año de 26, y últimamente quitar aquel embarazo á sus pensamientos y castigar á los genoveses de que no lo avisaron, cuando la armada naval que gobernaba el marqués de Santa Cruz pasó á la Mar-grita, como se lo habian prometido. Esto era lo que para dar valor á su malicia, y darse por sentido publicaba, encubriendo á demas; queriendo tambien hacerlos locos con el rey de España, cargandoles esta calumnia para que por un lado ú otro se aumentase la discension con todos. Lo cierto y más verosímil era,

que la quería usurpar para hacerse señor de Italia, como lo habia insinuado su gran Geógrafo de las cosas del mundo y de sus términos, como lo descaba, y aspirar á Monarca e oposicion del nuestro. Decian tenia trato y secreta inteligencia en la ciudad; que habia bandos y divisiones entre nobles y plebeyos; que unos militaban por Francia y otros por España, y que este accidente le llevó á tentar fortuna y hacerse señor de aquella floridísima república y ciudad, y apoderarse de Liguria, que confina con la Proenza. Finalmente, corrió toda las costas de Portugal, donde estaba el duque de Néjera; Maqueda previniendo navios para buscar la armada; pasó Algarbe, el Cabo de San Vicente, la Andalucía y Cádiz, donde estaba el duque de Medina-Sidonia y donde se habia hecho el mayor grueso que se habia podido levantar por los continuos combates en que ha recaído aquella isla; desembarcó en Estrecho y dió fondo á la vista de Gibraltar, no más que para dar aquel sobresalto á sus naturales: pusieronse en arma, ya gente de guerra que habia allí á las murallas con las armas en las manos, y la artillería sentada, creyendo los venian á combatir, no queriendo mas que dar aquel susto (que ha sido tal nuestro Gobierno, que ya nos han llegado á despreciar, pero luégo alzaron velas y prosiguieron su viaje. El Rey Caballero y sus Ministros, cuidadosos de esto suceso, habian mandado juntar las galeras de España, de Nápoles y Sicilia, el número de 37, y envió el duque de Florencia las suyas, que hicieron número de 44: los navios de Lisboa y Cádiz, á cargo del duque de Maqueda con título de General de la armada del mar Océano, y el general D. Antonio de Oquendo con otra escuadra, previniendo los que podia el conde de Monterey en Nápoles, en número de 30 navios redondos y algunas tartanas; aprestos de que los franceses no iban muy confiados, para entre todas estas fatigas y desvelos de nuestros Ministros del modo como habian de redimir las tierras de Italia de este enemigo y de esta armada, y tanto más entonces que no se sabia su derrota ni el punto cierto adonde habia de dar, sino es lo que se habia tenido por sospechas. Ten-

esta ayuda en esto el valor del marqués de Villafranca, general de las galeras de España, y principal Cabo, á quien se encargaron todos haciéndole árbitro de la defensa; quien dijo y escribió al Rey y al primer Ministro, que supuesto que el intento de los franceses no habia de poderse ejecutar sin echar gente en tierra, y que no siendo los navios á propósito para esta facción, porque lo habian de hacer de lejos por estarse siempre navegando de la cercanía de la tierra, y haberlo de hacer en las costas, donde se habian de consumir muchas horas, que á él le era dado poderse armar con las galeras más cerca y poder mandar cualquiera desembarcacion, y aún adelantarse á echar gente aprisa gente en tierra; que echándola el primero, y ordenado si lo hiciesen y no se atreverian á desembarcar ni acomodar facción ninguna, porque los españoles y napolitanos los echarian y la artillería los haria pedazos; con que no habia que temer ni recelar, porque la armada con este designio, sin ir á ninguna, no pondria en efecto sus intentos, quedaria inútil y frustrada, y todo su trabajo y navegacion saldría vano. Pareció bien el pensamiento y diseño militar del Marqués, aprobáronle y fué alabado de todos los Ministros de Estado y guerra; y publicado por la corte del Rey, pareció á todos los señores más juicio, y así lo creyeron, y se dieron á fiar que el consejo del marqués de Villafranca libraría á Italia de la ayuda de los franceses.

Pasó la armada en el golfo de Leon trabajos de peste; de los que de los bajeles echaban cada dia muchos cuerpos muertos á la mar, con que iba muy menoscabada; y aquellos infieles y enojados perseguidores de la Europa iban probando el justo castigo del cielo sobre sus cabezas. El rey de Francia, ántes que se pasase la armada á Italia, no excusando ninguna de sus artes y estragemas, ya muy vulgares y reconocidas por los otros señores de Italia, que adonde quiera que llegase aquella armada á sus puertos, la acogiesen y diesen lo que hubiese que ofrecer, porque la habia hecho y juntado con grande cuidado

y fatiga á muy subida costa y de sus expensas para la libertad de Italia, como lo habian hecho sus pasados. De aquí y de esta prelación reconocieron todos la malicia que llevaba el caballo griego, y teniendo por experiencia lo mucho que adolecia de tirano, á cada Principe y á cada república le pareció más acertado poner en defensa y guarda sus tierras, su puerto y su ciudad; y como no vió condescender con su ruego á lo que quería, comenzó como hidrópico y frenético en otras cartas á usar de amenazas, diciendo que si no era admitida correría por su cuenta los estragos que se hiciesen y compelería en grande solevacion. Si se acordara ó hubiera leído, ya que ahora lo disimulaba, cómo han tratado á los suyos en Italia, y cómo antiguas son las ofensas que han recibido de los españoles, se campara de tan arrogante ni fanfarron; culpa de la fantástica cholla ó ceruelo de su Privado. El marqués de Villafranca, con las galeras en su seguimiento, reconoció la armada y avisó al Rey Católico que era de 65 navíos, y entre ellos 17 grandes y los demas pequeños, que llevaba 42.000 hombres, y que reconociera se le habia mudado el viento y se le habia ganado que le habian querido embestir cinco bajeles, y que mejorados el viento le dejaron, no pudiéndole seguir. Diéron los franceses vista á la Margarita y Santo Honorato, sus islas, y el gobernador D. Miguel Perez de Egea, luego que de sus fortificaciones descubrió el enemigo, puso en sus playas 600 hombres para resistir y defenderse; pero ellos iban de manera y tan abrasados de la peste, y tan menoscabada la gente por la que se les habia muerto y por los muchos enfermos que llevaban, que no se curaron de otra cosa sino de meterse en Tolon y en sus castillos y allí perdieron tiempo, rehaciéndose de gente nueva, de bajeles y otras cosas necesarias. Quién dice que allí los esperaban otros 30 bajeles y 12 galeras reforzadas y labradas de nuevo; pero no con poco susto y reparo por las muchas fuerzas que juntábanos por la mar para contrastar y cortar sus designios, y oponerse valerosamente á sus intentos.

Entre tanto que el armada francesa vuelve á salir reforzada de sus puertos y está surta en Tolon, será bien volver el dis-

curso y la pluma á las cosas del Estado de Milán, y que en vez de narrando las de aquella parte, por no salirnos de Italia, que podamos volver con diligencia á los otros sucesos de Navarra, la Picardía y el País-Bajo, no tan prósporo, aunque lo fueron sus principios, como quisieramos. Pero bástanos poder escribir, que debelamos dos ejércitos con el Estado de Milán, con que ganamos sus cabezas y caudillos, y dejamos inútil una armada que tanto cuidado dió á nuestro Principe y á sus afectos, trayendo los émulos de su potencia que le habian de hacer fracasar; pero fué y salió vana su malicia, porque Dios y nuestros Capitanes les hicieron caer las armas de las manos, y les robó el brio y la codicia el corazon. El marqués de Leganés, habiéndole dejado echando los enemigos del Estado de Milán, con el Gregui y sus franceses, y el duque de Saboya buscando en toda diligencia el abrigo de sus pueblos en el Piamonte, trayendo las espaldas al ímpetu de nuestros soldados; no contento el Marqués general con esto, sino que á manos llenas se queria satisfacer del atrevimiento de los condeñados, fué en su seguimiento, hizo algunos estragos en aquella frontera, y ordenó á D. Martin de Aragon, general de la artillería, que con 3.000 infantes y alguna caballería recobrase el castillo de Fontanec, adonde el enemigo habia dejado 400 hombres de guarnicion. Ejecutólo; atacó la plaza, desembrozó el foso y se dejó á rendirse á los que la defendian; salió aquella gente, y con este desembarazo marchó el Marqués con el grueso del ejército hácia Novara; hizo descansar la gente y refrescóla dos dias en los burgos de San Jorge, cerca de Mortara, y volvió á ordenar á D. Martin de Aragon que entrase en el Placentino con 3.000 infantes y 4.500 caballos, para impedir al duque de Parma el designio con que caminaba, de tener abierto el paso para recibir los auxilios y socorros de Francia. ¡Miserable cosa cuando se llega á este estado, y lo más desesperado de todo, abandonados los consejos de la conservacion, exponiéndose escatadamente á las desolaciones y pérdidas de sus mismos pueblos, pocos y sin fuerzas, y del sosiego de la quietud en que

consiste la felicidad de los aumentos, por un mal cimiento; ofrecimiento francés, por una liviana pasión ó amenaza que vanamente andan comprendidos todos los de Italia, lejos del apoyo y del patrocinio acerca del mayor Rey y más poderoso de quien él y sus pasados recibieron beneficios sin cuenta malogrando la prenda inimitable del agradecimiento; Princip feudatario y agravado con obligaciones de fidelidad, de reconocimiento y amor tanto, que antes apeteciera yo el ser desvalido, si lo fuera, que no se puede creer esto de tan liberal, atento y generoso Monarca, que no coligado sin fortuna, y de una nación sin fe, y de un Rey de pocos ó ningunos beneficios tirano de todos aquellos de que falsamente hace ostentación á ser amigo! Pregunto, ¿qué esperanza tiene en la ocasión presente de que le defiendan sus tierras, si ellos estaban libres? ¿En fe de qué intereses les expuso al fuego? Más atentamente lo pensó el duque de Módena, y otras repúblicas que también fueron solicitadas, llamadas al riesgo y al peligro, y lo salvaron; mas prudente cosa es imitar á estos que seguran aquel, que es el mismo devaneo y precipicio: será pues, escarmiento de Príncipe, en Italia, el duque de Parma; como ejemplo de saber y de constancia, el gran duque de Toscana el de Módena y otras repúblicas y potentados, porque podemos dejar de confesar que dependen del Rey Católico, y que le han menester para su conservación. Entró una parte del ejército de él, como lo dejamos dicho, á cargo de D. Martín de Aragón, por impedir al duque de Parma lo que no le sucedió, por esperar y ser oferta de franceses, y socorrió á paso á Rocafredo, reconoció en sus trincheas dos regimientos de franceses y uno de parmesanos, embistió con ellos rompíolos, degollando más de 600 hombres, tomó dos banderas, 200 prisioneros y un hijo de Monsieur de San Polo, que gobernaba la gente, á más de la ribera, otros Oficiales, soldados y Capitanes y 200 caballos que los cubrían con todo bagaje, y siguió á los demas hasta los fosos y murallas de Placencia con pérdida no considerable de su gente.

Siguió D. Martín el curso y la fortuna de obrar, y á vis-

de los placentinos, como el castillo de Camporenoto, dispárate la ciudad algunas piezas de artillería más de miedo que de valor, sin ser de daño para nuestra gente ni de importancia á la defensa de ellos, llamando á toque de campana los ciudadanos para que tomasen las armas y acudiesen á las murallas y además era más vivo el dolor y el riesgo; comenzando á experimentar los yerros de su Príncipe á que están por infelicidad sujetos muchos: en esta hora llegó D. Martín á afrontarse con Florenzola; envió desde allí al coronel Gis de Ais con 400 traballos al burgo San Domini; pasó el cerro memorable en las eras pasadas por la rota que recibieron allí los franceses de los italianos, cuando volvian con su Rey, Carlos VIII, de la sorpresa de el reino de Nápoles, que conservaron mal; y llegó nuestra gente á media milla de Parma, haciendo presa en carros, ropa y otras cosas que de los pueblos vecinos retiraban los naturales á la ciudad, que maltratados del castigo presente, dijeron al Duque se declarase por España, se rindiese á sus armas ántes de verle acabado de destruir, y que reconociese aquella potencia á quien en la antigüedad debía tanto en honras, favores y mercedes, no falladas ni forasteras ni engañosas. En la mayor necesidad el duque de Parma, protervo y mal desengañado en su particular propio, aunque veía sobre sí, sobre sus pueblos y vasallos la satisfacción, y ser justo el castigo del Rey Católico, y merecido por sus atrevimientos, le respondió, que si dentro de ocho dias no era socorrido de franceses lo haria; pero D. Martín, con todo ardor y destreza, cubría en ofensa de los enemigos del Rey: puso 60 mosqueteros alemanes con un Capitan en la boca del burgo para conservar aquel puesto, y la ciudad, viéndose en esta agorosa, por redimirse en parte del peso que tenia sobre sí, ofreció de contribuir con alguna cantidad de bastimentos. Pero ordenó D. Martín á Gil de Ais, cómo habia de ser la satisfacción que se habia de tomar por las entradas de Milán, por las traiciones cometidas, insultos, robos y desolaciones; y mandó acometer, quemar y demoler las fábricas de las salinas del Duque, sin dejarlas de provecho ni de uso en un año, pidiendo más

de 60.000 escudos: pasó adelante y tomó el castillo de Cortina mayor, aunque con razonable guarnición y resistencia, y arrojóse aquella parte del ejército, conseguidas estas cosas, rico del pillaje, á las riberas del Pó, con más de 5.000 cabezas de ganado, y levantó un fuerte en el Marquesado palentino, feudo imperial, para tener libre el paso del río desde Cremona, con que se aseguraban algunos cuarteles de invierno de mucha utilidad para el ejército del Rey. Revoló D. María otra vez sobre el Piacentino, sin resistir el curso de los soldados; hallóse á pocas jornadas en Lodesano al cardenal Tiburces vasallo del Rey, con deseo de servirle en aquella ocasión; por lo de la otra parte del Pó alguna gente y apoderóse de tres reductos con pérdida de ocho hombres, y echaron á pique de molinos y otros nueve el río abajo, ya á vuelta de Cremona, pérdida mortal para los enemigos y para los parmesanos por que les habia de faltar la harina para sustentarse. Propuso este tiempo y en esta sazón, Bernardo Guasco, gentil-hombre de Alejandría de la Pulla, recobrar por sorpresa la tierra de castillo de Anon, que se hallaban con gente y guarniciones por el duque de Saboya; y encargó el marqués de Leganés en hecho á José de Mompahon, gobernador del Alejandro, natural del reino de Aragón y de valor en las acciones militares, que diese al Guasco toda la asistencia necesaria de gente y municiones. Marchó con 900 infantes y 300 caballos, luego antes de amanecer de aquel día, arrojó un petardo á la puerta de un lugar y entró; halló entre el descuido y el sueño á la del castillo, desatináronse con el intempestivo sobresalto, buscando las armas y las municiones, la prisa y el asombro hizo caer una luz en la pólvora y voló gran parte del castillo con que les fué fuerza rendirse; salió la gente, un Coronel y 20 Oficiales. Conseguida la plaza, ordenó el Marqués al Sr. Mortara, que golpe de infantería y caballería partiese á ocupar la tierra y castillo de Rodalo, que estaba fortificado de gruesa guarnición. Sabido esto por los enemigos, reforzaron y formaron más aquel presidio; pero él se dió tanta diligencia, como hijo de su padre que tanto militó y con tanta honra en aque-

Estado y en el de los vecinos, que impidió el socorro y rindió la plaza; y avisó al marqués de Leganés de lo sucedido y cómo habia ejecutado lo que le habia sido posible. En esta forma se defendia el Milanés y se castigaba á los enemigos de él.

Volvió á salir la armada francesa de Tolou, desatinando y fracasando en todo, porque ya el Rey Católico, todos los Principes y repúblicas soberanas de Italia habian reconocido el error y la inclinacion del rey de Francia y su valido, y esperaban con las armas en las manos, prevenidos todos los puertos de gruesas guarniciones y bajeles para ofender y defenderse y no dejarlos saltar en tierra. Todo lo que va de Mónaco al Genovesado estaba puesto en arma, la costa de la Toscana y la mayor puerto Liorna, toda la costa de Sicilia, Cerdeña, Mallorca y Menorca hasta la Córcega de los Genoveses, los cuales estaban tan sobresaltados con esto suceso, que les parecia habian de ser oprimidos de amigos y enemigos, con que se guardaban tanto de españoles como de franceses. Quién dice que habia entre ellos diversas parcialidades, y los gobernadores se temian de conuociones, que habia muchos nobles y plebeyos de la parte francesa y muy pocos de la española que pasaran ser más agradecidos á los millones de plata y oro que se han llevado, y que en todo se metia riesgo; y así se resolvieron de no dar acogida en su puerto á los bajeles de la una ni de la otra; pero la armada, reforzada de nuevas gentes, hacia punta á Mónaco, puerto del Principe de aquel nombre, afecto á la Casa de Austria, y presidado de guarnicion española: pero luego, el tiempo adelante, volvió la casaca á los franceses, por que se atienda que no vamos fuera de la sospecha que aquí decimos. Es plaza fuerte y muy considerable en toda aquella ribera, y el marqués de Villafranca con las galeras no los dexaba arribar á ninguno de sus pensamientos, ni hacer punta á tierra que nose les travesase, y se les ponía en medio atando las las manos y las velas: no se acordaron ó anduvieron falsamente no recobrar á la Margarita ni á Santo Honorato. En los capitulos pasados ó libros hemos hablado de estas islas y de su importancia, y cuán vaga es: si habemos errado ó discurrido

mal, ó pronosticado sin juicio, los franceses responderán por mí y concluirán los Ministros y estadistas, y cuando escribiémos el libro V se verá, en el año 37, como despues de repetidas las abandonaron por inútiles y de poca importancia, con ser hacienda suya, y aún corrió voz que habían dicho que si las queríamos las volviésemos á tomar. No los dejaba obrar el marqués de Villafranca, siguiéndolos á la vista y á la cabecera con que desconfiaron de hacer facción en Italia, teniéndolos y quebrantado el ejército el marqués de Leganés, y los amigos y confederados en el Estado de Milán, que no había esperanza de levantar cabeza. Viéndose el arzobispo de Burdeos General de la armada, por tomar consejo ó por deslumbrar la que le servían de embarazo, desembarcó en Villafranca de Niza, puerto del duque de Saboya, para hablar con él y para dar á entender cuán dueño estaba de aquel Estado; pero á esto no resultó ninguna cosa ni novedad, más que por el tiempo en la mar y andar expuesto á la inconstancia y alteración de los vientos, no dejando de entender que el Mediterraneo no es de riesgo todas veces á navíos grandes y de muchas toneladas, ántes que resistían con peligro á las tormentas, que que estaban á pique de dar en tierra. Sospechóse que era por socorrer al duque de Saboya de gente y á Monsieur de Crequi en el Monferrat, y que á la ruina de sus ejércitos y mal estado de ellos y de cuanto habían emprendido en Italia, bajaba el duque de Roan de la Valtelina á Milán para reforzar la guerra dejando aquellos puertos y aquel paso con guarniciones; pero nada de esto se vió, siendo falso cuanto se había dicho. Desahuciado el Burdeos de entrar en Génova, por su dificultad quisieron tomarles á Saona: quién se temía del Final y quién de la Toscana de Liorna, porque alargarse al reino de Nápoles, Sicilia y á las otras islas era dislato, y ellos no lo querían; en que veían, los más diligentes en trascender designios, que intento no era otro, ni los había traído á aquel paraje, que la presa de Génova para enseñorearse de aquella hermosa ciudad, de sus riquezas y quitar al Rey Católico aquella ayuda y aquella escala de españoles para Milán, y desarmar

de los asientos del dinero con los más poderosos de aquella república, y aumentarse en Italia para poner en más terror aquel Estado, conseguirle, amenazar con ella á las otras, ya que no lo había podido traer á la concordia y á la alianza como ántes en tiempo del rey Francisco de Francia, que fué cuando se las sacó de las manos el emperador Carlos V, oprimiendo, porque como lo pretendía el Richelieu, toda su ansia era restituirlo en los confederados y en los reinos que ellos desean los hemos quitado. Sin embargo de las dificultades presentes, del opósito que les hacían las galeras, embistieron á Génova; opúsoseles el marqués de Villafranca, y entró en medio de sus bajeles, y de tierra que cobó primero gente en ella, estorbó gallardamente que no lo hiciesen, por el riesgo que consideraron se les había de seguir de nuestra artillería, mosquetería y arcabuceros, que sin duda ninguna los habían de hacer pedazos; con que salió á gran felicidad y fortuna del marqués de Villafranca. Los franceses, viéndose resistidos, y defraudados de conseguir facción, hicieron punta á querer pelear con las galeras; hicieron rostro las tres Capitanas de España, Nápoles y Sicilia, pero mudaron de parecer los enemigos. Verdaderamente entre las hazañas que se cuentan de españoles en Italia y escriben, aunque apasionadamente, sus autores, como Paulo Jovio y Guichardino, ésta se puede contar por memorable; pues saber resistir sin sangre la potencia de una armada de tanto número de bajeles, parte de ellos fuertes, y á grandes piratas y corsarios septentrionales, diestrosísimos y de valor en la navegación y en el combate, escogidos pilotos; granecida y portrechada de cerca de 12.000 soldados, Cabos y Capitanes de reputacion y de nombre, no dejarlos obrar, reducir del miedo y del pavor á Italia, sus puertos y plazas, ¿en qué obligación no le están los Príncipes de ella? ¿cuándo hallarán este abrigo en los franceses? Luego bien es reconocer al Rey Católico y mostrársele siempre gratos y agradecidos, y que cada uno le preste su ayuda si todo se ha de gastar en su defensa.

Comenzó á correr nueva por todo el Mediterráneo de la

venida del general D. Antonio de Oquendo con sus navios, gran soldado y marincero, prez de la nacion vizcaína, y del duque de Nocera y Maqueda con los galeones de la Armada real del mar Océano. Cayó gran miedo en los franceses, y osando esperar ni tampoco volver á Tolon á encerrarse, por mostrar tan á la clara su cobardía, dando por causa estas tiempos muy adelante y que ya comenzaba el invierno, por casi al fin de Setiembre, y que la mar comenzaba á levantar sus borrascas, pidieron á los genoveses les diesen abrigo en sus puertos. Ellos, reconociendo que ya querían revontar, derramar su ponzoña, no lo consintieron: pidiéronles otros grandes pretextos, que ya que aquello no les concediesen los grandes juramentos y asegurándoles cuanto les fué posible, les dejasen entrar en Saona, que les daban palabra de no desembarcar ni echar gente en tierra: hicieronlo al fin, pero el Rey mandó reforzar á Mónaco por su cuenta, por rechazar cualquier movimiento de los franceses. Entrados en Saona, pidieron las barcas á los de la tierra para cosas de la armada, concediéronselas por no desabrirlos, y echaron 4.500 ó 2.000 hombres en tierra, y los encaminaron al Parlamento, digo Parmesano, en socorro de aquel Duque y de aquel Estado, que ora ardia en miserias y calamidades con los estragos de nuestros Capitanes. El Papa, olvidado de cosas mayores y de la salud comun y paz de la Europa, dicen, hizo saber á D. Martín de Aragon, y á un referen más, que lo intimó y quiso comprender con censuras, se abstuviese de hacer entradas, presas y correrías en Parma. El D. Martín respondió, que cuando Santidad veía acometer con armas injustas é infieles los Estados del Rey Católico, no sólo en Italia, pero en ambas Germanias á Príncipes tiranos, no les enviaba monitorios ni exhortaciones, ni se ponía de por medio solicitando la paz; acordándose de esto sino cuando alguno de sus atectos por malos oficios y usurpaciones cometidas en los Estados hereditarios del Rey, su Señor, porque merecerian castigo, tomar la justa satisfacción que merecian sus delitos: que el duque de Parma no tenía más legítimo derecho para entrar por

las tierras del rey de España, siendo de tan inferior fortuna y estado, ni más razon para ligarse con franceses contra los derechos de la patria y el feudo, y entrarse por el Estado de Italia con armas, que el que tenía el Rey Católico para entrar por el suyo y hacer los mismos debidos efectos en él. Pareció bien la respuesta del D. Martín á los más celosos á nuestras cosas en Italia, y enmudeció; que estas son y esto tienen las borrascas de la razon, que luego atan al que no la tiene. Quejóse el Rey Católico á los genoveses de haber acogido la armada francesa en Saona: ellos respondieron y se disculparon no haber podido más. Levantóse una borrasca; quiso el marqués de Villafranca recogerse á Génova y no se lo consintieron, si no se con condicion que la gente de guerra no habia de desembarcar ni entrar en la ciudad, y concedióselo; de suerte que ya el ánimo de aquellos ciudadanos estaba tal, que de todos se deslaban, no acordándose cuánto nos deben, porque no se perdaba la fe, sino la neutralidad con todos. Corrió nueva por el Pontífice no estaba bueno; volvieron á instigar á los cardenales Borja, Sandoval y Espinola, y dispusieron sus viajes para Roma. Los franceses, reforzándose más vivamente la voz de que venian el duque de Maqueda y el general Oquendo con sus navios, tomaron por asunto la entrada del invierno y estar desparejados sus bajeles, faltos de gente y de bastimentos, y esa poca hora volvieron segunda vez á entrarse en Marsella y en Tolon sin haber podido ni dejádoslos hacer nada ántes. De esa hora se vió Italia libre y triunfante por mar y tierra de sus enemigos por las gloriosas armas del Rey Católico, y los que pensaron levantar la frente á mayores cosas y ceñirse el laurel y descollarse sobre los más altos cedros y sobre los otros Príncipes, la bajaron miserablemente y la rindieron al castigo y á la razon; y no se esperaba ménos del Estado de la Catalina y de otros pueblos y provincias.

Atento el Rey Católico á la satisfaccion justa que se debía tomar de los franceses por los insultos de éste y de los años pasados, tentando en tantas partes de su Corona y las del Sacro y Romano Imperio, viendo juntaba el rey de Francia gente á





y vidas, y con las de sus vasallos, á la mayor ocasion, y concedérselas. Hacia muchos dias que en aquellas fronteras de Navarra y de Cantabria, desde el tiempo del rey Francisco de Francia hasta hoy, no se habia formado ejército ni habia guerra, aunque habia soldados y marineros ejercitados en muchas y muy memorables empresas navales contra franceses septentrionales; y siendo forzoso hacer las prevenciones del tren de la artillería de campaña y otros pertrechos, se dió orden, á los últimos de Agosto de este año, para que á toda diligencia se tratase de estos aprestos y de ponerlas en ser, y aprestáronse 42 piezas de artillería para la entrada de Vizcaya, y para las entradas de Navarra 16, con artillería, pólvora, caballos y cuerda, municiones y herramientas de gasiadores, y todo lo demas necesario para marchar y campar. Avisó el marqués de Valparaiso se prevendría todo si se daba prisa á su ejecución, y se podría entrar por Francia á 15 de Octubre (grayerro), si bien tenia orden y se le aguijaba que se fuese á él tiempo y consejo fatal para la empresa y aun para todas, pues no salió tan lucido como se habia deseado, si bien las prevenciones de bastimentos y fuerza no pudieron ser más acertadas y ordenadas mejor, porque se compuso un ejército razonable de Cabos y caudillos maravillosos, hombres de valor y de escogida sangre.

Atentos pues los franceses de la frontera á nuestros aprestos y movimientos, y el conde de Agramonte, Gobernador de aquella provincia y puesto de Bayona, y que Navarra y el señorío de Vizcaya se armaban, trataron de fortificarse y reforzar, no sólo las ciudades de nombre, pero los lugares pequeños; y desistiendo el Rey de hacer su marcha á la Picardía y de seguir su inclinacion, pusieron defensas y guarniciones en sus puertos, y llamaron nuevas y más numerosas gentes, en que eran prodigiosos, si bien agravados y subsidiarios todos de intolerables cargas, y los Parlamentos de las ciudades, cansados de tantas levadas de soldados y expedicion de ejércitos como se la podía. Hicieron un fuerte sobre el puerto de Zoca, con su baluarte, foso y estacada; asistiendo á la disposicion de esta obra

y convocar los villanos y naturales de la tierra para hacer ejército, el duque de la Balata, gobernador, y el duque de Escorazon, su padre del Guiona, que asistia en Burdeos, cabeza de la provincia. Pero anteviendo los Cabos de nuestra gente que si se daba más tiempo á estas fortificaciones era hacerlas inaccesible y dificultosa la empresa, pareció conveniente dilatarla y caminar, previniendo á lo que quedaba; que el presidente de Maestre de campo general, D. Urban de Ahumada, se pasase en Roncevalles con 2.000 hombres, con los Maestros de campo, vizcondes de Colina y Valdero, con cuatro piezas de artillería, su tren y amasijo de pan y algunas pagas; pasáronse en Val de Escoa y Val de Vastan 4.000 hombres, 500 en cada parte, á cargo de Miguel de Itúrvide; arrimáronse á Val de Local 600 infantes; con que toda la frontera de Navarra quedó ceñida y defendible, y con ánimo todos de ofender, avisó el Maestre de campo, D. Gaspar de Carvajal, alcaide de Puenterrabía, y el Maestre de campo D. Diego de Isasi Sarracento, coronel de la provincia de Guipuzcoa, que se advocase á tratar la forma y cómo habian de entrar y disponer la acción. Corrieron estos Cabos, y D. Alonso Idiaguez, á cuyo cargo habian de ir los navios que habian de acometer por mar, resolvieron que el jueves 23 de Octubre (mal tiempo para partir), emprendiese la entrada, y marchase de vanguardia D. Gaspar de Carvajal con 600 infantes de los presidios; el conde de la provincia con 3.000 provincianos, que habia ofrecido con su acostumbrada fidelidad, diciendo á S. M. soldrian á servirle padres é hijos hasta los últimos alicientos. Habia de ser esta invasion por el paso de Behovia, con artillería y lo necesario para el tren; y en prosecucion de esto marchó el Viso, marqués de Valparaiso, por la villa de Vera con 12 piezas de artillería de campaña, con 300 caballos y 8.000 navarros, que sirvió el reino en ocho tercios con sus Oficiales, y por Maestre de campo el marqués de Cortés, D. Lopo de Veamont. D. Luis de Vertiz, D. José de Doña Maria, el señor de Abillas, el señor de Monte-agudo, D. Fausto Francisco de Lodosa, y Don José de Zárate por Sargento Mayor, y además de esto gober-

nando 800 hombres de los presidios; iba la caballería á cargo de D. Diego de Unzueta, y por Comisario D. Diego de Brizuela y en la vanguardia D. Jerónimo de Ayanza, Montero mayor de Navarra. Estaban los franceses esperando en el paso de Behobia con muy gruesas fortificaciones para defenderse: reconoció D. Gaspar de Carvajal, impedido aquel, un esguazo, en un cuarto de legua más arriba; fué de parecer, con quien se concertó el Coronel, que por no tener caballería y hacer la entrada sin perder un hombre, se hiciese punta al paso de Behobia, acudiendo allí la gente y dando muestras de intentar el pasaje, y surtir más arriba, donde tenía ya destinado. Parecióles bien, y para suspender y engañar á los franceses, se plantaron en frente del paso y á la cara de los enemigos el día 22 de Octubre, tiempo más á propósito para interpresas secretas que para públicas invasiones, 450 cestones y la artillería, haciendo ruido con la pala y zapa; mas aquella noche, á una hora ántes de amanecer, el Carvajal marchó con 400 hombres, parte de las guarniciones y parte de los de la provincia, y su Coronel, á ambos, para dar ejemplo á los suyos y á los demas, se arrojaron á pié á esguazar el paso reconocido, no alcanzado ni descubierta de los de Francia: siguiéronles los demas, y guiados derrotó cogieron por las espaldas á los enemigos, que estaban en las casas del paso de Behobia, que luégo que fueron descubiertos se pusieron en la fuga, y desampararon la tierra, con que se echó puente en el Vidason, pasó la artillería y el resto de la gente, rindieron á Andaya y marcharon la vuelta del puebleto donde se habían de juntar con los navarros: pusieron aquélate tarde los escuadrones á la vista de Urraya, gente mal compondida con los fronteros de la provincia; recibió el oncenario sin embargo, á D. Gaspar, procurando entretenerle á lo largo con alguna caballería, y defendiéndose en los sotos y colinas hasta llegar al puesto donde hizo alto cerca de los escuadrones de virrey de Navarra, desde el cual paraje se comenzó por parte del Rey Católico á introducir este manifiesto en aquellas fronteras y pueblos de la Francia, para conmovierlos á rendirse, y usar de sus mismas cautelas, y justificar sus acciones irritables

causados por los espíritus bulliciosos de los franceses, que en esta es éste:

«D. Juan Alonso Enriquez de Cabrera, almirante de Castilla, duque de Medina de Rioseco, conde de Melgar, de Modica de Colleyo, Sana, vizconde de Cabrera y de Vas, señor de las Baronías y ciudades de Alcamo, Cacumio y Caltafinica; Gentil-hombre de la Cámara de S. M., y su Capitan general en las provincias de Castilla la Vieja; y el marqués de Valparaiso, D. Francisco de Andía y Rocaval, señor de estas casas, vizconde de Santa Clara de Avedillo, comendador de Aguilarejo, de la orden de Santiago, del Consejo de Guerra de S. M., su Rey y Capitan general de la provincia de Guipúzcoa: Ha-llegado el Rey cristianísimo violado el derecho de las gentes con interceptar los correos que por mar y tierra, asegurados en la confianza de la pública fe, enviaba el Rey Católico; ultrajado los embajadores de la Corona, que representaban inmediatamente á su Rey, excepuados y reservados por las leyes humana y divina; cerrado, contra la paz de Ratisbona, el paso de Italia y Alemania con presidios y fuertes nuevamente fabricados en los pasos de Grisones, y por otra parte abriendo la puerta á sus propias armas en Italia con la usurpacion de Pinarolo, feudo imperial, corrompiendo al Capitan que lo defendia, como tambien engañando ántes al duque de Saboya para pasar á su casa, y ganando con la misma inteligencia al Cabo imperial que gobernaba á Moyenza la fuerza del César; trayendo al Sueco, su aliado, á violentar el Imperio y la unigión en Alemania y en toda Europa, segun declaraban sus manifiestos, y obrando contra el duque de Lerma, su vecino y pariente, sólo por quitarnos el paso de Flandes y que el Duque se defendiese á su primera obligacion y señor natural el César, ni se defendiese de los herejes sucesos, sus estrechos amigos y aliados, con tan horrible violencia, engaños, prisiones, injurias, detraziones y simulaciones, con personas tan ensalzadas como se hallaba igual á esta maldita ferocidad; llegando á decir, despues de haberle tomado su Estado, presos sus herma-

nos y su mujer, que no se había de contentar hasta haberle á sangre, último extremo de inhumanidad, todo contra el derecho de las gentes y fe pública y paz con España y con el Imperio, tolerando estas acciones el Emperador y Rey Católico, por ver si había algun camino de remediar los daños que se padecían, y otros mayores que amenazaban, sin efusión de sangre cristiana ni ruina de sus provincias y vasallos; rogando públicamente el Rey, nuestro señor, con la paz, y llegando á obrar por ella hasta enviar Plenipotenciario á su Embajador para tratarla y concluirla dentro de París, corte de aquel Rey, con el deseo afectuoso de conseguirla; pidiendo á Su Santidad, el año 1634, que enviase un Legado suyo á Francia á tratarla y que desde luego se declaraba, que como fuese un Cardenal viejo de publica satisfacción, fuese el que Su Santidad nombrase, sin excluir ninguno, que S. M. desde luego aceptaba las condiciones que declarase por razonables, con tal que, si el Rey cristianísimo se apartaba de lo que se ajustase, se pudiese el Pontífice de parte del Rey Católico y de su razon y Estado. Así las cosas, llamando siempre, como acontece, un suceso y otro mayor, sin denunciar la guerra, sin dar las razones que le movían á ella, sin oír ni practicar primero la satisfacción que debe preceder á todo rompimiento entre bárbaros é infieles, contra todo derecho acometió los Estados de Flandes, juntándose para esto con los rebeldes de Holanda, con nuevas ligas y confederaciones más ofensivas que nunca á la Corona de España, y expresamente contra el segundo capítulo de la paz de Verbiu, vencido en juicio contradictorio en el tiempo del rey Enrique IV, volviéndose á ligar con herejes contra católicos, con rebeldes contra su señor natural, con gente de popular contra un Rey hermano de la Reyna cristianísima, contra un Rey casado con su misma hermana, contra el Príncipe, nuestro señor, legítimo heredero de aquellos Estados, nieto del rey Enrique y de la Reyna cristianísima, madre del Rey: finalmente, quebrantando sobre las demás la paz de Monzon, nuevamente asentada, capitulada y ratificada por ambas Coronas, acometió la Valletina y condados de Borja

y Chiavena, estando los nuestros mirando bajar á los franceses se atreviese á pasar el lago, por no faltar á la paz y fe pública, pudiendo 300 hombres asegurar cuantos progresos hicieron los franceses, previniendo los pasos, como se vio que lo hicieron tantos ménos en número en las últimas guerras de la Valletina, y de la misma manera fué invadido el Estado de Milán por dos partes; y lo que es más execrable, el condado de Borgoña, Estado del Rey Católico, que religiosamente ha observado siempre la neutralidad que por aquel Condado se observa con las coronas de Francia; y con todo eso fué acometido también de aquel Rey sin ninguna denuncia de guerra, y á esta bien, asegurado poco ántes del príncipe de Condé.

Estas razones, manifestadas á todos, como obradas públicamente, forzaron á S. M. Cesárea, y al Rey, nuestro señor, á resolver la entrada de las armas católicas en Francia, á procurar por los medios de la fuerza el estado que convieno más á la cristiandad y al bien de los vasallos de entrambas Coronas; y en esta confirmación, y auxilio de aquellas armas y fines, se ha resuelto esta entrada, asegurando que los que asistieren á este partido sin dar ninguna ayuda al rey de Francia, pues se ve que las que recibe son enderezadas á obrar en ruina de la religion católica y del Estado propio, serán amparados de las armas de S. M., excusándose toda molestia y no pagarán tributos algunos al Rey, si no una moderada comodidad; de suerte que estas armas de ninguna manera obrarán contra personas ni bienes de aquellos pueblos, ciudades y comunidades que vinieren en tan justo y conveniente partido y de tanto beneficio comun, ántes les mantendrán y defenderán de los enemigos que quisieren ofenderlos con estas fuerzas, y con todas las de S. M.; y á más de esto, á los que nos asistieren á este fin, se les dará luego despacho en toda forma para que puedan tratar y contratar libremente con todos los Estados y reinos de S. M. C., sin ninguna diferencia á los que tienen los más amigos y los propios vasallos; y, al contrario, se hará la guerra con todo rigor, á sangre y á fuego, contra cualquiera que se opusiese á estas armas, enderezadas sólo al bien

y descanso de las dos coronas de España y de Francia.

No quisieron admitir los pueblos de la frontera el manifiesto, ántes lo apartaron de sí; y cuanto más se proponía esta paz, más se endurecía la prótervia del Richelieu en la resolución, porque si no se la pidieran, desconfiado de haberla admitida, y no proponiéndosela, la buscara. Embesía su arrevinientos debajo de esta oferta, y cuando alguna vez habla abogado á su Príncipe, le animaba y desahogaba diciéndole, tenía en su mano el hacerla y á su voluntad. (De los motivos de esta paz y de no hacerse, nos dará el libro que viene su lugar: allí hablaremos y discurriremos sobre ella desenvolvaremos sus dificultades y las que no la dejan llegar al fin pretendido, ántes la hacen desconfiable á todos, y siempre lo estoy de su cumplimiento.) No admitieron los franceses vecinos el manifiesto, ántes amenazaron de muerte á los que lo quisieron introducir; sin embargo, se les envió un tropeta advirtiéndoles que si no se rendían les pegarian fuego. Retuvieron el trompeta, hasta dar cuenta al conde de Agrémonte, que estaba en San Juan de Luz; pero después, debiendo de ser áspere la respuesta, dijeron querían pelear: con que marchó de vanguardia D. Gaspar de Carvajal, y el Coronel por otra parte, y asaltaron el lugar, numeroso en población y gente, representándoseles á la vista muchas casas de plaza fuera, situadas en la campaña para la recreación de sus habitantes; fué saqueado parte de él y parte quemado, reservándose sólo la Iglesia y todas aquellas cosas tocantes á la reverencia y al culto sagrado: no lo hicieron así ellos en la entrada de Pais-Bajo ni en la Lombardía. Conseguido esto, marcharon á vuelta del Ciburo y acuarteláronse á la frente de él, siendo necesario romper la tierra y abrir camino con el pico y otros instrumentos, para por las dificultades de aquellos montes pasar la artillería, que en lo porvenir fué de culpa, y no le capitularon porque fué dejado hecho tránsito al enemigo por nuestra España; porque demás de no ser de importancia esta jornada, con la que se malogró el año siguiente y sus gastos que habia de hacer el duque de Nocheva, por la misma parte

como tambien abandonándola, aquel mismo año se pasó á pasar á Leocata, plaza puesta en la frontera de la Francia, y que nos cocharan de ella; hizo aquel Rey perder el respeto y la reverencia á aquellas fronteras y á todos los Pirineos no queriendo ni osando atentar la guerra por allí: loégo adelante se vino sobre Fuenterrabía, que nos puso en el cuidado que vemos, y no contento con esto se arrojó por el otro lado sobre Balas, y despues de las cosas ejercidas sobre el Principado de Cataluña le abrieron la puerta á entrarse en ella y á tener los pais en España, con todo lo demas que dirá el tiempo. De suerte que fuimos añadiendo yerros á yerros, sin poner la consideracion en lo más razonable, y todo por la comodidad que nos dimos al paso. Afrontados con Ciburo no los dejaban desamparar, tocándoles arma la noche desde él; y viétnes, 24 de Octubre, á la mañana, se puso mucha gente á la frente de nuestros escuadrones; pero oyéndose la artillería de los navios que estaba á su cargo D. Alonso Idiaquez, en número de 20, reconociendo querian entrar el puerto, volvieron á la defensa, y nuestra gente se dió prisa á marchar, incorporándose la que estaba D. José de Zárate y la de los presidios de Navarra y Aragon: acometió por otra parte con la de Guipúzcoa y por la suya el virey de Navarra dándole calor; cerraron con la Iglesia, que tenían fortificada los franceses, trabóse entre todos una porfiada escaramuza por espacio de dos horas, hasta que, haciéndolos retirar, se pararon en las segundas trincheas que tenían guarnecidas de artillería y muchas barricadas que defendían por tierra y mar la entrada del puente que va á San Juan de Luz, donde asistía el conde de Agramonte y el duque de la Valeta. Tenian allí pasadas de 600 corazas y 2.000 infantes, y pasáronse á Bayona viendo ganadas por los nuestros sus fortificaciones con pérdida de soldados y alguno de nuestra parte: de los que se señalaron en el paso del puente, como el capitán D. Sancho Gimeno que salió herido, D. Baltasar de Roda, señor de Lizcun, que gobernaba una compañía de los presidios, D. Tiburcio de Redin, baron de Ligue, y el capitán D. Juan de Rada, fueron heridos, y algunos hombres

ordinarios muertos; gobernándose con valor y prudencia el Maestro de campo D. Gaspar de Carvajal, D. Diego de las Sarmiento, Coronel de la provincia y otros muchos caballeros Cabos y Capitanes: saquearon á Cibuco y pusieron fuego á las casas; corrieron con diligencia á San Juan de Luz, siguiendo á los franceses, que si bien hicieron pié allí, procurando relatarlo y acercarse á nuestra gente; sin embargo, la retiraron de todo punto, sin querer hacer más experiencia del ardor de nuestra gente, abandonaron una fortificación que tenían junto al convento de los Capuchinos, salió el vicario y los clérigos con sobrepellices y una imagen de Cristo crucificado, en forma de procesion, pidiendo misericordia, y rindiéndose á las armas poderosas del Rey Católico fueron admitidos y respetados, y aquella soberana imagen reverenciada. No lo hicieron así ellos en Tirlamonte, y en los otros pueblos del Brabante, ántes ultrajaron las imágenes, las aras, los altares y las esposas reservadas sólo á las alabanzas del Cordero; delitos, atrocidades y sacrilegios que pagarán con ruinas de empresas y pérdidas de batallas, como les ha acaecido por espacio de más de doscientos años con españoles, alemanes é italianos, por tales atentamientos cometidos contra Dios y contra su Iglesia, con que jamás prevalecerán victoriosas. Salió alguna gente, aunque poca, de la más principal de la villa á rendirse, y fueron admitidos con condicion que dejasen las armas; hicieronlo y púsoseles guarnición, con que se libraron del fuego y del sacro y de la calamidad en que recayeron los otros pueblos. Per estas empresas eran cortas, como de lugares pequeños y abiertos y defensa muy fugible: si se hubiera eubestado en Bayona, lugar fuerte y murado, se le hubiera hecho al Francés tiro de consideracion, porque todo aguardaba allí y número de gente de guerra. Siguió la muestra el curso de la obra y pasaron la vuelta de Zoco; envióse á D. Tibarcio de Redin, cuyas bendas no fueron de momento, á decir al señor de Ortubia, que tenía á su cargo el fuerte, que se rindiese; pidió tiempo y concedieronle cinco horas, y envió un Gentil-hombre á Bayona á dar cuenta al conde de Agramonte del estado en que se ha-

aba y el que tenía aquella frontera, que le habian dicho que se rindiese, que habia pedido tiempo y que solamente se le habian dado cinco horas con intento de que le socorriesen, aunque ya su ánimo era de defenderse; que la gente española habia tomado los puestos y reconocido todas las fortificaciones: se respondió que se rindiese. Comenzaba ya el tiempo á cargar con las aguas ó inundar la tierra, y la gente de guerra á descontentarse porque la sazón del tiempo no era á propósito, y aun se temian de mucha nieve y hielos, que pasada el agua abrevendian conforme á las condiciones y naturaleza de aquella tierra y de los Pirineos, por ser allí su nacimiento, anticipándose en aquella parte más que en otras el invierno, y con más rigor; con que se comenzó á reconocer descomodidad y contradiccion en el progreso de aquella guerra, que no parece sino que fué una sombra ó amenaza, porque oyó decir á la gente habian de faltar los bastimentos cerrándose los pasos de aquellos montes de altísima nieve, que era lo mismo que quedar cortados y destituidos de socorro, y no habia de querer exponerse, siendo la más de ella bisoña aunque valerosa, no acostumbrada á sus inclemencias, al rigor de la campaña, con que desconfió de empresa de satisfaccion. Metieron en el castillo 4.000 hombres, y lo encargó á D. Garpar de Carvajal, siendo lo mejor que se tomó, habiendo salido de él 400 franceses con las homas y condiciones ordinarias: tomó Don Alonso Iñiguez ocho navíos y algunas embarcaciones que estaban en aquellos puertos primeros, particularmente en Cibucro; alojóse el virrey de Navarra con su gente en aquellos puertos entre aquel lugar y San Juan de Luz; tomóse el puerto de la Lanterna, situado en otra punta, enfrente de Zococa, para asegurar por mar la entrada y canal, y quedóse allí fortificando el capitán Marco Antonio Gaudolfo. La gente de Adaya, Giburo, San Juan de Luz, Vidarte y Vearoz, y los de Urroya, acogiéndose á Bayona, como sagrado y refugio más principal, no los quisieron admitir, expuestos todos á la inclinencia del cielo, porque no gastasen lo que habia que comer, con que padecian todos, y las familias enteras, quejándose al

paso de este rigor y de la poca asistencia que habían hallado enviaron los de Oligicayu y otros lugares del contorno á dar obediencia al Rey Católico, y fueron bien recibidos; presumió de esto, que los franceses fugitivos de los lugares ocupados volverían á los domicilios, como lo tenían resuelto, alcanzado los de San Juan de Luz.

Los navarros, que asistían en su frontera con el cabido de Abumada, teniendo noticia que 3.000 bearneses querían catar por ellas y que estaban en San Juan de Piedra con otros 3.000 hombres de los suyos, trató de enterarlos con los de su cargo y que no pasasen á San Juan de Luz á mejorar aquel partido, y para esto envió al barón de Espeleta con 300 navarros á romper un cuerpo de guardia donde estaba fortificado con 200 franceses. Monsieur de Armandiz. Hicieronlos retirar á todos y dejar el puesto, y quisieron seguirlos; pero ellos cortaron el puente que tenían fabricado en una ribera, quemáronle el alojamiento y demolieron las fortificaciones, é hicieron alto los nuestros en Arnegui, reservando toda aquella parte de ninguna hostilidad, por ser la baja Navarra gente afecta al Rey Católico; pero el tiempo no daba lugar á cosas mayores por ser continuas y en un peso las aguas, tanto, que en muy pocas partes de España dejó de llover pasados de tres meses, estorbando, no sólo el cunpear, pero el poder sembrar las tierras, volviéndose los labradores con los arados á los lugares. Fatigados de esta continuación, quisieron los Cabos que estaban en San Juan de Luz pasar adelante y hacer alguna cosa memorable que diese reputación á la jornada, y tentar á Bayona; pero el Virrey y los más prácticos, que tenían reconocidas sus dificultades, lo reprobaron, diciendo que Bayona pedía mejor ocasion y cuando el tiempo diera lugar, pero no tan á las puertas del invierno; que el embarcarse á ella pedía más gente, más artillería y las otras cosas necesarias, por ser plaza Real grande, y con las guerras y su continuación muy fortificada, y que se habían de gastar en ella muchos meses y los más recios del año, con todas las descomodidades que se podían imaginar, y muy posible el per-

bre todos. Viéndose, pues, parados, no fué pequeña la confusión de no poder pasar adelante, y que el volver atras no era de utilidad y honra de los que estaban allí: comenzaron á faltar los viveres, y con esto los soldados á destemplarse, que decían que tenían en el campo, descubiertos á la furia del agua, de la nieve y de los vientos, sin poderse cubrir, con que los más males se fueron deslizado. Persistían, pues, los más bizarras y de corazón en que no se alfojase, y se pasase luego á Bayona; por el ardor reciente, y aún no resfriado, vencería las dificultades; y el Virrey se cerró diciendo no tenía órden de S. M. Aquí es donde todos desmayaron, y comenzaron á desbandarse los soldados, y como tenían sus casaca se fueron á salvar á ellas, sin poderlos detener; y cuando vieron destituidos de hechos mayores, quisieron tomar á Bayona, mas como los más eran bisoños no discurrían las dificultades, y finalmente, el ejército se deshizo y fué harto poder detener y dejar alguna gente para guarnición de los lugares ocupados. Pareció la empresa corta y que no había sido nada lo hecho, y luego, como es de ordinario, caían las culpas sobre las cabezas, imputando de nuevo al Virrey; y como quiera que ello fuese, nuestros yerro, los han de pagar los que ménos los hicieron? Concluida la acción le removieron del cargo y le mandaron venir á la corte de Castilla, y pusieron en su lugar, en el vireynado de Navarra y prosecucion de la guerra para el verano siguiente y mejor sazón, al duque de Nochera, de nación napolitano; pero esta segunda no fué mejor que la primera, como se verá, y no sólo de mejor fortuna, pero ni de más loable reputacion. Al fin se gastó mucho y no se hizo nada: quiera Dios que escarmentemos; pero hemos ya llamado con nuestras voces y prestos en aquel paraje al enemigo, que no cesa de dañar, y tenemos que hemos de haber menester allí más que guarnición, y aún en la otra parte del Narbonés. Cierto, que cuando dije esto, faltaban meses para entrar en España la nueva miseria de la rota de Leocata, que no la esperó ninguno de nuestros Ministros, aunque de las cosas de Cataluña todo se podía recelar, porque el Ministro de la Francia andaba muy vivo á

nuestra manera de gobernar, y nos ha de forzar á tener un ejército formado y pronto, cuando hemos menester tantos para Flandes y para Italia, que aquellas son guerras de Monarquía, y estas de España de sedición y de ruina: pero ya tenemos por experiencia que, cuanto quiera que erremos en nuestros acuerdos, aunque nos lo hayan avisado los más advertidos, la suerte sale contraria, hemos de tomar ocasion para que nos tenga la culpa aunque sea inocente. Mandaron venir al Almirante, diciéndole de él por gran maravilla, que en esta jornada no se había desnudado ni quitado las botas muchas noches, porque habiendo proveído allí persona de calidad y de nobleza para la guerra era excusado perder más tiempo donde se se ganaba, ó porque habiendo murmurado el vulgo ántes de su partida que iba echado, quisieron que esta vez no profesase; que no es el vulgo el menor enemigo á que debe atenderse.

La princesa de Carignano, mujer del príncipe Tomás, hermana del conde de Suason, de los señores de la sangre real de Francia, hizo su entrada en Madrid con todos sus hijos y con acompañamiento público, domingo, 16 de Noviembre: hizo se con ella todo lo que con la princesa Margarita de Mantua, su cuñada, gobernadora de Portugal; solamente que como mujer casada, se hizo su entrada solemne, cosa que causó alborozo en algunos señores franceses desterrados y descaecidos en la gracia de aquel Rey por la condición de Privado; materia en que estos tales gastaban la mayor parte de su industria, porque ellos se queden en Palacio y sean los más bien vistos. Había venido de Milán á Barcelona y á Zaragoza á pasar desde allí á Santander, donde esperaba un navío de Inglaterra para llevarla con su marido á Flandes: él insistió, como mujer segaz y que no venía sin quien la aconsejase y que traía muchos hijos, en venir á la corte á que se hiciese en España lo mismo con ella que con la princesa Margarita. El Rey quería que caminase desde allí, y se decía que quería salir á ver al camino: en efecto, persistió en su intento vino á la corte, y creyendo que luego caminaría á la emba-

cion, se quedó por ahora, hasta otras novedades, de asiento y despacio, gozando sus hijos de las honras del parentesco, y por esperar acomodarlos en estados y en honras, gastándole el Rey 48.000 escudos cada año, sin otros socorros, joyas, presentes y rentas á criados, sin otros tantos que tiraba su mano en Bruselas, que era la mayor diligencia de sus materias, no arribar á otro servicio ni esperanza de más lo ni constancia en ellos.

El rey de Francia (porque concluyamos con el año y con el libro), sin embargo de los malos sucesos de sus ejércitos y armada en Italia, de el sitio de Dola y de las otras entradas de españoles por sus fronteras, y de la flaca resistencia del conde de Suason en tierra de picardos; mal contento de todas estas cosas, aunque al principio del invierno, ocupadas Corbic, Copela y Xatelet en la misma provincia que hace frente al Cambresi y al Artoes, ganado el paso de la Soma con la ocupacion de puestos y villajes, fortificado todo y amunicionado por S. A. R., y abierto camino para hacer correrías hasta Paris con los croatos del conde Picolomini y los dragonés de San de Vert: estimulado, pues, de estos malos sucesos quien los esperó más prósperos (castigo del cielo que no se olvida aunque sufre, disimula por la cunicienda, y atraer á los malos al verdadero conocimiento de los yerros, si nó para tomar una justificacion la paga de los delitos cometidos), poco atento de la gente enmendado de los impulsos celestiales, juntó ejército se hacia más que suspenderse y estarse quedo en aquel Ducaado, á que se le entretuvo con la gente de la tierra: convocó á la nobleza, que, como era público que el Rey quería hacer armada en persona, se armó y se previno, porque los de mayor séquito y sangre estaban retirados en sus casas, parte de otros muertos y parte desvalidos; sacó gente de las guarniciones; informóse del menor Cabo del ejército católico, de los que había dejado en las plazas ganadas, de los heridos, enfermos y fugitivos; y como S. A. se hallaba en el Artoes con poca gente, marchó el Rey y su hermano, el duque de Orleans, el



Cavdenal, duque de Rochelieu, y otras personas de que á 1.º de Octubre de este año, con un ejército de 20.000 hombres, acudillado del mariscal de Chatillon, que el año pasado salió del País-Bajo deshecho, y sin honra, por nuestra guerra.

Estaba S. A. con cuidado por no tener opósito como quisiera, ni habérselo prevenido; porque su ánimo era, en estado de poderlo hacer, darle batalla: por otra parte no carecía su juicio de recelo si se conservaría lo ganado, y si podría defenderse. Por esta causa avisó al Rey Católico, su hermano, le socorriese por Navarra y Vizcaya; y como se pidió, se hizo lo posible; pero nada bastó para apartar al Francés de la frontera de Flandes. Todos hacían reparo en el tiempo, los Ministros de acá y de allá, y que no había de dar lugar á hacerlo, y lo más cierto, que no había fuerzas para tanto; por el Rey, dejando todo lo demás presidado y á cargo de hombres de valor, marchó, como hemos dicho, con pensamientos de recuperar á Corbie, que era la plaza que daba más cuidado, aunque las otras dos no eran de menor importancia. Si bien los principios acometió otras derrotas, hizo alto en Amiens dos horas ó tres de camino de Corbie, porque no quería que con las correrías de aquella plaza se las infestasen, y ni más ni menos á San Quintin, que ya estuvieron en nuestro poder en el reinado de Felipe II, y se recelaba que tomándoselas á nuevo, ó por sitio ó por interpresa, como podía ser, que el tiempo adelante le obligarian á hacer la paz, que no quería por su restitucion. Alojóse el ejército francés á lo largo de los contornos de Arras, á dos leguas y media de aquella plaza, donde estaba el Infante, con que comenzó aquella villa á ser muy frecuentada de Cabos y Capitanes. Creyendo que el enemigo la quería cargar, había resuelto S. A., viéndole venir pujante, hacerle alguna diversion, apartándole de aquella frontera y de aquel lado y de las plazas ganadas: tomóse de aquella ocasion que en el país de Artoes, por sus continuas diferencias que se traian con la vecindad, se moviesen pláticas de ocupar á Doulan; encamináronse allí algunas tropas de caballería y tercios de infantería, no más que para la apariencia, é hizo-

esta al Bolonés; mas el enemigo lo estorbó, no queriéndose esperar más con el nuestro, por comenzar á entrar en las ciudades reconocidas y por faltar forraje para los caballos, por lo que el mariscal de Chatillon se resolvió en eclarse sobre Corbie y la cerró con trincheas y fuertes reales á trechos. En el tiempo favorable, porque siendo muy lluvioso en las batallas de Vizcaya y en la mayor parte de España, allí fué muy seco y enjuto, tanto que no les fué de impedimento el estar en la campaña, si bien se cubrieron con barracas. Sus pensamientos con esto nuestra gente, enviando muchos soldados á reconocer el sitio, y todos con cuidado, por espacio de diez y ocho dias que la villa tenia sobre sí á los enemigos, aunque atorales, y corrió voz que los había venido á asistir en persona Enrique de Nasau, príncipe de Orange, General de los holandeses, ó su hermano, ya que este año no había podido hacer nada, y que trajo 2.000 hombres de socorro á dar su parecer en el sitio, delincarle, disponer las trincheas, fuertes y reducos y las demas fortificaciones al uso de Holanda, donde es tan gran maestro, y en que los franceses son tan poco hábiles, y áun nosotros fallamos ya; y así se rió el marqués Ambrosio Espínola de las que el Rey le enseñó los años pasados antes de la guerra, y sus rompimientos en la Rochela cuando se puso sobre ella, y á poner en la obediencia sus castillos, y les dió leccion de cómo las habían de enmendar. Habíase retirado, como dije, nuestra gente al confín de Arras y otros alojamientos; puso en Cambrai, por falta de Gobernador, al conde de Fuensaldaña, con bastante número de gente y cuatro compañías de su tercio, y parte del ejército en la Chanciería de Liba, dejando ántes en Corbie pasados de 2.000 hombres de todas naciones y 300 caballos del cargo de Piccolomini y Juan de Vert, y de los que se hallaron en Roye, y por gobernador á D. Francisco Caraciolo, de nacion italiano, soldado de prendas, valor y de noticia en el arte militar, que murió luego, en que consistió su pérdida y el no poderse conservar la plaza porque faltó la cabeza y la obediencia, pues el que se eligió en su lugar no asistió como debia á la defensa. Este fué

un sobrino del arzobispo de Malinas: quiso S. A. meter obra no pudo. Había S. A. y los Cabos del ejército fortificado más esta plaza y asistióla á su vista, y perfeccionádola cuando pudo, así de dentro como por de fuera, con medias lunas, parapetos á prueba de cañon, reparos y defensas que no tenia antes; limpiádola los fosos, con muy linda entrada encubierta; capaz de escuadrones y caballería sin que de fuera se pudiese descubrir un hombre; levantádola las baterías y parapetos á las murallas con todas las reglas militares de fortificación; bastecídola de trigo y otros granos; hecho molinos para la carne, y molido carne salada, vacas, manteca y queso; lo para el sustento de un año, con muchas municiones, bombas, granadas, cuerda, y entre el resto de la infantería cuatro compañías de españoles, en que consistía gran parte de la compañía y defensa, y buenos Capitanes. Nada de esto bastó para preservarla de venir á las coyundas de los enemigos, que dióhanse priesa por todas estas razones á la expugnacion de ella, con muchos fuertes y reductos, tirando con la artillería de noche y de día, haciendo los de dentro lo mismo, en que se habían gastado ya veinte dias. Estaba el Infante cuidadoso á perderla; asistiendo á guardar su propia casa, deseaba socorrerla y no halló forma, porque era aventurarla todo, no pudiendo tener en pié la gente que le habia quedado, observando todos los incidentes que podian sobrevenir; que de otra manera, á los primeros lances cerrara con ellos, como lo deseaba; mas al fin los molía en su casa y en su propia tierra, y tiraban á sus murallas. Es sin duda molesto y cojoso que tantas plazas como hay en el País-Bajo han de estar presentes en el cuidado del Gobernador, y en su memoria para ocurrir todo y guardarlas, cuando no sólo un enemigo si no es dos; muchos solícitos y vigilantes están á todas horas insidiándolas y de la misma manera los Gobernadores, los Cabos y las portas; y si no, ni sois buen Capitan ni buen soldado. Haciaos pues al enemigo la guerra por sus mismas reglas de estado, y las que él ejercía en las provincias ajenas, como lo habia

propuesto el Richelieu en sus manifestos; y descoso S. A. R. á saber el estado que tenían dentro los de Corbie, el conde de Fuensaldaña dijo tenía un Alférez reformado de su tercio, llamado Alberto, de nacion catalán, y que éste se ofrecia de entrar á nado en la plaza y hacer todo lo que S. A. le mandase: dióronle dar acompañado, por si acaso se perdía, y buscáron otro del mismo aliento y le hallaron en el tercio de Don Francisco Zapata, ó de Fuenclara: careáronlos y encamináronlos, y dieron á cada uno una bolsa con 500 doblas para que las diesen al Gobernador y socorriesen la gente, si la plaza tan proveída, aunque sitiada, lo habia menester. Fueron buscados verdades, disimulados en el traje francés y siempre en la ribera y á lo largo de la Soma, caminando de noche y escondiéndose de día, nadando partes de aquel gran río, aunque pensaron ser ahogados en el mucho lodo de la ribera en las entradas y salidas, porque tiene por las márgenes más de un tiro de arcabuz de marrazos: al fin vencieron, y entraron á nado, no con poca admiracion de los de adentro, y fueron el recaudo al Gobernador y el dinero, que no fué de poca consolacion para los soldados; dijéronles con el cuidado que S. A. quedaba de el estado de la plaza y del riesgo en que se hallaban, que los deseaba socorrer y descender á su salud; confirmáronles el ánimo con esto hecho, y estuvieron allí los soldados tres dias, informáronlos de todo; reconocieron la disposicion del sitio y gente francésa; hicieron un diseño ó planta de lo más importante; pidieron recibo del dinero; tomaron la noche y volvieron á echarse al agua, y despues de bien trabajos y de haber luchado contra las ondas salieron y vinieron á dar cuenta á S. A. á Arras. Recibiólos con notable contento; informóse por menudo del estado de la villa y el sitio, y reconoció las demarcaciones; dijóronle que el Gobernador estaba de buen ánimo, con bastimentos y municiones, y sin daño considerable en los reparos, que se podria socorrer por la distancia asiada circunvalacion de las trincheas y de la distancia grande de un fuerte á otro: alegróse S. A. y respiró, porque el cuidado le tenía sobre los demas; remuneró el trabajo

de aquellos dos soldados, y esperó poderla socorrer según estado en que fuesen cayendo los enemigos con el ataque al sitio y el sufrimiento de los de adentro. Sin embargo, se empezaron á prorrumpir en impaciencia los franceses, porque los frios eran ya grandes y las noches muy pesadas para estar en el campo, con que se pensó levantar el sitio; pero no fué vano este discurso, que dentro de pocos dias corrió voz que el Rey se retiraba, y que retirado seguiria el ejemplo la nobleza, nervio en el cual consistia la duracion del sitio y los fines de grandes intentos: dijose tambien que se dejaban los fuertes la gente necesaria y todo á cargo del general Catinat; mas que de este desamparo se prometian muchos desastros y dificultades para conseguir la plaza, y prevaleció sobre ella. Aguardaba S. A. esta mudanza para probar fortuna, ó otro cualquier accidente; pero esta voz fué falsa y sin fundamento, ántes lanzada á saber, si se persistia en la operación.

Al Alférez reformado se le hizo Capitán de una compañía de las que estaban dentro de Corbic, por haber muerto el que la tenia, para dar ejemplo á los demas, y que donde habia conseguido la hazaña gozase el premio: fué á ocupar su plaza por las mismas veredas del rio, hundiéndose y no pareció nada de suerte que quien tuvo fortuna de merecer, no la tuvo á alcanzar: mandó S. A. alimentar á la viuda, condolió de su desgracia y no olvidando aquel servicio, y que se diesen cuatro escudos de ventaja á un hijo que dejó; y aunque no era edad para servir, consintió que le corriese desde luego: multitud maravillosa de Príncipe grande, que deseaba el lustre y aumento de la milicia, y de que luzcan en los hijos los servicios de los padres. Intentóse meter en la plaza 500 españoles y tambien arrimar alguna gente cerca de Corbic; mandó verse algunos tercios y compañías de caballos, el conde de la Feuillade, Juan Agustín, Carlos Guasco y otros Maestres de campo; el príncipe Tomás decia tenia billetes ó avisos del Gobernador de que no se hallaba apretado ni era mucha su necesidad, que que verdaderamente consistió la pérdida de la plaza, con que

el príncipe Tomás se iba lentamente á la resolucion del socorro; pero despues, el mismo Gobernador hacia instancia por él y declaró se hallaba necesitado: el Príncipe no más hacia declaraciones, con las ordinarias correrías de la campaña, y alabando D. Fernando, en estas remisiones, le inclinaba á tener el socorro, y le dijo que ya el Gobernador le pedia. La suspiracion era grande, y se llegó á reconocer que en un cuerpo de república ó Estado, ó sea un ejército, que gobiernan muchas cabezas, es fuerza que se yerre por alguna. A esta vez vino un valon de Corbic al campo de los franceses, á rendirse, que luego pasó la palabra de su flaqueza y como por la guerra que cae á la Soma, que llaman de Paris, se habian hecho muchas baterías y la brecha estaba ya en estado de concluirse con el postrer asalto si se fuese luego á él: por esta resolución acudieron luego y reforzaron de nuevo las baterías por aquella y por las otras partes, de suerte que en siete dias cesaron de tirar, oyéndose el ruido formidable en Arras. Perseguieron los franceses, con el aviso del valon, en la expugnacion de la muralla, desmoronaron parte de ella ó hicieron mayor la brecha; acudieron los de dentro á remediarlo y no pudieron, estorbándolo el enemigo con la artillería de un trabuco, que pudo impedir la diligencia en querer volver á cerrarse. Comenzaron de aquí á perder el ánimo y la esperanza de mantenerse, con que se dieron por perdidos; y hay quien dice que los soldados, viendo el riesgo que corrían, dieron prisa á irse á los Cabos que se rindiesen: la confusion era tal y tan grande, que el miércoles, dia de San Martín, parlamentaron y dijeron se retirarian el viernes siguiente á las diez del dia, si no eran socorridos del ejército católico, obligándoles á levantar el sitio. Basada esta resolucion, cuatro Capitanes españoles que habian venido no quisieron firmar el contrato, con que los franceses comenzaron á bravar, no quedando nada asentado, y dijeron que para aquel dia tomarian la plaza por asalto y serian todos degollados. Súpose esto en nuestro ejército, y avisó el Gobernador al príncipe Tomás su última resolucion; que entendida así, comenzaron á fiscalear al Gobernador de poco

alentado y sufrido, que habia faltado á la obligacion de la defensa y de su honra, que se le habian caido los brazos el corazon: una plaza, decian, tan recientemente fortificada, proveida de tantos soldados y bastimentos, que se reconocian bien el haber faltado, pues en tan pocos dias no habia podido tolerar un ejército levantado por fuerza y de gente bisona, la más de ellos ya fugitivos, y que le faltaba muy poco para desamparar los cuerpos de guardia, los alojamientos y las banderas, muy escasos los asaltos y sin acometer otra facción generosa, ántes asidos á un moderado terraplano. Proseguia, pues, y pasaban adelante: ¿Qué arremetidas habia sufrido y sustentado? ¿Qué gente le habian muerto? ¿Qué municiones le habian faltado ó qué vituallas? De esta manera hablaban, culpándole, sin embargo el haber avisado tan á punto crudo.

Llamó el Infante á la gente de guerra, que estaba más lejos, viniesen marchando la vuelta de Bapama, y salió el príncipe Tomás en prosecucion del remedio, un dia muy lluvioso deseando llegar á las manos con los franceses, porque veia que se malograba el trabajo conseguido con fatiga y al tanto pocos dias ántes. Marcharon en seguimiento del príncipe Tomás el conde Picolomini y Juan de Vert, los tercios de Fuencelara y Fuensaldaña y 4.000 españoles de los que acudieron á llegar á Flandes; el tercio de D. Andrea Cantelmo, el de Carlos Guasco, de italianos; el de Juan Agustín Espinosa, el de el coronel Bron; el de Villaurbal, de irlandeses, y de infanteria de Bernal: ejército razonable de caballeria y de infanteria. El tiempo era muy contrario al progreso: marcharon la vuelta de Corbic, hicieron alto á tres leguas de la plaza, y señaláronse 500 soldados, los más escogidos de todos los tercios, la mayor parte españoles, para entrar en la plaza, por la parte que el príncipe Tomás señalase, en pontones. Todo esto era ya de provecho ni de efecto, porque habiendo de ser una noche, creian que estarian ocupados del sueño los franceses, pero estando la villa en el trance referido y ellos enterados de que se habia de tentar el socorro, teniéndolos alerta

Cabos y con las armas en la mano y ambas riberas tomadas, y que convocaban más gentes de las plazas vecinas, como de Bressa, Amiens, San Quintin y Guisa para crecer el ejército á mayor número, resolvieron á conseguir la plaza que estaban bloqueando; y, finalmente, no pudiéndose socorrer con la brevedad que se requeria, sin aguardar más se rindió, con las condiciones y capitulos más honrados que se pudiesen conceder á soldados de reputacion y de nombre: salió nuestra gente y casaron los franceses en la plaza y la hallaron tan vacía como la dejaron, si bien aumentada en defensas y fortificaciones, porque todos los burgueses al principio se salieron sin dejar nada en ella, ni un grano de trigo ni otra semilla. Cuando la comaron mandó Picolomini examinar los 300 mosqueteros que se metieron dentro, y hallólos sin culpa sobre si habian forzado á la rendicion; y dejando la verdad en su lugar, y arimándonos á ella, si hemos de dar crédito á las relaciones y avisos, que de este sucesso y de los demas vienen de Flandes, enviados por personas de verdad y que se hallaron á todo lo que vamos escribiendo, lo vieron y lo oyeron, con todo verdaderamente de mejores efectos y fortunas, y no sin gravísimo dolor de lo sucedido, dicen que el sobrino del arzobispo de Malinas, que gobernó á Corbic (en lugar del muerto) y el ingeniero vendieron la plaza á los franceses en 42.000 pistolas, y que lo descubrió al príncipe Tomás el conde de Sauson, su cuñado: finalmente, le prendieron y se le procuró abrigar; y dicen tenia de su parte al tío y al presidente de Malinas, á quien le estaba conetida la causa: son Ministros francescos, y es menester caminar con tiento, con que se entiendo no peligrará. Será muy posible no tener culpa; pero despues de esto cargaban al príncipe Tomás el no haber salido al socorro; este azar en la entrada del Gobierno en las armas del País-Bajo parece le dejaron descaecido en la prosecucion, y con poco gusto para lo de adelante; y, finalmente, con alguna desconfianza: los que tenemos lo francés tan adentro de la sangre y del corazon, muy afuera lo español, y más en los tiempos que corren, aunque hagamos milagros no lo han de

cercer, y más, que refieren algunos que le oyeron decir, cuando más mozo, en Turín, que si supiera en cuál parte de las venas tenía la sangre española se la sacaría, quedando estas palabras escritas en el corazón de la nación. Si cuando nos fué algo no hacernos maravillas, vuéla el crédito, ó fracasa como de ántes, y quedamos en la misma rigurosa opinion, y lo peor de todo muerta la esperanza para con todos.

Sabida por S. A. y por todo el ejército, y sentida como era justo la pérdida de Corbic, para saber los otros intentos de enemigo y lo que pensaba hacer, envió al duque de San Jorge con 150 corazas para poderlos rastrear: marchó, y metióse en un bosquecillo, que era puesto reconocido muy de ordinario del enemigo, y por esta causa lo halló talado; hizo allí y avisó á sus soldados que, en caso de necesidad, dijese eran franceses ó hiciesen todas las demostraciones de paracerlo: dejóse ver del ejército contrario, y como fué entrando el día, comenzó á pasar gente suelta, y reconociendo la novedad y preguntándoles de qué país, respondieron franceses y que estaban allí con orden de su Cabo, por aviso que tenía de que alguna gente del Rey de España corría la tierra, y que la tenían de no dejar pasar á nadie, y que si algunos lo quisiesen hacer los detuviesen hasta tener otra orden, que sería sin falta á las nueve del día. Quitó los pasajeros, y cuando tuvo algunos de consideracion, hizo señá á los suyos, y dijo «caza precoz es buena guerra:» pusieronlos á buen recaudo quitaronles las armas, y maniatados llevólos para que S. A. supiese mejor por aquí el estado que tenían los franceses y el camino y derrotas que pensaban tomar. Uno de los prisioneros dijo al Duque se maravillaba mucho no haber prendido al Richelieu, que apenas hacia media hora que había pasado por allí, y que de ser su camino tan ordinario había mandado desmontar el bosque: admiráronse todos del cuento; y comenzaron á lamentarse de que no les hubiese tocado alguna suerte de más precio que Corbic, para tomar satisfaccion en persona de los malos officios que había recibido la cristiandad la Europa y los más religiosos Príncipes de ella, desde el año

de 624, que hace hoy pasados de doce años, y con más rigor de tantos fortuna á los que se esperan. Llegó el duque de San Jorge, hijo del marqués de Torreousa á la vista del Infante, presentó los prisioneros, contaron el caso del Richelieu, y todos apretaron las manos de no haberle hecho prisionero; dijeron del estado del ejército del rey de Francia, mas que todos sus designios no los podían saber, y nuestros Cabos comenzaron á descubrir cuán regocijada fuera su presa á muchos Príncipes y á muchos pueblos: en los de Francia creó no les pesara, y pudiera ser que en esto consistiera parte de la quietud de todos, faltando el agresor que la destruye. S. A. el señor Infante, el príncipe Tomás, los Cabos y Capitanes, no acababan de ponderar el suceso y cada uno hablaba de él conforme sus hechos (ordinaria calamidad de validos), y cada soldado blasonaba los castigos que hiciera en él si le cogiera: preguntesele al duque de Lorena; por qué rescatarle ó darle talía era querer probar otra vez y exponerse á las mañosas artes de su iniquidad, y al malicioso rigor de sus atrocidades; alhumano sino de sus materias, la desolacion de provincias, el fuego de las ciudades, la sangre derramada de inocentes y católicos, la pública fe rota ántes que asegurada, y finalmente, la magestad y tranquilidad de los Príncipes ofendida y turbada con todas las miserias que hay en los avisos de los soldados, porque todas se hallaban en la ferocidad de su indignacion y en su proceder injusto. Jugó el duque de Orleans, hermano del Rey, una suma grande y perdióla: quiso pagar y envió al Tesorero real que le enviase dineros; él respondió que en licencia del Sire no los podía dar: fueron á Amiens á pedirle, y respondió enojado: «él no vale para la paz ni para la guerra, decidle que se vaya á Paris.» Por aquí se verá las pocas partes que adquiria, pues que tenía esta opinion con su mismo hermano, y porque lo que dijéramos y hubiéramos dicho de él no parecra apócrifo: diéronle el recaudo, y no hubo menester más aquel ánimo sin virtud para hacerlo, y sin pagar la deuda. Con rumores de nuevos descontentos y alteraciones entre aquellos señores de la sangre, el principal de todos, y

el más descaecido, el conde de Suason, General del ejército y principio de esta jornada, que ya el Richelieu traía á mal traer, culpándole y haciéndole cargo del mal estado de aquella guerra, que no había obrado como era razon, y defendido á frontera del ejército del Rey Católico, las plazas de la Picardía y paso de la Soma, no pudiendo repetir la pasión de que el príncipe Tomás estuviese sirviendo á aquel ejército por ser cuñado suyo, y que su hermana estuviese en España y hubiese sido hospedada y recibida en aquella corte, aquel conde de Suason, insinuándole que había faltado á la fidelidad, siendo falso, hubo de resguardarse al amparo del Rey Católico, por no dar en las manos de aquel tirano enemigo de la sangre noble de la Francia, y por no ver su cabeza en las manos de un verdugo, como se habían visto muchas; y perdió la patria, los estados y la comodidad, y después la vida, como veremos adelante, en servicio del Rey Católico, que al fin se pudo escapar de quitársela. Decía el Richelieu que los hermanos pocas veces eran enemigos aunque fuesen cuñados: el otro era el duque de Pernon; y su hijo, el duque de la Valeta, sobrino de San Juan de Luz, pareciéndole no haber hecho nada en aquella frontera dejando paso para la Guicena: de éste discurre que pasaba á hacer novedades y á alterar la provincia de Lenguaudoc, que tenía séquito y lo buscaban algunos agravados y ofendidos del mal gobierno y soberanía de aquel Ministro, ya los hacían en Bles y con el duque de Bullon en Sedan, y con ellos al Monsieur duque de Orlieus; pero todo esto por ahora para en humo; en los años después se vió algo: empieza porque ya los franceses saben sufrir mejor la tiranía que en las eras pasadas, y que otra nación más sufrida, y con facilidad los vuelven adonde quieren por ser de natural inquieto y nada consistente.

Conseguido por el rey de Francia lo de Corbic, y contento con aquella facción, se volvió á París; dejando guardación en ella, y sin otra cosa de más momento, pareciéndole poca cosa para tantos aprestos, su persona, su hermano y el valido, y tantos hombres nobles, y que había sido leve la

causa, una villa suya, y esa moderada, y perdido sobre ella pasados de 8.000 hombres con las baterías, enfermedades y otros trabajos de la guerra y de la condicion del tiempo, doctóse los fuertes de la Capela y Xatlet muy considerables y de pérdida para él: con lo cual S. A., dejando allí lo necesario, retiró su ejército á las guarniciones del confin y á las eras de Holanda. Eran ya los 4 de Noviembre, y el tiempo hacia su oficio: quiso volver á invernar á Bruselas y ver de paso á Lila, donde lo esperaban con estrado, con fiestas y regalos, arcos, triunfos y otras invenciones nupciales; agravóle por algunos dias una fiebre que le hizo detener más tiempo en Arras, mejoró y siguió su jornada suspendiéndose á esta hora en casi toda la Europa el furor de la guerra. Los navios que llevó Orquendo pararon en Rozas; el duque de Maqueda, con lo que había salido de Lisboa, en Cádiz, por no ser tiempo de andar más en la mar y haberse retirado la armada francesa, como queda dicho; ajústose el duque de Parma á los mandatos del Rey Católico y de sus órdenes, y á que recibiría guarantia, apartándose de los franceses en Parma y Plasencia, contentándose de por medio, para que el castigo no pasase adelante, el Papa, la Señoría de Venecia y el gran duque de Toscana, con que las armas de Milán cesaron en la hostilidad de aquel Estado, y el Duque fué admitido en la benignidad del Rey, y dieron esperanza los mediadores de composicion, seguridad y toda buena alianza.

La infanta Doña María, hija de nuestros Príncipes, viénes, á las cuatro de la mañana, á 6 de Diciembre, falleció en el Real Palacio de Madrid, habiendo vivido dos años menos cuarenta y seis dias; fue llevada al sepulcro Real de San Lorenzo, con gravísimo sentimiento de sus padres y de todo Palacio por el grande amor que la tenían. No se podía ni se acababa de mitigar la dolencia ni la inyeccion de los tributos, carga continua y pesada para los vasallos; pareciendo ya castigo, antes que necesidad, y querer más hundirlos que aliviarnos, más vicio que virtud, y hacer costumbre de todo género de inmunidad, y burla ó desprecio de la estimacion de los súbditos, no más

que por vivir holgados, siendo ya largo el número de los años que sufrían sobre sus cuellos estas miserables coyundas. Acabábase de pedir nueve millones, y concedíose en algunos efectos, y un donativo inmortal que nunca se acababa, que iba talando la tierra, dispuesto al arbitrio y á la forcejada del Gobernador y de otros Ministros detestables; y no con el título que le habian de dar, y que este género pudiese ser y le libreasen donativo, siendo fuerza, y corriendo ya por costumbre; y para el que estaba para salir ahora y que basaba para restringir los otros, por ser contra la libertad del reino si la habia, y que no se concediera, ántes que seria impugnado como perjudicial, se tomó por expediente concluir la Córtes, enviando los Procuradores á sus casas, y de potestad y sin su acuerdo ni de las ciudades, que esto debía ser regalado siendo cosa prohibida por leyes del Reino, y por los Sacros Cánones y Concilios, lo que se habia inventado por estos días reventó como mina para volarlo y añadir delicias al Reino, ántes que dar orejas á la miseria y necesidad pública, que estaba ya en los huesos de los vasallos. Este fue el del papel, que ya todos conocemos, por nuestros pecados, si queremos dar una petición: de su experiencia y forma, dicen que fue su autor «el de la sal,» y para hablar más claramente el Padre Salazar, de la Compañía de Jesús, y José González; porque no pudiendo perseverar aquél ni llevarle adelante, como lo observaron varones justos y sabios, por ser contra la salud y vida de los hombres, recayó en esto como forzoso y necesario el trato, comunicación y comercio de unos con otros, y que por fuerza se habia de admitir y habia de ser colmada la saca de dinero: y era cosa notable que nunca se echaban estas cosas en lo que habia más necesidad, para hacerla mayor y más grave, como si necesitaran de este dolor los vasallos. Los más atentos á su expedición, decían llegaría este arbitrio á grandes sumas, tanto que podría excusar los demas; pero la ambición era tan vehemente, que se desenterraban otros tan pesados y no paraban en éste. Fué su forma, en el papel con un sello de las armas reales, y en la orla del escudo ó junto á él, ó en la

orla, la declaración del valor y del año, y, como digo, en su conferencia un letrado que decia «D. Felipe IV el Grande». Era de á diez maravedises, otro de á veinte, de á dos reales y de á ocho para diferentes demandas y litigios, de suerte que se despachaba ni se habia de expedir en los Consejos ni en nada cosa ninguna que no habia de ser con estos pliegos, y hasta los memoriales acordó, el que los remitia, por no dejar de lisonjear y subir al vano lugar de su soberbia, que no pasasen ni se remitiesen si no es sellados, saliendo los mas inestuosos abogados en un sótano do Palacio. Fué cosa notable la que se hablaba y discurría sobre este tributo, y los embarras que al principio del año siguiente se reconocieron para los despachos del gobierno y para los litigantes, porque se mandó por ninguna cédula se despachase sin este carácter, petición, escritura, dándolas todas por nulas; sentancia terribleísima, por constreñir con esto á los subditos á mayores fatigas. Decían que habian sellado, aunque era blanco, por hacerle esclavo cerrado, por la libertad que tenia de explicar y admitir los defectos de cada uno, y por los que habian dado contra el Gobernador, así en prosa como en verso; y por dejarle con castigo, ó por los memoriales que se dieron contra el autor, cuando le derribaron de la gracia pública, aunque privada declaración, falta que no hemos de deshacer aquí aunque lo quisiera el pueblo, si hemos fiado de él grandes materias para nuestra conservación ántes que para el buen gobierno, trascurra el que leyere que no me es dado declarar más. Admitiéndose, por el consiguiente, que para dar al Rey el cognoto de grande, no hallase otra hazaña más osclarecida que un tributo inexorable, sobre tantos y tan grandes, y por tan largo espacio y con esperanza de mucho más tiempo, que era solicitar en el papel el asunto de las dos estatuas de Roma, que se claran á los Príncipes y á las personas altas el descendimiento del pueblo, sus vicios y sus inclinaciones. Hubo quien añadió y escribió abajo de la orla «el grande tributador», por hacer en riesgo, en los encomios y en los letreros públicos, la reputación del Príncipe, no es castigar la libertad del papel

sino obligarlo á que sea más libre: ¡plegue á Dios que en efectos no sean fatales en los otros reinos cuando se pretenda que se haga, sin reparo de lo que puede sobrevenir, introducirlo! Después se enmendó esto por vuestras infelicidades, pero á mí, si bien me pareció mal ponerle, peor el haberlo quitado, porque era dar á entender que faltaban razones para ello.

El Nuncio del Papa, cuando le vió salir, dijo al conde del Rey, Fray Antonio de Sotomayor, cómo consentía o consentía en el Reino, y reprendió al Padre Salazar, que había inventado estas Balas, por no haber querido despacharle las al arzobispo de las Charcas, diciendo procuraban su después la ruina de su mismo estado. Refieren fué necesario, para hacer una escritura el mayor Ministro, ir á Palacio un Escribano número de la villa; y así como le vió, le preguntó, con momentos ridiculos y con lozanía de corazón (como si el tribador á los vasallos fuese cosa gloriosa): «¿Cómo va con el papel sellado?» «Señor, muy bien, pero muy presto se verá aquí la falta del dinero del reino.» A que él respondió muy ufano: «Eso que me dices». Dijole otra vez el doctor Nuñez, su paisano y valiente que al doctor Diego de Herrera, ambos de la Cámara, estando á la muerte le habían ido á prender por el donativo, y que mucho de ello el doctor: que lo había dicho con dolor, pero que toviese lástima de él, viendo que el retorno había de ser de piedad y el remedio paraba en risa, le replicó ó le respondió diciendo: «Pues de eso se ríe V. E., esto mismo se cuenta de Nerón cuando abrasó la ciudad de Roma, que al son de los gemidos y llantos de la gente él cantaba y reía.» En este lugar nos esplayaremos más, y diremos con qué riesgos pretendió introducir en los otros reinos y provincias de España, y los rumores que amenzaron; pero los celestíacos que quisieren admitir; el Nuncio le echó por alto; los Arzobispos y Obispos y el Gobernador del Arzobispo se defendió, y fué harto parecer celestíaco, cuando muchos no parecen hombres.

Aquel negocio, tan descuidado por la contradicción

de los ómulos, se iba encaminando: el conde de Castella lo tenía ya en muy buen punto, y habían prometido cumplir, por esta larga peregrinación y la del infante D. Fernando cuando pasó á Italia, y entre ambos Príncipes, Rey Católico y Emperador, asentaron que á sus comidas entrasen los embajadores y se cubriesen, pues en las demás ocurriencias lo hacían. Vinieron, pues, los Electores del Imperio conducidos á Babona; el Emperador, la Emperatriz, el Rey y la Reina de Hungría y Bohemia, y sus hijos, y todos los demás Ministros Principales, Príncipes eclesiásticos y seculares de Alemania, y toda nobleza, Plenipotenciarios y Embajadores de Príncipes y Comisarios, y todas las demás personas que tienen oficios en la cámara Imperial, y en la elección de Rey de Romanos, y con el conde de Oñate con notable lucimiento de criados, de libras y carrozas, y presentes de consideración para los Electores, con mucha cantidad de oro y plata para agasajar á los Ministros y Oficiales que habían trabajado en aquella expedición; y mandaron venir al Arzobispo elector de Tréveris, enviado en el País-Bajo por lo que dejamos referido en lo de antes, por los oficios siniestros contra el Imperio, y por la guerra con el rey de Francia contra ambas Casas imperial y papal. Juntáronse, y en la primera Dieta que se tuvo, fué dispuesto de la dignidad Arzobispal y electoral, y preso con intervención del Papa; pero aquellos Príncipes, si bien algunos habían delinquido, como el de Sajonia y Brandemburg, otros fueron perdonados por haberse reconciliado ántes con el Emperador, reducido y compuesto todas sus diferencias, y en allí adelante quería dejar ejemplo en el de Tréveris, y ejecutar las leyes dispuestas en las Dietas antiguas contra los usureros de la fidelidad de la paz de los Estados hereditarios de Alemania. Diéronse á Leopoldo ambas dignidades, hijo del Emperador y hermano del rey de Hungría, en el interin que se defendía la causa, porque los Electores hallaron por sus decretos no poder ser admitido á la Dieta ningun Elector siendo delincuente, ántes que habia de ser castigado y depuesto; con que, tales todos, los Electores en día señalado y festivo, y juntos



todos aquellos Príncipes y aquellos á quien toca concurrir semejantes actos, eligieron por Rey de Hungría y Bohemia, y coronado con ceremonias legales, con gran dolor de los amigos del rey de Francia y los aliados; porque la mayor parte de la persecucion del Imperio, la convocacion de protestantes y otras gentes y ejércitos, habia sido, no por otra cosa que ascender á tan grande dignidad y juntar á la Francia algunas personas grandes, que andaban fugitivos y mal contentos, y dejéronse á la gracia del Emperador y sus Estados; quedaron pendientes de la fortuna que ántes, enemigos adversarios, por totalmente rebeldes y no hallar en ellos nada de restitucion. La del Palatino del Rin y los sucesores que como de ántes y en la misma desesperacion; aunque el rey de Inglaterra hizo lo que pudo por sus Comisarios, y de la misma manera del duque de Wittemberg: quien decia que le ofrecían este Estado, pero téngolo por apócrifo; ni fué admitido el rey de Francia á la restitucion de éste: tambien se dijo se daría el Palatino, despues de los dias del duque de Baviera, el título de Elector, mas no lo aceptó, con que la enemistad por estas partes quedaron en el mismo estado, así con Francia como con Inglaterra, dando intencion los Embajadores de partirs y que sus Reyes cobrarian por las armas aquellos Estados con ejércitos por tierra, y armada por la mar. Pidió el duque de Lorena en esta Dieta ser restituido, y condescendieron á los medios y composiciones de los Diputados, y unisó todos á la paz de la Europa con las armas. A esto tiempo, y cuando el Emperador estaba tratando de los aumentos de su familia, de ensalzar á su hijo, porque veamos cuán caducas son las glorias humanas, adoleció gravemente de una apoplejia; falleció en Viena, donde el año siguiente y al principio de este año murió. Fué esta eleccion á 20 de Noviembre de este año; que que Ferdinando subió al Imperio sin que nadie se lo pudiese estorbar; y pareciendo el poder venir á una paz general, que riéndola el Papa, y habiéndose abierto el paso de la Francia

en su mismo acuerdo, para los correos y mayor brevedad é independencia de los tratados y volver á mejorar las diferencias de unos y otros, no llegó nada á efecto, ántes las cosas se fueron en mayor desesperacion y en mayores aprestos de guerra; creció el rencor, el ódio y la ira de los adversarios, y el deseo del ambicioso pretendiente, y su precursor, convocando los enemigos septentrionales para Alemania y para el Báltico, armadas y bajetes para ambos mares.

A esta hora, y en el corazon del invierno, para hacer la guerra con los principes de Italia, que habian sentido mal de la armada francesa y del intento de ella, con que estaban desabridos con aquel Rey, para darles á entender que se habia venido á otro designio que á la recuperacion de la Sicilia y Santo Honorato, volvió á salir la armada muy de repente, porque no hubiese un punto de sosiego en ninguna parte, aunque sea contra la naturaleza del tiempo, y nos pueda ser mal; y habiendo puesto en algunos bajetes, con ingenio, unos artificios fabricados de madera á modo de castillos con mucha y muy gruesa artillería, todo lo alto que pudieron ir á dar para llegar á igualar á las fortificaciones hechas en la isla por los españoles, las embistieron, y combatiéndose de una parte y otra réciamente por algunos dias, volvieron á salir nuestras galeras; metieron gente y bastimentos, y reconociéndose de nuevo la dificultad, y que la mar con sus continuas borrascas se dejaba obrar, volvieron á encorrarse en sus puertos sin hacer nada. El Emperador y el rey de Hungría, y la Reina y todos los Electores y Principes afectos del Imperio escribieron al Rey Católico, dándole la enhorabuena de la eleccion de Rey de Romanos, si bien con sentimiento de la indisposicion del Emperador: el conde de Oñate, por el consiguiente, hizo sus oficios, y deseando aprovechar uno de sus hijos para que llevase tan buena nueva al Rey, y para que le hiciese un viaje tan bueno como se le habian ofrecido, y lucirlo y que se alegrase en él toda la fatiga de su viaje y el haber conseguido con felicidad la eleccion de Rey de Romanos, afecto siempre de su padre generoso, habiale mandado asistir en Génova y

aprestándole un navío á grande costa suya para que le entrara la nueva. Llegó ésta por un criado de confianza, que había corrido la posta desde Ratisbona á Génova; partió D. Felipe de Guevara con próspero viento en el navío fletado en Barcelona, corrió desde allí la posta á Madrid, y aquella mañana que llegó pasó al Pardo, porque el Rey había ido de vuelta de Navidad y al principio de Enero, para esperar la nueva. (Que no hemos de comenzar el libro que viene con esta bagatela, y he querido hacer memoria de ella, aunque es tan poca importancia, porque se vea el estado tan desolado que hay en todas las cosas). A la mitad del camino, como dio topó un mozo de cámara del Conde, llamado Simón, vástago suyo, y acrecentado en muchas sumas de oro con la nueva, que un barbero de Cámara llamado Pedro Arias. Así como le vio Guevara, pára la posta, y díjole el mozo de Cámara: «¿V. S. ¿sabe aquí? ¿buenas nuevas hay? El, no pudiéndose contener de calor de validillo, pecado en que tropiezan los más vana, y como estaba ya para llegar al fin deseado, vomitó y le detraía la nueva del Rey de Romanos. El barbero que le oyó hombre de cascos y de cervelo como los demas do la cultura, revestido de un linaje diabólico y de codicia, y por arribar á más, en oyendo la nueva, volvió las riendas á su caballo lijero que trata, y por una senda que se apartaba del camino, por una loma, corrió á toda furia al Pardo. Así como le vió el Guevara, y la novedad del hombre, cayó en el yerro que había cometido, y echó de ver que le llevaba hurtada bendición: apretó las piernas á la posta para alcanzarle y detraerle el caballo; mas no pudo por ser la posta tan ligera. Llegó el barbero al Pardo, halló al Conde dando audiencia á aquel pradillo enrejado que hace frente á la casa, y más desbaratado y sin aliento, delante de todos aquellos pretendientes, le dijo: «Señor, Rey de Romanos hay.» «¿Quién es el dicho?» replicó el Conde; y dijo el contrayente: «un hijo de hombre que viene ahí corriendo la posta;» y debió el conde que es tan atento á las mismas cosas, reprehenderle y condenarle del hecho, y detenerle allí y apartarle, porque

el caballero cogiese el fruto de sus trabajos, volviendo las riendas á todo esto, y á la cortesía, mandó al barbero lo fuese á contar al Rey, porque también, despues de ser criado suyo, era también barbero de Cámara. Partió tan desenfrenadamente como la primera vez, atravesó el puente del rio y fuéle á buscar á los Capuchinos; hallólo que andaba cazando por allí, y de dónde lo había sabido. Llegó á la sazón el Guevara adonde estaba el Conde, y halló que ya se sabia la nueva; partieron á buscar al Rey, y halláronlo que ya venia al Conde; recibióle con la nueva que ya la traía sabida. Fué su sentimiento justo; hablóse del caso con risa, y dijo al Rey que se tragara un arcabuz se le hubiera tirado al barbero, y cómo se había dado prisa para desjarretarle el caballo. Con esto, el Conde no había oficio que le cupiese en Palacio, creyendo que era un trasto de privado se le habían de ombostir de albricias; hasta que luégo, despues, afeándole todos los más prudentes y á los que no lo eran, lo que había hecho, y que había sido desvergüenza y locura atreverse á deslucir la jornada de un caballero tan grande, y en una ocasion de tanto porte, desmayó y le pareció que el que tenía no estaba seguro, y aún más adelante, que era digno de gran castigo, y aunque no estaba seguro de la vida, según el sentimiento del caballero, y todos lo sintieron en él: y decia, no lo sentía tanto por sus conveniencias ó intereses, cuanto por el qué haría su padre, y el nombre de tanto punto, y que le había enseñado á sus hijos, mas en esta ocasion había trabajado para éste, para sus acrecimientos y honores, y queria verle en el lugar que deseaba un gran padre para un buen hijo. Cosa (cierto) digna de ponderacion y de reparo, y aún de queja, que un hombre bajo se atreva y se entrometa, sin tocarle, á deslucir los conciertos de un gran señor, Ministro y Consejero relevante á los de más bien reputados, y que no hubiese quien le fuese á la mano: esto pelagra el crédito, si pende del secreto, si no se guarda hasta la postre y aún más adelante, aunque sea del más cuerdo, cuanto y mas de un loco. Apeóse el Rey en la casa, dió la nueva á la Reina, y esperáronle todos con alborozo: en el ca-

mino le dimos el parabien, con el regocijo que permite el campo y la licencia de esprimir los efectos afortunados de los vasallos de tanta fe, y dijo en voz alta: «Paz, paz.» Nunca yo creí, mientras no mudare el cielo el humor de ambos valles, ó recaiga otro accidente en la Francia, si no cae en España, y si es así, por nuestros pecados, no hay que esperarla prometérsela. Al fin el Rey salió con su intento y España triunfó de esta acción.

Celebró con fiestas aquel día el Ministro la elección en Pardo, al fin como de moute, y despues el Rey en Madrid, pero con aquella ordenación divina á que está sujeto todo hombre humano; pues quando se hacia la celebración, á la misma hora, le hacian al Emperador el funeral en Viena; á su suerte que tan justa fué la gala como el luto. Al barbero le dieron nada, si bien quedó mal escarmentado; pero despues trayéndole sobre ojos todos los correos, y viéndole muy diligente por San Felipe, y en el mismo caballo á ser ladro de buenas nuevas, y preguntando á todos quando llegaba la estafeta, pareció en medio de la casa de Oñate, corrió muy se la pegó uno que, acabando de apearse con despachos, reconociéndole y acertando á ser esto en tiempo que se esperaba galeones y flota de las Indias, llegándose muy diligente á preguntarle qué era, le dijo: «flota y galeones». Con esto partió luego á buscar al Ministro, que iba con el Rey, desde Retiro (por fuera del lugar) á Palacio, y sin tener respeto que allí no le era dado poder llegar, le dijo: «flota y galeones». Le replicó: «mirad lo que decís»: y el dijo: «correo acaba de llegar ahora y me lo ha dicho». Entró el Rey en Palacio, y yéndose el Conde á su cuarto y á su tribunal, el correo en la pieza muy falso y de rostro muy bajo y mesurado, le dió los despachos, y él, que esperaba más ruido y más alborozo, y el pedir las albrias, y al otro portador en la pieza, para esperar también, le dijo el Conde: «Y pues, señor, ¿no decís más de esto?» Respondió el correo encogiéndose de hombros: «Yo no tengo más que decir»; y revolvió el Conde: «¿Pues la flota y galeones que dicen que traíades?» y respondió el correo, «Yo no

«dicho tal»: con que el barbero quedó muy irio; reconociendo el Conde que aquello habia sido venganza de lo pasado y que habian castigado el criado, ya que él no habia sabido hacer. Hubo mucho que reir en Palacio y en la corte, y el barbero se avergonzado, que se propuso de allí adelante dejar el oficio de traer y llevar nuevas. Habiendo sabido el conde de Oñate el estado de la nueva en Alemania, y el poco premio que habian dado á su hijo, pidió licencia para venirse á España, diciendo habia cumplido con lo que le habian mandado: escribiéronle se detuviese allí más tiempo, porque importaba su persona y su asistencia al servicio del Rey, y ajustar la paz, que tanto convenia sobre lo hecho al estado presente; y él, viendo las cosas en esta parte muy diferentes, que mudaban de aire, y el poderoso usaba de su condicion, que querian desbararle y embarazarle las mercedes que le habian ofrecido, como de cubrirlo, que era lo que él más deseaba para el ornamento de su casa y dejarla grande, viendo que sus años estaban muy adelante y su salud quebrada, y que los frios de Alemania no eran para poderla conservar, prorumpió con esto, abandonó la licencia y se vino á Barcelona. Habiendo sabido el Ministro la resolución del conde de Oñate, envió nueva de orden del Rey para que se detuviese y no pasase de allí, ántes que volviese á Alemania; él persistió y pasó, y dicen se quejó en una carta y en otras muy duramente del Ministro, que le hizo enmudecer. Decia Oñate que él habia condeado y hecho al Rey y á la Monarquía el mayor servicio que por muchos años otro ningun vasallo del mundo, ni habian recibido estas Coronas en el tiempo más debatido, y por coloso que se habia visto en la elección de Romanos, su edad y salud no estaban para más jornadas, que para las otras dependencias y materias habia muchos hombres, grandes estadistas y de prudencia, á quien se podian acometer y encargarlas, y que harian muy buena cuenta de ellas, y podrian tratar las de la paz, aunque en esto ponía dificultad. Detuviéronle allí algun tiempo, y luego á lento paso le dieron licencia para venir á Alcalá de Henares; luego á la corte, sin entrar en el

Consejo ni á la vista del Rey, y despues de algunos dias llamaron á las Juntas y á los Consejos, como era necesario, y á largo tiempo se le alzó el destierro de la presencia Real, pero la promesa de cubrirle se iba entreteniendo y dilandando hasta que no se pudo disimular más, por la fuerza que hacia para sí la parentela, los de la carne y sangre, y los allegados del poderoso; y áun entónces, como se verá, salió muy cerca nada, porque respecto de los que se cubrieron, fuera gran vergüenza excluir aquella casa tan antigua, aquella sangre y aquellos servicios: al D. Felipe de Guevara le hicieron merced por él y por la nueva, de la llave de entrada en el cuarto del Rey, que llaman *ad honorem*, y otras mercedes muy escusas y aquellas que, cuando no quisieren hacerlas, no son de mejor calidad. De esta manera se enflaquecen los vasallos y se les quitan las fuerzas para obrar en la salud pública, tasándoles y resfriándoles la fortuna que merecieron por sus hechos y servicios, en el mayor favor de la esperanza.

## LIBRO QUINTO.

### ARGUMENTO.

Con la coronación de Fernando por Rey de Romanos, progresa la Dieta de Ratisbona. Las discordias y diferencias entre las naciones y otras se recrudecen con más brío y mayor ruido de armas en la Europa. Los suecos quieren componerse con el César y el duque de Parma con el Rey Católico. Asícutan los venecianos de dar á holandeses cada mes por la guerra 50.000 escudos y los genoveses los admiten á la continuación. Hace el Rey ejército en Vizcaya para entrar por la provincia de Labort en Francia. Los grisones piden socorro al Rey para desembarazar la Valtelina de franceses. Muere el Emperador Fernando II en Viena de Austria, y sucedele su hijo Fernando III. Fórmase ejército en Perpiñan para invadir el Sarbonés. Tientan los franceses la Margarita y Santo Honorato y son echados otra vez de ellas y de la Contea de Borgoña. El rey de Francia pide suspension de armas por dos meses y no se le concede. Pónese á la vista el Monsicur de Henao en el Pais-Bajo con 30.000 soldados. Socorre Juan de Bert á Beazon y resguárdala de la insidia de franceses. Abrese el

puerto de Gravelingas contra lo capitulado entre los reyes de Francia y España. Salo el príncipe de Orange con su armada y ejército de los Estados para dañar en el País-Bajo. Sitia Bredia y Tómala. Recobran los franceses las islas de la Margarita y Santo Honorato, y abandonanlas. Entra el marqués de Leganés con su ejército por el Piemonte y bloquea á An. Todas las prevenciones hechas en Navarra y Guipúzcoa por la Francia salen inútiles. El partido de los sucesos en la Pomerania. Tumuluan algunos lugares en Portugal sobre tributos. Sitia nuestra gente á Leocata y no la consigue. Muer el victorioso duque de Saboya violentamente, de veneno por mano de franceses, como se dijo; y todo esto en el año de 1637.

Cuando me puse á escribir los ocho libros de las cosas memorables de la Europa desde el año 32 al de 40, hasta hoy, que voy narrando el de 37, no habia llegado á mi noticia otra patria que anda introducida en nuestro reino y en sus provincias forasteras; y aunque en los juicios claros y católicos es de lo tener lugar esto, ni aun en los tocados de superstición todavía, viéndolo practicar con tanta vehemencia entre hombres prudentes, de seso y de letras en ambos derechos, me ha parecido no creerlo, pero no despreciarlo. Lo que se dice es, que anuncian á nuestra Monarquía, astros sanguinosos, fatales prodigios, calamidades y miserias hasta el año de 40; aunque esto, si lo fuere, no se debe atribuir sino á la gravedad de nuestras culpas; pero muchas veces, el Señor potentísimo del Universo, insinúa que se halla deservido de nosotros por aquellos mismos luminares, y que declaren los electos

por las causas, influyendo al castigo y anteviniéndolo: en primer lugar digo, sin dar crédito á otros vagos fundamentos, que el conocimiento de cualesquier trabajos son nuestra insuficiencia y desaciertos. Nuestros astrólogos, siguiendo siempre su sistema y el pronóstico de tales impresiones y tempestades, sea por causa, aceptando la primera, la conjunción máxima del año 1633, la magna del año 622, el cometa tan observado del año 618, y eclipse de sol del año de 33; no ha habido otra sino infelicidades, y las mayores y más lamentables amenazas hasta el año predicho de 40; y hago más debatida esta controversia, aunque casi burlando de ella nuestros jurisprudentes, la observacion de un astrólogo francés, que por ser saya la teogo por mentirosa, porque son muy amigos de acusar y adjudicar siempre lo que no tienen, ni es suyo. Esto es, que la significacion de la conjunción de Júpiter y Saturno, que se hizo el año de 623, que amenaza con fatales infortunios á la Monarquía de España hasta el año de 40, y nuestros astrólogos dicen que al reino de Francia, por estar sujeto á Júpiter. No hay hallar medio en la digresion, ni darle stance en tanta confusion y variedad de opiniones, si no es para el fin; pero yo tengo por vanidad y disparate. Tenemos á los por nuestra parte; nuestros enemigos lo confiesan, y el Archielic mismo, cuando vió la lamentable y miserable rota, que veremos en el libro que se sigue, de los franceses sobre Fuenterrabía, hallando la tierra desierta, desproveida y desarasada, sin soldados y sin memoria de ningun pertrecho, municion ni otra arma militar, y ellos armados, abastecidos de todo género de ollas, con Cabos, Capitanes de reputacion, de armas, de aguilas y tesoros, casacas bordadas, caballos y de todo género de artificios de expugnar, talar, combatir y demoler plazas. Ha referido esto para sacar de aquí mi consecuencia y un impulso, que no alcauzo por qué causa, ó por qué inspiracion, sin haber antes hecho reparo en esto, me incliné á escribir hasta aquel año: no quiero tampoco de esto hacer prodigio ni miseria, aunque no lo llegué á oír, sino cuando ya tenia escritos los cuatro primeros libros, y con desánimo y mayor flojedad de